

# Una Luna para Tyler



ELENA GARQUIN

***ELENA  
GARQUIN***

Una  
luna  
para Tyler



**©Todos los derechos reservados**

***Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.***

***Advertencia: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.***

***Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.***

***Título: Una luna para Tyler***

***Serie: Mo Ghealach 2***

***Copyright © 2018 – Elena García Quintanilla***

***Primera edición, diciembre 2018***

***Diseño de la portada: Elisabet Arranz-Lorena Jiménez***

***Maquetación: Elisabet Arranz***

***Para Conchi, Isabel, Laura, Mila, y todas esas  
guerreras que saltan a la arena con corazón y garra,  
dispuestas a ganar la batalla por la vida.  
Para mi hijo, y todos los niños que, como él y Zoe,  
convierten sus dificultades diarias en retos que  
superar, con una sonrisa y un optimismo que se  
transforman en lección de vida.  
Sois un ejemplo a seguir.***



# Contenido

PRÓLOGO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISEIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDOS

VEINTITRES

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISEIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO

TREINTA Y CINCO

TREINTA Y SEIS

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

REDES SOCIALES:

# PRÓLOGO

*Edimburgo, Escocia*

**Tyler**

Todavía no hemos recuperado el aliento.

Estamos con nuestras frentes unidas, tanto como nuestros cuerpos temblorosos o nuestros sexos empapados. Mientras la miro, los ojos azules de Martina se clavan en los míos. Brillantes, satisfechos. Emocionados.

Ella tiene dieciocho años y, hasta hace unos momentos, era virgen.

Yo acabo de cumplir los veinte, y sigo siendo tan cabrón como antes de haber decidido que haríamos lo que ella quisiera, en vez de hablar de lo que realmente importa: mi decisión y sus consecuencias.

En mi favor tengo que decir que con esa idea la he llevado al parque, pero en algún punto de nuestra conversación, la idea se ha difuminado hasta convertirse en un borrón, eclipsado por nuestra mutua entrega. Porque, para qué engañarnos, siempre será mucho mejor tenerla entre los brazos como la tengo, que recibir lo que posiblemente me merezca después de comunicarle mi decisión.

Pego todavía más la espalda contra el tronco del árbol, en el Dr. Neil's Garden, el jardín secreto de Edimburgo, escondido en el paraje donde se encuentra el lago Duddingston, y miro la silueta de la luna que empieza a verse en el cielo, para evitar mirarla a ella.

Tengo que contárselo de una vez, pero no puedo.

Si lo hago, destruiré sus sueños. Nuestros sueños.

Como cuando era un niño, pido un deseo:

«Que ella me perdone algún día».

Hemos empezado hablando de Max, mi padre. Su héroe. Siempre que sale en la conversación, ella termina alabándole unas virtudes que yo nunca le he visto, así que, como en otras ocasiones, no he tenido más remedio que intentar callarla con un beso, que ha derivado en mi mejor orgasmo en años. Ni siquiera nos hemos desvestido, salvo por las braguitas de Martina, que están a su lado, y mis pantalones, arremolinados a la altura de los tobillos.

—No volveré a besarte porque entonces empezaremos otra vez, y necesito que me prestes atención, nena. Hay algo importante que tengo que decirte...

«Será mi último viaje, porque sé perfectamente que lo más importante para mí eres tú...».

La calma personificada. Mi Pepito Grillo particular. El aceite que se ha terminado mezclando con el agua turbia en la que se ha convertido una parte de mi vida. Esa es Martina. Y sería una buena manera de empezar, pero ignoraría la parte más importante.

Las palabras se me atascan en la garganta cuando observo su cara, redonda y pálida como la de una luna llena, mientras me mira sin comprender.

Primer intento fallido.

Coloco el escote de su vestido para tapar sus pechos. Deslizo las manos por debajo de su falda, la sujeto por las caderas y la elevo lo justo para sentarla a mi lado. Luego me visto y apoyo una de sus manos en mi pecho, sobre mi corazón.

—*Martina, tá mo chroí go hiomlán agat.*<sup>[1]</sup> El día que no esté contigo, dejará de latir. Pero antes, tengo que volver a Killaloe para arreglar algo muy importante.

—No te preocupes, lo sé y no tiene importancia. —¿Cómo? No puede saberlo. Nadie allí lo sabe. Ni siquiera Brian, mi mejor amigo. Siento cómo la sangre abandona mi cara mientras intento mantener el tipo, hasta que ella vuelve a hablar y tengo que contener un suspiro de alivio—. Es tu deber, Ty. Yo te esperaré.

Se refiere a la propiedad de Killaloe que mis padres y yo dejamos cuando nos trasladamos a Edimburgo, y que reviso periódicamente en persona. Mis caballos.

La beso con ansia. Después abro la boca para hacerle una lista más somera de mis asuntos y de mis deberes, pero la cierro enseguida.

El segundo intento se queda en nada.

—Me alegro, porque no estaba previsto. Sin embargo, esto sí. —Antes de pensar en la oportunidad perdida, saco de mi pequeña mochila los utensilios necesarios y una flor.

—Es una orquídea mariposa...

—Déjame que ponga tu flor preferida sobre el pelo de mi chica preferida.

No. ¡No, no y no! Ella no se merece esto. La observo mientras saco mi lápiz de trazo duro y empiezo a delinear su contorno en el papel para calmar el temblor de mis manos.

¡Joder! Solo hay una forma de acabar con él, y es...

—Martina, tengo que decirte... —Ella me mira con aquellos angelicales

ojos azules. Su olor a excitación todavía me llena el cerebro. Mierda—. Nada. Estás perfecta así. No te muevas.

La tercera oportunidad se diluye en cuanto me centro en rellenar la silueta dibujada. La sombro con el lapicero de trazo más suave. No utilizo carboncillo, ni mi borrador de migajón. No los necesito. Su pureza, mezclada con la fuerza que siempre lleva con ella, es tan visible como mi cobardía.

No me la merezco, pero la tengo. Y no quiero soltarla.

Apenas una hora después de intenso trabajo a base de concentración, le entrego el resultado final.

—¡Me encanta! —Me besa con tanto ímpetu que ambos caemos al suelo, riéndonos como dos niños. A continuación, aprieta el retrato contra su pecho—. Lo voy a llevar siempre conmigo.

—No será lo único que lleves. ¿Vienes conmigo?

La cojo de la mano y caminamos hacia la iglesia Duddingston Kirk, que hemos dejado atrás un poco antes. A aquellas horas está cerrada pero, para lo que tengo en mente, me sirve la puerta.

—No estamos debajo de un círculo, ni habrá saludo a los cuatro elementos naturales, pero te prometo que algún día incorporaré todo eso y mucho más... Si tú quieres. —Ella me lanza una mirada interrogante, pero no objeta nada cuando levanto nuestras manos enlazadas formando el signo del infinito, y las rodeo con una cinta de color azul—. Consagraremos nuestra unión por el *handfasting*, la unión de manos. No te preocupes. Si no practicas la religión wicca ni crees en las ceremonias de origen celta, será simplemente simbólico, pero muy importante para mí después de lo que acaba de ocurrir entre nosotros. La gente se pasa la mayor parte de su vida buscando a la persona adecuada con la que terminarla, y yo la he encontrado sin merecérmela, así que sería un loco si la dejara marchar. ¿Quieres quedarte conmigo, Martina? ¿A pesar de mí mismo?

En ese momento construyo un muro de contención entre mi conciencia y yo. Soy egoísta, pero no quiero renunciar a ninguna posibilidad con ella.

—Eres el hombre de mi vida, Tyler —declara con voz temblorosa—. Si a ti te sirve, a mí también.

—Entonces repite conmigo: «eres sangre de mi sangre y hueso de mi hueso... —Empiezo a recitar en inglés, para que ella comprenda en todo momento lo que digo y pueda seguirme—. Te doy mi cuerpo para que los dos seamos uno solo. Te doy mi espíritu para que nuestra vida esté completa. No puedes poseerme, pues me pertenezco a mí mismo. Pero mientras los dos

queramos, te daré lo que es mío para darte. No puedes mandarme, pues soy una persona libre. Pero te serviré en lo que necesites y la miel será más dulce de mi mano». —Respiro hondo y deshago el nudo de la cinta, para después sacar una pequeña navaja con la que cortarla por la mitad. Le ofrezco un pedazo y me guardo otro para mí—. Ya está. Según el rito de los antiguos, acabamos de unirnos para siempre. Espero que la noticia no te provoque un infarto, porque creo que yo también podría morirme...

Disipa todas mis dudas al respecto con un chillido de euforia que me llena el pecho de orgullo, mientras se encarama a mi cuerpo, rodeándome la cintura con las piernas y comiéndome a besos.

—El grado de compromiso será el que tú quieras que sea —insisto—. Nunca te dejaré sola, Martina.

La abrazo para retenerla contra mi pecho. Aspiro el aroma que mana de su pelo y cierro los ojos para empaparme de cada detalle de aquel día trascendental para nosotros.

Sé que todo es demasiado efímero, demasiado simbólico, pero me sostiene para poder seguir.

Porque acabo de descubrir que nuestra vida no se debe basar en los muertos putrefactos enterrados en mi armario, de donde nunca saldrán, sino en el grado de valentía con el que afronte su existencia.

Me niego a permitir que suframos por algo que ya ha pasado. Que no tiene vuelta atrás.

# UNO

Dublín, Irlanda, seis años después

*Tyler*

—Por favor, Peyton, Tyler, si sois tan amables de sentaros...

—¿Qué hay, Pete?

—Un montón de cosas nuevas desde la última vez que nos vimos, muchacho. Ya sabes que a tu padre le gustaban las sorpresas... Y me rogó que te diera la última personalmente, ya que no te pudo informar como era debido antes de morir sin que estuvieras presente.

En otro, esa observación hubiera sido motivo para saltarle los dientes sin contemplaciones, por mucho que supiera que era verdad; en Peter O'Rally, el abogado de la familia y el mejor amigo de mi padre, que no le dejó solo en aquella cama de hospital mientras yo ignoraba lo ocurrido, no dejaba de ser un comentario muy acorde con su extraño sentido del humor.

—Tengo entendido que eso no fue culpa mía, ¿verdad? Si alguien me hubiera avisado con tiempo...

—Bah, cosas de tu padre. Él se negó a que te llamara, y yo tengo la fea costumbre de cumplir con las últimas voluntades de los moribundos.

Max Freeman, mi padre, había muerto hacía tan solo cinco días de un infarto al corazón. Y pese a llevar años sin dirigirnos la palabra, la noticia me llegó tarde y me dejó completamente noqueado, sumergido en unos remordimientos que nunca sanarían, porque no podrían cambiar las cosas entre nosotros. Por mucho que hubiera asistido a su entierro, no le había acompañado en sus últimas horas.

Estaba demasiado dolido con él como para concederle ese favor.

Los errores más graves suelen llevar consigo la falta de segundas oportunidades. Y aquella mañana lluviosa, acompañado por Peyton, que actuaría como testigo en la lectura del testamento, me encontré de bruces con mi mejor sueño y mi peor pesadilla, sentada al otro lado de la mesa.

Me quedé sin aire, porque mis ojos se enlazaron con unos azules que se abrieron desmesuradamente para luego desviarse, como si realmente no les interesara lo que veían.

A mí, sí.

Mi corazón dejó de latir y todo lo que me rodeaba se desvaneció como si no fuera real. Las palmas de las manos empezaron a sudarme y el impacto visual me empujó hacia la silla, completamente aturdido. Durante una pequeña eternidad, solo se oyó el repiquetear de la lluvia en los cristales de la ventana y el ruido de papeles, mientras yo escuchaba tres palabras en mi cabeza:

Martina-estaba-allí.

Y con ella, Brian, mi mejor amigo en Edimburgo. Las dos personas más importantes en una parte olvidada de mi vida que ahora se me presentaba sin previo aviso.

Parpadeé hasta que los ojos me dolieron, esperando que todo fuera una mala jugada de mi conciencia que había decidido despertar tras la muerte de Max, pero no. Seguían allí sentados.

—Martina... —murmuré con la boca seca.

No me escuchó. Y si lo hizo, no lo demostró. Seguía con aquel gesto imperturbable, como si en realidad no me conociera, mientras Peter empezaba la lectura del testamento.

Era lo más parecido a una princesa de hielo, con la luz incidiendo en los reflejos de su pelo rubio para aclararlo todavía más.

«Carboncillo extendido para conseguir tonos medios, por medio del difuminador, o del dedo. Así se suavizaría el efecto de la claridad...».

¿Por qué coño pensaba ahora en esos términos? Hacía tiempo que había abandonado mis estudios de bellas artes. El dibujo estaba completamente enterrado para mí, así que no tenía mucha razón de ser. De ninguna manera. Sacudí la cabeza; debía apartar mi atención de ella. Tendría que ser fácil, ¿no? A fin de cuentas, era algo que ya había superado, pero ni en un millón de años hubiera imaginado que la tendría delante, otra vez, en algo tan trascendental como la lectura del testamento de Max.

Y no podía dejar de mirarla.

Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, del que se escapaban varios mechones ondulados. El peinado le añadía madurez, igual que aquella blusa blanca amplia, o la falda negra que le llegaba hasta las rodillas. Ya no era una adolescente; ahora se había convertido en toda una mujer de curvas firmes que rellenaban aquel vestuario tan formal, pero sus rasgos seguían siendo suaves, y su cara, redonda como la de una luna llena. No tuve dificultad en recordar el sonido de la risa que le brotaba a menudo por aquellos labios sonrosados y llenos, pequeños pero voluptuosos, que había besado tantas

veces. Ahora mostraban una línea de contención hacia lo que fuera que estuviera pensando de mí. Porque estaba claro que era algo dirigido solo a mí. Y nada bueno, por cierto.

Oí el carraspeo de Peyton a mi lado, y sentí un ligero apretón en el brazo.

—Tyler, debes dar tu conformidad con los datos que acabamos de escuchar.

¿Qué datos? No había escuchado ninguno. Parpadeé confundido y asentí, cruzado de brazos.

Debía reaccionar cuanto antes, o perdería el poco control que me quedaba.

—¿Qué hace ella aquí? —casi grazné.

—Tu padre insistió en llamarla para la lectura del testamento, y aceptó venir —respondió Pete.

—Eso está claro. Quizá sea lo único claro —añadí, comprobando cómo su cara enrojecía por momentos. Cerré los ojos y me froté los párpados. Intentaba que todo dejara de girar a mi alrededor—. ¿Por qué insistió Max en algo así?

—Hummm... Creo que me dijo que os conocíais de antes.

Maldito fuera el abogado y su humor macabro.

—Desde hace tiempo —afirmé.

—Perdone, señor O'Rally, pero yo no le conozco de nada —aseguró ella al mismo tiempo, retándome en silencio a que la contradijera.

Negaba todo lo ocurrido entre nosotros con una frialdad escalofriante, acompañada de una mirada gélida y brillante de ira contenida al mismo tiempo. Y aunque pensé que era lo mejor dadas las circunstancias, no pude dejar de sentir un pinchazo justo en el centro del corazón, hasta que Pete siguió leyendo y me enfrió la sangre en cuestión de segundos:

—«... Dejo mi apartamento situado en Dublín, además de mis cuentas corrientes, a mi hijo Tyler Freeman. En cuanto a la propiedad ubicada en la localidad de Killaloe, compuesta por la casa, los terrenos colindantes hasta el camino que linda con el lago y los caballos dedicados a la actividad de guía ecuestre y equitación, será suya, del mismo modo que el gabinete de psicología infantil que poseo en el centro de Dublín pasará a manos de la señorita Martina Garrido».

—Un momento... —Yo había comparecido esperando recibir lo necesario para seguir adelante. ¿Qué acababa de escuchar? ¿Martina, heredera? Ella levantó la cabeza de repente, aparentemente igual de sorprendida que yo—. Pedazo de cabrón...

—Tyler, cada testador puede añadir las cláusulas que estime necesarias en su testamento. Esta es una de ellas. Deberías tranquilizarte —añadió Peter, como si en realidad no se inmutara por el desastre que acababa de ocasionar. Le miré, solo para ver cómo entrelazaba las manos sobre su barriga y alzaba las cejas—. Todavía queda lo mejor.

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad?

—He tenido lecturas testamentarias mucho más entretenidas, aunque esta apunta maneras —respondió, con un simple encogimiento de hombros. Preferí ignorarle para no lanzarme a su yugular y volqué toda mi frustración en Martina, que tenía la cara congestionada. Parecía que no sabía nada al respecto, pero lo cierto era que estaba allí. Por lo tanto, tenía poco de inocente—. «Estas dos últimas posesiones solo pasarán a manos de los susodichos si, en el plazo de un año a contar desde la lectura del presente testamento, tienen un hijo, juntos o por separado. El primero que cumpla dicha condición se quedará, además, con la propiedad del otro. Entretanto, los dos podrán disfrutar de sus beneficios, siempre y cuando residan juntos en la casa de Killaloe y se interesen por el funcionamiento del negocio del contrario. Nombro al señor Peter O’Rally albacea testamentario y principal encargado de asegurarse de que todas mis disposiciones se cumplen». Bueno... —añadió Pete casi canturreando, con un gesto de absoluta satisfacción al ver los nuestros, mientras rebuscaba entre los papeles hasta sacar dos sobres con nuestros respectivos nombres—. Es todo.

—¿Y ya está? ¡Esto es...!

Imposible. Increíble. Surrealista. En cuestión de minutos había pasado de la relativa tranquilidad al saber que podría utilizar el dinero de sus cuentas para la explotación de Killaloe, al pánico más absoluto al comprender que, si ella concebía un hijo antes que yo, me arrebataría mi hogar, además del dichoso gabinete.

Martina se levantó de un salto al mismo tiempo que yo; no retrocedió cuando di un puñetazo sobre la superficie de la mesa con toda la intención de intimidarla, ni tampoco cuando me acerqué tanto a su cara que nuestras bocas terminaron a solo unos centímetros de distancia.

—¿Qué has hecho? —siseé—. ¿Cómo le engatusaste?

—¿Qué estás insinuando?

—Siempre te consideraré inteligente. Saca tus propias conclusiones.

Le costaba respirar, pero no me engañaba. Si Max la tomaba tan en cuenta, era porque tenía razones de peso. Imaginarme cuáles me producía náuseas.

Estuve a punto de detener la lectura del testamento para llevármela y sostener una conversación en privado, pero, después de lo que acababa de escuchar, cambié de idea. La antigua Martina no parecía vivir en aquel cuerpo. Y yo debía defender lo mío.

Esa era mi realidad ahora.

Cogí aire con dificultad y me incliné más hacia delante, ignorando deliberadamente cómo Brian le rodeaba los hombros con un brazo, intentando protegerla de mí.

—No se te ocurra decir nada —le advertí, señalándole con el dedo, antes de dirigirme a Pete—. ¡Esto es absurdo! ¡Una puta encerrona!

—He leído cláusulas más absurdas que esta, te lo aseguro. Pero tu padre tenía razón. Habéis reaccionado como él esperaba.

—Tú lo sabías... —le acusé, dirigiéndole mi peor mirada mientras sentía el corazón latirme en las sienes—. ¡Es imposible que no lo supieras!

—Secreto profesional, muchacho. No puedes censurarme por guardarlo. —Peter se limitó a encogerse de hombros—. Tu padre era mi amigo, pero también mi cliente.

—Yo tampoco esperaba esto —se defendió Martina, mirándome directamente por primera vez en todo aquel despropósito—. Ni siquiera estoy segura de aceptar, así que no deberías preocuparte.

—Eso díselo a otro. Estás aquí, ¿verdad? Puedo pensar lo que me dé la puta gana.

—Pues adelante. No puedo esperar otra cosa de un gilipollas que hizo lo que hizo, tanto conmigo como con su padre. Qué leal por tu parte —siseó de manera que solo yo lo oyera. Me quedé blanco. ¿Qué otra información acerca de mí pretendía sacar a relucir? Intenté recordar detalles que se me hubieran pasado en un lapso de tiempo tan corto que apenas me di cuenta. La vi la primera vez que entró en mi casa, cuando se equivocó de puerta y terminó en el gabinete de psicología infantil de Max, presenciando una sesión de terapia con un niño autista. Después de ese incidente, sus visitas al gabinete se hicieron más frecuentes. Max estaba encantado. Decía que veía en ella a una profesional en potencia, lo cual la ayudó a decidirse por sus estudios de psicología. Lástima que poco después Max se largara, dejándonos a mi madre enferma y a mí en la estacada, y trasladando su gabinete a Dublín. En su momento no acepté que Martina se tomara bien aquella situación, pero ahora empezaba a entenderlo. Si la intención de Martina presentándose allí era joderme, no estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya—. ¡Ofendes su

memoria!

—¿Y tú la respetas, viniendo aquí como una trepa?

—¡Sí! ¡Yo le apreciaba!

—*Fíneáil*<sup>[2]</sup>... ¿Ahora se llama aprecio? Bueno, me vale si te vale a ti —añadí, encogiéndome de hombros mientras los sesos me hervían—. Yo prefiero pensar que tu... aprecio, viene de otras fuentes que se me escapan.

Martina se quedó lívida, pero no me permití el lujo de sentir nada.

Había aprendido a sobrevivir. Después de todo, yo mismo había propiciado la mierda que me rodeaba. Me había esforzado especialmente en ver a todas las personas que había dejado en la estacada como una especie de imágenes plasmadas en el papel, una más de mis creaciones pasadas, obsoletas. Ya no dibujaba, ya no pensaba en ellos. Para eso, hubiera tenido que revivir, y no me interesaba lo más mínimo. El dibujo como un arte había sido mi vida mientras estuve con Martina. Ella y mis bocetos complementaban mi existencia, rellenaban huecos, aplacaban dolores e incluso solucionaban problemas. Hasta que el destino me obligó a despedirme de ambos, para sobrevivir rodeado de realidades mucho más tangibles, aunque mucho más duras.

Ahora, me encontraba inmerso en mi pasado de cabeza. ¿Cómo había ocurrido?

Le sostuve la mirada, esperando que fuera ella quien la desviara. Si había allí alguien que sobraba, era Martina, sin lugar a dudas.

—Necesito saber qué habéis decidido acerca de la cláusula —dijo Peter después de un carraspeo que rompió el silencio—. Debéis aceptarla para optar a esa parte de la herencia. Pero tomaros vuestro tiempo. Si nos está viendo, mi querido Max debe estar disfrutando de lo lindo.

Le vi sonreír por el rabillo del ojo, pero me abstuve de preguntar qué había de gracioso en todo aquello o qué intenciones escondía la puta cláusula, porque no me respondería.

Apreté los puños sobre la mesa. Mi cerebro maquinaba a mil por hora. Buscaba un sentido a lo que me estaba sucediendo, para poder asimilarlo en el menor tiempo posible y reaccionar.

—Tyler... —murmuró Peyton, intentando sin éxito que volviera a sentarme.

—Martina... —susurró Brian, con idéntico resultado—, esta es tu oportunidad. Un gabinete ya formado...

Ella no le respondió, pero aspiró varias veces, como si le faltara el aire.

Cerró los ojos, con aquel gesto familiar que me decía que empezaba a sentirse acorralada. Encerrada.

Un segundo después, salió a trompicones del despacho, dejándome con los ojos fijos en la puerta abierta y un nudo de marinero en la boca del estómago.

Si aceptaba la tendría conmigo, en mi casa, en mi vida. Recordándome constantemente unos errores que no podrían ser subsanados, mucho menos ahora que Max y su extraño sentido del humor nos había convertido en rivales. Tenía que ignorar todo el daño que había visto en ella y llevarla a mi terreno antes de que desapareciera de mi vista... otra vez.

Bajé los cuatro pisos que me separaban del exterior en tromba, pero me detuve cuando la vi sentada en la entrada, con la cara enterrada entre las manos, inmune a la fina lluvia que todavía caía.

Intenté que no me afectara. Era prioritario que mantuviera la cabeza fría, pero, mostraba un aspecto tan vulnerable, tan débil, que por un momento me dejé llevar y terminé sentado a su lado, buscando las palabras mágicas con las que iniciar algún tipo de conversación.

—Eres rápida huyendo.

—No lo suficiente —dijo a la defensiva, sin molestarse en mirarme.

—Imagino que nuestro encontronazo te ha afectado. —No quise ver su reacción y saqué un paquete de cigarrillos del bolsillo—. ¿Fumas?

—No, no fumo. Y tú tampoco deberías hacerlo. Es malo para la salud.

—Creo que me he pasado ahí dentro.

—Sí, te has pasado.

—Bueno, acabas de dejarme claro que no eres la amante de mi padre, aunque no me lo hayas dicho.

—Sí, acabo de dejártelo claro. Y no, no te lo he dicho.

No me permitiría un acercamiento. Y ese intercambio de palabras me hacía sentir como un completo idiota. Debía pedirle sin más que dejara de inmiscuirse en los asuntos de mi familia, por mucho que Max la hubiera metido en ellos. Ahora. ¡Ya!

—Siento haberme comportado como un energúmeno sin educación —declaré al cabo de un rato.

—Sí, eso ha parecido.

—Parece que debemos hablar. Max así lo ha querido.

—Sí, así lo ha querido.

—Oye, ya sé que no me merezco más, pero, ¿podrías dejar de repetir mis últimas palabras? Me pone nervioso, y necesito tranquilidad para poder

seguir hablando.

Apagué el cigarrillo en la suela del zapato, tiré la colilla en una papelera cercana y volví a mi sitio. Estaba peor que nervioso. No sabía cómo afrontar lo ocurrido porque acababa de encontrarme con una auténtica desconocida. Las imágenes en las que mi chica de pelo rubio y mirada chispeante me brindaba la mejor de sus sonrisas no cuadraban con ese perfil duro. Ni con esa vestimenta rígida. Ni con esos dedos llenos de anillos extravagantes, que parecían tan fuera de lugar.

Mucho mejor, me dije. Así no tendría remordimientos.

—¿Vas a tolerarme el tiempo necesario para aclarar este malentendido? —añadí con todas las cautelas del mundo. Me lanzó una mirada fugaz y penetrante, antes de terminar asintiendo—. Escucha, puedes pensar que no tenemos nada que decirnos...

—Exacto. Has invadido mi espacio. Eres tú quién debe irse.

—Puede decirse que tú invadiste antes el mío —afirmé, mirándola de reojo—. Y diste a entender que había otra clase de relación entre Max y tú.

—Yo no di nada a entender. —Con un suspiro, se puso recta y volvió a concentrarse en la gente que pasaba. Ignorándome otra vez—. La relación entre tu padre y yo no es de tu incumbencia.

—¿Lo dices para castigarme? —siseé, disimulando el pinchazo que acababa de sentir en el pecho.

—Siento comunicarte que el mundo no gira en torno a ti. No eres tú quién me ha traído aquí.

—Max nos exige un hijo. Me gustaría saber qué vas a hacer al respecto. Si aceptas la cláusula, podrás arrebatármelo todo.

—Los niños del gabinete representan mi comienzo. Si la aceptas tú, podrás hacer lo mismo.

—No sabía que unos simples críos traumatizados fueran tan importantes, *m 'aghaidh gealach*.

Mi intención era parecer insensible, y lo conseguí. Martina apretó los puños al mismo tiempo que los labios. Se puso de pie, se alisó la falda y se inclinó hacia mí solo para golpearme la frente con el dedo, como asegurándose de que sus palabras penetraran en mi cabeza.

—No me sorprende que seas tan capullo, pero no se te ocurra volver a llamarme *eso* —siseó cuando yo me incorporé—. Nunca.

—Quizá deberías pensar si te conviene mudarte. —Tomaría el camino de la ofensiva directa para convencerla. Ella frunció el ceño, sorprendida por el

súbito giro en la conversación.

—¿Qué quieres decir?

—Pareces demasiado cosmopolita para un pueblo. Y luego están esos anillos tan horribles...

—Nadie te ha pedido tu opinión.

—Apuesto lo que sea a que tienes pánico a dejar el coche en el garaje para ir andando —insistí con un tonillo burlón que sabía que la ofendería. Su cara empezó a ponerse de un rojo muy vivo—. Incluso puede darte un infarto si no consigues engancharte a las redes sociales.

—No apuestes tanto —replicó con aspereza—. Podrías perder.

El intento había fracasado, pero dio paso a una ofensiva más directa. Incliné la cabeza hacia delante solo para que retrocediera, pero ella levantó su mentón con un gesto desafiante que ya conocía, y que me hacía hervir la sangre en las venas.

—No te aconsejo que aceptes —le advertí entre dientes.

—Ya me ha quedado claro. Pero lamento decirte que soy una persona con ideas propias.

—Si te empeñas en seguir el juego, acabaré por odiarte.

—Nada nuevo bajo el sol, por lo que veo.

—Intento tomarme el asunto con lógica —murmuré. ¡Por Dios! ¿Es que no pensaba dar su brazo a torcer de una puñetera vez?—. Están esperando una respuesta.

—¿Cuál será la tuya?

—No voy a abandonar mi hogar.

—Entonces se parece mucho a la mía.

Había tanta tristeza en sus palabras que por un momento no supe reaccionar. Solo cuando pasó por mi lado camino del despacho de Peter, y su brazo rozó el mío, se lo sujeté con firmeza.

—Espera. —Como si mi contacto le quemara, apartó el brazo al instante—. ¿Vas a aceptar?

Ella se limpió los últimos restos de lágrimas con el dorso de la mano. No me miró directamente, pero vi el dolor en aquellos ojos que un día me habían iluminado por completo. Vi la dureza de la vida. Una vida de la que yo no había formado parte... Hasta aquel mismo momento.

—Te comportaste como un cabrón en su día, pero ya está superado —me escupió, con tanta tranquilidad que me eché a temblar—. Cada uno es responsable de sus propias decisiones y esta es la mía. Me trasladaré a

Killaloe y empezaré en el gabinete lo antes posible, aunque tenga que emplear dos horas diarias en el camino.

—Oh, bien —dije, encogiéndome de hombros para ocultar la sensación de vértigo que empezaba a dominarme—. Por mí, perfecto. Pero si realmente vas a hacer lo que dices, quizá te encuentres con algunos obstáculos.

—¿Peores que tener que convivir contigo en la misma casa? —preguntó con una ceja levantada y todo su aplomo recuperado—. Lo dudo mucho.

Dio un paso adelante, pero le corté el paso. Empezaba a cabrearme de verdad, porque su determinación era auténtica, inquebrantable. No parecía dispuesta a dejarse convencer, ni intimidar, por muchos años de silencio que hubieran pasado entre nosotros.

Por un momento nuestros ojos se encontraron, y la antigua conexión fluyó a través de una pequeña chispa. Los dos la sentimos, porque parpadeamos desconcertados, aunque no nos movimos.

—No sabes quién soy ahora —siseé, acercándome tanto que pude ver cómo sus pupilas se dilataban mientras contenía la respiración—. Si te presentas en mi casa...

—*Nuestra* casa, ¿recuerdas? Será nuestra hasta que uno de los dos tenga un hijo.

Lo dijo sin titubear, lanzándome el desafío con aquella mirada afilada tan desconocida para mí. Entrecerré los ojos y apreté los labios.

—Si te presentas allí —repliqué con mi tono más seco y amenazante—, no te lo pondré fácil.

—Nunca lo has hecho, pero tranquilo. Soy una superviviente —afirmó cuando al fin la dejé marchar.

—¡Martina! —grité casi a la desesperada. Me sentí como un verdadero cabrón cuando ella se giró y pude ver el brillo de las lágrimas en sus ojos, pero no di marcha atrás—. Esto va en serio...

—¿Ves que me esté riendo?

—Voy a pelear cada puñado de tierra —le advertí—. Sin importarme contra quién lo haga.

—De acuerdo, entonces. —No se echó a temblar, ni desvió sus ojos. Solo enderezó los hombros y suspiró—. Quizás así dejes de mirar tu ombligo para ser consciente de algo más a tu alrededor.

Cerré los ojos y respiré hondo:

«Martina, lo siento muchísimo, pero no puedo responder a tus llamadas.

Solo puedo decirte que, ahora mismo, no soy la persona que necesitas. Es muy posible que nunca lo sea. Me equivoqué con respecto a nosotros. Los dos nos equivocamos. Sé feliz con cualquier otro. Por favor, perdóname».

A mi cabeza acudió aquel wasap enviado hacía seis años, junto con el nombre de Rachel.

Rachel, que se parecía demasiado a Martina cuando desapareció escaleras arriba.

Rachel, y su pequeño mundo, que regresaba al mismo tiempo que Martina me dejaba, como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros.

Quise culparla a ella, pero no pude.

Allí había un único culpable, y era Max. Max y su cláusula retorcida. Max y su egoísmo, que me impidió llorar su muerte incluso en su entierro.

Max, y la rabia que todavía me inundaba si pensaba en él.

## DOS

### *Martina*

—Cariño, si no estás segura, no es necesario que te muevas de aquí —me había advertido mi madre, acariciándome el pelo como cuando era niña—. Mar, Tyler te hizo tanto daño que dudo mucho que te hayas recuperado lo suficiente como para soportar su presencia con la indiferencia que necesitas.

—Esta es tu casa —apoyó Eirian, dándome un abrazo para corroborarlo—. Sabes que aquí también tendrás tu oportunidad como profesional, aunque te cueste más hacerte con tu propia cartera de clientes.

—Y vosotros sabéis que necesito hacer esto.

Ellos se miraron, comprendiéndose entre sí, antes de que Eirian continuara, en un tono mucho más cortante, aunque comprensivo en lo que a mí se refería.

—Has pasado lo suficiente como para saber que nunca debes quedarte de brazos cruzados por miedo —concluyó, ante el asentimiento de mi madre—. Vete si crees que es lo mejor para ti. Y si no quieres ir sola, Brian y yo ya hemos hablado.

—Eirian, Brian debe atender su galería de arte. Tiene cosas más importantes que hacer.

—Correcto. Pero si una vez allí te sientes amenazada... Ya sabes que en la parte de atrás de la casa guardo mis mejores herramientas de corte. Para el césped y el pequeño jardín, me refiero.

Pero me guiñó un ojo de manera que yo terminé riendo cuando vi cómo simulaba manejar unas tijeras de podar muy cerca de su entrepierna.

Se refería a Tyler. Eirian me brindaba su protección una vez más. Y yo no pude hacer otra cosa que sentirme agradecida por habérselo encontrado en nuestro camino.

—Mar, ¿me traerás algo cuando vuelvas de Dublín? Mamá me ha dicho que tienes que venir para la revisión médica...

Luna, ajena a los problemas más profundos de los que tratábamos los tres, fue por libre, por así decirlo. Mi hermana pequeña, la debilidad de Tyler cuando estábamos juntos, esperaba una respuesta. Yo le di la que ella quería, por supuesto.

Y luego me marché.

Mar. Solo mi familia utilizaba ese diminutivo. El resto, me llamaba por mi nombre completo...

Excepto Tyler, que utilizaba aquel *m 'aghaidh gealach*.<sup>[3]</sup> Tan odiado y tan deseado al mismo tiempo.

Había pasado una semana, y yo me sentía acorralada por mi propia decisión. Brian fue el encargado de acompañarme hasta el ferry de Cairnyan, que tendría que tomar en diez minutos para seguir mi camino hacia Irlanda, hacia Killaloe... Hacia Tyler.

Resoplé. Brian siempre había estado a mi lado desde la noche en la que todo había empezado y terminado, en los momentos difíciles de mi operación y posterior tratamiento para erradicar al «monstruo», como solíamos llamarlo. Me ayudó a mantener un mínimo de normalidad en mi día a día a pesar de que el pelo se me cayó, de que vomitaba y de que notaba cómo mis defensas descendían poco a poco, arrastrándome hacia una muerte que, de momento, había logrado esquivar.

Brian dio un paso al frente cuando decidí aparecer en la lectura del testamento de Max, ofreciéndose a acompañarme sin un solo reproche, sin un solo pero.

Había permanecido conmigo, igual que Eirian, porque Tyler había desaparecido. Dejándome con una sensación de culpa que, al mismo tiempo que parecía nueva, era muy, muy vieja.

¿Qué había en mí, que impulsaba a todos los hombres importantes en mi vida a huir? ¿Qué provocaba esa reacción de absoluto rechazo? Primero Christophe, mi padre, cuando solo era una niña que no comprendía por qué me dejaba sola. Que Eirian ocupara su lugar solo me hizo sentir aún más la diferencia. Una diferencia que nunca debió existir para mí. Después, Tyler. De la misma manera. Con un jodido wasap cuya misión era arreglarlo todo.

Debía ser alguna maldición. Algún tipo de destino que me perseguía. O quizá mi futuro era quedarme sola, desubicada. Siempre de acá para allá, aunque decidida a encontrar un lugar para mí. A encontrarme a mí misma, aprovechando la oportunidad de Max.

—Sabes que no estás sola, ¿verdad? Sabes que te apoyo. Que lo entiendo.

Brian me apretó la mano que mantenía sujeta entre las suyas, buscando mi mirada como cada vez que quería asegurarse de que me encontraba bien, aunque era consciente de que estaba triste.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe? Nada me gustaría más que darle una buena

patada en las pelotas...

—¡No! —exclamé, al ver que su cara se iba poniendo cada vez más roja—. No, en serio. Tienes que atender tu galería de arte.

—Si no estás segura, no tienes más que olvidarte del asunto.

—No puedo. Necesito... pasar página.

Poner distancia entre mis recuerdos más recientes y un nuevo comienzo. Entre el sufrimiento impreso en las caras de mi familia, tal vez para siempre, y una oportunidad de oro para demostrar mi valía como psicóloga, como profesional... Como persona.

No quería causarles más lágrimas, más dolor. Ni a ellos, ni a ninguna persona de las que me rodeaban.

Me miré los dedos y tragué saliva. La operación fue el principio de un calvario que llevaría siempre conmigo en forma de anillos. Diez. Cada uno con la imitación de una piedra preciosa diferente, que tanto Brian como Eirian me iban regalando después de cada sesión de quimio superada. Los repasé mentalmente. Estaba la amatista, que calmaba las emociones, el ágata, que protegía de los malos sueños, y también el lapislázuli, que representaba la amistad y la verdad. La apatita ayudaba a apartar la tristeza y el dolor, y el topacio azul aportaba valentía para superar miedos y obstáculos. El citrino era bueno para conservar la autoestima y la fluorita mejoraba la capacidad de intuición, cosa que necesitaría allá donde iba. Le acompañaba el granate, inmejorable para aumentar la resistencia y estimular los sentidos, y el jade, para aliviar el temor. El último estaba hecho de piedra de luna. De esa piedra se decía que ayudaba a cumplir con tu destino.

Cada una de ellas era preciosa por su significado, no solo por su aspecto. Podía haberme deshecho de ellos, pero formaban parte de mí porque me recordaban el largo camino de vuelta a la vida, en cuya meta encontré a otra persona completamente diferente de la Martina que lo había comenzado.

En noviembre haría un año del final del tratamiento con *Tamoxifeno*, pero las secuelas me recordaban que, aunque me considerara tan fuerte como para haber sobrevivido a mi propio infierno, todavía era vulnerable.

Brian resopló y me acarició la mejilla.

—Si ese cabrón te hace algo... —resolló, con una mirada de acero en sus ojos castaños.

—No, Brian, escucha. Lo pasado, pasado está, ¿vale? —Él no me respondió, pero yo le volví la cara hacia mí cuando la apartó—. ¿De acuerdo? —insistí.

Con un gruñido seco, claudicó. Un segundo después, su expresión dura se fue suavizando.

—Si hubiera sabido aquella tarde, cuando te conocimos en el instituto, que se iba a comportar de esa manera contigo, le hubiera arrancado el pellejo —rezongó, pero contuvo una sonrisa al ver la mía—. Joder, pequeña, quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Todavía me río si me acuerdo de ese día. La cara de aquel gilipollas que te había tirado los libros adrede cuando vio que, detrás de ti, tenías a dos tíos de diecisiete años que le sacaban una cabeza y varios dedos de músculos.

—Afortunadamente, no se quedó a ver la mía —apostillé yo, dejando el trasportín donde llevaba a mi gato, *Nerón*, mi precioso gato persa color crema con ojos azules, en el suelo—. Estaba completamente convencida de que se marchaba por los insultos en español que le lancé, y no por los dos estudiantes de último curso que tenía a mi espalda.

—Cuando por fin te atreviste a plantarle cara después de días de completo acoso y gracias a nosotros, todo hay que decirlo.

—No presumas tanto —dije, fingiendo enfado—. Llevabais observándome todo ese tiempo, y ni una sola vez acudisteis a rescatarme.

—Quejica. El tal Eric no volvió a molestarte.

—Te aburríste mortalmente, ¿verdad? Hasta hace dos años. —Entonces yo estaba en pleno proceso de recuperación. Los asuntos del corazón me interesaban más bien poco, al lado de mi supervivencia—. Salí un par de meses con John, pero dijo que no soportaba los efectos secundarios de mi tratamiento, cuando en realidad se lo estaba montando con otra.

—No se los hice tragar porque no me dejaste —apuntó. De un momento a otro, su expresión cambió de risueña a preocupada. La broma había terminado—. Martina, Tyler nos dejó a los dos.

—Y siempre he pensado que has sufrido tanto o más que yo por eso. —Abrió la boca, pero seguí hablando antes de que pudiera hacerlo él—. No, espera. Si tú le has perdonado...

—En Dublín tuve que contenerme para no destrozarle la cara, así que puede decirse que no le he perdonado. La cuestión es si podrás hacerle frente.

Me reservé la respuesta. Aunque la rabia había influido en mi decisión de empezar de cero, estaba muerta de miedo. Aterrorizada.

Había hablado con Max por teléfono un mes después del wasap de Tyler, tras pensármelo mucho y deducir que, en determinadas ocasiones, había que pasar por encima de orgullos ridículos y miedos tontos solo para averiguar la

verdad. Si Tyler se negaba a hablar conmigo y seguía en Irlanda, quizá su padre me diera respuestas.

Le conté lo que me ocurría, apelando al cariño que nos habíamos tenido mutuamente. Max no dijo nada... al principio. Después, no hubo quién lo callara.

—Es un imbécil. Un completo gilipollas que no ha sabido aprovechar lo que le ofreces —rezongó—. Pero no puedo hacer nada al respecto, pequeña. Ya sabes que no nos hablamos, y dudo mucho que volvamos a hacerlo.

A partir de ahí no volvimos a mencionar a Tyler, pero de vez en cuando me llamaba para preguntar por mi estado, o me enviaba algún correo electrónico. Cuando supe que había muerto, no pude asistir a su entierro, pero, al recibir la llamada del señor O'Rally, acepté su última voluntad.

A sabiendas de que me encontraría con una de las personas que más daño me había hecho en el peor momento de mi vida, me presenté en la lectura del testamento. Pensaba que, después de casi seis años y una férrea gestión de las emociones que me permitió sacar mi título de psicóloga infantil y toda la mierda que me corrompía por dentro, no me afectaría más de lo que podría afectarme una repentina lluvia sin tener un paraguas a mano.

Estaba completamente equivocada.

Verlo delante de mí hizo que me revolviera de pies a cabeza. Se me erizó hasta el último pelo del cuerpo, se me puso la carne de gallina y el sudor empezó a salirme por todos los poros. El temblor que me dominó fue tan grande que creí de verdad que él se daría cuenta.

Pero era tal su sorpresa al encontrarme allí que no se dio cuenta de nada más. Yo también me sorprendí, justo antes de empezar a cabrearme al escuchar las condiciones. Max me había puesto un caramelo en la boca para a continuación colocarme obstáculos que, si para otras personas resultaban casi surrealistas, para mí se acercaban al milagro.

La enfermedad conllevó un tratamiento muy agresivo. Max conocía todos esos detalles. Aun así, me exigía un hijo.

Sí, estaba muy enfadada con él, pero, por una fracción de segundo, consideré que aceptar era una venganza lo suficientemente justa para Tyler. ¡Se lo merecía, joder! Eso y todo mi odio, toda mi rabia acumulada, todas las preguntas que debería haberle hecho... Pero que no le hice.

En su lugar, me dediqué a recolocar aquella imagen espectacular en mi cabeza. Su aspecto, varonil y al mismo tiempo descuidado, con unos músculos, más desarrollados de lo que yo recordaba, en una estatura que

seguía siendo impresionante. Sus rasgos suaves de niño bueno y aquellos excepcionales ojos grises que miraban con dureza, con desdén, con ira.

Nunca había fumado, y ahora lo hacía casi continuamente. Intenté que el detalle no me afectara, odiarle hasta el punto de alegrarme por todo lo malo que le pasara, pero no pude evitar advertirle y preocuparme por su salud. Y eso añadió más leña al fuego.

—No siento indiferencia, pero tampoco el odio que esperaba —le confesé a Brian. Vi que el brillo de sus ojos se apagaba en parte, antes de que mirara hacia el ferry que se acercaba.

—Eso no lo sabes —replicó, con una dureza controlada, como si temiera ofenderme—. No puedes saberlo con vuestro encontronazo, o lo que fuera. Martina, solo tienes veinticuatro años.

—Que sea joven no significa que sea débil. No me voy a romper tan fácilmente, Brian.

—¿No? —Sonrió y yo le correspondí. No. Los golpes de los últimos años me habían convertido en una persona vieja en cuya lista de prioridades no cabía la venganza. Al menos, no en la superficie—. Dime, ¿qué harás cuando veas alguno de esos bichitos del campo que tanto te gustan? Por ejemplo, una araña correteando por tu brazo...

Me estremecí con solo imaginármelo, provocando que Brian se desternillara de risa.

—Te llamaré para que la ayudes a regresar a su tela —bromeé.

—Martina, te vas a vivir con un hombre que no conoces. —Y eso iba en serio. Muy en serio.

—Si mal no recuerdo, me animaste a que lo hiciera.

—Te animé a aceptar el negocio del gabinete, que no es lo mismo. —Pero sabía lo que tendría que hacer para conseguirlo. Por eso resopló y se frotó la frente, desviando su mirada de la mía—. Desde el tratamiento te has vuelto más metódica, mucho más puntillosa con todo lo que te rodea. Tyler no sabe lo que te ocurrió, así que irá a por ti para que renuncies. Y esa condición absurda...

Tenía razón. Contrariamente a lo que solía suceder con pacientes de cáncer que lograban curarse, me obsesioné con el orden, con el control de cada detalle por pequeño que fuera. Necesitaba saber que, de alguna forma, tenía poder sobre todo lo que ocurría a mi alrededor para que la enfermedad no volviera a pillarme desprevenida. Había vivido entre algodones durante los últimos cinco años, envuelta en miedo, en la sensación espantosa de

temporalidad, queriendo abrazar todo aquello que se me ofreciera por el temor de perderlo antes de disfrutarlo.

Todo excepto el amor. Jamás volvería a enamorarme. Ni podría asumir un nuevo desengaño, ni sería capaz de condenar a la otra persona al tipo de sufrimiento que conllevaba la enfermedad, la degradación progresiva del tratamiento que no garantizaba la vida, pero que parecía sumirte en una continua agonía.

Si el cáncer regresaba, lo afrontaría sola.

Esta vez fui yo la que le acaricié la mejilla, para después estamparle un sonoro beso en ella.

—Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Claro que sí, pequeñaja —me susurró al oído, antes de soltarme. Yo volví a coger el trasportín. Necesitaba algo con lo que mantener las manos ocupadas. A pesar de que su expresión era triste, me guiñó un ojo y trató de sonreír—. ¿Estás segura de que quieres hacer un viaje tan largo sin compañía? Eirian me mataría si sabe que te he dejado marchar así, por las buenas...

—No es por las buenas. Es porque yo te lo he pedido.

—¿Sabes que desde que te has convertido en una superviviente no hay quién te tosa? —replicó con una media sonrisa, antes de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja e intensificar su mirada—. ¿Me llamarás en cada parada?

—A ti, a Eirian y a mi madre. Os lo he prometido.

Se alejó hacia su propio coche, pero a medio camino se dio la vuelta.

—Si me necesitas, silba —añadió, con una expresión triste en la cara.

Asentí, pensando en que haría todo lo posible por no necesitarlo.

Varias horas de largo camino después, no tuve más remedio que hacer otra parada en beneficio de *Nerón*. Elegí el extremo del impresionante puente de piedra de trece arcos que unía las localidades de Ballina con Killaloe, donde no entorpeciera el tráfico. Saqué el trasportín y dejé que el pobre animal controlara su ansiedad al permanecer tanto tiempo ahí encerrado, mientras yo intentaba hacer lo propio con la mía.

Max había dispuesto aquel viaje con toda la intención del mundo, pero, ¿cuál?

Lo poco que había conocido de él me mostró un hombre afable, cercano, generoso, pero agobiado por la bipolaridad de su mujer y su tirante relación

con Tyler. Nunca esperé que Max afrontara dichos problemas con una separación fulminante que dejó a su hijo a cargo de su madre con una edad en la que los chicos pensaban en emborracharse y salir con chicas, cuantas más, mejor.

Tyler le odió desde ese preciso instante, pero fue ahí donde sus viajes a Irlanda empezaron a sucederse con regularidad, para mantenerse al tanto del funcionamiento de la pequeña propiedad que poseían en el pueblo. Su madre había sido la causa de que se mudaran a Escocia, pero una tarde, tomó las pastillas equivocadas cuando él se encontraba en clase, lo que le provocó una subida de litio que derivó en su muerte.

No pude espantar su imagen, completamente destrozado, lamentándose por su descuido. Canalizando toda su rabia hacia sí mismo por no haber sido cuidadoso con la medicación, por no haber estado allí para asegurarse de que tomaba la dosis correcta y por el abandono de un padre, que no volvió a Edimburgo después de la separación salvo para el entierro de su ex mujer.

Ty, gritó mi mente. Mi Ty...

No. Ya no era mío. En realidad, nunca lo había sido. Lo que se presentó en el despacho del abogado era un cascarón compuesto por un cuerpo perfecto y relleno de algo desconocido que, sin embargo, no me asustaba lo suficiente como para dar marcha atrás. Ni siquiera al verle tan bien acompañado por aquella morena que no paraba de tocarle, mientras me miraba con una mezcla de extrañeza y rechazo que me obligó, por el bien de la reunión que se celebraba, a bajar la cabeza e ignorarles. ¡Joder, no estaba acostumbrada a ese tipo de humillación! Porque, para mí, desviar la mirada de la persona que más daño me había ocasionado en los últimos años, era humillarse.

Escuché un nuevo gemido de *Nerón* en el asiento trasero del coche. Él era tan importante para mí como yo misma. El regalo de mi madre y Luna, el día que desperté de la operación.

—Tranquilo, bonito, tranquilo...

Estiré la mano derecha hacia atrás, hasta tocar los barrotes del trasportín, esperando que el gato se calmara al percibir mi olor, pero siguió gruñendo y jadeando. Ver que sufría era superior a mis fuerzas, así que aceleré al mismo tiempo que comprobé que el GPS no daba señales de vida. No me fijé en la velocidad, y sí en que la carretera secundaria flanqueada por la catedral de San Flannan a un lado, y por el enorme lago Derg con sus barquitas, al otro, estaba completamente desierta.

Mejor. En cuanto me cruzara con alguien, le preguntaría por...

El sonido de una sirena me sobresaltó tanto que grité, provocando que *Nerón* volviera a maullar pidiendo auxilio. La sirena que escuché me obligó a detenerme en el arcén de la carretera.

Un policía de la Garda se acercaba, libreta en mano.

# TRES

## *Martina*

—Buenos días, señorita. ¿Tiene prisa?

Era alto, con el uniforme de la Garda irlandesa que le sentaba muy bien, y con una mirada que habría pasado por cálida, si no hubiera sido porque lo que miraba era mi cuentakilómetros.

—No, agente.

—En realidad, soy sargento de Killaloe —dijo el desconocido—. Aunque para multarla sirvo igual. Su documentación, por favor.

—Oh, vamos... ¡Si no pasa nadie por aquí!

—Legalmente, eso no la exime de la sanción. Por favor... —repitió.

Tardé un siglo en encontrarla en la guantera del coche. Si algo no había previsto era meterme en problemas con la ley en mi primer día en Killaloe. Pero cuando le extendí mi permiso de conducir, el sargento sustituyó el ceño fruncido por una incipiente sonrisa.

—Martina Garrido —leyó. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa—. ¿Eres la mujer que se coló en el testamento de Max, el psicólogo infantil?

—La misma. Me he perdido. Estoy buscando la propiedad de Tyler Freeman.

El sargento me devolvió el permiso y señaló mi GPS.

—Algunos adelantos tecnológicos son inútiles en según qué lugares —apuntó con naturalidad—. Una vez que sales del pueblo la cobertura falla bastante, aunque ya he visto que no has tenido problemas en rebasar la velocidad permitida.

—Lo siento, de verdad.

—Lo pasaremos por alto si me dices que vienes a retorcer las pelotas al amigo Tyler. —Ante mi cara de circunstancias, añadió—: Perdona, pero todo el mundo conoce ya la cláusula de Max y tus intenciones. Ya sabes, en un pueblo pequeño las noticias corren deprisa.

—Bueno, en realidad no he pensado siquiera en las pelotas de Tyler.

—Esto no va a tener desperdicio... —Soltó una carcajada y me extendió una mano a través de la ventanilla que yo estreché—. Me llamo Jayden Quinn. Encantado de conocerte. Puedes llamarme Jayden. O, si te resulta más cómodo, sargento Quinn. Como prefieras.

—De acuerdo, Jayden. ¿Por dónde tengo que seguir?

—Toma el primer camino que te encontrarás a la izquierda. La vegetación será cada vez más tupida, hasta terminar en un pequeño claro. Deja el coche allí y sigue por el sendero a pie. Te encontrarás una pequeña casa, un establo contiguo y una extensión de prado cercado. Entre otras cosas, es lo que Tyler utiliza para que sus alumnos se sostengan sobre un caballo.

—¿Tyler enseña?

—Es tan ridículo... En fin —añadió, sin esperar a que yo respondiera—. Si sigues mis instrucciones darás con ella sin necesidad de GPS.

—Gracias.

—No las merecen. Mi padre es el alcalde. No me permitiría comportarme mal con la mujer que viene a poner las cosas en orden —presumió, en un gesto que entonces me pareció gracioso, sin sospechar cuántas veces terminaría opinando lo contrario.

—En ese caso, supongo que te veré en el pueblo...

—Sí, claro. —Jayden se asomó de nuevo a mi ventanilla muy serio. Parecía a punto de soltar la mayor revelación del mundo cuando dijo—: No sé hasta qué punto conoces a ese tío, pero me veo en la obligación moral y profesional de advertirte acerca de su carácter... complicado.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

No se me había pasado por alto el timbre de su voz mientras me advertía acerca de Tyler. Quizá tuviera que tomarlo en consideración. Quizá debería borrar de mi memoria aquel hombre encantador de sonrisa irresistible y personalidad atrayente que fue mi primer amor.

Quizá, después de todo, tuviera que protegerme contra un desconocido del que ya no sabía nada.

Fui capaz de llegar al pequeño claro en medio de la vegetación, tomando como referencia el lago que permanecía a mi izquierda. Apagué el motor y casi corrí en auxilio de *Nerón*. No podía sacarle del trasportín todavía, pero el aire fresco que recibió cuando salió del coche pareció calmarlo un poco.

Desde allí, el sendero se estrechaba hasta prácticamente desaparecer y el terreno se hizo más difícil de recorrer. A pesar de ser ya media tarde, el sol me molestaba. Me picaba la piel aunque utilizaba la crema recomendada por el médico como protección extrema después de la radioterapia.

Y pese a que todos los males parecían agrandarse a cada paso que daba, se desvanecieron en el aire cuando contemplé dónde había ido a parar.

Parecía un cuadro. La casa de dos plantas con un pequeño porche, la fachada amarillo pálido, las ventanas de madera y una puerta con llamador dorado. La valla contigua de color blanco inmaculado, que acotaba un espacio de terreno de hierba aparentemente fresca y obstáculos de hípica perfectamente diseñados. El edificio anexo con grandes portalones, de donde salían los relinchos de varios caballos, o el enorme cobertizo contiguo.

Y un columpio.

Sí. Un columpio colgando del robusto tronco de un árbol, que llamó mi atención y me hizo sonreír. Pensé en mi hermana. En risas agudas, mezcladas con otras graves. En bromas provenientes de un Tyler que me decía un mundo con una simple mirada.

Todo el conjunto parecía una de sus creaciones con el carboncillo. Ni siquiera la enorme moto negra que asomaba por la puerta de ese cobertizo parecía fuera de lugar. Tampoco el olor fuerte que atacó mis fosas nasales hasta hacerme fruncir los labios con repugnancia, o los golpes secos, pero rítmicos, que parecían proceder de la parte trasera de la casa.

Caminé hacia allí esperando ver el gesto huraño de Tyler de un momento a otro.

—¿Hola?

Nadie me respondió y los golpes no cesaron, así que seguí avanzando.

Hasta que la octava maravilla del mundo me dio la bienvenida de perfil.

Manejaba un hacha como si fuera una extensión más de su brazo izquierdo... Y menudo brazo. Supuse que tenía la misma carga de músculos perfectamente perfilados que el derecho, porque estaba cubierto con un enorme dragón chino desde el hombro hasta la muñeca, enroscado y con una boca llena de dientes desembocando en ese lado de sus pectorales. Mis pies se quedaron clavados en el mullido césped como si la fuerza de la gravedad tirara de ellos más de lo debido. Dejé el trasportín en el suelo y me protegí los ojos con la mano a modo de visera para asegurarme de que lo que veía era real. El hombre que flexionaba la parte superior de su cuerpo, haciendo una auténtica exhibición de espalda bien proporcionada, solo iba vestido con unos vaqueros viejos y desgastados que le sentaban como un guante. Marcaban un trasero definido, de caderas estrechas y glúteos firmes.

Era la sensualidad viviente. Siempre lo había sido. Tenía la facultad de imprimir fluidez a sus movimientos, como si entre ellos existiera un nexo que los unía para formar un todo lleno de atracción sexual directa al centro de mis muslos. Daba igual que sus manos se dedicaran a crear vida a través de un

papel y un lápiz, o a partir leña a base de fuerza bruta.

Ya conocía su efecto en mí. Era el mismo que experimentaba en ese momento, como si no recordara lo que había ocurrido entre nosotros, la montaña de motivos que debería obligarme a rechazar cada partícula de aquel cuerpo que, siendo familiar, al mismo tiempo me resultaba extraño.

El brillo de la hoja del hacha que se levantaba para después hundirse en la madera, me hipnotizó. La tensión muscular de los brazos de Tyler al utilizar tan solo una pequeña parte de su fuerza —estaba segura de que era así—, consiguió que ralentizara mi respiración hasta hacerla casi inexistente.

Retrocedí hasta que el tatuaje desapareció de mi vista para ser sustituido por la plenitud de su espalda. Podría quedarme allí por toda la eternidad, fingiendo que no le conocía de nada. Si todo fuera tan sencillo... Contemplar el pantalón ajustado a esas caderas firmes, sus piernas abiertas para guardar el equilibrio, mostrándome la infinidad de surcos y valles que el esfuerzo dibujaba en su espalda o el sudor que la recorría. Escuché el sonido del agua de un pequeño cubo, situado a su izquierda, al echárselo por encima cuando terminó su tarea. Observé embobada cómo sacudía su pelo castaño para quitarse el exceso de humedad, hasta que unos ladridos me distrajeron.

Un enorme perro corría hacia mí sin darme apenas tiempo a reaccionar. Retrocedí por instinto, pero mi botín derecho terminó hundido en un enorme mojón de caballo al mismo tiempo que Tyler se giraba y, con un simple silbido, lo detenía en seco para poder agarrarlo por el collar y evitar que me tragara de un solo bocado. Un par de pasos detrás de mí, *Nerón* gruñía completamente encrespado ante la visión del perro, mientras este le devolvía el saludo, decidido a ir a por él.

Agradecí para mis adentros que Tyler hubiera tenido el detalle de sujetarlo para evitar males mayores, aunque ahora mi mayor preocupación fuera mi pie.

—¡Mierda! ¡Joder! —mascullé.

—Sí a lo primero, no a lo segundo. Al menos, conmigo. Quieto, *Thor*... —susurró al mastín. Su mano presionó el cuello peludo sin dañarle, y así, ante mis asombrados ojos, el perro dejó de fijarse en *Nerón* cuando, progresivamente, terminó por tumbarse de lado, completamente rendido a la persuasión de su dueño. Tan solo levantó un poco el hocico para olisquearme cuando di un paso hacia él—. No es peligrosa, solo inútil para la vida de campo. No sabría partir leña ni aunque su vida dependiera de ello, o tuviera que apilarla para encender la chimenea en invierno. Ni siquiera mira por

dónde pisa, y si hablamos del resto del trabajo...

Sus últimas palabras habían sido todo un desafío. Se las dedicaba al perro mientras le ataba a una gruesa cadena, pero en realidad iban dirigidas a mí.

Empecé a contar para gestionar mis emociones mientras me miraba los pies.

Uno, dos, tres, cuatro...

—Mis mejores botines...

—La mierda de caballo no entiende de calzado.

—No lo vas a conseguir, ¿sabes?

Tyler me miraba como si estuviera a punto de dictar sentencia en mi contra. Tenía los labios apretados y los brazos en jarras, consiguiendo que su pecho pareciera más ancho de lo que ya era.

—¿El qué?

—Asustarme comportándote como un jodido cavernícola. —Y para corroborarlo, imité su postura. Sus ojos se fueron enseguida hacia el escote de mi vestido. No pude evitarlo; casi noté cómo la piel empezaba a reblandecerse por esa simple mirada. ¡Mierda de debilidad! Di un paso atrás y pasé a cruzarme de brazos. Tyler parpadeó antes de volver a posar sus ojos en los míos. Bien, mensaje recibido—. Estás dispuesto a hacerme la vida imposible para que me vaya, ¿verdad?

—No es un secreto.

«¿Por qué? ¿Qué te hice para que peles de esa manera contra mí, en vez de ofrecerme una disculpa y unas cuantas razones de peso para que al menos pueda tolerar tu recuerdo?».

Me tragué el pensamiento y las ganas de salir huyendo. Si planeaba aceptar la parte que Max había dejado para mí, más me valía hacer frente a todo lo que se me pusiera por delante, Tyler incluido.

—Pues a partir de ahora, tampoco lo será el hecho de que no me voy a esconder con tus rabetas. —Antes de que pudiera responder, señalé su brazo, buscando un tema alternativo con el que esconder mis nervios desatados—. No sabía que te gustaran los tatuajes...

—No sabes nada de mí, ni te importa. Tienes la piel muy fina para los contratiempos del campo. Todavía me extraña no verte chillando como una histérica por lo ocurrido.

Segunda provocación abierta cuyo objetivo era defender lo suyo. No se lo censuré, pero yo también sabía defenderme de tipos como él.

Cinco, seis, siete, ocho...

Levanté el pie y lo froté en la hierba como pude. A esas alturas, la sonrisa victoriosa de Tyler le ocupaba casi toda la cara.

—Eres más capaz de controlar los instintos de un perro que los tuyos. ¿Nadie te enseñó modales?

—No. Esperaba a una señorita estirada de ciudad para eso. Y mira tú por dónde, acabo de encontrármela.

Parecía haber recuperado el control sobre sus reacciones, porque dejó su postura amenazante y se puso una camiseta aún más desgastada que los pantalones. *Thor* había pasado de mostrarse como un monstruo amenazante a resoplar tumbado, como si me conociera de toda la vida. Sonreí y me acerqué a él, con toda la cautela del mundo. Mi expresión se volvió de auténtica victoria cuando, después de conseguir la tranquilidad necesaria, toqué su cabezota y dejé que me lamiera la palma.

—Perrito guapo... Perrito bonito... —alabé, conteniendo la risa cuando acerqué la cara y sentí la humedad de su hocico. Luego, me permití el lujo de levantar la vista hacia Tyler, que observaba la escena, desconcertado y bastante molesto—. No te pareces en nada a tu dueño. Tú eres mucho mejor.

—Chucho desagradecido... Ya hablaremos tú y yo —rezongó, señalándolo con el dedo. *Thor* gimió, y él centró toda su atención en mí—. No dudes que, llegado el caso, me obedecerá. Por mucho que ahora se haya vendido por unas cuantas caricias.

Retrocedió y encendió un cigarrillo con ansiedad. Le dio unas cuantas caladas antes de apagarlo en la suela de la bota, para tirar la colilla a la basura. Un nuevo vistazo a su anatomía hizo que la sangre me barbotara en las venas. Todo en mí reaccionó como siempre lo había hecho, pero recuperé el control y la frialdad. No había llegado hasta allí para ponerme a suspirar como una adolescente hormonada. El físico me atraía como un imán, pero aquella manera cobarde de hacer las cosas se había convertido en una barrera, infranqueable con nada que no fuera deseos de obtener una respuesta digna de mí como persona.

—Reconozco que no pensé que te atrevieras a poner un pie aquí, pero ya que lo has metido hasta el fondo... —Su voz había cambiado el tono imperativo por otro mucho más envolvente. Se sacudió los pantalones y se inclinó ante mí con una absurda reverencia y una sonrisa burlona—: Bienvenida a *mi* territorio, aunque no te esperara.

—Te dije que vendría.

—Y yo te dije que por mí, perfecto. Lo cual no significa que tenga que

hacer fiesta nada más verte. Estás en *mi* campo, junto a *mi* valla, mirando cómo parto *mi* leña y pisando parte de la mierda de *mis* caballos. No tienes derecho a quejarte, ni a observarme como lo has hecho hasta que este saco de pulgas se ha acordado de hacer su trabajo—añadió, señalando a *Thor*, para después señalarse a sí mismo— Sí, me he dado cuenta de que estabas espiándome. ¿La señorita ha quedado satisfecha con mi exhibición, o necesita más? Te advierto que para los numeritos de streaptease cobro una cantidad que no todas pueden pagar. Nadie te invitó a venir. Me alegrarías el día si esto te resultara tan insoportable como para comprenderlo en el próximo minuto.

Aquello fue demasiado para mi aguante.

¡Nueve y diez!

—Pues siento decepcionarte. —Levanté la barbilla para llegarle a la altura del hombro, y adopté la misma postura desafiante que él. Sus ojos grises brillaban. Parecían fríos, hirientes, pero tenían un fondo extraño cuando los paseó por toda mi anatomía, haciéndome temblar en el recorrido—. La señorita estirada de ciudad acaba de darse cuenta de que está delante de un cerdo parlante que huele a sudor rancio, lo cual no es obstáculo para que siga pensando en hacer lo que cree que debe hacer. Puedes seguir intentándolo hasta hartarte, irlandés. Me quedo, te guste o no.

Tyler se quedó en silencio. Luego frunció el ceño, abrió aquella boca carnosa y echó la cabeza atrás con una carcajada que me dejó completamente descolocada.

—¡Vaya! —exclamó, dándome la espalda para colocar cada trozo de leña partido, formando una especie de muro apoyado contra la pared—. ¡Has vomitado ese palo de escoba que te habías tragado antes de lo que me imaginaba! ¡Enhorabuena! Ahora ya puedes regresar a tu vida estresante completamente satisfecha de ti misma.

—¡Eh, espera! —Casi tuve que correr para seguir sus largas zancadas cuando él se dirigió hacia el cobertizo—. No me has entendido.

—Te he entendido a la perfección, pero tu pie huele demasiado mal como para permanecer mucho tiempo a tu lado —replicó molesto.

De repente, un gruñido sordo llamó nuestra atención. A unos metros de mí, *Nerón* volvía a jadear. Me agaché y metí los dedos entre los barrotes del trasportín, esperando que él me los lamiera.

—Oye, me da igual lo que pienses de mí, pero el estrés puede dejar calvo a mi gato, ¿sabes? —dije, elevando el trasportín hacia Tyler—. Así que será

mejor que me abras la puerta.

Él se detuvo a medio camino entre el cobertizo y yo.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó, girándose con mucha lentitud.

—Que el estrés...

—Me refiero a lo otro. —De repente dio un paso hacia mí. El gesto fue tan duro que yo retrocedí sin darme cuenta—. ¿Hablas de mi casa?

—*Nuestra* casa. Pfff... Creo que Jayden se quedó corto cuando...

—¿Estuviste con Jayden?!

—Me perdí y él me indicó el camino.

A esas alturas, me miraba entre incrédulo y furioso. Gruñó algo por lo bajo, apretando los dientes hasta que los tendones de su cuello sobresalieron.

—Haces amistades con facilidad —murmuró con ironía—. Perros incluidos.

—Siempre se me han dado bien los animales. Aunque algunos se me resistan.

No quiso darse por aludido y sacó una moto aparentemente antigua del cobertizo. Yo permanecí inmóvil, sin saber muy bien a qué atenerme, hasta que señaló el camino hacia la casa principal.

—Debajo del felpudo tienes la llave. Pero antes deberías ir a por tu coche de niña bien...

—¿Niña bien? Sabes que no soy así.

—Lo sabía, que no es lo mismo.

Cogí aire con dificultad, mientras veía cómo Tyler ganaba terreno y persistía en su postura de intimidación. Deseé ver en aquellos ojos el brillo afectuoso que eché de menos en su día, pero no lo encontré. Solo me miraba con prepotencia, con la frialdad de quien está seguro de aplastar al enemigo sin esfuerzo.

—Es un trasto de segunda mano al que le falla el carburador de vez en cuando.

—Oh, vaya. Qué tragedia. —Pero su cara pareció suavizarse con un intento de sonrisa que interpreté como de ¿bienvenida? Bueno, a lo mejor exageraba—. Primera planta. Habitación justo al lado del baño. La más pequeña y destartada, por cierto.

—Gracias. Qué amable.

—De nada. —Seguí inmóvil, con *Nerón* reclamando mi atención, *Thor* a la expectativa, y aquel par de ojos grises clavados en mi cara, provocándome una sucesión creciente de escalofríos—. Supongo que querrás quitarte ese

vestido tan corto y esos botines tan poco apropiados para un lugar como este.

Se había fijado y trataba de disimularlo con el acelerón de la moto que me hizo pegar un salto. Al menos eso podía percibirlo, rescatarlo del antiguo Tyler, aunque lo aparté de mi cabeza enseguida.

No consentiría que nada de lo que me enamoró de él interfiriera en mis planes. Necesitaba conservar todas mis defensas intactas para conseguir mis propósitos. Por lo tanto, si él podía mostrarse como un frío gilipollas, yo también.

—¿No tienes coche? —pregunté, casi a gritos.

—La moto es mucho más segura.

—¿Para ti?

Tyler me dedicó una última mirada y volvió a colocarse el casco.

—Para el resto del mundo —aclaró, señalando a *Nerón*—. Cuando tengas a ese bicho fuera de la circulación, desata al perro. Y ahora, perdona si no te deseo buen día.

# CUATRO

## *Martina*

Da miedo ver cómo las personas más cercanas a ti pueden convertirse en extraños.

Con el paso del tiempo y la superación del cáncer, aprendí que, a veces, el destino nos lanza cuerdas llenas de nudos para llegar a nuestros objetivos. En ocasiones, esos nudos suponen una puerta abierta; otras, una traba muy grande, pero en nuestra mano está el deshacerlos.

Mi enfermedad, el «monstruo», había sido uno de los nudos más complicados de superar, pero lo había dejado atrás. Ahora, acababa de toparme con otro que se resistía a desaparecer, mucho más fuerte que hacía seis años. Y, según mi decisión, tendría que convivir con él.

Mis sentimientos habían permanecido muertos y enterrados la mayor parte del tiempo a base de una disciplina que me había ayudado a sobrevivir, a recuperar mi autoestima. Él no conseguiría destruirla, por muchas ganas que tuviera de montarme en el coche y marcharme por donde había venido, después de llamar al señor O'Rally para informarle de mi nueva decisión. Como *Nerón*, yo también podría sacar las uñas.

Por lo pronto, me encontraba en una casa extraña, sin demasiados adornos salvo algunos dibujos enmarcados y colgados en las paredes, supuse que confeccionados por Tyler... Y muy, pero que muy desordenada, como pude comprobar conforme fui visitando toda la planta baja. ¡Por favor! ¿Cómo se suponía que iba a vivir rodeada de ropa tirada por los sofás del salón, platos, vasos y cubiertos sobrepasando con creces la superficie del fregadero de la cocina, y migas de pan sobre cualquier superficie capaz de acogerlas? Eso por no hablar de varias botellas de cerveza vacías colocadas estratégicamente para provocar que tuviera que mirar cada centímetro de suelo que pisaba, e incluso... ¡Oh, Dios! ¿Aquello que asomaba por la portezuela abierta de la lavadora eran unos calzoncillos usados?

Sí, claro. Lo extraño hubiera sido encontrarme ropa limpia en una lavadora...

Contemplé aquel campo de batalla y resoplé, hasta que levanté la nariz, temiendo oler... Nada.

Eché un segundo vistazo a cada estancia.

¿Era posible? Lo valoré parada en la puerta del salón. Un perfecto salón con muebles rústicos y una chimenea vacía, pero sin un gramo de ceniza en ella, que me llevó a la imagen de Tyler colocando los leños, o a su manera metódica y pulcra de apagar los cigarrillos en las suelas de sus zapatos antes de tirar la colilla a la basura.

Y cuando saqué mi equipaje del coche y lo dejé en el pequeño hall de la entrada, lancé una exclamación de sorpresa.

¡Pues claro!

—Será cabrón...

Nadie que se molestara en apagar cigarrillos en la suela de su propio zapato sería tan desordenado. Tyler había preparado aquel escenario con toda la intención de provocarme rechazo, aunque hubiera proclamado a los cuatro vientos que no me esperaba.

Pensaba que así me ahuyentaría como si fuera una mosca molesta, pero solo demostraba que no me conocía en absoluto. No sabía a dónde había ido ni cuándo volvería, pero pensaba aprovechar aquel tiempo muerto que me había concedido, conscientemente o no, en mi beneficio.

Cuando entré en el cuarto que él me había designado, entre otros dos que también permanecían cerrados, me dio absolutamente igual que la cama no estuviera hecha y los muebles tuvieran al menos dos dedos de polvo debajo de unas sábanas viejas. Busqué en los cajones de la cómoda un juego de sábanas limpio, coloqué mi ropa en el armario, el marco que contenía la foto familiar con mi madre, Eirian y Luna en la mesilla de noche y mi ordenador sobre una mesa que, decidí, haría las veces de escritorio. Me tomé mi tiempo en descubrir un paño de cocina entre la montaña de cacharros sin fregar, lo humedecí y limpié los muebles para hacer mi dormitorio habitable. Por supuesto, no había comida para gatos, así que cogí un cuenco y lo llené con una lata que me había llevado para *Nerón*.

—Chica previsora, Martina —me felicité a mí misma cuando vi que mi gato la aceptaba sin problemas, adaptándose mucho más deprisa que yo.

Media hora después observé el resultado: la ropa de Tyler todavía permanecía sobre los sofás. Una provocación en toda regla, que pensaba empeorar. Busqué algo que añadir; al no encontrarlo en la planta baja, subí al primer piso y cogí las sábanas viejas que habían cubierto mis muebles. No era mucho, pero seguro que no esperaría encontrarlas cubriendo su sofá, con su ropa debajo.

Bieeen... Eso le enseñaría. Acto seguido, volví a mi cuarto, que olía a

limpio y a... ¿flores?

Me asomé a la ventana guiada por el aroma, hasta que vi de dónde podía proceder. Justo debajo, en la parte trasera de la casa, una especie de invernadero transparente, abierto por uno de los laterales, cubría una extensión de orquídeas, cuyos pétalos rosas tenían forma de alas de mariposa.

«Déjame que ponga tu flor preferida en el pelo de mi chica preferida...».

Me quedé sin respiración.

Eran orquídeas mariposa. Mi flor preferida. De color rosa.

Recordé el pañuelo que durante un tiempo cubrió mi cabeza, del mismo color, y cerré los ojos para evitar derrumbarme.

Él ignoraba la parte relativa al pañuelo, pero conocía mis gustos.

Y allí, justo debajo de la habitación asignada para mí, tenía uno de ellos.

Cerré los ojos e inspiré con fuerza. Tyler seguía echando raíces en mi cabeza como si fuera una mala hierba que yo necesitaba arrancar. Había abandonado mi zona de confort para pasar a la suya. La ventaja también era suya, pero en esos momentos cambié los términos. En esos momentos, solo rememoré los dedos empuñando el mango del hacha, llenos de fuerza y de seguridad, como él. Los mismos dedos que una vez tuve sobre los míos, unidos por una cinta azul que había simbolizado su mayor promesa. Esa que había roto poco después.

Me había dejado mi trozo en Edimburgo deliberadamente, pero no pude resistirme a llevarme el primer dibujo que Tyler me había hecho. Lo saqué del fondo del cajón donde lo había metido y volví a mirarlo de nuevo.

Allí estaba yo, con mi flor en el pelo y aquella luz en los ojos mientras le miraba fijamente, sonrojada después de haber hecho el amor con él por primera vez.

Era único dibujando. Había captado a la perfección mi amor por él, mi juventud, mi ingenuidad...

La realidad actual era bien diferente. Yo ya no era aquella chica, y él distaba mucho de conservar la personalidad envolvente que se convirtió en todo mi mundo. Ahora éramos dos personas adultas, preparadas para luchar por aquello que se suponía que nos importaba. Yo tendría que empaparme del negocio que poseía Tyler con los caballos si quería optar al gabinete, y él...

El sonido del teléfono me impidió seguir pensando, por suerte para mí.

—Hola, señor O’Rally —respondí cuando vi quién era.

—Hola, muchacha. ¿Ya has llegado a tu nuevo hogar?

—Llamarlo así sería un poco exagerado, pero sí, ya me he instalado en mi

cuarto.

El señor O’Rally soltó una carcajada que me hizo sonreír.

—No habéis hablado... —aventuró.

—Fue más bien una marcación de nuestros respectivos territorios —dije, intentando que no se me notara la tristeza que, contra mí misma, se me instalaba en el pecho si pensaba que lo ocurrido hacía tan solo una media hora, había sido una pérdida de tiempo por ambas partes—. De verdad, señor, si esto va a continuar así...

—¿Darás un paso atrás? Vaya, Max no me dijo que fueras alguien que se rinde con tanta facilidad...

—¿Max le habló de mí?

—Bastante. Pero tengo que advertirte que el diálogo fluido no es precisamente el fuerte de esta familia. Casi me puedo imaginar cómo te ha recibido Tyler. Es tan torpe... Todavía no ha asimilado la nueva situación y solo está dando palos de ciego, pero puedes considerarle una buena persona.

—Es usted el primero que me lo dice.

—¿Alguien más a quién tener en cuenta te ha dicho lo contrario?

—El hijo del alcalde —respondí, intentando no parecer una cotilla. Esperaba escuchar una risa despreocupada, pero en su lugar, oí una especie de chasquido disgustado—. Me advirtió acerca del carácter complicado de Tyler.

—Si Jayden se metiera en sus asuntos, todos seríamos mucho más felices, empezando por él.

Me sorprendió su tono despectivo. Desde el momento en que contactó conmigo para avisarme de la muerte de Max, solo había conocido su faceta amable y socarrona, así que no esperaba ese murmullo cargado de hastío hacia Jayden.

—En realidad, no lo conozco lo suficiente para tener en cuenta sus opiniones —comenté.

—Todavía —apuntó él. Su voz volvió al tono original cuando añadió—: Los padres de los pacientes de Max se han puesto en contacto conmigo para preguntarme cuándo reanudarán sus horarios con normalidad.

Sí, había viajado hasta allí para eso. Sí, formaba parte de la cláusula de Max, la parte más benevolente si ignorábamos la relativa a fabricar un niño con vete tú a saber quién. Sí, me había formado para ello, había realizado prácticas en Edimburgo con unos resultados más que buenos, así que podría considerarse que no era virgen en el tema ni mucho menos, pero el hecho de

enfrentarme a unos niños desconocidos aquejados de algún tipo de trauma, que confiaban en que yo siguiera los pasos de alguien tan experimentado como Max, hacía que el corazón me aporreara el pecho con toda la intención de provocarme una taquicardia por la emoción.

—Mira, ya sé que es difícil, pero tengo que recordarte que tú lo aceptaste. —La voz del señor O’Rally me hizo dar un bote sobre el colchón de la cama—. Aunque si deseas echarte atrás, tendré que darle la razón a Tyler y felicitarle por su intento patético de echarte de la casa...

Era una provocación infantil, lo sabía, pero no pude evitar reaccionar a ella.

—Por encima de mi cadáver —siseé, con el puño libre apretado sobre el colchón, como si tuviera debajo los testículos de Tyler debidamente aplastados—. Si ese ridículo clon de mafioso se cree que así va a conseguir algo...

—¿Clon de mafioso? Interesante. —Rio—. ¿Tan malo ha sido?

—Peor, pero soportable, de momento.

—Bien... No será igual a partir de ahora si sabes jugar tus cartas, Martina.

Me quedé en silencio un momento. ¿El abogado de la familia Freeman se ponía de mi lado?

—No me haga pensar que tiene intereses creados... —insinué sin cortarme un pelo.

—Los tengo, muchacha, los tengo, pero no son los que tú te imaginas. —Un nuevo carraspeo le interrumpió muy oportunamente. Yo sonreí. Sabía que, tuviera los motivos que tuviese, no me los diría—. ¡En fin! Como veo que no vas a renunciar fácilmente, reorganizaré la agenda de Max para que tengas el día ocupado, ¿te parece?

—Sin problema, señor O’Rally...

—Llámame Pete, por favor. No le daremos ventaja a ese clon de mafioso ni siquiera con mi nombre.

Una sonrisa radiante me iluminaba la cara cuando colgué. El cansancio del viaje empezaba a hacer estragos en mi cuerpo, poco acostumbrado a tantas horas de coche, así que decidí remediarlo con una ducha rápida y una pequeña invasión del espacio del baño con mis productos de aseo y cosmética. Afortunadamente, su aspecto era limpio y ordenado. Un par de toallas esponjosas colgaban del soporte de la pared, y un ligero aroma a coco se filtró por mi nariz en cuanto cerré la puerta —que, por cierto, tenía un pestillo que no funcionaba—, y abrí el grifo del agua caliente para meterme

debajo. Estaba dispuesta a dejarlo todo como si no hubiera pasado por allí. Y si tenía que hacer de Cenicienta mientras él seguía con aquellos juegucitos tontos, lo haría. Si Tyler pensaba en desaparecer durante un tiempo, por mí perfecto. Cuando volviera, se encontraría con todas mis pequeñas victorias.

Escogí unos vaqueros y una camiseta de manga corta que dejaba uno de mis hombros al aire, para calzarme con unas simples deportivas. Desde el tratamiento, me costaba soportar los tacones. Tampoco la ropa formal era santo de mi devoción, pero debía utilizarla para mi trabajo.

Luego le tocó el turno a mi pelo. Esa preciosa mata de la que tan orgullosa me sentía, después de haberlo perdido por completo para recuperarlo con más fuerza. Cuando me lo estaba recogiendo en una cola de caballo, escuché los ladridos de *Thor*.

—Ay, Dios, me había olvidado de ti...

Bajé corriendo las escaleras de madera con la intención de desatarlo. Que fuera propiedad de Tyler no significaba que se mereciera el destino de su dueño, pensé, mientras me aseguraba de dejar a *Nerón* dentro de la casa antes de ocuparme del perro.

—Espero que esto no signifique que me vas a coger manía a partir de ahora, ¿eh? —le dije, acariciando su cabezota peluda—. No me gustaría estropear nuestra amistad.

Esperaba un nuevo cargamento de lametones, pero en cuanto se vio libre, *Thor* salió disparado, emitiendo ladridos más agudos y meneando la cola, como si se dirigiera hacia alguien conocido...

Tyler. Fue lo primero que pensé cuando le seguí hacia el cobertizo de donde había salido con su moto. Era posible que, en medio de mi conversación con Pete, no hubiera oído su sonido, pero cuando entré y vi el enorme espacio en penumbras, ocupado en parte por una camioneta vieja, y un coche rojo con una capota que, supuse, habría sido blanca en sus mejores tiempos, igual de antiguo que la moto, lleno de tantas abolladuras como de polvo, parpadeé desconcertada. El lugar apestaba con una extraña mezcla de olores que tenían que ver con los vehículos que había dentro y con el desorden más absoluto. Me extrañó que Tyler lo tuviera en ese estado.

—¿*Thor*? —llamé, palmeándome el muslo para que acudiera. Desde luego, lo último que me hacía falta era que el perro se marchara de la propiedad y no estuviera allí cuando Tyler regresara. Entonces sí que me sentiría culpable—. ¡*Thor*, ven aquí!

Me respondió con un nuevo ladrido que seguí hasta entrar en los establos.

Contuve la respiración para no marearme con el olor de los caballos, pero enseguida tuve que cambiar de actitud, so pena de morirme asfixiada. El perro saltaba alrededor de una niña que me daba la espalda mientras, subida en un pequeño taburete, acariciaba el cuello de un caballo casi con devoción, y una mujer que le susurraba algo al oído.

Por la familiaridad con la que se desenvolvían supuse que serían conocidas de Tyler, así que no dudé en acercarme a ellas. La niña no parecía tener más de siete u ocho años, y sus trenzas, de un color castaño claro, se movían al mismo compás que su cara al rozarla contra la piel del animal.

Parecía una muñequita llena de vitalidad, toda dulzura, pero con una mirada chispeante que...

«No sigas por ahí, Martina. No es bueno para ti».

—Eh, cariño, le vas a sacar brillo si sigues así.

La mujer dejó de hablar en cuanto descubrió mi presencia. Era una figura menuda pero muy enérgica, vestida con pantalones vaqueros y con el pelo cobrizo salpicado de canas, completamente suelto, que se acercó a mí con una sonrisa deslumbrante y la mano extendida, en cuanto ayudó a la niña a bajar del taburete.

No debía rebasar los cincuenta, pero se movía como si todavía no los hubiera alcanzado.

—¡Oh, tenemos visita! —exclamó en tono jovial—. Tú debes de ser Martina, claro. Tyler estaba tan nervioso por verte que le perdonaré que se haya olvidado de su cita con Zoe. A todo esto, soy Moira, la abuela de esta ricura y dueña del subway del pueblo. Encantada de conocerte —añadió, sacudiéndome la mano con el mismo entusiasmo con el que hablaba, para pasar a hacer un examen más exhaustivo de mi persona.

—Lo mismo digo, señora...

—Moira, sin más. Pareces cansada y hambrienta. ¿Tyler tiene la nevera vacía?

—No me ha dado tiempo a averiguarlo. Lo haré en cuanto consiga controlar a *Thor*.

Alguien tiró de la manga de su camisa de cuadros. Su nieta quería hacerse notar, pero para mi total sorpresa, empezó a utilizar las manos en vez de hablar, a tanta velocidad que me costó seguirla.

—Hola —saludé con una sonrisa, esperando que pudiera oírme o, al menos, leer los labios.

—*Tyler no se ha olvidado de mí. Vendrá.*

—Espera... ¿Quién dices?

Me hizo gracia la forma en la que arrugó el ceño y simuló fumar un cigarro. Creo que supe enseguida de quién hablaba, pero quise asegurarme.

—Tyler —me respondió Moira—. En el lenguaje de los signos, es muy común utilizar gestos característicos de las personas para nombrarlas, en vez de deletrear su nombre completo.

Contuve la risa y asentí. Claro. Ceño fruncido y fumador. Desde luego, la niña era observadora.

—*Y tú eres Martina.*

Dibujó un círculo cerrado que comprendía su cara al completo y luego deletreó la palabra «Luna».

Si el corazón no se me hubiera detenido en ese momento, hubiera terminado por reírme.

«Cara de luna».

—Cariño, llevamos casi un cuarto de hora de retraso. Se ha olvidado —intervino Moira, sin que Zoe quitara los ojos de mi cara cuando asintió. Lo cual me daba a entender que el oído le funcionaba a la perfección.

«¿Problema de las cuerdas vocales?».

Me agaché para estar a su altura y le pellizqué la mejilla cariñosamente. Sus ojos azul oscuro se entornaron cuando sonrió.

—*Es posible que tu abuela tenga razón* —le dije utilizando su mismo lenguaje.

—*¡Eres muy buena con las manos!*

—*No tanto como tú. ¿Eres una de las pacientes de Max?*

—No, querida. Se le fue la voz hace unos meses, un día a la vuelta del colegio, y desde entonces estamos intentando averiguar la causa, puesto que ella se niega a contárnoslo —intervino Moira con un suspiro que me sonó más a tristeza que a resignación.

—*Dentro de nada voy a cumplir siete años* —me informó Zoe con orgullo—. *Tyler dice que me hago mayor, y que debería...*

Se calló de repente, adoptando una expresión mucho más huraña, con su mirada clavada en el suelo. Su abuela le acarició la cabeza mientras me miraba con tristeza.

—No hay ninguna causa física, según los médicos. En el colegio nos han asegurado que no ha ocurrido nada digno de mención, pero parece ser que aún es muy pronto para sacar conclusiones. Según el equipo escolar, debemos dejar que sea ella quién nos lo cuente cuando haya ganado confianza. No

tuvimos ocasión de probar con Max, pero al final seguiré el consejo de Tyler acerca de buscar un psicólogo.

—¿Tyler te lo aconsejó?

—Él y Zoe se adoran mutuamente. Y hace maravillas con los niños, ¿no lo sabías? —Por supuesto que no. ¿Cómo iba a saberlo? Mi idea de él se había transformado del objeto de todos mis sueños románticos, a un ogro, pasando por mi peor enemigo. Ahora, resultaba que también era capaz de ayudar al prójimo. Alguien más importante para una niña que su propio padre. Como si tuviera la confusión escrita en la cara, Moira sacudió la cabeza en dirección a los caballos—. Está convencido de que los animales ayudan a los niños, así que tiene un pequeño grupo en el que está Zoe, además de al menos una docena de adultos que vienen para aprender a montar y a conocer los alrededores a través de las rutas por las que él les lleva.

—*Tyler dice que es un hombre muy ocupado, pero que siempre tendrá tiempo para mí* —repitió Zoe con una sonrisa y un inesperado brillo en los ojos cuando captó, quizá por primera vez, el número de anillos que yo tenía en los dedos—. *Vaya... ¡Son muy bonitos!*

—¿Tú crees? ¿Más que los caballos?

—A Zoe le chiflan los caballos —intervino Moira, en cuanto vio cómo yo los examinaba de arriba abajo—. En teoría hoy no hay clases, así que para que el alcalde no le asfixie, y para no tener encima a Jayden y su reglamento, él prefiere decirle que se la lleva a... pasear.

Oh, interesante. Me la quedé mirando con el ceño fruncido llena de intriga. Así que había alguien capaz de atosigar al todopoderoso Tyler Freeman, pensé con sorna. Sí, y no precisamente a base de intentar averiguar qué era lo que en realidad mordía la boca de su dragón tatuado...

No me gustó la sensación que experimenté al recordarlo. Me hacía parecer vulnerable, algo así como una chica joven con muchas ganas de un revolcón. Y desde luego, si había algo que no quería de Tyler, era un revolcón.

Procuré centrarme en los caballos y en Zoe.

—¿Tienen nombre?

—*Este de aquí es Rayo, el más rápido. Tyler no deja que ninguno de nosotros lo monte, ¿sabes? Dice que si nos pasara algo, Nathan le cortaría las pelotas.*

—¿Zoe, esa boca! —Le expresión de Moira me hizo contener una carcajada. Me recordaba a mi madre, tratando por todos los medios de conseguir que contuviera mi lengua, hasta que fui lo suficientemente mayor

como para que se diera por vencida. Moira me dirigió una sonrisa nerviosa—. Esto es culpa de Tyler. Cuando lo tenga delante...

—No te preocupes por mí. Estoy curada de espantos —añadí, acariciando la cabecita de Zoe mientras le guiñaba un ojo—. Por cierto, ¿quién es Nathan?

—El alcalde.

Ninguna de las dos dijo nada más al respecto, aunque sus caras se volvieron serias de repente. Era como si un feo nubarrón hubiera cubierto nuestro cielo, llenándolo de un silencio tan incómodo que me esforcé en seguir con el tema original para quitar hierro al asunto.

—*Zoe, todavía deberías presentarme a algunos más, ¿no te parece?* —le pregunté, señalando al resto de los caballos.

—*Este es Sultán* —me respondió, con todo su entusiasmo recuperado. Realmente, parecía compenetrarse a la perfección con aquellos animales. Ellos dejaban que acercara su diminuta mano sin miedo, mientras era seguida de cerca por *Thor*, como un fiel perro guardián—. *Aquel del fondo se llama Lucifer. Trueno y Lucero son hermanos, pero uno es blanco, y el otro, negro. Tyler siempre monta a Trueno. Y la yegua se llama Luna.*

De repente, me quedé clavada en el suelo. Acababa de reparar en un detalle.

—*¿Puedes repetírmelos?* —pregunté, moviendo las manos muy despacio—. *Así, por favor...*

Zoe lo hizo. Y a cada gesto, mi corazón se detenía para después iniciar una carrera de fondo tan larga como las que yo solía dar todas las mañanas para mantenerme en forma, pero dejándome congelada.

Busqué con la mirada a Moira, y ella me lo confirmó.

—Tyler les ha puesto nombres españoles. A todos —añadió, encogiéndose de hombros, como si fuera algo inevitable.

Un escalofrío me sacudió entera.

—*Yo quería bautizarles con nombres de aquí, pero Tyler no me dejó.*

Había cortado nuestra relación por medio de un frío mensaje de móvil hacía seis años. Desde entonces, no supe nada más de él. Ahora me encontraba con aquellos nombres, aquella *Luna*, que se dejaba acariciar por mí como si me conociera de toda la vida. Aquel recordatorio de que yo seguía existiendo, de alguna manera, para él.

No quise pensar en los porqués. Me negué en redondo a ahondar más en unas reflexiones que me llevarían a un lugar que no deseaba visitar, y rechacé

otra vez la mera idea de salir corriendo cuando acaricié la mejilla sonrosada de Zoe, que me miraba esperando algún tipo de reacción.

Miré la hora solo para buscar una salida.

—*Cariño, es evidente que Tyler no estará aquí a tiempo* —le recordé, sacando mi móvil del bolsillo del pantalón y mirando a Moira—. ¿Os parecería mal si os dejo un minuto para llamar a mi familia?

—Para nada, siempre que después aceptes mi invitación para comer algo en el subway. Si conozco un poco a Tyler, no creo que se presente por aquí en algún tiempo... Y mucho menos que se haya preocupado de dejar la nevera llena antes de irse, ¿verdad, Zoe?

—*Siempre me invita en el subway después de nuestros paseos del sábado y del domingo. Dice que su casa no es buen ejemplo para una niña.*

—*Seguramente tenga razón.* —En realidad, no sería buen ejemplo para nadie, pero me mordí la lengua y señalé el sendero—. Moira, ¿habéis venido en coche?

—Claro. Hoy es sábado y tengo que volver lo antes posible. Soy la dueña, debo dar buen ejemplo —respondió con un resoplido que le valió una carcajada silenciosa de su nieta—. El local está cerca, pero tratándose de niños, siempre es más seguro traerles en un vehículo de cuatro ruedas. Si me fío de Tyler, la hubiera llevado de paquete en su moto. Bueno, ¿qué dices? ¿Te vienes?

Las miré a las dos, preguntándome cómo podía ser que cada palabra dirigida a Tyler por parte de Moira desprendiera tanto cariño, o cómo era posible que aquella niña le adorara hasta el punto de convertir su palabra en ley.

—De acuerdo —dije, encogiéndome de hombros—. No tengo nada mejor que hacer.

La carcajada de Moira me acompañó el resto del camino, haciéndome sentir aceptada, por primera vez desde que había pisado aquel pueblo, aquel césped e incluso aquella mierda de caballo.

# CINCO

## *Tyler*

Mi Triumph Truxton 900.

Esa era mi moto. La única que nunca me defraudaba.

Aun así, me sentía abrumado, desbordado. Mi perro traicionero, después de estar a punto de comerse un gato peludo, terminó por remolonear como si conociera a su dueña de toda la vida. Los recuerdos del pasado se presentaban con aquel vestido vaporoso y su preciosa cara de rasgos dulces y suaves. Redonda, como la de una luna llena. Resplandeciendo hasta el punto de hacer que toda ella brillara.

Tan parecida a la imagen que yo conservaba.

Pete me había avisado de su llegada, así que técnicamente le había mentido cuando le aseguré lo contrario. Martina se presentó metiendo el pie en un montón de mierda, literalmente, pero mirándome de una manera tan intensa, que al final fui yo quien huyó, olvidándome incluso de Zoe,

Intenté concentrarme en el sonido de mi preciosa moto de segunda mano completamente restaurada por mí, y no en la imagen de ella, pero no lo conseguí.

La hubiera dibujado en sepia. Con el contraste del blanco del papel, la imagen de su cara desafiante mientras intentaba ocultar su inseguridad hubiera quedado fabulosa.

—*Cad cac fucking ...*<sup>[4]</sup>

Era imposible sacármela de la cabeza sin relacionarla antes con el dibujo. En el momento en que apagué el motor, solo pude recordar cómo había mirado mi tatuaje. Con admiración. Con codicia. Como si quisiera tragárselo enterito.

Observé la cola del dragón que me cubría la muñeca, y resoplé cuando recordé por qué me lo hice.

Quería algo grande, que cubriera mis cicatrices por completo, aunque llamara la atención. Después de todo, era más artístico que lo que tapaba, pero había atraído la atención de quién menos esperaba. Sacudí la cabeza y pensé en ese detalle como algo positivo. Siempre había que encontrar la parte positiva, porque todo la tenía. Incluso la oscuridad más aterradora que me acompañaba como una sombra siniestra, y que me decía que no era el

momento de las disculpas con Martina, ni de acortar distancias para dejar cerradas las puertas del pasado.

Era el momento del rechazo.

No era para mí, ni yo para ella. No debía pensar siquiera en mirarla, en tocarla. No me la merecía. Tenía que rechazarla, alejarla. Por mi bien... Y por el suyo.

Pero antes, tendría que dejar de sentirme atraído por ella como una polilla hacia la luz. Terminaría mal si no me detenía a tiempo, pero era incapaz de detenerme. Estaba muy lejos de resultarme indiferente. Los ojos se me habían quedado clavados en esa boca pensando algo absurdo. Besos. No uno, sino varios. Para conseguir que se callara, o para asustarla. O para ambas cosas.

Fui yo y no el tubo de escape de la moto quien gruñó al pensarlo. ¡Había estado a punto de hacerlo, solo para terminar con todo! Si hubiera podido, me habría dado de cabezazos contra la pared del subway cuando entré. Sin embargo, me hice cargo del repentino silencio que me envolvió y seguí hacia la barra como si tal cosa.

Siempre era igual. La gente me recibía así, para después ignorarme.

Las excepciones se contaban con los dedos de una mano, y me sobraban dedos. La primera de ellas era Moira, que no estaba allí; la segunda, Peyton, que dejó la bandeja vacía sobre la barra y se limpió las manos antes de llenar una enorme y helada jarra de cerveza.

—Todavía me sorprende de encontrar el subway con gente cuando empiezo mi turno —ironicé, para espantar ese pinchazo incómodo con el que siempre recibía el rechazo de la gente—. Moira se merece un monumento solo por conservarme en su plantilla.

—No es la única —bufó, arrojándome a la cara un delantal como el suyo—. Esto es culpa tuya, así que adelante, te dejo que trabajes un poquito.

—¿Culpa mía?

—Zoe. Paseo. Moira. Caballos. ¿Te suena de algo?

—Lo suficiente como para disculparme en cuanto las vea.

—Las verás dentro de poco. Fueron a tu casa, así que supongo que no tardarán en volver.

Pasó por mi lado a un ritmo un poco más lento del que me tenía acostumbrado, lanzándome una mirada recriminatoria.

—Estás un poco pálida —observé con el ceño fruncido—. ¿Te encuentras bien?

—Todo lo bien que puedo estar dadas las circunstancias.

—¿Que son...?

Dejó caer los hombros y señaló a la concurrencia con un gesto de cabeza.

—¿Te parece poco? —casi gimoteó.

Hubiera colado de no ser porque desvió sus preciosos ojos castaños en cuanto yo los busqué adrede.

Mal asunto cuando Peyton hacía eso. La conocía como si fuera mi hermana, aunque no la quería igual, por supuesto. Por eso no perdí tiempo en sujetarla por la cintura cuando pareció que las piernas le fallaban y dejé que se apoyara en mí.

—Estás agotada, pero no solo por el trabajo, ¿verdad? —le susurré al oído.

—Te lo contaré en cuanto pueda respirar. —Intentó ofrecerme una sonrisa despreocupada que di por buena. Como si intuyera mi escepticismo, me dio un beso en la mejilla—. Tienes cara de colgado, Tyler. ¿No habrás tomado algo?

—Valium. Mucho. Y tengo más en casa, porque lo voy a necesitar.

—¿Tu alter ego ya está aquí?

—Martina no es mi alter ego —informé, echando un trago de la jarra de cerveza para aclararme la garganta, mientras ella llenaba otra y la ponía sobre la bandeja que iba a servir. De pronto, lo necesitaba—. Solo mi particular grano en el culo.

—Ella se reiría si te oyera hablar así.

—En todo caso, sacaría sus patas de mantis religiosa para comerme.

—¿Comerte? Creo que tenía muchas ganas el otro día, en el despacho del abogado. Claro que tú no te quedabas atrás... Si en ese momento te hubiera apetecido fumar, no habrías tenido más que acercar el cigarrillo a tu...

Señaló mi entrepierna, provocándome una carcajada, la primera en todo el jodido día.

—Me alegro de que te sirva para aliviar el estrés.

—¿Estrés? —Peyton puso los ojos en blanco y cogió la bandeja para desaparecer entre la multitud. Cuando volvió, resopló—. Estoy hasta los huevos, aunque no tenga. Y de la talla XXL.

—Pero qué delicada eres...

—Díselo a Jayden. No parece darse por aludido con mis «delicadezas».

Creo que me ericé como el gato de Martina. Jayden y yo nunca habíamos llevado una relación de colegas, pero tampoco de enemigos declarados. Lo nuestro era más bien una guerra fría... Que había estallado hacía seis años por Rachel, y que se había mantenido en ese estado desde el momento en el

que se había convertido en el sargento de Killaloe y, con ello, en el perro guardián de su padre.

Rachel...

—No me gusta lo que pasa con él —le advertí a Peyton.

—Ya no hay nada entre nosotros, tranquilo. Céntrate en esa Martina que te trae loco.

Peyton sabía lo que había ocurrido con ella. Lo que había ocurrido con Rachel, a quien solo me atrevía a nombrar en mi cabeza por miedo a que su recuerdo saliera libre. Lo que ocurría con Zoe y lo que ocurriría con mi casa si no manteníamos a raya al montón de pirañas que empezaban a acumularse a mi alrededor.

Hablando de pirañas... Un hombre se acercaba con una tenue sonrisilla de satisfacción, mientras se atusaba la chaqueta de punto que no se había quitado pese al ambiente cargado del subway. Y no presagiaba nada bueno.

Me tensé en cuanto lo vi, dirigiendo a Peyton una mirada de prepotencia y a mí la acostumbrada, de total desprecio.

—Qué hay, Tyler —saludó.

—Qué hay, Nathan —respondí, mientras me apresuraba a darme la vuelta para empezar a repartir pedidos como si la vida me fuera en ello.

Lo único que pretendía era escapar del examen preocupado de Peyton y de la ira que se apoderaba de mí cada vez que tenía al alcalde cerca. Mi instinto me advirtió de que aquello no había hecho más que empezar; y aunque nunca había ignorado una pelea, sabía cómo terminaría esa.

—No te vayas tan pronto, que quiero hablar contigo. —Me giré otra vez, provocando que la sonrisa de Nathan se ensanchara—. Esto ya me gusta más. Verás... Estaba a punto de comerme todo lo que esta preciosidad me acaba de servir, cuando te he visto. ¿Qué tal te va?

—Al grano, Quinn.

No le gustó mucho mi interrupción, porque arrugó su fea nariz, se rascó la barba negra y la calva, e incluso apoyó la mano en su bien formada barriga cervecera.

—Detecto cierta hostilidad por tu parte, y todavía no te he pedido nada —casi canturreó.

—Pues procura hacerlo cuanto antes, que no tengo todo el día.

Cogí la siguiente bandeja solo para tener las manos ocupadas y no estampárselas en la cara al recordar el montón de motivos que tenía para hacerlo, pero Nathan me detuvo justo cuando iba a pasar por su lado.

—No me gusta tu actitud. Te convendría cambiarla en lo que a mí respecta. —Sin esperar respuesta, me quitó la bandeja y se la pasó a Peyton—. Bien, ahora que tengo toda tu atención, dime: ¿ya está aquí la chica que te va a poner contra las cuerdas?

—¿Quieres saberlo para aliarte con ella?

—Qué poco me conoces...

—Al contrario, Quinn. Por eso empiezas a aburrirme. —Resoplé como si realmente fuera así, cuando por dentro me ponía nervioso. Muy nervioso—. Haces lo mismo que el fin de semana anterior o que la semana pasada. Y todo porque no puedes intentar otra cosa que una provocación tras otra, para ver si vuelvo al lado oscuro... Patético.

Me aparté con toda la intención de seguir como si tal cosa, pero el codazo de Peyton me distrajo en otra dirección.

—Hablando del diablo... —murmuró entre dientes.

El «diablo» en cuestión se plantó a mi lado, con Zoe a su derecha y Moira a su izquierda, con los brazos en jarras, consiguiendo que la tela de su camiseta se estirara de un modo muy sexy. Era el mismo «diablo» que me miraba con unos angelicales ojos azules llenos de preguntas que no haría, el mismo que tenía su pelo rubio recogido en una coleta alta o que me mostraba el contorno de sus piernas a través de unos vaqueros ajustados que le sentaban de muerte.

—Tyler.

Era preocupante comprobar con cuánta facilidad regresaba al pasado cuando la tenía cerca, así que agradecí que mi nombre sonara en su boca como un latigazo cuando Nathan se acercó a ella con la mano extendida, mientras Moira se llevaba a Zoe a la cocina después de que yo la saludara con un guiño.

—Supongo que tú serás Martina. Nathan Quinn, el alcalde del pueblo. Encantado de conocerte, chica. —Ella correspondió al saludo con una sonrisa tan amplia que sentí un pinchazo en el pecho. Reflejaba la inocencia de una oveja que iba directa al matadero.

—Encantada, señor Quinn. Veo que ya soy conocida en todo el pueblo.

—Casi todo, pero terminarás por hacer pleno. —Se quitó la chaqueta y miró de reojo a Peyton—. Lo que me has servido está equivocado.

—No lo creo. —Con toda la naturalidad del mundo, ella sacó su libreta y examinó lo anotado en ella—. ¿Lo ve? Aquí pone...

—Da igual lo que ponga. He cambiado de opinión.

Apreté los dientes hasta que empezaron a dolerme. Sin dejar de observar la reacción de Martina, di un paso al frente.

—Pues a ver si te aclaras, Quinn. Aquí hay más gente esperando, y una camarera que no tiene por qué aguantar tus excentricidades.

—Eso es cierto. Aunque acabas de llegar tú para ayudarla, quiero que las soporte ella.

—No.

—Tyler...

No hice caso del susurro de Peyton y me interpuse entre ella y Nathan. Siempre era lo mismo. Me provocaba en sitios públicos, directamente o, como en aquella ocasión, a través de una persona muy querida por mí y muy mal vista por él, sabiendo que mi situación no era precisamente la mejor para plantarle cara. Ahora tenía un añadido para lucirse a mi costa: Martina. Y aunque me obligaba a contenerme el doble, acababa de decidir que, si ella debía odiarme, solo yo le daría los motivos.

—Déjala en paz, te lo advierto —susurré, levantando un dedo en su dirección, con la inquietante sensación de unos ojos azules que no se perdían detalle de cada uno de mis gestos o palabras, y un silencio cada vez más denso que empezó a rodearnos.

—¿Tú, advertirme a mí? No me río por respeto a tu nueva amiga. —Y se volvió hacia Martina chasqueando la lengua—. No deberías dejarte ver en compañía de gente tan problemática. Ten cuidado con él. Si por mí fuera, estaría entre rejas toda la vida. No es más que un camorrista que no sabe tratar a determinadas personas con el respeto que se merecen.

—¿Y yo? ¿También tengo que hacerte una reverencia? —Moira se acercó a nosotros con los brazos en jarras y el ceño muy fruncido. Solo parecía ver a Nathan—. Quinn, estás en mi casa. Compórtate.

Su cara se puso roja de indignación, pero terminó por sacudir la cabeza, seguro de que su público le escuchaba.

—¿No tuviste bastante de este deshecho humano? ¿Cuánto más necesitas para patear a un asesino como él? —gruñó de pronto.

Si en ese momento el mundo se hubiera detenido, habría corrido hasta desaparecer, pero en vez de eso, la imagen más temida por mí cobró forma en mi cabeza: Peyton, llorando desconsoladamente mientras me sujetaba la mano para darme la noticia:

«Rachel ha muerto, Tyler. Ha muerto...».

Sentí cómo el aire empezaba a espesarse hasta el punto de costarme trabajo

respirar, pero logré evitar el ataque de pánico y regresar al presente. Oí la exclamación ahogada de Martina a unos centímetros de mí, aunque el daño ya estaba hecho. La ira ya burbujeaba en mis venas, calentándome la sangre y explotando sin control.

Quise abalanzarme sobre él, pero en cuanto di un paso adelante, sentí la mano de Peyton en torno a mi brazo para detenerme.

—No merece la pena, Tyler —me cuchicheó—. Piensa en Moira.

Tenía razón. La perjudicaría si empezaba una pelea allí mismo, pero no desvié mis ojos de los del alcalde ni un milímetro.

—¡No lo vas a conseguir! —bramé—. ¡No me vas a quitar lo que es mío, pedazo de mierda!

—Está bien, está bien... —Nathan sonrió de oreja a oreja, satisfecho al ver cómo perdía los papeles—. Si te refieres a mi pedido, creí que era eso precisamente: mío. Aunque si te lo quieres quedar, bastaba con habérmelo dicho. No es necesario que me expliques más. ¿Tienes problemas de subsistencia? Vaya, quién lo hubiera dicho... Solo espero que puedas pagar tus deudas.

Tomé aire con rapidez para evitar ahogarme. Su comentario aparentemente inocente se ganó las risas de algunos, pero por el rabillo del ojo pude ver que Peyton enrojecía, Moira apretaba los labios y Martina palidecía todavía más.

*Damn é ...*<sup>[5]</sup> La expresión de Martina se me quedó grabada en la retina para hacer mi humillación gigantesca, casi imposible de controlar. Me tragué la enorme frustración y cogí la bandeja de las manos de Moira. La dejé sobre la mesa del alcalde, cerré los ojos y deseé en silencio que Martina desapareciera para que no presenciara cómo permitía que me arrastraran por el suelo como si fuera un felpudo. Hubiera dado cualquier cosa por ahorrar a mi ego esa inesperada cura de humildad. Si todo se limitaba a eso, el desastre podría arreglarse. Pero mis esperanzas se redujeron a cenizas cuando Nathan hizo chocar su rodilla con la mía cuando tenía la jarra de cerveza en la mano. El resultado fue catastrófico. La cerveza se derramó por sus pantalones como si fuera orín de caballo.

—¡Jodido incompetente! —gritó, levantándose de golpe. Su tono era de indignación, pero su gesto hacia mí fue de absoluta victoria—. ¡Moira, haz que me traiga otra inmediatamente!

—Yo te la traeré. —En un abrir y cerrar de ojos, Moira se materializó a mi lado, sujetándome para evitar que hiciera una tontería.

—Eres un cerdo egocéntrico —le escupí en la cara, aprovechando que me

inclinaba para limpiar el estropicio de la mesa—. Pero terminarás teniendo lo que te mereces... Recuérdalo.

No podía hablar más alto. Me sentía avergonzado si imaginaba lo que estaría pensando Martina en ese instante. Me vería como una atracción de feria. Como el hombre desahuciado que fui durante demasiado tiempo.

Nathan me sujetó la mano sobre la mesa cuando iba a apartarla, con tanta fuerza que los pocos murmullos que sonaron a nuestro alrededor desaparecieron de golpe.

—¿Te gusta la chica? ¿Por eso te contienes tanto, Freeman? —canturreó, a punto de soltar una carcajada. Luego se volvió hacia Martina—. Este energúmeno no pedirá disculpas por el espectáculo que acaba de dar. Perdona, pero he perdido el apetito.

Todavía no sé cómo logré mantener la compostura. Estaba completamente ciego por la furia, la humillación y la frustración, todo junto. De hecho, apenas me di cuenta de que Nathan dejaba su dinero sobre la mesa y se iba.

Hasta que me comprobé que Martina no estaba, y la desazón amenazó con convertirme en un manojo de nervios.

—Acaba de salir por la puerta. Puedes ir a buscarla si no tardas demasiado.

Moira tenía una sonrisa condescendiente en la cara, que no se fue ni con mi ceño fruncido.

—No sé de dónde sacas que quiero ir a buscarla —dije, intentando aparentar indiferencia.

—De que has podido cortar esta situación de raíz y no lo has hecho, ni piensas hacerlo. Si a eso le añadimos que hoy las provocaciones de Nathan te han afectado más de lo normal y que te has contenido el doble, yo diría que, cuanto menos, te preocupa lo que esa chica piense de ti.

—Deja de psicoanalizarme. No me preocupa lo que Martina piense, sino que no se quiera ir.

—Pues échala tú.

—No puedo hacerlo.

La miré angustiado. Comunicándole con los ojos lo que ambos sentíamos, el dolor y el sentimiento de culpa que a veces se hacía monstruoso.

Rachel.

Su nombre apareció, junto con su fantasma, ahogándome de nuevo. Moira me entendió. Siempre lo hacía. Y nunca se lo agradecería lo bastante.

—Ella no volverá —me dijo. Desvió sus ojos con una mirada implacable en ellos que me hizo sentir un puto miserable—. Pero si sigues así, pensaré

que has renunciado a todo lo demás. Clase de equitación con Zoe incluida.

—Lo siento. Esa parte fue sin querer.

—Te perdono si vuelves en unos minutos después de hablar con Martina, que tienes trabajo. —El momento difícil pasó en cuanto puso los ojos en blanco y elevó las manos al techo, como si lanzara una plegaria, asegurándose de que yo sonreía—. ¿O eso también se te ha olvidado?

# SEIS

## Tyler

La encontré a mitad de camino, avanzando a paso lento con la bolsa del pedido en un brazo. Me bajé de la moto para llevarla sujeta por el manillar y me coloqué a su altura.

—Es curioso. Nos hemos visto en dos ocasiones, y en las dos he terminado yendo detrás de ti —dije para romper el hielo.

—Tres —me corrigió, sin detenerse y sin mirarme—. Cuando pisé la mierda de caballo, te marchaste tú.

—Con la diferencia de que no saliste detrás.

—¿De verdad crees que haré eso alguna vez en mi vida, Tyler? ¿Por eso estás aquí ahora? ¿Para intentar engañarme de nuevo, y darme el tiro de gracia cuando me tengas comiendo de tu mano? Pues siento decepcionarte, pero no lo vas a conseguir. Vine a intentar un nuevo futuro y no voy a desistir por cuatro trapos mal tirados en tu salón que, por cierto, cubrí con las mismas sábanas cochambrosas que tapaban los muebles de mi cuarto.

—¿Has tapado mi ropa limpia con otra sucia?

—¡Ja! ¡Lo sabía! Era todo para fastidiarme.

Eché a andar de nuevo, esta vez más rápido, así que tuve que acelerar el paso. No pensaba dejar que se me escapara así como así.

—Tienes razón, fue para fastidiarte. Quiero que renuncies y estoy dispuesto a casi todo para conseguirlo. Pero escúchame bien, Martina. He dicho *casi todo*. —Volvió a detenerse. Permanecimos unos momentos en silencio, calibrándonos mutuamente, respirando muy deprisa. El sonido de sus inspiraciones me llegó tan de lleno como su aroma familiar, y antes de que me diera cuenta, me encontré mirando fijamente su boca. Apreté los puños cuando un conocido hormigüeo me recorrió los dedos, y parpadeé muy deprisa—. Lo que dijo Nathan es... mentira.

—¿En serio?

—Quiere el terreno sobre el que está construida la casa y los establos, para encargar la construcción de un complejo hotelero que aumente el turismo en el pueblo —dije sin pensar—. En su día intentó comprárselo a Max, pero como no lo consiguió y yo me niego también, busca otros medios.

—¿Acusándote de cosas que se supone que no son ciertas?

—Básicamente. Ahora que se ha enterado de que vienes a lo mismo...

—Eh, frena. Me parece que ya te he explicado mis razones.

—En todo caso, el objetivo es el mismo. —Miré su ceño fruncido y me entraron unas ganas locas de estirárselo con una caricia. No recordaba aquellas dos arrugas casi perennes que ahora tenía—. Nathan, y el resto del pueblo, dicho sea de paso, conocen todos los pormenores de las cláusulas de Max. Sabe que uno de los requisitos es concebir un hijo en los próximos meses. Antes de que me preguntes cómo se han enterado, te diré que no tengo ni puta idea. Pete ha estado callado, igual que Moira. Pongo la mano en el fuego por los dos.

—Ha podido ser esa chica. La camarera del subway.

—¿Peyton? —No pude evitar una carcajada—. Te aseguro que una hermana sería menos leal conmigo que ella. Es mi amiga.

—Ah, eso sí que lo he visto. Ahora solo me queda saber si es tu candidata para convertirse en la madre de tus hijos.

—No me digas que estás celosa... —aventuré, conteniéndome para no reírme cuando ella dejó la bolsa en el suelo con el ceño fruncido.

—Sigue soñando. No me interesa lo que tengas con ella a no ser que esté embarazada de ti.

—Pero ha conseguido que dejes de ladrarme cuando me hablas. A tu lado, *Thor* parece una nenaza. —El símil le provocó una ligera curvatura de los labios que me recordó a la antigua Martina que me había encandilado, y que hizo que mi corazón latiera mucho más deprisa. No obstante, permanecí serio, como si el detalle no me hubiera afectado lo más mínimo—. La propiedad tiene deudas, pero pienso vender el apartamento de Max. Junto con el dinero de sus cuentas y mis pocos ingresos, me proporcionará un respiro durante un tiempo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Del suficiente como para que encuentres a tu candidato a padre para tu hijo antes de que expire el plazo de la cláusula, tranquila. —No pude evitar llamarme de todo cuando la vi palidecer, pero no me permití el lujo de sentir compasión por ella—. Nathan sabe que mientras yo tenga ese balón de oxígeno está en desventaja, por decirlo así.

—Lo siento, pero me cuesta creerte.

—No te lo he contado para que me creas. Simplemente he pensado que debías saberlo si optas a la propiedad como yo, pero es la única verdad. El resto son mentiras inventadas por él, te parezca extraño o no. No soy un

asesino. —Ella dejó escapar el aire en un suspiro, pero la tensión de su cuerpo aumentó cuando vio cómo yo levantaba una mano con toda la intención de tocarla. Empezaba a desesperarme el hecho de que nada de lo que oía o veía le sirviera para marcharse por donde había venido. Estaba a punto de considerar otras opciones... —. Y sé pedir perdón.

—¿En serio? —repitió. Sus ojos se entrecerraron mientras daba varios pasos atrás, alejándose de mí. Yo sabía con exactitud lo que estaba pensando. No necesitaba recordarlo, ni verla continuamente para recriminarme lo que había hecho. Para eso me bastaba yo solito—. Pues es una suerte, Tyler. Porque no pienso irme en una temporada, así que vas a contar con tiempo de sobra para demostrarlo.

—Eh, espera un momento. —No me hizo caso. Continuó su camino como si tal cosa, hasta que puse la pata de cabra en la moto y recorrí la distancia que nos separaba de dos pasos para plantarme delante de ella, cortándole el paso—. ¡Espera un momento, joder!

—¿Tengo otra opción?

—¡Tienes muchas! ¿Crees que puedes venir aquí, presentarte en mi casa, ganarte a Moira y Zoe en un tiempo récord y juzgarme por lo que ha pasado con Nathan, como si tal cosa?

—No me digas que estás celoso...

—Los celos los da el amor, *m' aghaidh gealach*. —Me acababa de arrojar mis propias palabras a la cara. Clavé los ojos en su boca cuando la entreabrió con toda la intención de responderme, pero estaba muy lejos de la satisfacción que debía sentir. Solo había un vacío que me mordisqueaba por dentro, como si se comiera partes de mí para ganar terreno—. ¿Crees que puedes insinuar todas esas cosas acerca de lo que pasó hace años, como si tuvieras todo el derecho del mundo?

—¡Lo tengo! Mucho más que tú a la hora de sacar el tema como si fuera algo sin importancia. Tal vez para ti fue así. Tal vez incluso disfrutaste rompiendo una promesa.

—En realidad no era una pr...

—«¿Me aceptas, Martina? ¿A pesar de mí mismo?» —repitió, muy despacio y en voz muy baja, logrando que el corazón se me parara en seco en el pecho—. Era una promesa, *nuestra* promesa. Tú la ignoraste, ¡pero a mí me destrozaste la vida! ¡Así que no intentes abordarlo con naturalidad, porque nunca lo permitiré! Te hará falta mucho más para conseguir convencerme de lo contrario.

Pasó de los gritos al siseo indignado en cuestión de segundos. No se movió, pero la tenía tan cerca que sus pechos, subiendo y bajando por la respiración acelerada, estuvieron a punto de tocarme.

La fuerza de sus palabras impactó de lleno en mi cerebro.

Se suponía que aquello ya no debía afectarme, pero lo cierto era que le había destrozado la vida, y ni siquiera podía explicarle por qué.

Solo me quedaba un camino, así que me empeñé en recorrerlo.

—No sabes dónde te vas a meter... —murmuré, con los ojos clavados en sus mejillas rojas, en sus dientes apretados y en las chispas que despedían sus iris azules.

—¿Y tú me vas a enseñar? ¿Tú, el especialista en volatilizarse como el humo? ¿Tú, el cobarde de mierda que prefirió cortar nuestra relación vía wasap?

—No sigas por ahí, Martina...

—¡Ni aunque me tapes la boca! —chilló, amenazándome con el dedo—. Has aceptado las condiciones de la cláusula de tu padre, ¡Ohhhh, bravo! ¡Al fin has madurado!

—Martina, déjalo ya...

—¡Una puta mierda! ¿No te gusta lo que estás oyendo? ¡Perfecto! ¿Quieres que pare? ¡Perfecto! Pues si tienes cojones, ¡párame tú, chico valiente! ¡Vamos, adelante!

Había cogido la sartén por el mango sin previo aviso, recordándome la mejor manera que siempre tenía de callarla. Todo su cuerpo ardía, podía notar ese calor sin necesidad de acercarla más a mí, pero lo hice. Aun sabiendo que estaba al borde del precipicio desde que ella había llegado. De pronto, empecé a pensar que estaba preciosa así, con los mechones de su cola de caballo sueltos por la tensión del momento. Sus ojos azules se clavaron en los míos mientras levantaba el mentón. Por un instante casi eterno, los dos nos quedamos en silencio, sin dar nuestro brazo a torcer, pero yo tenía la impresión de que acababa de traspasar una línea invisible cuando decidí actuar a la desesperada. Eso me dije mientras le sujetaba el otro brazo con mi otra mano para mantenerla frente a mí, inclinándome en dirección a su boca. Cuando ella la abrió, yo dejé de pensar y pasé a intentar silenciar el rugido de la sangre en todo mi cuerpo.

Quería besarla. Lo había querido desde la primera vez que la vi después de aquellos seis condenados años de separación. Una separación que ninguno de los dos había querido, por mucho que ella pensara lo contrario. Era probable

que toda conexión emocional entre nosotros hubiera desaparecido, pero la física seguía allí. ¡Vaya si seguía!

—Conste que tú me lo has pedido —advertí—. Pero dentro de un rato te vas a arrepentir.

—Como te atrevas, yo... —empezó, sin encontrar las palabras adecuadas para terminar la frase.

—¿Qué? No sería la primera vez que lo hago, así que no debería pillarte de sorpresa.

Mi referencia al pasado hizo que sus ojos brillaran más de lo habitual. Se pasó la punta de la lengua por el labio que acababa de morderse, y un relámpago me perforó el vientre.

—*Medicine fucking ...*<sup>[6]</sup>

Fue mi último pensamiento coherente antes de hacer que mi boca impactara con la suya. Porque eso fue, un impacto imprevisto, pero de consecuencias catastróficas para los dos. Casi escuché la fuerza con la que latía su corazón cuando la envolví entre mis brazos, inmerso en una marea de sensaciones nuevas y, al mismo tiempo, muy viejas, al notar la humedad de su boca.

Tenía que haberme detenido ahí. Haberle preguntado antes, lo sé. Pero no lo hice, así que me preparé para que me demostrara su disconformidad de mil maneras diferentes. Solo hubo una: estampó los puños en mi pecho, supuse que más como el broche final de todas sus acusaciones que como una negativa, porque casi a continuación un gemido ahogado salió de su garganta antes de dejarse llevar. Entre mis brazos, pude notar cómo cada músculo de su cuerpo se relajaba contra el mío. Cómo se adelantaba y enlazaba sus dedos llenos de anillos en torno a mi nuca para apretarse más contra mí. Cómo abrió su boca para dejarme entrar en ella por completo... Y mi autocontrol desapareció. Recibí su textura, su tacto, como si llevara siglos esperando aquel momento. Aquella manera de reencontrarnos, de volver a hacer fuego a partir de unas simples chispas.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y yo profundicé el beso. De buenas a primeras, me olvidé de mi propósito y disfruté hasta el punto de excitarme. Estaba tan empalmado que pensé que reventaría la bragueta de un momento a otro, pero no retrocedí ni un centímetro. Permanecí en el sitio, con ella pegada a mí por completo gracias a mis manos hundidas en su espalda, incapaz de moverlas en alguna otra dirección. Dios. Había olvidado cuánto lo había echado de menos. Casi pude notar cómo cada parte de mi cuerpo

revivía con nuestras lenguas enroscadas y nuestros dientes chocando, sin ni siquiera saber que habían permanecido muertas.

—Martina, *m 'aghaidh gealach ...*

Todo estaba ocurriendo a una velocidad de vértigo, pero siempre había sido así entre ella y yo. Nuestra compenetración sexual había sido perfecta desde el primer momento, desde la primera vez. Y en ese instante, con mi polla prácticamente clavada en su vientre y mis labios recorriendo la suavidad de su cuello, con todos mis sentidos afinados como las cuerdas de un violín, recibiendo la imagen erótica de su cabeza inclinada hacia atrás, su boca entreabierta o sus jadeos entrecortados, decidí que merecía la pena seguir.

Más tarde analizaría los remordimientos, la culpa, el arrepentimiento.

—Sigues siendo tan suave como antes. Siempre me volviste loco...

—¡¿Qué?!

¿Lo había dicho en voz alta? Su chillido me lo confirmó. Antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, me empujó con la fuerza suficiente como para apartarme, y casi corrió en dirección opuesta.

—¡¿Qué coño estás haciendo?! —me escupió, temblando de pies a cabeza.

—¿De qué hablas?

—¡De esto! —siguió, eludiendo mi mirada. Intenté volver a acercarme, pero ella me detuvo con un solo movimiento de su mano—. Eres... Eres...

—No puedes llamarme mentiroso. Te lo advertí. —Me costó lo mío reacomodar mi erección con disimulo y volver a mi idea original. Tenía que verla con frialdad. Era un manipulador. Por eso la había besado. Solo por eso —. ¿Me odias lo suficiente como para marcharte y no volver? Por favor, di que sí...

Me miró con incredulidad, mezclada con un terror que no acerté a comprender, pero después se limpió la boca con el dorso de la mano y emitió una carcajada tan amarga que no parecía suya.

—Ay que joderse... —murmuró.

—Martina, esa boca.

—¡Esa boca sigue siendo mía, y por ella saldrá lo que a mí me dé la puta gana! —gritó. Luego me miró de arriba abajo, antes de que sus ojos se encontraran con los míos—. No... No tienes ni idea de las razones que me han llevado a aceptar la cláusula de tu padre. No sabes lo que ha pasado conmigo durante estos años, ni yo sé lo que ha pasado contigo. Besarme no ha sido una buena idea.

—Besarnos. Nos hemos besado. Los dos. Al menos, eso me ha parecido.

—Y acepto mi parte de culpa. Me voy a quedar, Tyler. —Había recuperado su compostura, porque fue capaz de encogerse de hombros con indiferencia antes de recoger la bolsa, darse la vuelta y reanudar su camino, pero de repente se detuvo y me miró por encima del hombro—. Te conviene aceptarlo cuanto antes. Pero tú decides en qué condiciones.

Un ultimatum en toda regla que no pareció afectarla en absoluto. A mí me costó más volver a mi estado normal. Mucho más. Necesitaba poner en orden mis ideas, comprender algo de mi comportamiento bipolar con ella o del suyo conmigo. Comprenderme a mí mismo y controlar la feroz excitación que había despertado en mí.

Ella permanecería allí. Lo cual suponía que aceptaba todas las condiciones y que estaba dispuesta a tener un hijo... Con cualquiera.

El pensamiento se me enroscó alrededor del pecho como si fuera una serpiente venenosa, obligándome a coger aire para evitar ahogarme. No me gustaba la idea, pero no podía hacer nada para remediarlo, salvo ganar aquella carrera. La vería en la misma casa, olería su perfume y escucharía su voz, aunque solo fuera para gritarme. Por lo tanto, aquello no debía, bajo ningún concepto, volver a ocurrir si quería probar cualquier otra estrategia.

Encendí un cigarrillo y me senté a horcajadas sobre la moto, hasta que su silueta no fue más que un punto en la lejanía y mi cabeza dejó de hervir. Pero no podía volver al subway, no todavía.

Eché mano al bolsillo de mi pantalón y saqué el trozo de cinta azul que siempre llevaba conmigo. Permanecía en la palma de mi mano, como un recordatorio de todo lo que había tenido a mi alcance y había destruído.

Era un adulto de veintiseis años, pero volvía a sentir el tacto de ese lazo que me estrangulaba, porque el pasado empezó a surgir como un torrente imparable.

Me llevé la mano al pecho. Justo a mi corazón.

Y mis palabras, pronunciadas años atrás, regresaron para terminar de culpabilizarme:

«El día que no esté contigo, dejará de latir...».

# SIETE

## *Martina*

Me había besado para callarme.

Y el nudo que tenía que ver con él permanecía en mi cuerda particular, incluso más grande que la última vez que le presté atención.

¡El muy mamón!

Me levanté mucho más cansada de lo que me había acostado y apenas dispensé un par de caricias a *Nerón* mientras me vestía con unas mallas, unas deportivas, mi sudadera de manga larga y me recogía el pelo en una coleta, pensando que repartiría la culpa, como mínimo, al cincuenta por ciento.

No quería encontrarme con Tyler. Solo de pensar que había permitido que me besara, el vello de todo el cuerpo se me ponía de punta.

¡Mierda! Me había encantado ese regusto a tabaco que mezcló conmigo. No pensé en él como el peor hombre del mundo; en realidad, no pensé. Solo noté un estallido eléctrico similar a meter los dedos en el enchufe, para después impregnarme de su esencia.

Toqueteé mis anillos, intentando con todas mis fuerzas empaparme de la influencia de las piedras, de su significado. Pero no me sentí más segura porque, por primera vez en años, alguien había estado a punto de profanar el santuario en el que había convertido mi cuerpo después del cáncer.

¿Qué habría sentido él si hubiera logrado tocarme sin ropa? Seguramente asco, repugnancia ante aquella malformación. Y no deseaba llegar a ese punto. Porque, igual que sabía que yo me había dejado llevar, supe que él me había besado con deseo. Un deseo que nada tenía que ver con lo que había ocurrido antes, ni con lo ocurrido después.

No había vuelto a verlo, pero le oí llegar a altas horas de la madrugada, arrastrando unos pies que se detuvieron junto a mi puerta unos segundos, antes de seguir su camino.

Trabajaba como una bestia, y no parecía importarle. Había comprobado que tenía unas manos encallecidas y ásperas. Nada que ver con los dedos ágiles que manejaban sus instrumentos de dibujo como si fueran una extensión más de él. ¿Seguiría dibujando? Sus objetivos, al parecer, tenían cuatro patas, relinchaban y permanecían mansos a su lado, como si en vez de caballos fueran corderitos.

Lo vi en cuanto franqueé la puerta de entrada y me recibió aquel amanecer espectacular y lleno de paz que me dejó clavada en la puerta. Admiré a mi pesar las franjas rojizas que parecían dividir el cielo en innumerables láminas, como si se preparara para recibir los primeros rayos de sol. En total armonía con las tranquilas aguas del lago y la vegetación, que parecía aparecer en el lugar exacto para no desentonar.

Pensé en la obra de arte que Tyler hubiera creado de todo aquello, a través de sus manos y su arte. Casi sentí rabia al no poder verlo, antes de ser sustituida por un nuevo arranque de admiración cuando vi una nueva estampa llena de equilibrio. Él palmeaba el cuello de uno de sus caballos dentro de la cerca. Su silueta conjunta comenzó a ser visible a medida que la luz se iba abriendo paso en aquel amanecer de ensueño. El silencio que lo envolvía era tan reconfortante que no me atreví a romperlo, así que me dirigí hacia el columpio para observarle mucho mejor, amparada entre las sombras. Su silueta se mezclaba con la del caballo hasta parecer uno. Le susurraba al oído, produciendo un efecto envolvente y relajante. Sonreí cuando el animal inclinó el hocico en su dirección y él le dio algo para comer como recompensa, antes de acariciarle. Parecía que había nacido para eso cuando le colocó la silla de montar y el resto de utensilios de los que desconocía el nombre, completamente seguro de que el caballo no se movería.

Así fue. Emitió un sonido parecido a un relincho, pero mucho más quedo, y escarbó con la pezuña en la hierba cuando Tyler soltó una risilla queda y le susurró en irlandés. El animal, como respuesta, sacudió sus crines y cabeceó, como si así le agradeciera el gesto.

Tuve la fugaz sensación de que eso era lo que hacían: un intercambio de gestos cuyo significado estaba perfectamente claro para la otra parte, pero absolutamente incomprensible para el resto del mundo. Me admiró verle tan compenetrado con el animal, tan feliz, hasta que una voz le distrajo. Zoe corría en su dirección con los brazos extendidos, distanciándose de Moira.

—¡Eh, pero si es mi chica preferida! —gritó Tyler, abriendo los suyos para acogerla. La levantó por encima de su cabeza para dar vueltas sobre sí mismo, como si hiciera un siglo que no la veía. A través del sol que empezaba a salir pude distinguir a la perfección su sonrisa abierta, tan parecida a la que siempre me regalaba cuando nos encontrábamos en Edimburgo. El brillo de alegría en sus ojos al mirar a Zoe. La energía del Tyler que yo había conocido en su día—. ¿A quién quiero yo?

—¿A mí?

La besó en las mejillas y luego la sentó sobre el caballo.

—*¡Ni siquiera lo dudes! No te enfades conmigo por lo de ayer, ¿vale?* —le respondió también con las manos, aunque sus movimientos eran más lentos y mucho más torpes. Ella hizo un puchero—. *Es que estuve tan ocupado que no me di cuenta de la hora que era. ¿Moira no te lo ha explicado?*

—*Sí. Por eso me ha traído ahora, antes de ir al subway.*

—*Ajá. Y después, ¿con quién te vas a quedar?*

—*Con Peyton. En cuanto la abuela la sustituya.*

—*Vale. Entonces solo un ratito. ¿Conforme?*

—*Conforme.*

Y así, me encontré contemplando el lado tierno de ese Tyler que había olvidado, tan emocionada como si fuera una niña que acaba de descubrir un regalo inesperado. Balanceándome sobre el columpio, me olvidé de la hora y de mi ejercicio para contemplar el mejor ejemplo de terapia con animales que había visto nunca. Moira no había exagerado en absoluto. Tyler montó detrás de Zoe para dirigir él las riendas y llevó al caballo a lo largo y ancho del cercado, manteniendo un trote pausado mientras bromeaba con la niña y ambos reían. Noté que el pecho se me abría por la mitad. De emoción, pero también de una pena que llevaba años arrastrando y que, en situaciones como aquella, hacía que mi herida volviera a sangrar.

Tyler azuzó al caballo para que iniciara la carrera. Zoe se inclinó hacia delante bruscamente, pero él la sujetó con maestría y tanta seguridad que, cuando el caballo ralentizó la marcha, vi que la niña levantaba sus manos en señal de victoria y absoluto entusiasmo. Al cabo de un rato, el susurro de Moira los detuvo y, con el mismo mimo empleado en subirla, bajó a Zoe y le dio una palmada cariñosa en el trasero.

—*¿Mañana por la tarde estarás aquí?* —le preguntó.

Zoe se le agarró al cuello para besarle y asintió, después de que él cruzara unas palabras con Moira que no pude escuchar. Desaparecieron casi al mismo tiempo que me descubrió.

Nuestros ojos se encontraron. Pude notar la fuerza de su mirada, el impacto sobre la mía, hasta que el corazón empezó a latirme en la garganta y las palmas de las manos se me humedecieron.

Sonrió. Movié sus labios formando una palabra que no pude entender, pero cuando levantó una mano saludándome, le correspondí y me quedé quieta, con la cara roja como un pimiento, hasta que decidí que era el momento de echar a correr. Literalmente.

Empecé con un trote suave, concentrada en eliminar la adrenalina que todavía corría por mis venas al pensar en él. Necesitaba alejarme, de él y de la casa. De todas las emociones que se apelotonaban en mi cerebro sin orden ni concierto. Atravesé un pequeño bosque, pero antes de llegar a la catedral de San Flannan, escuché el sonido de pisadas muy cerca de mí. Por dos veces me detuve y miré a mi espalda para no ver a nadie. ¿Serían imaginaciones mías?

Aumenté el ritmo con un cosquilleo incómodo en la nuca y la sensación instintiva de que alguien me seguía, hasta que me interné en las calles adoquinadas y estrechas del pueblo. Respiraba muy rápido. Me dije que en realidad nadie corría detrás de mí, que estaba nerviosa, pero no aminoré la marcha ni siquiera ante el espectáculo de las casas de Killaloe y sus fachadas coloridas.

—Los colores tienen su por qué, imagino que como en Dublín. Buenos días.

La voz de Jayden me hizo dar un salto y un grito, todo al mismo tiempo, cuando me detuve.

—¡Me has asustado! No sabía que corrieras —añadí, al ver su indumentaria—. ¿Eras tú quién venía detrás de mí?

—Te he visto hace un rato y he acelerado para pillarte cuando te detuviste. En Dublín las puertas también son de diferentes colores, según la leyenda, para que los irlandeses no confundieran la suya con la del vecino cuando llegaban muy borrachos a casa. Incluso hay gente que dice que fue porque un hombre, que llegó justamente así, encontró a su mujer con otro y los mató a ambos. Pero al día siguiente se dio cuenta de que en realidad había entrado en casa de sus vecinos y los había asesinado.

—Qué tétrico —murmuré.

—Un poco. La verdad es mucho menos interesante. Al parecer, la costumbre nació como una especie de rebeldía hacia el enemigo británico, ya sabes. La reina Victoria había ordenado pintar todas las puertas del Reino Unido de negro cuando enviudó.

—Pfff... Tienes razón. Prefiero la leyenda.

—¿Te he impresionado?

—Un poco, para qué negarlo.

Jayden me guiñó un ojo y señaló el camino que acababa de recorrer.

—Me ha costado alcanzarte. Es lo que tiene no llevar una continuidad en el ejercicio. Eres rápida.

—No creas. Hoy no tendrás que detenerme por exceso de velocidad.

—¿Me acompañas? Voy al subway. Yo ya he cumplido por hoy —añadió, estirando los músculos de sus piernas mientras esperaba mi respuesta.

—No tengo mucho tiempo. Debería planificar mi día de mañana, el primero en el gabinete infantil. Ni siquiera sé dónde se encuentra.

—¿Freeman no va contigo? —murmuró, en un tono mucho más tirante del que había utilizado antes.

—Según tengo entendido, trabaja demasiado como para eso.

—Según tengo entendido, ayer la montó en el subway con mi padre. —Se revolvió el pelo oscuro, húmedo por el sudor—. Venga, déjame invitarte a desayunar. Seguro que el asno con el que compartes casa ni siquiera se ha preocupado por ti.

Odié reconocer que tenía razón. Que Tyler solo se había preocupado por conseguir que renunciara antes de haber comenzado. Que Jayden mostraba más interés por mí que él. Y eso me dolió tanto en el orgullo que preferí sonreír, simulando una despreocupación que no sentía, en vez de preguntarle por qué hablaba de Tyler con tanto desprecio. Por qué su padre le había acusado de ser un asesino delante de medio pueblo. O, ya puestos, por qué Tyler había soportado todas sus pullas, en vez de sacar a relucir aquella prepotencia que tan bien se le daba conmigo.

—Aún no sé si rebuzna. Ni siquiera le he oído roncar —bromeé, provocando que soltara una carcajada.

—Vale, ya lo pillo. Es poco probable, aunque no imposible al cien por cien, que alguien como tú, tan amable, respetuosa y simpática, llegue a llevarse bien con alguien como él, pero procuraré hacer oídos sordos a los comentarios de la gente. —Se encogió de hombros y me guiñó un ojo—. Esto es pequeño, pero sé lo que es la discreción, así que tranquila. Por favor, señorita Garrido, déjeme resarcirla de nuestro encontronazo de ayer con un desayuno muy irlandés. Moira los prepara de muerte. Y si no, Peyton lo hará por ella.

Ah, *Santa Peyton* salía a relucir de nuevo. Debía ser una chica encantadora.

—De acuerdo —accedí, conteniendo la risa al ver la reverencia exagerada que hacía Jayden delante de mí—. Si no acepto, imagino que seré la comidilla del pueblo en breve, ¿verdad?

—Seguro que ya lo eres. Nada les gusta más que unir y separar a la gente cuando están aburridos.

Fue una broma. Y yo fui consciente de ello en todo momento. Entonces, ¿por qué sentí aquel inesperado escalofrío?

Por el bebé. Un año. Ese era mi plazo. Y me parecía un mundo que todavía no había iniciado.

Dios. Aquello era de locos, así que preferí aparcarlo de momento y disfrutar con Jayden de uno de esos desayunos en el subway.

Como él había dicho, Moira no se encontraba allí, pero sí Peyton, que nos dio la bienvenida con una sonrisa mientras extendía una mano hacia mí, a pesar del mal color de cara que lucía.

—Ya es la tercera vez que nos vemos, y Tyler no ha tenido la decencia de presentarnos —dijo—. Soy Peyton, camarera del subway.

—Yo soy Martina. Encantada.

No lo estaba en absoluto. Por alguna absurda razón, observé todos sus atributos físicos para compararlos con los míos. Era mi antítesis. Su melena rizada y morena parecía captar toda la atención de Jayden, que cambió su gesto radiante por otro oscuro en cuanto pisamos el subway. Tenía unos enormes ojos castaños que no se apartaron de él mientras me hablaba, y un cuerpo lleno de curvas sinuosas que seguro que gustaban mucho a Tyler.

No me costó imaginármelo con ella colgada del cuello, haciéndole carantoñas y besándolo por los rincones, como si fueran dos adolescentes...

No. Yo era la adolescente cuando me besaba con Tyler por los rincones. Yo era la que se colgaba de su cuello, la idiota que se acostó con él por primera vez en el rincón apartado de aquel parque en Edimburgo, pensando que duraría para siempre.

—Buenos días, Peyton. ¿No me saludas? ¿O es que te encuentras tan mal que se te ha olvidado?

—Es un ligero malestar, no te preocupes. Ah, que no tienes que preocuparte por mí porque ya nos lo hemos dicho todo, Jayden... Incluidas las normas de la más elemental cortesía —respondió cortante, indiferente a mi ceño fruncido mientras observaba la frialdad de una y el dolor velado del otro—. Martina, si no has desayunado, aprovecha. El local todavía está vacío, aunque tendrás que conformarte conmigo. Moira aún tardará en aparecer.

—Lo sé. Ha llevado a Zoe a dar un pequeño paseo a caballo dentro de la cerca de Tyler.

—Esa niña es su perdición —comentó, sacudiendo la cabeza con una sonrisa, como si su tirantez inicial con Jayden hubiera quedado repentinamente olvidada—. Siente tanta adoración por los caballos que es

capaz de levantarse cuando todavía es de noche, solo para no perderse una clase.

—Si sus padres están de acuerdo...

—La madre de Zoe murió cuando ella era un bebé, y su padre está encerrado. No tiene mucho que decir, porque Moira tiene su custodia legal —continuó—. ¿Ya sabéis lo que queréis tomar?

—Yo hoy no tengo mucha hambre, así que solo pediré un par de huevos, bacon bien tostado, queso y un café cargado, gracias —pidió Jayden, ante mi total asombro.

—¿Eso es no tener hambre?

—Eso es un desayuno irlandés. ¿Tú que quieres tomar?

—Er... Creo que lo mismo, pero sin los huevos y el bacon, gracias —murmuré.

Peyton desapareció tras la puerta de la cocina para volver después con el pedido, que dejó sobre la barra. Tanto Jayden como yo nos sentamos en dos banquetas y empezamos a desayunar en silencio.

—Venga, dispara —me dijo de pronto—. Si Max pensó en ti como en una especie de sucesora, es porque lo vales. Y si lo vales, no has dejado de dar vueltas a lo que Peyton te ha contado sobre Zoe. Así que aprovéchame, Martina —añadió, guiñándome un ojo—. Ya te dije que sé ser discreto.

—Solo me preguntaba si... Si te pasa algo con Peyton —solté—. La tirantez que hay entre vosotros se podría cortar con un cuchillo de untar mantequilla.

Aquello no se lo esperaba. Dejó de comer en el acto, pero se le escapó una mirada hacia la susodicha demasiado concluyente como para que pudiera disimularla, antes de tomar un sorbo de café.

—Me pasan muchas cosas, pero pertenecen al ámbito privado —dijo, con un resoplido lleno de resignación cuando se encogió de hombros—. Mi ofrecimiento no iba por ahí.

—Vale. Comprendido —añadí, con una sonrisa que fue correspondida por él—: ¿El problema de Zoe tiene que ver con sus padres? A lo mejor, la situación de su padre ha provocado su silencio...

—El problema de Zoe no tiene nada que ver con la muerte de Rachel ni con la situación de su padre, aunque Moira le permite verlo siempre que la niña quiere. Te lo cuento porque no es ningún secreto.

—¿Rachel?

—Sí. Era la única hija de Moira, así que comprenderás que tenga a Zoe en

una especie de altar emotivo, mucho más ahora que la niña ha perdido el habla. De todas formas, solo Moira tiene el derecho absoluto a decirte lo que quieras saber, aunque parece que hoy Tyler la acaparará más de lo normal. — Cerró las manos en dos puños a ambos lados del plato y me ofreció su perfil. Aun con esa visión reducida de su cara, pude comprobar que apretaba la mandíbula con rabia, que se contenía—. Joder... Hay gente que nunca abre los ojos. ¡Incluso permite que la acompañe al cementerio, a la tumba de su hija! —murmuró, antes de consultar su reloj—. Se me está haciendo tarde, pero todavía tengo tiempo... Verás, lo que ocurrió ayer disgustó mucho a mi padre. Buscaba la mejor ocasión para decírtelo él mismo, pero ya que nos hemos encontrado y hemos compartido desayuno, yo lo haré: quiere darte la bienvenida al pueblo, así que te invita a cenar en nuestra casa. Cuando tú quieras o puedas. Sin compromiso. —añadió, levantando una mano cuando vio que yo iba a replicarle—. Piénsatelo, Martina. No pasa nada si te niegas, pero nos gustaría que aceptaras. A los dos.

—Vaya, Jayden. ¿Haciendo nuevas amistades y, de paso, los recados de tu padre? —La voz de Moira nos obligó a volvernos a ambos. Nos contemplaba con una sonrisa que no se extendió a sus ojos—. Nunca se te ha dado demasiado bien eso de las relaciones sociales.

—Buenos días también para ti, Moira —respondió él con todo el sarcasmo del mundo—. Hay cosas que mejoran con la edad. Piensa lo de la cena —añadió dirigiéndose a mí, antes de desaparecer.

—Ese muchacho... Siempre ha tenido interés por las amistades ajenas —dijo Moira, frotándose los ojos con disimulo. Me fijé en que los tenía rojos, y supuse que había estado llorando. El cementerio. La muerte de Rachel, su hija. No se me ocurría nada más horrible. Lo extraño era verla con esa entereza día tras día—. Y ahora, resulta que él y su padre quieren que vayas a cenar con ellos... Cariño, no quiero influir en tu decisión, pero si aceptas un consejo, ve con pies de plomo con esos dos. No son trigo limpio.

—¿Y Tyler sí?

—Soy de las personas que piensa que todo el mundo merece un tiempo para demostrar sus intenciones. Martina, no esperes entender todo en un día. A veces, es necesario un poco más para aceptar a los demás. Tyler necesitará de ese tiempo por tu parte.

—Me parece que yo necesitaré de toda una vida.

—Bueno, acabas de admitir que se lo darás —replicó riendo—. Voy a empezar a pensar que Max tomó la decisión correcta.

—Hablando de Max, había pensado... No sé, a lo mejor es muy pronto, puesto que tengo que conocer a mis pacientes, hacer un cuadrante de horarios, consultarlo con los padres, pero, ¿qué te parecería si le hago un hueco a Zoe? Solo si tú quieres, claro. Tyler podría llevarla en ese coche que tiene en el cobertizo.

La cara de Moira pasó de la estupefacción más absoluta al agradecimiento más profundo. Por un momento sus ojos se humedecieron, imaginé que por la emoción, o tal vez por la incertidumbre.

—No me lo esperaba. —La voz se le quebró. Sin más palabras, se acercó a mí y me dio un abrazo tan sincero que me dejó temblando, antes de acariciarme la mejilla—. Si Zoe quiere, está hecho. Pero ahora tengo que dejarte. Mi nieta está sola justo aquí encima, en mi casa.

—¿Vives aquí?

—Es difícil de soportar, pero qué se le va a hacer. —Se encogió de hombros—. Está esperando por Peyton, que se la llevará a dar un paseo en barca por el lago, aprovechando que hoy hace buen día. ¡Ah, otra cosa! — Cuando volvió a mirarme, sus ojos estaban otra vez llenos de energía—. Tyler nunca la llevaría en el coche, ni tampoco en la camioneta.

—¿Por qué?

—Porque el primero necesita un buen arreglo, y él no quiere dárselo. Y la segunda no la moverá de donde está.

Me metí en la ducha con rapidez, atenta a cualquier ruido que delatase la presencia de Tyler en la casa puesto que el cerrojo no funcionaba, pensando en todo lo que no funcionaba alrededor de él con cierta sensación de tranquilidad.

Sus vehículos tenían kilos de polvo que daban fe de un escandaloso olvido, probablemente intencionado, pero la moto, que parecía ser el objeto de todos sus desvelos, estaba impoluta.

Me dirigí a mi habitación con una toalla enrollada, intentando encajar las piezas que me lanzaba sin aparente orden, cuando lo vi.

Un sobre en el suelo, como si alguien lo hubiera colado bajo la puerta.

Tyler. Fue en quien primero pensé. A lo mejor era su manera de disculparse. O solo era una cita para empezar a cumplir con mi parte del trato con los dichosos caballos. A lo mejor...

Los dedos se me congelaron alrededor del papel. Las letras, recortadas de algún periódico o revista, formaban una nota que me hizo sentarme en el

borde de la cama, sin habla, sin respiración.

Parpadeé, esperando que todo fuese una mala pasada de mis ojos. Pero no. Las palabras seguían allí:

«Eres una intrusa. Si quieres seguir viva, márchate de aquí o lo lamentarás».

# OCHO

## *Martina*

—Voy a matarlo... ¡Voy a matarlo!

Estaba tan furiosa que no calibré ninguna otra posibilidad cuando, después de vestirme a toda prisa con unos vaqueros, camiseta amplia y zapatos planos, me dispuse a buscarlo para aclarar las cosas con él de una vez por todas.

Si esperaba que así renunciara, acababa de conseguir justo el efecto contrario.

No tuve que buscarle mucho. Lo encontré junto a los portalones del establo, cepillando con brío el mismo caballo que una hora antes ejercitaba dentro del recinto vallado.

—Tyler.

Se dio la vuelta al oírme. Llevaba unos vaqueros desgastados que se apresuró en sacudir, y una camiseta roja arrugada. La barba comenzaba a sombrearle la cara, pero los ojos le brillaban. Estaba tan atractivo que por un momento olvidé la razón que me había llevado allí. Hasta que arrugó el ceño al verme y dejó el cepillo.

—¿Vienes dispuesta a que te dé tu primera lección de supervivencia en el campo? —dijo con ironía—. ¿O es que después de lo de ayer te has echado atrás?

—Puedes seguir intentándolo, después de esto. —Sin más le puse el sobre delante de las narices—. ¿Qué me dices?

—Tendría que abrirlo para decirte algo, ¿no te parece?

—Adelante. Todo tuyo.

No sé de dónde saqué fuerzas para esperar a que lo hiciera, ni cómo logré observar con la suficiente frialdad su gesto de desconcierto, de sorpresa y de indignación cuando volvió a mirarme.

—¿Se puede saber dónde lo has encontrado?

—En mi cuarto, esta mañana. Alguien lo había metido por debajo de la puerta. Y puesto que allí solo estamos tú y yo, dime: ¿quién ha podido ser?

Parecía tan desubicado que tardó lo suyo en comprender de qué lo acusaba, pero pude ver el momento exacto en que lo hizo, porque su cara pasó del blanco al rojo en un segundo.

—No pensarás que yo te lo he pasado por debajo de la puerta... —Esperé una sarta de gritos indignados, pero Tyler me sorprendió una vez más con una lista interminable de tacos dichos en irlandés—. ¡Joder, Martina! Sabes lo que opino sin necesidad de perder el tiempo con esto.

—Tu opinión es muy voluble. Si me fío de esta nota, queda claro que no me quieres aquí. Pero si pienso en lo de ayer...

Se puso serio. Clavó sus ojos en mí con la suficiente intensidad como para que yo entendiera el mensaje, y apretó los labios con una expresión a medio camino entre la furia y la decepción.

—Esta mañana he salido temprano. No cerré la puerta con llave porque estabas dentro. ¿Lo hiciste tú? —Él ya sabía la respuesta por la seguridad con la que hizo la pregunta—. Cualquiera ha podido colarse dentro y dejarte esto, lo cual me preocupa mucho.

Sonaba verosímil. Empecé a sentirme mucho menos segura y mucho más vulnerable.

—Entonces... Entonces... ¿No has sido tú?

—No es mi estilo. Pero por lo que veo sí que es el de alguien.

—No se me ocurre quién ha podido ser —pensé en voz alta, todavía en mis trece—. Nadie me conoce lo suficiente como para desear mi marcha.

—Nadie excepto yo, ¿verdad? Acabo de convertirme en el sospechoso número uno, sobre todo si tenemos en cuenta lo ocurrido ayer en el subway.

—¡Sí, claro que sí! —Sacudí la cabeza para aclararme las ideas y le miré con algo parecido al desprecio, poniéndome otra vez en guardia—. ¡Había miles de formas de convencerme para que me marchara! ¡No era necesario que me besaras un día, para intentar intimidarme de esta manera tan asquerosa a la mañana siguiente!

Él gruñó al contemplar mi estallido de ira y me sujetó por los hombros.

—Mira, no espero que me creas, pero sí que al menos lo consideres —susurró muy cerca de mi boca—. Si quiero besar, beso siempre que la otra persona esté de acuerdo. Y si quiero amenazar, amenazo a la cara, ¿entiendes? Ayer te besé porque necesitaba callarte de alguna manera, y es lo que llevo queriendo hacer desde que te vi en el despacho de Peter —confesó, sin importarle en absoluto lo que yo pudiera objetar—. Me sigues atrayendo y me intrigas, lo reconozco. Quise averiguar si sabías igual de bien que hace años y te probé. Tú hiciste lo mismo conmigo. Pero ni se te ocurra pensar que pretendo echarte de mi vida con ridículos anónimos, porque entonces tendré que demostrarte lo equivocada que estás aquí mismo. ¿Es eso lo que quieres?

¡Sí! Volver a sentir la suave fuerza de su boca sobre la mía. Abandonarme a la excitante humedad de su lengua para evitar esas dudas que me estaban corroyendo. Volver a sentirme una mujer deseable a base de olvidar todas las inseguridades acumuladas después del cáncer.

Era una idea absurda, mucho más si tenía en cuenta con quién quería compartirla. Él era la persona menos adecuada para asentar mi autoestima. Él había sido el golpe definitivo para que me pasara los últimos años arrastrándome por la vida.

Y tiempo después, volvía a convertirse en mi mayor peligro. En mi mayor duda.

—¡No! —me escuché decir a mí misma con esfuerzo—. Pero a las pruebas me remito.

Tyler me soltó y me dejó allí plantada, mientras devolvía el caballo a su box. No tardó ni medio minuto en volver a salir, sacudiéndose el pelo como si lo tuviera lleno de polvo.

—Pues entonces no me dejas alternativa. Si vas al pueblo, iré contigo. Al menos podré defenderme.

Se dirigió a su moto, dando por hecho que yo le seguiría en el coche, cosa que hice sin invitarle a que viniera conmigo. En ese momento solo quería tenerle lejos, muy lejos de mí, pero en apenas un cuarto de hora estábamos en el pequeño puesto de la Garda situado en el centro del pueblo.

El despacho de Jayden era un cubículo limpio y ordenado con una mesa llena de papeles que el abandonó en cuanto me vio. La sonrisa de bienvenida se le quedó congelada en la cara al mirar por encima de mi hombro.

—Veo que vienes acompañada —dijo, echando un leve vistazo a Tyler.

—La compañía es más que necesaria cuando se trata de ti, Quinn.

—Sargento Quinn para ti, Freeman. Estás en mi territorio. Ten cuidado si no quieres acabar mal. —Tyler apoyó la espalda en la pared y metió los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros con absoluta indiferencia—. Martina, ¿vienes a darme una respuesta respecto a lo de la cena?

—Todavía no. —Le dejé el sobre en la mesa sin más ceremonias y esperé a que él lo leyera—. Esto apareció en mi cuarto hace una media hora.

—Más carnaza, Quinn. Como a ti te gusta —murmuró Tyler con expresión aburrida.

¿Cómo era capaz de provocarle de esa manera, sabiendo de antemano que sería el principal culpable? ¿Cómo podía permanecer tan tranquilo, después

del riesgo que estaba corriendo?

Jyden le ignoró y volvió a sentarse mientras se rascaba la barbilla, pensativo.

—¿Quién más estaba en la casa, Martina? —preguntó.

—Nadie, aparte de Tyler.

Me costó soltarlo, y me sentí ridículamente culpable al hacerlo cuando él permanecía impassible, con aquellos ojos grises clavados en nosotros.

—Yo que tú empezaría a preocuparme, Tyler. —Jayden entrelazó los dedos sobre la mesa—. Eso te convierte en el presunto autor.

—¿Cómo de presunto exactamente? Porque nadie me vio amenazarla de palabra, ni en público ni en privado. Eso se lo dejo a tu padre. Para lo demás, necesitarías una orden de registro que, salvo influencias, tardará lo suyo. —Jayden palideció, y él sonrió—. ¿Qué pasa, sargento? ¿Tu padre ha perdido facultades y sus tentáculos ya no llegan a dónde queréis?

—No hay nada que te relacione con esto, salvo las ganas que tienes de que esa casa sea tuya y el hecho de que solo tú vives con ella. Suficiente para que la Garda tome cartas en el asunto. Registraremos la casa. Sin influencias, ni interferencias. Encontraremos tus huellas, te incriminarán.

—Si quieres mis huellas, ese anónimo estará plagado de ellas... y de las de Martina.

—Alguien te quiere fuera de Killaloe —insistió, mirándome—. Deberías alojarte en otro sitio.

La contención de Tyler desapareció. Apoyando las manos en la mesa, se inclinó hacia él hasta que sus frentes casi se tocaron.

—Voy a informarte bien, sargento —farfulló entre dientes, arrastrando la última palabra—. Según la cláusula de Max, ella y yo debemos convivir en la misma casa, así que, de acuerdo con la ley testamentaria, Martina se queda dónde está, con registro o sin él.

—De acuerdo con la ley de la Garda de Killaloe, Martina puede irse cuando y donde quiera.

Tyler me miró, y mi corazón dejó de latir durante una eternidad. Por primera vez desde la lectura del testamento, fui capaz de descifrar el mensaje con total claridad, porque estaba tan alterado que ni siquiera se daba cuenta de que me lo enviaba.

Hacía todo lo posible para que renunciara, pero quería que me quedara. Quería oírmelo decir.

Y, de buenas a primeras, me encontré pensando que necesitaba conocer

sus razones. Las pasadas, las presentes, las futuras. Por encima de toda lógica y de mi propia seguridad.

—No te preocupes por mí, Jayden. De momento me quedo donde estoy.

Él no disimuló su ira. Apretó los dientes y guardó el anónimo en una pequeña bolsa de plástico.

—¿Sabes que puedo arrestarte ya? —dijo, dirigiéndose a Tyler.

—¿Por qué no lo haces?

Jayden guardó silencio unos instantes hasta que, poco a poco, una sonrisa victoriosa se extendió por su cara mientras iba hacia la puerta y llamaba a uno de sus subordinados.

—Estaremos encantados de recibirte. —Se me heló la sangre al ver cómo la cara de Tyler pasaba de la incredulidad a la furia más absoluta cuando el policía entró en el despacho—. Tyler Freeman, quedas arrestado durante un máximo de doce horas. Estoy obligado a informarte de que, en ese plazo, realizaremos el registro de tu propiedad y que, pasado ese tiempo, tendremos que dejarte en libertad a la espera de una orden judicial de arresto. Hasta que la consigamos, tendrás que informarnos de cada uno de tus movimientos.

—No, espera, Jayden...

Iba a seguir, pero Tyler me dedicó un concluyente movimiento de cabeza que me hizo enmudecer y, de paso, cargar con mi culpabilidad. El policía le sujetó del brazo para llevárselo sin que opusiera resistencia, pero cuando pasó por mi lado se acercó a mi oído.

—Sabes que soy incapaz de hacer algo así, *m'aghaidh gealach*. Me conoces. —Sus palabras me pellizcaron en el corazón. Le miré a la cara. Y la desesperación, mezclada con la resignación, rompió en mil pedazos la coraza que me protegía. Parecía honesto, angustiado, y esa voz, ese ronroneo bajo y profundo, persuasivo y, al mismo tiempo, completamente veraz...—. Martina, soy inocente.

Fui incapaz de responderle, ni de seguir implorando a Jayden por su libertad. Me lo quedé mirando mientras desaparecía por la puerta y el pulso me martilleaba en todos los lugares posibles al mismo tiempo, cargándome de una debilidad que no había sentido en años.

—No te preocupes por él, antes de la hora de la cena estará libre.

Ignoré la mano tranquilizadora de Jayden en mi hombro y salí a trompicones.

«Sabes que soy incapaz de hacer algo así».

De repente el aire me faltó. Empecé a sentirme mal. Mareada y con

muchas náuseas, como cuando regresaba a casa después de una sesión de quimio. Me doblé en dos intentando controlarlas. Inconscientemente, palpé mi pecho operado en busca de una razón irracional para mi estado, cuando en realidad tenía esa razón entre rejas.

No quería. ¡No debía consentir que la situación de Tyler me provocara un ataque de pánico! Él era agua pasada, un borrón en mi vida ya superado...

Me di cuenta de lo equivocada que estaba en cuanto sentí el golpe del miedo. ¡Por él! Por el hombre que me había marcado con su conducta cobarde. Por el que más daño me había hecho.

Me incorporé de repente. Tenía la garganta seca. Tragué saliva y me alejé hacia el coche. Aferré el volante con fuerza, porque las manos todavía me temblaban si pensaba en la posibilidad de que estuviera regresando a una especie de madriguera de la que me sería muy difícil salir.

Él había afirmado que le conocía, pero no era cierto. Su manera de proceder no me resultaba familiar, ni sus sonrisas torcidas, ni sus palabras llenas de cinismo, ni sus miradas sombrías. Pero mi cuerpo reconocía su tacto, su olor, sus susurros, sus besos...

Abandoné el coche y me refugié en mi cuarto, pero salí en cuanto Jayden y sus hombres provocaron los ladridos de *Thor* con su llegada. Tuve que atarlo para que les dejara hacer su trabajo.

—Sé que es un mal trago, Martina, pero acabará pronto.

A mí me pareció una eternidad hasta que un policía salió de la casa con una bolsa opaca, mientras otro hacía lo propio desde el establo. Fue este segundo quién me interesó cuando enseñó su botín a Jayden. Apenas pude ver la parte superior de lo que parecían... ¿libros de texto?

—¿De qué son? ¿Dibujo artístico? ¿Pintura? —«Bellas artes», estuve a punto de aclarar con un extraño ramalazo de orgullo al verlos—. Bah, da igual. Martina, no tienes por qué vivir con él hasta que llegue la orden de arresto, pero si me necesitas llámame. A cualquier hora.

Me dio una tarjeta de visita y se marcharon.

Yo todavía temblaba cuando entré en la casa. Afortunadamente, el destrozo no era nada irreparable en la planta baja, ni en mi dormitorio. No pude decir lo mismo del de Tyler. Cajones abiertos, ropa esparcida, cama deshecha y...

Una carpeta que había sido abierta y cerrada con precipitación, dejando los bordes de un montón de papeles a la vista. Era de color marrón, y de un tamaño lo suficientemente grande como para contener dibujos. Los suyos. Lo

comprobé cuando la abrí. El arte de Tyler en estado puro. Retratos con sus correspondientes fechas. Algunos eran tan antiguos que ni siquiera yo recordaba habérselos visto antes. Había varios de su madre, y paisajes, además de uno de *Thor* y de sus caballos.

Sonreí a mi pesar. Tyler siempre plasmaba en el papel aquello que era importante para él. Saltaba a la vista que lo que le rodeaba lo era, pero todos databan de hacía años.

Había uno de alguien desconocido. La cara de una chica que le sonreía de frente. Estaba confeccionado con carboncillo, como todos los demás, pero aquel era diferente. Algo en sus rasgos que me resultó familiar.

Miré la fecha y el nombre anotados en una esquina. Y entonces, el corazón se me detuvo en el pecho.

«Rachel».

La hija de Moira. La madre de Zoe. Por eso su parecido me llamó la atención.

Tyler lo había pintado poco después de empezar a salir conmigo. La conocía. Lo cual explicaba de alguna manera el cariño que sentía por Zoe y por Moira.

Doblé el dibujo y me lo llevé a mi cuarto. Luego me tumbé en la cama, acariciando la espalda peluda de *Nerón* mientras mis pensamientos confluían una y otra vez en un solo nombre: Tyler.

La Garda se había llevado algo de aquella casa que podría incriminarle. Él lo sabría. Y aun así, me suplicaba que le creyera. ¿Por qué?

Dudas. Sospechas. Miles de preguntas que no me respondería a no ser que se las formulara.

Miré la tarjeta que Jayden me había dado, mientras algo empezaba a tomar forma en mi cabeza. No sería muy honesto, pero esperaba que resultara efectivo.

No me lo pensé dos veces y le llamé.

—Sargento Quinn al habla.

—Jayden, soy Martina.

—¡Martina! ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, es solo que... Estaba pensando en la invitación de tu padre a cenar. ¿Te parece bien dentro de dos viernes, a las siete?

—¡Sí, por supuesto! Se lo diré. Si quieres, puedo recogerte en el claro unos diez minutos antes.

Cuando colgué, una extraña sensación de quemazón en el pecho me obligó

a tumbarme en la cama, con *Nerón* ronroneando a mi lado.

Me quedé dormida abrazada a la almohada y pensando en Tyler, en la mirada de sus ojos mientras me aseguraba que era del todo inocente, al mismo tiempo que lo encerraban.

# NUEVE

## *Tyler*

Salí antes de que se cumplieran las doce horas, después de saber que habían encontrado en mi casa un cúmulo de revistas y periódicos a los que les faltaban las letras que formaban parte del anónimo.

Me preocupó, me puso nervioso, pero solo pensé en Martina.

Hasta el momento había usado la indiferencia como mi mejor arma para sobrevivir, pero se había terminado, lo sabía. Ella había accionado el interruptor correcto para que sucediera.

Me refugié en el subway, en la mesa más apartada, hasta la hora de la comida. O la del Juicio Final. Me daba lo mismo siempre que mis remordimientos me dieran un respiro para analizar mi situación.

Martina había disfrutado de la mejor parte de mí en su día, pero también había sufrido la peor a continuación. Alguien la acosaba con el mismo objetivo que el mío y ella pensaba que era yo, así que estaba en la obligación moral de sacarla de su error, de protegerla.

La conocía. En su día, había recorrido media Francia para buscar una simple respuesta por parte de su padre. Probablemente ahora quisiera lo mismo de mí. No podría dárselo, pero sí debería resarcirla por todos los años de silencio impuesto. De algún modo, se lo debía.

—¿Un mal día?

Levanté la cabeza, solo para ver delante de mí un plato con mi sándwich preferido, una enorme jarra de cerveza y a Moira sentada a mi lado, esperando con toda la paciencia del mundo.

—Una mala vida, en general.

—Ya me he enterado del arresto temporal. ¿Has sido tú? —preguntó sin más.

—No. Nunca haría algo así.

—Jayden no parece opinar lo mismo. No ha perdido el tiempo en comentar a todo el que quisiera escucharle, que Martina ha aceptado la invitación de su padre para ir a cenar a su casa, porque no se siente segura junto a alguien como tú.

¿Cuándo? ¿Mientras yo estaba en el calabozo? ¿Lo hizo como represalia, o en realidad le gustaba?

La cabeza empezó a darme vueltas.

Di un buen mordisco a mi sándwich y un largo trago de cerveza antes de responder. Esperaba que así se deshiciera el nudo de mi garganta y consiguiera enfriarme la sangre.

—No me extrañaría nada que lo hubiera hecho solo para joderme —murmuré.

—¿Y tenía alguna razón de peso para joderte como dices?

—La besé. Ayer. —Moira frunció el ceño, pero no dijo nada mientras entrelazaba sus manos sobre el regazo y se acomodaba, como si esperara una larga historia—. *Fineáil*<sup>[2]</sup>, Martina estaba diciéndome cosas que no me gustaba oír, y no se me ocurrió otra manera de conseguir que se callara.

No replicó nada. Fue a la barra a por otra cerveza y se sentó, esta vez frente a mí.

—¿Y ella qué hizo? —preguntó al cabo de un rato.

—Al principio me correspondió, pero después, de buenas a primeras, se apartó como si tuviera miedo. Creo que estuvo a punto de partirme la cara.

—Qué raro... Solo la dejaste tirada hace años sin una explicación. ¿Cómo se atreve a tener miedo de confiar en otro hombre, sobre todo si vuelves a ser tú?

—No estoy de humor para tus sarcasmos. ¡Quiero ser seco y frío con ella para que me deje el camino libre por sí misma! Pero ahora... —Hundí los dedos en mi pelo con desesperación. Lo ocurrido conseguía que solo pensara en ella, en el peligro que podría correr—. Ahora hay alguien que está dispuesto a hacerle daño, Moira. Y ella piensa que soy yo.

—Bueno, tal y como yo lo veo, tu frialdad y sequedad se han ido por el retrete desde ayer. Aunque ella no parece querer verte ni de lejos, algo muy normal, por otro lado.

—¿De qué parte estás?

—De la tuya, por supuesto. No soportarías que le ocurriera nada malo.

—Si tiene que pasarle algo, que no sea en mi casa —repliqué, esperando sonar tan borde como pretendía, aunque solo conseguí que me sonriera con condescendencia.

—¿Problemas de conciencia? —Mi problema era Martina, en general. No solo no soportaría que le ocurriera algo, sino que estaba dispuesto a hacer todo lo posible para evitarlo. No tendría inconveniente en relegar nuestro enfrentamiento a un segundo plano, pero Moira no tenía por qué saberlo, claro—. ¿Por qué no le dices la verdad?

—Porque la verdad es demasiado horrible. —«Yo sería demasiado horrible para ella»—. Pronunciarlo en voz alta solo hará que me vea como un monstruo. Y no quiero eso.

Me sentía ahogar cuando Moira se inclinó hacia mí con una sonrisa condescendiente.

—Tu corazón empieza a dar señales de vida después de un tiempo demasiado largo. Por eso tienes miedo —añadió, levantando una mano cuando abrí la boca para desmentirlo—. En su día creíste que habías salido del agujero, pero en realidad sigues en él. No te has dado cuenta hasta que ella ha aparecido. ¿Te molesta que no se haya dado por vencida?

—La verdad es que sí.

—¿Te gustaría saber por qué se empeña en seguir adelante, por muy descabellada que sea la cláusula de Max? ¿Qué es lo que la lleva a intentar quedarse con un pedazo de tu tarta o por qué te sigue gustando tanto a pesar de eso?

—¡La verdad es que sí! Solo quiero que me ponga las cosas fáciles —casi lloriqueé—. ¡Pero después del beso, no puedo pensar en ella sin imaginarme...!

F follando como locos. Riendo felices. Haciendo borrón y cuenta nueva.

No terminé la confesión por vergüenza.

—Entiendo. Me ha ofrecido su ayuda con Zoe. —Casi me atraganté al escucharla. Escupí el trago de cerveza y me di golpes en el pecho hasta que el ataque de tos remitió—. Y voy a aceptar. Si tu padre quería que se encargara del gabinete, para mí es garantía suficiente, con el añadido de que Zoe y ella han congeniado a las mil maravillas nada más verse. Así que solo tienes dos opciones: o aceptas los cambios, tanto fuera como dentro de ti, y ves a dónde te pueden llevar, o la echas antes de que Jayden y Nathan empeoren la imagen que ella pueda tener de ti.

—Dudo que nadie consiga empeorar más la imagen que ya tendrá de mí —me quejé.

—Pueden ponerla al corriente de muchas cosas. ¿No te importa?

—«Muchas cosas» no es la historia al completo, Moira. Ni siquiera ellos lo saben todo.

—Tergiversarán lo que saben. Y Jayden puede intentar...

No fue necesario que terminara la frase. Un sudor frío me recorrió la espalda al pensar en lo que podrían contarle, en la manera que tendrían de contárselo. No solo me rechazaría, sino que me odiaría todavía más de lo que

ya lo hacía.

No quería que algo así sucediera.

—Jayden no conseguirá nada.

—¿Y qué vas a hacer para remediarlo?

—Protegerla. Es lo que debo hacer, Moira. Ya le fallé una vez, como a Rachel. —Sus ojos se apagaron en cuanto pronuncié el nombre, pero alargó una mano y cubrió la mía de una manera reconfortante. Como una madre—. Con Rachel no pude remediarlo, pero sí con Martina.

—Ya. Así que solo quieres estar a su lado por ese sentido ridículo de la responsabilidad...

—No es ridículo. Tú conoces nuestra historia. Te la conté, ¿recuerdas? —Asintió—. Está claro que ahora mis motivos son otros que nada tienen que ver con el amor.

—Claro como el agua, Tyler.

Pero sonrió con condescendencia. No se creía nada de lo que le estaba diciendo; yo tampoco.

—Podría darle la explicación que llevo años debiéndole. —No era buena idea. Resoplé. Martina siempre había tenido un criterio propio a prueba de bombas. Si le ofrecía razonamientos de peso, vería que la mejor alternativa a mí no era Jayden y su padre—. Oye, ¿qué tal si la invito a cenar? A lo mejor así la convenzo para que se vaya y quedar tan amigos.

—Es posible. Aunque yo me conformaría con que no te tirara algún plato a la cabeza.

«Nunca te dejaré sola, Martina».

Mis propias palabras me recordaban el montante de todos mis errores cuando entré en un veinticuatro horas para comprar lo que me hacía falta para la cena, incluida un poco de comida para gatos, solo para ganarme a ese bicho peludo que la acompañaba.

Entré en la casa casi con miedo, para encontrarme con el desorden y el silencio que ignoré. Me detuve frente a su puerta y giré el picaporte con cuidado. Estaba cerrada por dentro, lo cual quería decir que seguía allí. Posiblemente descansando.

No quise interrumpirla y empecé por mi cuarto. Aquellos mamones no habían tenido consideración con nada, pero al menos no habían estropeado ningún mueble. Cuando terminé de colocar lo imprescindible, me puse a cocinar mi plato favorito, el irish stew, un guiso de cordero con verduras muy

fuerte para la cena, pero apropiado para ella puesto que, si realmente llevaba dormida el tiempo que yo creía, se levantaría con un hambre de lobo.

—¿Qué es esto?

Me di la vuelta para verla parada delante de mí, con aquel gato horrible en los brazos, tapando una camiseta amplia y parte de unos pantalones de chándal que probablemente habían conocido tiempos mejores. Las ondas de su pelo estaban completamente descolocadas, tapándole parte de unos ojos enrojecidos y ceñudos que se frotó con la mano libre para poder ver mejor la mesa puesta, la olla en el fuego y a mí, que solo llevaba unos pantalones anchos y unas chanclas.

Se quedó mirando mi dragón una vez más con los ojos muy abiertos, como si de repente hubiera olvidado lo ocurrido, hasta conseguir que el corazón me golpeará la caja torácica.

—Irish stew —respondí, señalando el guiso con la cuchara de madera—. Ya sé que es demasiado para la cena, pero supuse que tendrías hambre y decidí hacer una excepción. No pasa nada si sobra. Así mañana podré desentenderme de la comida y centrarme en el trabajo.

—¿Es una trampa? —preguntó.

—No soy de trampas, ni de anónimos, pero veo que todavía puedo sorprenderte.

No respondió. Parecía tan tensa, y al mismo tiempo tan temblorosa, que me sorprendí de que no saliera corriendo, en vez de dejar a su gato en el suelo.

—No sabía que te gustara cocinar —murmuró.

—Me viene bien cuando tengo mucho estrés.

—¿Estás estresado?

—Alguien te amenaza y tú crees que he sido yo, pero si pienso en el montón de posibilidades, el estómago se me queda del tamaño de una alubia. Soy inocente, así que no estoy asustado por ese lado, pero sí completamente acojonado por el tuyo. ¿Has descansado bien? ¿Cenas conmigo?

—Guau... Lo has soltado todo de golpe, ¿eh? —Me miró con los ojos entrecerrados llenos de suspicacia—. Tyler, no me engañas.

—¿Quién te ha dicho que quiero engañarte? ¿No te he demostrado que voy de frente?

—Los libros de texto que han encontrado dicen lo contrario.

Aquello sí que no me lo esperaba. Me crucé de brazos y aparenté normalidad, aunque por dentro una extraña e incomprensible sensación de

vergüenza se apoderaba de mí.

—Empecé en la universidad a distancia, pero hace tiempo que lo dejé. Me han hecho un favor al encontrarlos. Había olvidado dónde los guardaba — mentí. Aquella era una parcela de privacidad que implicaba demasiado como para que conociera más detalles. Me acerqué a ella y miré hacia abajo. El gato se enroscaba entre mis piernas, ronroneando. Cogí un plato y le ofrecí la comida que había comprado antes de incorporarme. Esperé que ella me lo echara en cara, pero parecía sorprendida—. No sabía si le habías comprado comida.

—Me da vergüenza, pero me olvidé.

—De momento está servido. —Ella seguía mirándome con los ojos muy abiertos, hasta que cogí la botella de vino que tenía sobre la mesa—. Pensé que podría gustarte el vino para acompañar al guiso. No sé, quería... Disculpame. Por el arresto.

—Vale —dijo.

—¿Vale?

—Sí. Yo tengo parte de culpa, así que perdóname.

Inclinó la cabeza con arrepentimiento. Dios. Si hubiéramos estado en otras circunstancias, habría sabido cómo consolarla. Me hubiera atrevido.

—Tengo tanta hambre que podría comerme un elefante. —Se sentó en una de las sillas y se encogió de hombros, esperando cuando vio que yo no me movía—. Sé que piensas que te considero mi mayor enemigo. Y si analizo todo lo que ha ocurrido hoy, podrías tener razón. Pero prefiero pensar que dices la verdad, al menos en esa parte. De lo contrario, *Nerón* no se tomaría tantas confianzas contigo. Siento curiosidad por el camarero del subway, chico que conoce el lenguaje de los signos, motero... Pensaba que eras más de coches, pero me equivoqué.

—La moto la compré de segunda mano y la restauré yo solo. Hace años que no cojo la camioneta y que dejé el coche a medio reparar. No me interesó seguir. Sé hablar con las manos porque la situación de Zoe me lo pidió, así sin más, pero no tengo ni tu rapidez ni tu experiencia, eso está claro. Y mi trabajo en el subway complementa al que hago como guía ecuestre y monitor. Me costó lo mío sacar los dos permisos, y cada poco Jayden intenta echármelos por tierra sin éxito.

—Guía ecuestre. Eso es nuevo.

—Además de muy complicado. Requiere una dedicación total a los clientes que quieren hacer rutas sobre mis preciosos caballos, porque debo

tenerlos en perfecto estado y a pleno rendimiento, y no es fácil. Además de un conocimiento muy extenso acerca del suelo que piso, primeros auxilios, imprevistos meteorológicos... Cosas que no te interesan, creo.

—Comprendido y asimilado. ¿Me sirves un poco? —Actuó como si mi indirecta no la afectara lo más mínimo cuando se bebió el contenido de su copa de un trago y la volvió a llenar—. ¿Qué más cosas eres, Tyler?

—Amigo —afirmé sin pensarlo—. Quiero enterrar el hacha de guerra. Martina, sé que en su día pude parecer el mayor cabrón que te tocó en suerte...

—No lo pareciste. Lo fuiste.

—Sé que te hice daño y que ahora, seis años después, sigues sin tener la respuesta que mereces. —«Ni yo el valor que necesito para dártela». Ella se puso blanca. Me miró con los ojos casi fuera de sus órbitas, como si tuviera delante a su peor pesadilla—. No quiero que pienses que entonces no te quería, porque te quise. Y aunque ahora solo puedo pensar en lo sexy que estás ahí, delante de mí, tan atrayente como impredecible, respetaré tus decisiones. Entiendo que quieres una vida nueva, igual que yo. Un nuevo comienzo, como yo. Seremos enemigos si lo prefieres, pero considera la posibilidad de ser amigos hasta que uno de los dos gane.

—¿Amigos? ¿Tú y yo?

—Bueno, entiendo que lo estás sopesando si sigues ahí sentada.

—Supongo que no será tan malo como aguantar tu faceta de prepotente inseguro. Si crees que esa explicación ridícula acerca de lo que pasó hace años puede servirte para parecer un santo, estás muy equivocado, irlandés —susurró mientras mantenía una expresión dulce—. No pienso dar un paso atrás, aunque eso implique que *Nerón* y yo durmamos encerrados cada noche.

—No me gustan los gatos, pero puedo soportarlo por la casa. Y si hubiera querido quitarte del medio, habría utilizado el hacha que tenía en la mano en cuanto llegaste. En cuanto al resto... *Fineáil*.

—Voy a recoger mierda de caballo si tengo que hacerlo —me advirtió, señalándome con el tenedor—. Y aprenderé a montarlos, a cepillarlos, e incluso a cambiarles las herraduras si hace falta.

—Yo me comprometo a hacer lo mismo con el gabinete, tal y como Max pedía.

—¿Sí? ¿Y eso cuándo será?

—Más o menos cuando tú te decidas a subirme a la silla de montar. De momento, no nos estamos saliendo del guion.

—Ya. ¿Y qué propones como alternativa?

—Empezar nuestra relación de amistad de cero. Dejando a un lado los temas más importantes, para volver a conocernos. Tú preguntas, yo respondo y a la inversa. Sin censura por parte del otro. Con aceptación mutua. ¿Qué te parece?

—Interesante —respondió, inclinándose hacia delante, con los ojos fijos en mi brazo izquierdo—. ¿Desde cuándo te gustan los tatuajes?

—Desde antes que a ti, que por lo que veo también te gustan. —Tuve que contener la sonrisa cuando desvió la mirada de mi brazo para posarla en el anillo del dedo anular de su mano izquierda que, completamente roja por la vergüenza, empezaba a dar vueltas. Era uno de los más discretos, con una piedra en forma de óvalo del mismo azul claro que sus ojos—. ¿Desde cuándo te gustan los anillos?

—Desde que dos de las personas más importantes para mí me los regalaron en la época más difícil de mi vida. Esa que tú te perdiste.

—Martina, creo que habíamos quedado en...

—Sí, es cierto. —Pero había vuelto a palidecer. Me pregunté qué era tan grave como para provocar aquella reacción en ella, hasta que recordé que, por el momento, no tenía ningún derecho a saberlo—. Esas personas son Eirian y Brian. ¿No quieres saber qué tal les va?

—Sí, siempre que la respuesta no implique una acusación.

—Eirian sigue con su estudio fotográfico, y Brian tiene una galería de arte. Es pequeña, pero llena de cosas interesantes. De dibujos como los que tú hacías, y que he visto guardados en un cajón.

—Ya te dije que dejé los estudios. Mis trabajos no me dejan tiempo para la inspiración. Me levanto al amanecer para encargarme de los caballos y preparar todo el equipo. Y el subway...

—¿Necesitas un equipo?

—Son dos preguntas seguidas, pero te lo paso —le dije, sin poder contener una sonrisa de oreja a oreja. No le explicaría las razones que me mantenían muerto por dentro, incapaz de utilizar las manos para otra cosa que no fuera destruir. Martina tenía un pasado del que no quería hablarme, igual que yo. Me costó aceptarlo, pero había partes en la vida que siempre deberían permanecer ocultas. Otras, en cambio, debían salir cuanto antes—. Si sigues interesada en aprender, te mostraré todo lo que se necesita para una simple excursión de un día. A veces, los clientes son demasiado confiados. Mi labor, entre otras muchas, es mantener su seguridad ante cualquier imprevisto.

¿Sales con Brian? —solté a bocajarro.

—¿Qué? ¡Joder, no! —rio, pero era una risa áspera, sin ningún humor—. No sé por qué has pensado semejante gilipollez.

—Solo quiero saber si ya tienes un candidato para tu maternidad.

—Esa es una pregunta muy personal. Es como si... como si me preguntaras por el beso.

—Ah, el beso. Para mí estuvo muy bien.

—Conseguiste tu propósito con él. Nada más. —De repente frunció el ceño—. Pero sigue siendo muy personal.

—Tienes razón. A ninguno nos interesa la opinión del otro acerca del tema, ¿verdad? Lo siento —me disculpé, cuando la vi ponerse cada vez más roja—, pero no es algo que se vaya a borrar a base de no repetirlo. Te toca.

—De acuerdo. —Aspiró hondo, se inclinó hacia un lado y sacó un papel del amplio bolsillo de su pantalón, que fue desdoblado sobre la mesa. Empecé a sentir que la sangre se me escapaba del cuerpo. Cuando levanté la vista, me encontré con la frialdad más absoluta en sus ojos—. Según pone aquí, esta chica es Rachel, la hija de Moira y madre de Zoe. ¿Desde cuándo la conocías?

# ***DIEZ***

***Martina***

—¿Qué sabes de ella exactamente?

—¿Se permite responder a una pregunta con otra?

—Martina...

Tyler estrujaba la servilleta con nerviosismo mientras me advertía. Tragó saliva varias veces; yo me quedé embobada mirando cómo su nuez subía y bajaba, hasta que decidí compadecerme de él y llevar mis pensamientos por otros derroteros menos peligrosos que su atractivo masculino.

—Te has convertido en una persona llena de contradicciones —dije.

—Martina, ¿puedes contestar, por favor?

—Sí, claro. Sé que murió, que era la hija de Moira, que la conocías desde hace tiempo...

—Esto es un pueblo pequeño. Todo el mundo se conoce.

—También sé que tenías relación con ella mientras salías conmigo. La fecha del dibujo lo confirma —continué—. Ahora, me gustaría saber qué clase de relación os unía.

—Éramos muy amigos —resolvió al cabo de varios minutos de incómodo silencio, levantándose de golpe para recoger los platos sucios, como si dándome la espalda diera por concluida la conversación. Le seguí. No pensaba rendirme tan pronto.

—Debiste pasarlo muy mal cuando murió.

—Nunca debió ocurrir. Era demasiado buena. Pero fue... un accidente. Y los accidentes no se pueden controlar.

Me quedé muda por la ternura que destilaban sus palabras; por su cabeza baja, como si en el suelo de la cocina pudiera ver a Rachel. Por la pena y la desolación que parecía embargarle.

—Hoy has visitado su tumba con Moira...

—¿Quién te lo dijo? —preguntó, levantando la cabeza de golpe.

—Jayden lo insinuó, pero tú me lo acabas de confirmar. —Busqué sus ojos con los míos. Por mucho que intentó evitarme, lo arrinconé junto a la nevera. Él sabía que podría irse si quería, pero eligió quedarse—. Su recuerdo te arranca tanto dolor que te cuesta contenerte, pero no te he visto derramar una lágrima por tu padre. ¿Por qué?

No me esperé su reacción. Golpeó la puerta de la nevera con tanta fuerza que di un paso atrás. Cuando me miró, me quedé petrificada.

Los ojos de Tyler eran el rasgo más hermoso que había heredado de Max. Siempre habían tenido tal grado de franqueza, sinceridad y dulzura que parecían dispuestos a dejarte espiar dentro de su alma. Todo eso estaba allí de nuevo, pero también el brillo que despedía, furioso, lleno de ira que reprimía a duras penas.

—No tienes ni idea de las lágrimas que yo derramo. Mi turno —siseó, avanzando hacia mí hasta que mi trasero chocó contra el borde de la encimera—. ¿Tienes algo con Jayden?

—No responderé hasta que tú no lo hagas.

—La muerte forma parte de la vida. La diferencia está en lo que dejamos aquí cuando nos vamos. Rachel dejó amor, comprensión, una niña preciosa sin padres. ¡Max solo dejó odio y resentimiento! ¡Abandonó a mi madre y me pasó toda la responsabilidad! ¡Gracias a esa responsabilidad, tuve que encargarme de lo que él no quería y, a la larga, dejar los estudios!

—Pudiste seguirlos desde aquí. De hecho, parece que lo hiciste.

—¡Hasta que el jodido trabajo me agotó del todo y no tuve tiempo para pensar en otra cosa que no fuera sacar esto a flote! —Hizo un gesto con la mano para abarcar la cocina—. ¡Él es el culpable de que los dos estemos aquí ahora! ¡Él, su mente retorcida y este juego macabro con nosotros!

—No creo que su intención fuera jugar con nosotros.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamarías al circo que ha montado con sus preciosas cláusulas? —gritó, con tanta ira que estuve a punto de esconderme debajo de la mesa para que no me alcanzara.

—Yo también estuve enfadada con él, pero mi caso es... diferente. —Y ahí pensaba dejarlo—. Max era un buen hombre que se vio superado por las circunstancias y que solo recibió intransigencia por tu parte —concluí, inspirando hondo para poder levantar la cabeza y mirarle directamente. Su pecho subía y bajaba a una velocidad acorde con el sonido de su respiración. Lo tenía tan cerca que podía sentir el calor producto de la indignación, de la cólera más absoluta. Percibí el movimiento de cada línea del dragón que cubría por entero su brazo, hasta el punto de estremecerme entera cuando me fijé en esas fauces abiertas que rodeaban el lugar donde estaba su corazón. Como si le mordiera al mismo tiempo que él respiraba—. La vida se compone de todos esos momentos, Tyler. Hay que disfrutar los buenos y aceptar los malos para poder superarlos.

—¿Tú vas a darme lecciones de vida? —preguntó, levantando una ceja.

—¿Para qué? Cada uno lleva consigo sus propios ejemplos de los que aprender.

—Eso no responde a mi primera pregunta. ¿Tienes algo con Jayden?

—¡No! —grité, desesperada. Quise empujarle para que se apartara, pero solo conseguí golpearle el pecho, allí donde el corazón le latía tan deprisa que retiré la mano enseguida—. ¡No tengo nada con Jayden, pero soy una mujer libre y adulta para tenerlo si quiero!

—¿Le crees?

—¿A quién?

—A Nathan —respondió. Se frotó la cara con las manos e inclinó la cabeza. Cuando volvió a mirarme, tenía tal expresión de agonía en los ojos que tuve que contenerme para no abrazarle—. ¿Crees que soy un asesino?

Quise responderle que no. Que ni siquiera creía que el anónimo hubiera sido cosa de él, pero no pude. Mi parte racional, esa que se había multiplicado por mil después de superar el cáncer, me advirtió de la realidad que me rodeaba... con él.

—No te conozco —murmuré, avergonzada.

—¡Sí me conoces! —Di un respingo ante aquel nuevo grito, mucho menos furioso y mucho más suplicante. Se acercó más. De buenas a primeras, me encontré con mi boca a milímetros de la cabeza del dragón y con mis ojos buceando en los suyos. Intenté desviarlos, pero él me sujetó la cara—. Mírame. ¡Joder, Martina, mírame! Y dime qué ves.

Le aparté la mano, pero me quedé allí, dejando que su olor invadiera cada parte de mi cerebro. Absorbiendo con los ojos cada rasgo de su cara, solo para apreciar que seguía siendo tan guapo como lo recordaba. Deseé que sonriera como solía hacerlo, con alegría, con seguridad. Me empapé del pecho desnudo que tenía tan cerca, con ese dibujo hecho con tinta que le confería un aspecto más duro, pero mucho más intrigante.

Era peligroso. Lo supe desde el primer momento. Y desde entonces me esforcé en llegar hasta donde estaba. Hasta él, con la seguridad de que aquello no terminaría bien.

—¿Qué es esto? ¿Otro de tus juegos? —murmuré, apretando los puños para no tocarle.

—El mejor de todos, porque nos proporciona sinceridad. Algo imprescindible para que haya amistad. Vamos. Dime lo que ves. Dime lo que reconoces.

—Yo... —Me mordí el labio para concentrarme. No estaba acostumbrada a beber, y ya llevaba tres copas de vino. Noté el sopor del alcohol alcanzándome el cerebro. Sí, quería llegar a una explicación, a un motivo. Era la primera vez, desde que había superado el cáncer, que me encontraba en una situación que no podía controlar. Y aun así, quería seguir adelante—. Tu cuerpo parece el mismo, aunque tienes más músculos aquí... —empecé, alargando una mano para tocarle el pecho. Fue un contacto leve, pero él contuvo la respiración y se puso rígido—, y aquí —añadí, dejando que mis dedos recorrieran, al fin, la cabeza de aquel dragón que me había fascinado desde la primera vez que lo vi. Tyler emitió un pequeñísimo jadeo cuando me entretuve un poco más. Las líneas de sus músculos se definían bajo mis yemas como si las estuviera esbozando sobre un papel. Mi corazón estuvo a punto de explotar cuando ascendí hasta el suyo y sentí la calidez de su aliento sobre mis dedos—. Tu piel sigue siendo suave, aunque más morena y curtida.

—Me gusta hacer deporte. De vez en cuando, practico hurling y fútbol gaélico.

—¿En serio? Para eso necesitas un equipo, irlandés.

—¿Quién dice que no lo tenga? *Tá mé fós mar an gcéanna ...*<sup>[8]</sup>

No supe lo que significaba, pero mis nervios se dispararon cuando me atrapó la mano y acercó mis dedos a su boca. No los besó. Ni siquiera los acarició con los labios, o los mordió. Solo los contempló con la mandíbula apretada y aquellos labios tan sensuales convertidos en una línea delgada y firme. Examinó mis anillos, hasta que abrió la palma y depositó un suave beso en ella.

Cerré los ojos y me apoyé en la encimera para evitar que mis piernas se deshicieran. Cuando los volví a abrir, tenía los suyos muy cerca, analizando cada una de mis reacciones.

Sentir aquella proximidad que se estaba comiendo años de separación y días de oscuridad, era un lujo que no me podía permitir.

El gabinete. Los niños que conocería al día siguiente y que me harían sentir valiosa, útil. Mi ritmo de trabajo, que sería frenético porque yo me lo impondría así, lejos de aquella casa, de la amenaza de los anónimos. De él. Listas, horarios, costumbres que llevar a rajatabla. Ese sería el centro de mi nueva vida, no los deseos de un hombre lleno de interrogantes.

Respiré hondo y me libré de su mano. Debía recuperar el control.

—Ahora eres frío, manipulador, incapaz de priorizar sentimientos sobre situaciones —espeté.

—Así que «priorizar sentimientos sobre situaciones», ¿eh? —Colocó ambas manos a los lados de mi cuello y se inclinó hacia mi cara. Contuve la respiración y dejé mi boca entreabierta. Si me permitía lanzarme de cabeza a la profundidad de su mirada, si me ponía a leer en ella, si dejaba que se acercara más, estaría perdida—. Te diré cómo priorizas tú.

—Yo no necesito...

—Oh, ya lo creo que lo necesitas. —Fijó sus ojos en mis labios. Se relamió en un gesto lento, casi deliberado, y sopló sobre mi nariz con tanta delicadeza que mi pecho se hizo añicos—. Te diré lo que veo en ti. Veo a una mujer preciosa, que se empeña en ocultar su belleza con ropa amplia y poco favorecedora, aunque no sé por qué.

—No eres nadie para clasificar mi ropa.

—Soy el hombre que se acostó contigo por primera vez, al que reconociste hace un momento. Sé que no es suficiente, y lo acepto. Seis años pueden cambiar a una persona, Martina. En eso estamos los dos de acuerdo, pero tienes que llegar a un punto de ruptura emocional muy fuerte para que la desesperación te obligue a mostrar ese cambio. Mi ruptura hace tiempo que se produjo. ¿Y la tuya? ¿Qué es lo que te llevó a aceptar la cláusula de Max? ¿Venganza?

—Si hubiera querido vengarme de ti, te habría complicado las cosas mucho más esta mañana —murmuré, aceptando el brillo de satisfacción de sus ojos.

—¿Qué es eso que quieres esconder bajo esa fachada de estirada y dura, pero que termina saliéndote por los poros? ¿Por qué lo haces, si no te convences ni siquiera a ti misma? —continuó. Su voz fue bajando de volumen al mismo tiempo que acariciaba mi cuello y se inclinaba en mi dirección. De repente, todo mi mundo se redujo a sus labios respirando casi a través de los míos. Tenía razón. En todo lo que me estaba diciendo, e incluso en lo que me estaba preguntando. No le respondería a él, pero sí a mí misma. Mi razón para acceder al gabinete de Max era el tesón; las ansias de escapar de un lugar que me recordaba demasiado a mis propias miserias. Quería esconder todos mis sentimientos, pero, sobre todo, el miedo a no saber reaccionar cuando él volviera a besarme.

Tyler sonrió. Estaba tan cerca que, al hacerlo, nuestros labios se rozaron. Le escuché soltar una especie de suspiro que me calentó la boca, pero no hizo absolutamente nada más.

—No he vuelto a dibujar porque para ello necesitaba una sensibilidad

especial que perdí el mismo día que te perdí a ti. Ahí tienes otra respuesta —murmuró, dejando que su pulgar recorriera las comisuras de mi boca. Parecía tan ensimismado en lo que hacía que no creí que realmente pensara en lo que estaba diciendo—. No he vuelto a dibujar porque durante mucho tiempo estuve muerto. Y puedes creerme si te digo que tuve razones de sobra para estarlo. Sin embargo, no perdí la esperanza del todo. Por eso me centré en los seres vivos desde otra perspectiva, más real, más práctica. Tenía que ganarme la vida con algo más tangible que el arte. Ahora, respóndeme a la pregunta del principio: ¿crees a Nathan?

—No.

—Entonces no vayas a cenar con ellos —murmuró, como un ruego apagado que me hizo comprenderlo todo de pronto.

—Soy una idiota. ¡Una idiota por dejarme manejar de esta manera!

—Nunca digas eso delante de alguien como yo —susurró, enmarcando otra vez mi cara entre sus manos para poder mirarme directamente—. Todo lo que has escuchado es cierto. No forma parte de ningún plan, pero no dejaré de pedírtelo hasta convencerte.

Quería decirme mucho más, pero se contenía. Y yo quise abofetearle por intentar manipularme de esa manera, pero me contuve.

—Dame una buena razón —repetí, como aquella misma mañana, en la puerta de la comisaría.

—Inseguro. Eso me has llamado. También me has dicho que intento cubrir esa inseguridad con capas de prepotencia, pero no soy el único. Tú aparentas indiferencia, cuando en realidad tiembles si te toco. Aparentas dureza, pero cuando estás sola, lloras. Por eso has bajado con los ojos irritados. No sé qué te ocurrió hace un rato, cuando te pusiste blanca con solo nombrar tus anillos. No sé si tiene relación con nuestros últimos años separados o con nuestros últimos días juntos, pero lo que sí tengo claro es que eres un polvorín de emociones que has controlado y que, ahora, por algo que no me molestaré en averiguar, se te han ido de las manos. Esa es mi razón. —Sus ojos volvieron a tener la calidez de hacía unos momentos, cuando sentía que me hablaba con el corazón, pero desconfié. Podría ser otro de sus trucos sucios, otra manera de intentar llevarme a su terreno—. No deberías ir a esa cena porque eres como yo, *m'aghaidh gealach*.

—Te he dicho que no me llames así.

—Y yo no pienso hacerte caso. —Enredó uno de sus dedos en un mechón de mi pelo y suspiró. Cuando volvió a mirarme parecía triste, distante de

nuevo. Como si solo me hubiera dejado asomarme a su alma para conseguir sus fines—. Si vas, te llenarán la cabeza de verdades manipuladas en mi contra. Quinn quiere esta propiedad a toda costa. Ahora mismo eres una competencia inesperada para él, pero intentará convertirte en una aliada a través de Jayden. Es su hijo. ¡Su perro faldero, Martina! Si Nathan le dice que salte, saltará. Y si le dice que se líe contigo para así acceder a todo esto a través de la cláusula de Max, pues él... ¿No lo has pensado? —añadió, más mortificado de lo que estaría dispuesto a admitir—. No, claro que no. No los conoces como yo. Tú solo has visto su cara más amable. La cara que ellos quieren que veas. La otra suele salir a la luz cuando no consiguen lo que ambicionan por las buenas. Martina, si no te pones de su lado, estarás contra ellos. Si han tenido algo que ver con el anónimo...

—¿Qué estás insinuando?

—Lo que acabas de escuchar. Son capaces de muchas cosas. Demasiadas.

Se desinfló como un globo delante de mí. Apoyó las manos en la encimera y sacudió la cabeza, mirándome de reojo. Hubiera jurado que acababa de tirar la toalla si no hubiera sido por su mirada sesgada, incisiva, fuerte.

—Tyler, te olvidas de dos cosas.

—Dime cuáles y las utilizaré en nuestro favor —respondió, poniéndose recto otra vez.

—Tú. Dices que quieres que me vaya, pero tus caballos tienen nombres españoles y debajo de mi ventana hay medio campo cubierto para que las orquídeas mariposa crezcan sin problema. ¿Puedes explicarme por qué, antes de que vuelva a llamarte mentiroso?

—Tendrás que confiar en mí sin esa explicación. Lo necesito para poder... afrontar todo lo que ese jodido anónimo puede representar.

No me lo exigía; me lo pedía con una voz firme pero suave, con un parpadeo muy rápido y con las manos convertidas en puños que trataban de contener algo mucho más fuerte.

—Lo haré hasta donde me sea posible, si me respondes a una última pregunta: ¿por qué ayer ni uno solo de los vecinos de Killaloe te defendió cuando te peleaste con Nathan?

Apretó los labios; también los dientes, porque su mandíbula cuadrada se remarcó mucho más, y un tendón en su cuello salió a relucir. Desvió su mirada de la mía y, finalmente, negó con la cabeza.

—No les resulto simpático. Si te sirve de algo...

Aquella era su respuesta. Y por muy críptica que fuera, no influyó a la

hora de tomar mi decisión con respecto a él y nuestro nuevo acuerdo.

—Entonces, buenas noches —dije, con la decepción corriéndome por las venas—. Ya nos veremos.

No cerré la puerta de mi cuarto con llave, pero abrí la ventana para que entrara un poco de aire fresco. Comenzaba a oscurecer, pero todavía se podía disfrutar de algo de luz natural. Una enorme luna llena parecía emerger de las tranquilas aguas del lago, abriéndose paso a través de las nubes.

Y allí, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y la mirada perdida, estaba Tyler, fumando un cigarrillo que apagó después en la suela del zapato antes de mirar al cielo, mientras movía sus labios.

Estaba pidiendo un deseo a la luna.

Sobre sus piernas, sostenía uno de los cuadernos que siempre usaba para sus dibujos.

«No he vuelto a dibujar porque durante un tiempo estuve muerto».

Ahora volvía a intentarlo, ante mi total asombro. Los movimientos de su mano al hacer los primeros ejercicios de trazo eran lentos. Poco a poco ganó en rapidez, reconociendo aquello para lo que había nacido. Una prolongación de sí mismo. Una pequeña muestra de su don que continuaba allí, dormido, pero, al cabo de un rato, le oí maldecir en irlandés y arrancar la hoja de su cuaderno, para terminar arrugándola antes de marcharse.

Yo todavía continué allí, escuchando sus pasos que se encaminaban hacia su cuarto y oliendo la suave fragancia de las orquídeas que el ligero viento llevaba hasta mí, mezclada con la humedad que surgía de la superficie del lago para envolverme. Era extraño: debería sentirme incómoda, pero la sensación fue tan estimulante que sonreí. Dejé que mis pensamientos fluyeran, que mi mente se abriera...

«Haz caso a tus instintos».

Los escuché. Y me dijeron que él estaba tan dispuesto a protegerme como a intentar librarse de mí.

# ONCE

## *Martina*

«PACIENTE: Zoe, de seis años de edad.

ANTECEDENTES: Durante el último trimestre escolar, y, sin causa aparente, Zoe perdió el habla por completo. Pasó de ser una niña extrovertida y simpática a comportarse con miedo incluso ante personas conocidas y queridas por ella, como Peyton o Tyler.

Según los informes del equipo de orientación del colegio, no ocurrió nada dentro del recinto que pudiera ser la causa de ese mutismo repentino, por lo que derivaron su caso a pediatría, quien inició los trámites para un examen médico que ha revelado que no existen causas físicas para su mutismo.

He empleado cuatro sesiones en averiguar, mediante los test de matrices progresivas de Raven, y el Peabody (test de vocabulario en imágenes), así como las pruebas no verbales WPPSI-III, su nivel cognitivo, llegando a la conclusión de que Zoe posee una enorme memoria fotográfica, un coeficiente intelectual un poco por encima de la media para su edad, y mucha más capacidad de interacción con las pruebas no verbales.

DIAGNÓSTICO: Después de observarla en su ambiente familiar, he llegado a la conclusión de que parece sufrir el grado más agudo de mutismo, llamado mutismo total, con desaparición repentina del habla. A mi modo de ver, es una respuesta adquirida a un estímulo negativo, sin que le acompañen otro tipo de síntomas fisiológicos, como eneuresis o tartamudeo. Tampoco he visto signo alguno de negativismo ante dicho estímulo, aunque al parecer, a veces sufre de pesadillas que afectan a su rendimiento y comportamiento el resto del día.

Los factores que pueden influir en ese tipo de respuesta tienen que ver con procesos de condicionamiento directo.

TRATAMIENTO: Mi objetivo, tras asegurarme de que Zoe no sufre ningún episodio de timidez que pueda agravar su estado, es obtener un retrato de todos los elementos que puedan estar influyendo en la génesis y mantenimiento del problema. Para ello, y tras recoger sus datos evolutivos en

el ámbito familiar y escolar, así como las circunstancias actuales del entorno, decidí calibrar su nivel de conducta y emocional, por lo que utilicé el BASC en sus diferentes formas. El resultado fue un nivel muy alto en la escala de somatizaciones, y muy bajo en la de habilidades adaptativas, razón por la cual evaluaré su interacción con Luke. Por otra parte, y aprovechando que su confianza con respecto a mí ha crecido considerablemente, he decidido comenzar con la arteterapia para intentar averiguar aquello que parece haberla traumatizado».

Leí el informe y miré de reojo a Luke, que acababa de llegar y se entretenía haciendo torres infinitas con los legos, mientras intercambiábamos frases cortas y yo le preparaba su lectura para la sesión.

Era viernes y Zoe estaba a punto de aparecer, de la mano de Moira, como el resto de la semana.

Miré por la ventana. Si la decoración del gabinete, que no había cambiado, invitaba al equilibrio con sus muebles sencillos, su mesa redonda del tamaño de mis pacientes con sus sillitas a juego, junto a otra más acorde a los más mayores, y su enorme corcho plagado de dibujos, el Trinity College se veía impresionante desde el octavo piso.

Pero eso no ayudó a tranquilizarme.

Tyler.

El anónimo. El registro. El arresto. La cena con aquel ofrecimiento de amistad que yo acepté.

Sus advertencias con respecto a Jayden y Nathan, pintándolos como dos monstruos manipuladores cuando yo solo veía a dos hombres de lo más normal. No podía creerle, pero su angustia mientras trataba de convencerme parecía real, como salida de lo más profundo de su alma.

Apagué el ordenador y me agaché junto a Luke.

Desde el domingo no había vuelto a verle. Y no había sido casualidad, sino fría premeditación. Cada día me iba hacia el gabinete de Max para zambullirme en el trabajo. Comía en Dublín y, después de mi sesión de tarde, volvía a Killaloe para correr un rato. Era ahí donde todo ocurría de repente. Un cambio sutil, una sensación ridícula de que alguien me seguía durante mi ejercicio. Un aviso de mis instintos que me llenaba de desasosiego. A veces escuchaba el crujido de una hoja al pisarse, el chasquido de una rama al romperse, o incluso el sonido de una respiración agitada cuando me detenía, con la excusa de atarme los cordones de las zapatillas, cuando en realidad

lanzaba miradas furtivas por encima de mi hombro esperando sorprender a quién quisiera que me seguía.

Pero siempre me recibía la soledad que buscaba, el silencio del pequeño bosque que cruzaba. Siempre terminaba diciéndome que eran paranoias provocadas por mi propia situación en la casa de Tyler. Aunque corría más rápido para librarme de ese cosquilleo incómodo en la nuca, no me desembarazaba de él hasta que no me duchaba, cenaba en el subway y me refugiaba en mi cama.

Le evitaba, igual que evitaba las conclusiones a las que llegaba.

No podía permitirme el lujo de perder la cabeza por un hombre, muchísimo menos si ese hombre ya me había roto el corazón una vez y se llamaba Tyler Freeman. Pero saberlo no implicaba que pudiera ponerle coto a todo lo que empezaba a anidar en mi cuerpo y mi cabeza sin permiso.

¡Mierda!

Por primera vez desde que había superado el cáncer, lo que ocurría a mi alrededor escapaba a mi control. Y eso me provocaba verdadero pánico.

Culpa mía. Y de mi indecisión. Además de...

El sonido del timbre fue tan repentino que no pude evitar gritar por el sobresalto. Las piezas del lego que tenía en las manos saltaron por los aires.

—Me «has asustaste»—me dijo Luke, dando un respingo.

—Se dice «me has asustado» —le respondí con una sonrisa, revolviéndole el pelo rojo.

Tenía ocho años y padecía un retraso madurativo, asociado a un trastorno del lenguaje que Max había corregido bastante. Aun así, tenía por delante una difícil tarea que aumentó hasta adquirir el tamaño de una montaña cuando abrí la puerta.

Zoe me miraba sonriente. Igual de sonriente que Tyler, aunque la mirada de sus ojos grises delataba mucho más que simpatía.

—Si la montaña no va a Mahoma... Buenos días, *m'aghaidh gealach* —me saludó con jovialidad, apartándose a un lado con delicadeza para poder pasar, seguido de la niña—. ¿Qué tal la semana? Quería hacerte esta pregunta antes de que tuviera que sustituirla por: ¿qué tal el mes?

—*Buenos días, Martina* —me saludó Zoe, justo antes de que ambos entraran en la sala, llamándome con aquel gesto tan especial que llamó la atención de Tyler.

—Cielo, ¿cómo la has llamado?

—Para ella, mi nombre es un sinónimo perfecto de «Cara de luna» —

expliqué.

Él entrecerró los ojos, ladeó la cabeza y me escaneó de pies a cabeza, sonriendo de medio lado cuando se detuvo en mi cara, que más que parecer una luna se acercaría a un volcán en erupción.

—Interesante... —murmuró, antes de chascar la lengua cuando vio a mi paciente—. ¡Eh, Luke! ¿Cómo va eso, colega?

Mi asombro inicial se convirtió en perplejidad al verles chocar la mano con total familiaridad.

—Un momento... ¿Qué es esto? ¿Qué haces tú aquí? ¿Conoces a Luke? Supongo que se lo habrás notificado a la Garda...

—Son tres preguntas y una suposición. No te preocupes. Mi situación aquí es completamente legal.

Me guiñó un ojo y se sentó en la silla ubicada al otro lado del escritorio, frente a la que utilizaba yo, pero que ahora estaba ladeada, de cara a los niños. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta gris claro, a juego con sus ojos. Se había afeitado, y el aroma de su after shave me llegó a la nariz, además de esa actitud amigable, envolvente.

Estaba demasiado guapo, demasiado despreocupado y demasiado guasón para mi aguante.

—Tyler, tengo mucho que hacer hoy, así que si no te importa...

Le señalé la salida, pero él negó con la cabeza muy despacio, mientras sus labios dibujaban una sonrisa capaz de derretir los polos.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —dijo, inclinándose hacia adelante para apoyar los codos en sus muslos. Dios. Odiaba que me mirara tan fijamente. Me hacía creer que podía llegar a cualquier lugar de mi mente, por escondido que estuviese—. Peyton tenía que venir, así que Zoe y yo nos apuntamos enseguida. Tengo que cumplir mi parte.

—¿Tu parte?

—Debo aprender cómo funciona esto, ¿recuerdas? —Por un momento, olvidé todo lo que no fuera aquel brillo divertido en sus ojos grises, mezclado con algo tan profundo que me provocó un escalofrío—. En vista de que, aunque he estado esperando una invitación por tu parte, esta no ha llegado, he decidido presentarme sin avisar. Improvisando.

—Pero tu trabajo...

Su sonrisa se acentuó.

—Lo aplacé para mañana, ¿verdad, Luke? —añadió, volviendo a chocar su mano con la del niño.

—Sí. «Me encantan mucho» tus clases.

—Se dice «me encantan», o «me gustan mucho». —Él siguió enfrascado en su construcción de legos cuando Zoe se sentó a su lado y le preguntó por medio de signos si podían jugar juntos. Luke le prestó parte de las piezas.

—La terapia conjunta funciona genial con ellos —susurró Tyler—. Se llevan fenomenal.

—Es uno de tus alumnos, ¿verdad?

—Sí. Conste que no sabía que estaba aquí, ni lo que planeabas hacer con Zoe, aunque pensaba preguntártelo... En cuanto dejaras de esconderte de mí.

—Chicos, ¿os importa quedaros solos unos minutos? Tyler y yo tenemos que hablar a solas, pero os tendremos vigilados —añadí, haciendo un gesto con mi dedo índice que les hizo reír.

Tyler me siguió en cuanto moví ese mismo dedo en su dirección, y se apoyó en el marco de la puerta que entorné.

—Las conversaciones privadas mejor fuera de horario, si no te importa —le advertí en un susurro.

—Habría sido fuera de horario si no corrieras a tu cuarto en cuanto me hueles. —Acercó su nariz a una de sus axilas y después se encogió de hombros—. Y no huelo tan mal... ¿O sí?

—¡Yo no me escondo de ti! —exclamé, conteniendo la risa. Si serio era la sexualidad andante, cuando hacía el payaso con aquel encanto, se convertía en alguien prácticamente irresistible.

—*Fineáil*, puedes llamarlo como quieras, pero para mí es justamente eso —dijo con seriedad y tristeza—. Tranquila. El que esté aquí no tiene que ver con nuestro tiempo separados. Al menos, no con nuestro primer tiempo separados. Pero sí con estos días. Empiezo a saber lo que se siente cuando buscas una explicación y no la encuentras.

—No te voy a decir que me alegro, porque no es así —susurré—. Aunque tampoco te voy a dar la razón. Huir de los problemas no es algo que haya hecho nunca.

—Siempre hay una primera vez para todo y a ti se te da de maravilla. —Resopló—. He pasado una semana de locos. ¿Estás bien? Ningún anónimo más del que tenga que preocuparme, ¿verdad?

—Si eres inocente, no deberías pensarlo.

—Al contrario, Martina. Precisamente porque soy inocente, el asunto me quita el sueño. —Me fijé mejor en su cara. Sus ojos parecían un poco más hundidos, con oscuras ojeras. Sí, tenía toda la pinta de estar cansado cuando

suspiró y volvió a erguirse—. El caso es que decidí improvisar para comprobar por mí mismo que estabas bien, y ahora tengo una hora libre que pienso emplear aquí sentado, observando cómo trabajas. ¿Qué te parece?

—Que en realidad puedes venir dispuesto a transformar mentiras en medias verdades.

—¿Crees que es así?

—No quiero creerlo, de momento. —Tyler pareció soltar el aire retenido en sus pulmones poco a poco mientras me animaba a continuar con un movimiento de su mano—. En cuanto a lo de quedarte aquí, te lo permitiré siempre que sigas mis reglas.

—Que son...

—Silencio absoluto, sin ninguna interferencia, por mucho que no estés de acuerdo con mi proceder.

—Deberías saber que Luke habla mucho mejor cuando Zoe anda cerca —susurró, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más natural del mundo proporcionarme esa clase de información—. Entre ellos, de alguna manera, se comprenden.

—Ya lo veo. —Zoe le preguntaba a Luke si quería dibujar, y él le respondía con un asentimiento de cabeza—. A veces ocurre que niños con trastornos en el lenguaje, son incapaces de progresar conforme a su edad dentro de su propio idioma, pero entienden otros con mucha más facilidad. Supongo que el lenguaje de los signos pertenece a la segunda categoría.

—También deberías saber que Zoe siente mucha curiosidad por tus anillos, pero no se atreve a preguntarte directamente. Conmigo tiene mucha más confianza. Por eso le he dicho que, ya que hoy estaré por aquí, podría preguntarte...

—Y ya puestos, enterarte tú también, ¿verdad? No cuela, Freeman. Por mucho que ella te adore.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, porque también te adora a ti.

—¿A mí?

No quise demostrarlo, pero un calorcillo muy agradable se extendió por mi pecho. Le había cogido mucho cariño a esa niña. Me halagaba que fuera mutuo.

—Puede que para ti no sea más que una paciente, aunque lo dudo —añadió. No. Había sido algo más desde el momento que la conocí, con aquel aire de desamparo y soledad pese a estar protegida por personas como Moira y el propio Tyler. Sabía que tenía mucho que ver con el origen desconocido y

traumático de su mutismo, pero también porque, de alguna manera, sentía que la niña se abriría a mí tarde o temprano. Necesitaba ayudarla—. Pero me ha dicho que le caes muy bien, y eso, viniendo de ella, es casi tanto como si te lo dijera yo. Es una persona muy intuitiva.

—Y muy inteligente. Ha sabido eludir cada uno de mis intentos por averiguar lo que le ha ocasionado el trauma. Quería ver de primera mano cómo se manejaba con otros niños, por eso cambié el horario de Luke para hacerles coincidir.

—Los verás más a menudo. Pero eso no es importante ahora.

—¿Ah, no?

Me miró de reojo y se frotó la barbilla.

—Has calado a Zoe enseguida, lo cual me llena de alegría y me hace confiar en ti como profesional. Entiéndeme, hasta el momento no tenía motivos para lo contrario, pero de algún modo me siento responsable de ella. La adoro. Por eso no puedo evitar preguntarme... ¿Yo también soy digno de tu confianza? Me encantaría serlo, porque es lo que busco.

—Yo también —respondí con sequedad.

Pasé por su lado para entrar en el gabinete, pero él me sujetó por el brazo. Lo siguiente que sentí fue su aliento muy cerca de mi oreja.

—Espera un momento, Martina, por favor —susurró—. Solo quiero saber si lo nuestro continúa.

—¿Lo nuestro?

—Nuestra amistad. —No pude disimular el suspiro de tranquilidad y ¿decepción? que se me escapó. Él se apresuró a soltarme para pasar a mirarme con el ceño fruncido—. Habíamos quedado en eso, ¿no? Pero de repente, me evitas como si te arrepintieras.

—Hace mucho tiempo que aprendí a tomar decisiones sin arrepentirme después. Por eso estoy aquí, escuchando tus razones para procurar no tomármelas como un ataque personal.

Me dirigí hacia donde estaban los niños sintiendo su mirada sobre cada centímetro de mi cuerpo. Intentaba ignorarle cuando vi cómo volvía a ocupar la silla en la que se había sentado antes, pero me observaba con tanta intensidad que tuve que esforzarme en mirar los dibujos de los niños con un mínimo de naturalidad. El de Luke mostraba una escena de él con sus padres y su hermano mayor, todos sentados a la mesa, comiendo algo que parecían unos spaghetti gigantes que no se acababan nunca. Sonreí al ver que, aunque había avanzado algo, su trazo seguía siendo el de un niño con una edad

bastante inferior a la suya. El de Zoe, por el contrario, estaba mucho más elaborado, y plasmaba la cerca con los caballos y los obstáculos, una niña cabalgando, y alguien en posición horizontal, a poca distancia del caballo que saltaba el obstáculo.

—Zoe, no será una de tus pesadillas, ¿verdad?

—*Hoy no he tenido ninguna, ¡bien!*

—¿Y esta persona de aquí? ¿Se ha caído? —Ella rehuía mi mirada por un instante, captando mi atención al momento—. *¿Es Luke? ¿O es Tyler, que ha tropezado?*—insistí, pasando a las manos para que se sintiera más cómoda.

Buscaba su sonrisa, y la conseguí cuando señaló a Tyler, que levantaba la mano.

—Pido permiso para hablar —dijo, provocando la carcajada de Luke.

—Te estás comportando como un tonto pedante.

—Vamos, Martina. Solo intentaba ser amable y cumplir tus reglas.

—Si me importara algo, te diría que lo estás consiguiendo.

No pasaría nada si le demostraba que en realidad tenía en cuenta el hecho de que se hubiera desplazado hasta Dublín solo para asistir a una de mis sesiones. Podría haber empleado el tiempo en otras muchísimas cosas, y sin embargo estaba allí, actuando con tacto, con naturalidad, con tanto cariño hacia los niños que tuve que tener mucho cuidado para mantener mi profesionalidad.

Quería seguir ganándose mi amistad. Y desde luego, aquel había sido un muy buen paso.

—Yo nunca tropiezo en mi terreno —aclaró después de un carraspeo exagerado, fingiendo una prepotencia que volvió a arrancar las risillas de los niños—. Ese solo podría ser yo si alguien me hubiera puesto la zancadilla. ¿Me pusiste la zancadilla, Zoe?

—*Nooooo...*

—Oh, entonces debiste poner ahí uno de los anillos de Martina que tanto te gustan, solo para verme caer y reírte de mí, ¿eh?

Ante mi total y absoluta admiración por la forma en la que Tyler había conducido la conversación hacia lo que realmente quería, Zoe emitió una carcajada silenciosa.

—Gracias —murmuré, inclinando la cabeza en su dirección. Él siguió sonriente mientras me guiñaba un ojo—. ¿Ahora intentas mostrarte encantador?

—No. Solo te he echado un cable. Además, yo también quiero saber por

qué llevas tantos anillos.

Levanté las palmas en señal de derrota y sonreí cuando me di cuenta de que era la tercera vez que hablábamos de mis anillos, pero la primera que no sentía aquel vértigo en el estómago que me obligaba a bloquear todo lo que tenía que ver con ellos. Era por Tyler y su actitud envolvente que resultaba tan sexy. No estaba segura de aceptar aquella versión, pero no era tan obtusa como para rechazar cualquier ayuda que proviniera de alguien que conocía mejor que yo a aquellos dos niños.

Le miré de reojo y exhibí mis anillos ante la mirada más que interesada de los dos niños. Él se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los muslos, con los ojos entrecerrados por la intriga.

—¿Sabíais que las piedras preciosas nos transmiten energía? —Los tres, y recalco, los tres, negaron con la cabeza—. Los antiguos las usaban para liberar los bloqueos mentales, físicos y espirituales, de modo que la energía pudiera fluir libremente a través del cuerpo. Energía positiva.

—¿Las tienes para eso?

—Durante mucho tiempo mi mente estuvo bloqueada, igual que mi cuerpo y mi espíritu. —Respondí a Tyler sin mirarle. Aun así noté cómo contenía la respiración. Supo que me refería a él, pero ignoraba el resto. Y así debía seguir siendo—. Dos personas muy importantes para mí me los regalaron para ayudar a los pensamientos de mi mente a conectar con mi cuerpo.

—*No lo entiendo, Martina.*

Sonreí a Zoe y a Luke, que se encogió de hombros refrendando sus palabras, y lancé una mirada por encima de mi hombro. Tyler me observaba en absoluto silencio, con la mandíbula apretada, lo cual significaba que intentaba controlar alguna emoción que amenazaba con desbordarse, pero sin nada que indicara enfado hacia mí.

—Es algo así como estar contenta y satisfecha con una misma —expliqué, moviendo los dedos.

—¿Como cuando hago tus deberes y me pongo «muy demasiado contento»? —preguntó Luke.

—Se dice «muy contento». Y sí, es parecido. Las piedras no son de verdad, pero cada una me ha dado lo que he necesitado en un momento determinado.

—Mi madre dice que para sentirte mejor están los médicos.

—Y están. Pero a veces, es bueno sentirte acompañada. Aquí —añadí, señalando mi frente.

—¿Y los anillos te acompañan?

—Digamos que en su día cumplieron su función.

A partir de ahí, empecé mi explicación exhaustiva de cada piedra, hasta llegar a la piedra de luna. Fue esa última la que captó por completo la atención de Zoe. Sin decir ni media palabra, volvió a su dibujo y lo colocó sobre mi regazo.

—*Martina, yo quiero una como esa. Así podré hacer otro dibujo diferente.*

—No, Zoe. Tú no tienes problemas de salud, ni te sientes...

«Atrapada». La palabra se quedó en mi boca. Cuando miré a Tyler, comprobé que había pensado lo mismo que yo. Su cara había palidecido y tenía los puños apretados, pero no intervino. Simulando una sonrisa de tranquilidad, acaricié sus trenzas y le señalé el dibujo.

—*¿Esta de aquí eres tú?* —aventuré, refiriéndome a la figura tumbada sobre la hierba, a punto de ser pisoteada por el caballo. Recé para estar equivocada, pero mi corazón se detuvo de golpe cuando la vi asentir. Había miedo en unos ojos muy grandes que rehuían los míos para clavarlos en el suelo. Escuché una respiración acelerada, e incluso hubiera jurado que percibí la súbita humedad de sus manos antes de que se las frotara contra la tela de sus pantalones cortos con disimulo.

Zoe tenía miedo. Había reaccionado negativamente a todos mis anteriores intentos, pero de repente y sin previo aviso, decidía dar un pequeño paso en una dirección desconocida.

Posé mi mano en su mejilla sonrosada solo para transmitirle confianza, y la elevé lo justo para que nuestros ojos se encontraran.

—¿Te has caído del caballo, cariño? —casi susurré.

—*No. Pero si hablo, ella me pisoteará.*

Pasé a las manos en cuestión de segundos.

—*¿Quién es ella?*

Zoe desvió su atención de mí hacia Tyler, que se había colocado a mi lado con la tensión saliéndose por cada poro del cuerpo.

—*Luna no haría eso. Yo nunca se lo permitiría. Lo sabes, ¿verdad?*

Intentó acariciarle la mejilla, pero ella se apartó, rodeándose las rodillas con los brazos para empezar un balanceo casi imperceptible.

—*Si hablo, me pisoteará.* —Tenía sus ojos brillantes de lágrimas, pero las contuvo con una valentía que me conmovió—. *Los médicos no podrán hacer nada por mí.*

—*Entonces dímelo a mí, Zoe. Con las manos. Yo te ayudaré.*

—No. No podrás.

—Martina...

—Te ayudaremos, cariño. Dínoslo.

Sus ojos se dirigieron a Tyler, que nos miraba cada vez más angustiado.

—No puedo. ¡No, no, no, nooooo! —Su respiración se aceleró, igual que la mía. Movía la boca para formar la palabra una y otra vez, aunque no salía ningún sonido de ella—. *Si lo hago, ¡vosotros sufriréis mucho! Y yo no quiero, ¡no quiero!*

La congoja de Zoe pareció llegar a su punto álgido, puesto que empezó a llorar sin control justo antes de que la envolviera en mis brazos y la apretara contra mi pecho.

Dios. Alguien la había atemorizado hasta el punto de hacerla enmudecer. ¿Quién era capaz de meter tanto miedo en el cuerpo de una niña tan dulce como Zoe? ¿A qué punto psicológico habría llegado, para intentar pedir auxilio a través de un anillo con una piedra de luna en su centro?

—Tranquila, mi niña, se acabó, ¿vale? —La aparté e intenté tranquilizarla con una sonrisa. Luke observaba la escena entre asombrado y cauto, y Tyler...

Sus ojos demostraban determinación. Y un calor que me alcanzó cuando me susurró:

—Lo arreglaremos. Prometido.

# DOCE

## *Tyler*

Acordamos no decir nada de lo ocurrido a Moira, hasta no asegurarnos de que lo que nos había dicho Zoe era cierto y no producto de su imaginación o de las ganas de ser el centro de atención del universo, como todos los niños, pero no había pegado ojo en toda la noche.

Si había parte de verdad, significaba que alguien estaba coaccionando a Zoe. Y no podía evitar unirle el anónimo y su posible relación con todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Las imágenes se superponían en mi cabeza como si fueran las piezas de un puzle demasiado complicado para mí.

Por eso aquella mañana, cuando vi que Martina se había levantado antes que yo, algo muy fuerte me comprimó el estómago.

Recé para que no hubiera salido a correr, porque no iba a poder hacer nada para remediarlo. Y cuantas más conjeturas fabricaba mi cabeza, más inútil me sentía con respecto a ella. Me mantenía en constante alerta las veinticuatro horas del día. No había nada que consiguiera distraerme de mis propósitos; ni siquiera que ella hubiera descubierto mis libros de texto gracias al registro de la Garda.

¿Y qué si había seguido estudiando? No tenía por qué proclamarlo a los cuatro vientos, ni reconocerlo para que me viera como un blandengue que decía una cosa y hacía otra, ¿verdad?

Necesitaba un cigarrillo, que consumí de unas cuantas caladas antes de apagarlo en la suela de mi bota, y un desayuno que apenas pude tragar. Pero, sobre todo, necesitaba verla a ella. Con ella, vendría la paz.

Me encaminé hacia los establos, pero me detuve en seco en la puerta ante el espectáculo imprevisto.

Porque ver a Martina con unas botas un par de números más grandes que el suyo, un mono azul que podría albergar dentro a dos como ella, y una pala entre las manos enguantadas con la que intentaba recoger la paja sucia de uno de los box para depositarla en un carretillo, era un completo espectáculo.

Me quedé un rato más para disfrutarlo, conteniendo la risa al ver que, al mismo tiempo que evitaba con éxito los movimientos nerviosos de *Luna*, conseguía dejar el cubículo en un estado bastante decente.

Su amor propio la obligaba a superar su repugnancia hacia todo el cúmulo

de olores y texturas que rodeaban esa parte del trabajo, para terminar provocándome un ataque inesperado de admiración por aquella mujercita testaruda, que se empeñaba en encontrar su sitio justo donde menos parecía cuadrar. Mirándola, empecé a preguntarme de dónde salían aquellas ganas irracionales de partir el cuello a cualquiera que quisiera perjudicarla, cuando su presencia allí solo tenía como objetivo mi casa, mis caballos y mi vida.

«Del mismo lugar que tu ansia por apartarla en su día de tu lado, idiota».

Hacía tiempo tomé la decisión más difícil de mi vida, basándome en el sentimiento que me inundaba: el amor. Un sentimiento que debería estar tan muerto y enterrado como yo, pero me provocaba un hormigueo generalizado en las palmas de las manos, latidos de corazón desacompasados y un deseo incontrolable de olerla, de escucharla. De tocarla con cualquier excusa, de cualquier manera.

—Vas a terminar por darme pena. Será mejor que te eche un cable.

Tuve que contener una sonrisa cuando la vi dar un respingo y resoplar para quitarse un mechón de pelo de la cara tiznada de polvo.

Estaba preciosa.

—Suelo resolver sola mis problemas menores, Freeman —me respondió con la voz áspera por el esfuerzo, antes de darme la espalda para seguir, ofreciéndome de paso un bonito espectáculo de su trasero, embutido en los pantalones del mono—. Como ves, cumplo mi palabra. Ayer te comprometiste en el gabinete, hoy me comprometo con los caballos.

—*Fineáil*. Muy bien por ti, diría yo. Pero lo que estás haciendo, como bien dices, es un «problema menor». —Señalé todos los accesorios que esperaban a ser usados, limpios y colocados en una de las paredes libres. No quería demostrar mi entusiasmo por lo que parecía ser una colaboración total—. Siento decirte que me sentí orgulloso de ti ayer en el gabinete, cuando demostraste que realmente esos niños son tu vocación.

—¿Lo sientes?

—Sí, porque tengo que añadir que con la paja sucia eres bastante menos habilidosa, por decirlo finamente. —Contuve una sonrisa cuando la vi fruncir el ceño. No ofendida por lo que le dije, sino buscando la manera de hacerlo mejor. Dios, el orgullo volvía...—. A *Luna* habrá que cepillarla un poco antes de preparar todo lo demás.

—Hablas como si se tratara de un largo viaje.

—Solo los alrededores de Killaloe para los niños. Un entorno que conocen a la perfección, para que no haya peligros inesperados y podamos estar de

vuelta a la hora de comer —informé. Intentaba parecer serio cuando la escuché resoplar otra vez. Sin decir nada, le quité la pala de las manos y terminé el trabajo. Para mi sorpresa, ella no objetó nada al respecto—. La tarde será más larga. Los adultos suelen ser mucho más exigentes. Si sigues interesada...

—Un momento, un momento... ¿Has dicho «nos llevará»?

—Claro. Si sigues interesada —repetí, sacando el cepillo afuera, junto con la yegua—, tendrás que ayudarme con todo. Lo siento, *m'aghaidh gealach*, pero mi trabajo es mucho más manual que tus sesiones de terapia. ¿Sabes montar a caballo?

—No.

—Veamos... —Consulté mi reloj y terminé por desechar la idea que se me había pasado por la cabeza. Cuando me di la vuelta, me la encontré con las piernas abiertas, los brazos en jarras, el pelo hecho una maraña y la cara manchada. Seguí pensando que estaba preciosa—. Te dejaré que montes a *Luna*. Tendrías que ser francamente mala para que terminaras en el suelo. Y ahora, ¿me ayudas?

—Es lo que llevo haciendo desde hace una hora.

—*Fineáil*. —Ignoré su nariz arrugada y cogí el botiquín de primeros auxilios para guardarlo en las alforjas. A continuación, seguí con la ropa de agua—. ¿Piensas quedarte todo el día ahí parada?

—No. Es que... Bueno, no pensaba que...

—¿Necesitara tantas cosas? —Martina asintió, mirándome con tanta admiración que mi pecho se replegó como la cola de un pavo real—. No nos alejaremos mucho, pero siempre es bueno llevar el material necesario para atender posibles heridas y contusiones. Iremos con niños, así que toda precaución es poca. Además, y aunque ha amanecido despejado, anuncian nubes. Si llueve, no será bueno para los caballos, así que cuanto antes salgamos, mejor. Solo llevaremos lo necesario para evitar contratiempos desagradables, alguna herramienta, avituallamiento para los jinetes, puesto que bordearemos el lago y los caballos tendrán dónde comer y beber... Y ropa adecuada. Sé que es mucho pedir pero, ¿tienes algo parecido a unos pantalones de montar y botas altas?

—Algo parecido.

—Lo del casco déjalo de mi mano. —Tragué saliva al pensar lo que iba a hacer, pero encontré el que solía utilizar Rachel y, sin mirarla, se lo ofrecí—. Parece que es de tu talla.

«Fantástico, Freeman. La mejor manera de afrontar todos tus fantasmas es colocarlos sobre la cabeza de Martina. Literalmente».

—¿Y ahora?

Ella se quitó el casco y lo dejó a un lado, esperando órdenes. Sonreí cuando le miré las manos.

—Ahora, quítate esto. —Sentí un pequeño respingo de sobresalto cuando me acerqué a ella e, incomprensiblemente atrapado en el brillo de aquellos ojos claros, tiré de los dedos amarillos para terminar arrojando los guantes a un rincón—. No es conveniente que cepilles a un caballo con unos guantes que te quedan grandes.

Ella inclinó la cabeza, encogiéndose de hombros. Sentí el repentino impulso de alabar su actitud mientras la besaba, pero ahuyenté mis malos pensamientos y le hice un gesto con la mano para que me siguiera hasta donde había dejado a *Luna*.

—Los demás ya están preparados, pero ella será tu montura, así que lo mejor será que tengáis un primer contacto. —Martina la miró como si tuviera delante a un dinosaurio. Inspiró con fuerza y se retorció las manos—. Tranquila, *m'aghaidh gealach*. No dejaré que te ataque, pero si es demasiado para ti, lo entenderé.

La provocación surtió efecto. Me dedicó un mohín orgulloso que casi me provoca la risa y cogió el cepillo con decisión.

—¿Y ahora? —repitió.

—Ahora olvídate de los nervios, o se los transmitirás a ella.

Martina desconfiaba de mí, pero en vez de dolerme como el demonio, solo pude pensar en que, a pesar de todo, permitía que estuviera a milímetros de su espalda. Cuando me acerqué y coloqué una mano sobre la suya para moverla en la dirección correcta, sentí su tensión atravesándome de pies a cabeza. Percibí su jadeo contenido y el ligero temblor de sus dedos bajo los míos. Y su calor, que me envolvió poco a poco.

—Eso es. Así. ¿Notas cómo se relaja? —le pregunté, acercándome tanto a su oído que solo tuve que emplear un susurro—. ¿Cómo te mira y te olfatea? Le gustas...

No. Yo era el que olfateaba el suave aroma a champú de su pelo, a pesar del trabajo realizado. El que miraba la curva de su cuello y el resto del cuerpo, tan cerca que podía sentir cada pequeño estremecimiento. Era a mí a quién le gustaba. Cada vez más.

Sus reacciones podían ser producto de esa jodida desconfianza, de esa

especie de *stand by* en el que el registro nos había envuelto a los dos. Pero también podría ser que se sintiera atraída por mí al igual que yo lo estaba por ella.

Sí, ¿por qué no? Aparte del wasap que terminó con nuestra relación, ella no tenía otra referencia acerca de lo despreciable que había sido después. No tenía ni idea de que aquel mensaje era solo la punta del iceberg. Por eso me había correspondido cuando la besé. Por eso yo sentía esa especie de tensión llena de electricidad cuando estaba a solas con ella. Algo tan fuerte que parecía eclipsar todo lo demás. Y tan importante que, a su lado, el resto parecían tonterías.

Martina siempre me había provocado emociones extremas. Sentimientos imposibles de erradicar por completo. Allí, con mi pecho prácticamente pegado a su espalda y el lóbulo de su oreja a un milímetro de mi boca, reconocí que volvía a hacerlo. Con fuerza.

El sonido de su suspiro era sensual, muy quedo, pero me estalló en las venas. Quise rodearle la cintura con el brazo para pegarme a ella. Clavarle los dientes en el cuello o restregar mi polla contra su culo y llevármela dentro de los establos, pero sabía que si lo hacía, se iría.

Y acababa de descubrir que no quería que se fuera. Por lo menos durante las próximas horas.

Enlacé mis dedos con los suyos mientras seguía los movimientos del cepillo y apoyé la otra mano en el cuello de *Luna*. Teníamos un contacto casi completo, y la conexión comenzó a fluir entre nosotros. Su aire, entrando y saliendo de sus pulmones, era lo único que escuchaba. Su boca, cerca de la mía...

Ella se movió. Seguramente sin pretenderlo, su trasero tocó mi ingle.

Suficiente para provocarme una erección de campeonato.

Intenté controlarla repitiéndome que solo la estaba instruyendo, pero mi polla no me hizo ni caso.

—Estás temblando, Martina.

—Tú también, Tyler.

—Hace un poco de frío. No esperaba encontrarte aquí.

—Ayer Peter hizo mucho hincapié en que tendría que empezar con esto.

Siguió pasando el cepillo con suavidad, y yo seguí disfrutando de la calidez de sus dedos, sin pensar en nada que no fuera ese momento.

«Lo normal sería que rechazara una mano que esconde tanto, Freeman. Siéntete un tío afortunado».

—¿Por qué te levantas siempre antes que yo? —le susurré, pasando mi brazo por encima de su hombro para afianzar el agarre de mis dedos—. ¿Me tienes miedo?

Su cabeza se ladeó, así que solo tuve que mover mi dedo índice para terminar enredándolo en un mechón suelto de su pelo. Había un brillo de calidez en sus ojos azules que los clareaba hasta ponerlos del color de su piedra de luna. Observé el contraste de nuestras manos, con esa piedra asomando entre dos de mis dedos. Piel morena sobre piel blanca. Rudeza sobre delicadeza. El calor de mi excitación, contra la frialdad del metal de los anillos.

¿Cómo sería sentirlos rodeando mi polla?

Contuve la respiración, a punto de pegar un salto.

—*Beidh sé indéanta...*<sup>[9]</sup> —Cerré los ojos y apreté la mandíbula hasta donde el dolor me permitió. La visión de aquellos anillos rodeándome me excitó hasta el punto de sentir el pulso en las pelotas. Más me valía tranquilizarme si no quería que de verdad ella me tuviera miedo, así que volví a abrirlos—. No me has respondido, Martina.

—Nunca te he tenido miedo —dijo, justo cuando conseguí colocarle el mechón detrás de la oreja. Vi que se mordía el labio antes de volver a mover la mano que sostenía el cepillo—. Pero me pongo nerviosa cuando no sé qué esperar.

—Si te refieres al arresto, solo podían retenerme doce horas.

—Me refiero a lo que se llevaron. A si será suficiente para detenerte.

—¿Te estás preocupando por mí?

—¿Pasaría algo si fuera así?

—Nada, pero me he acostumbrado a esa rabia acumulada...

«...a lo largo del tiempo». Me callé antes de estropearlo todo. Sufría por mí. Quise sentirme todavía más afortunado, pero los reproches me recordaron que no me merecía nada que viniera de ella.

Le quité el cepillo y la volví hacia mí, solo para ver que el mentón le temblaba.

Mierda. Ahora no solo me sentía culpable por el daño que le había causado, sino que era testigo de que lo seguía causando. Si había algo que nunca había podido soportar eran las lágrimas de Martina. Siempre provenían de una emoción fuerte, y nunca llevaban segundas intenciones.

—No tengo nada que ocultarte —le aseguré, guiñándole un ojo para intentar contener esas lágrimas. Funcionó, porque apretó los labios y sorbió

por la nariz, pero no soltó ninguna—. Por favor, dame un voto de confianza.

El cepillo había desaparecido, pero nuestros dedos seguían entrelazados, igual que nuestros ojos. Los míos estaban llenos de oscuridad, lo sabía; los suyos me enviaban todo tipo de reticencias lógicas. En el pasado la había escondido más de lo que ella creía. Desde luego, no tenía ninguna razón para pensar que en esa ocasión sería diferente.

—Supongo que por el momento será lo mejor —murmuró.

Sobre todo para mí, me reproché. «Adelante, Freeman. Explícale con pelos y señales por qué la alejaste de tu lado. Lo que pasó. Y luego espera comprensión, zoquete».

El ruido de pasos que se acercaban le cerró el pico a mi conciencia. Los dos nos volvimos para ver a Luke y su padre. El hombre nos lo dejó con una sonrisa y se marchó aduciendo que tenía una prisa terrible.

—¡Eh, jefe! ¿«Lo estoy diciéndolo bien»?

Martina me apartó y le revolvió el pelo.

—Se dice «estoy diciéndolo bien», campeón —le corrigió. Luego me miró con una ceja alzada—. ¿Jefe?

—Señor Freeman me parecía demasiado formal, y Tyler a secas, demasiado familiar —respondí.

Moira llegó a continuación con Zoe. Como siempre, la cogí en vilo en cuanto su abuela se despidió de nosotros y la zarandeeé hasta que rio. Ningún sonido salió de su boca, pero yo sabía que le gustaba.

—¿A quién quiero yo? —pregunté, notando en mi espalda la calidez de los ojos de Martina.

—¡A mí! —Me estampó un beso en la mejilla que me supo a gloria. Cuando la dejé en el suelo, miró a Martina—. *¿Vas a venir con nosotros? ¡Di que sí, por favor!*

—Bueno, si me dejas que hoy monte a Luna...

—Haremos una cosa: Luke montará a *Sultán*, y tú podrás subirte encima de *Rayo*. ¿Qué te parece?

—¡Rayo! ¡Es el más rápido! —gesticuló entusiasmada—. *No dejarás que me tire, ¿verdad?*

—¡Claro que no! Iré a tu lado todo el tiempo. *¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?* —Zoe negó con la cabeza, pero bajó los ojos hasta el suelo—. *¿Has vuelto a tener pesadillas?*

—No...

—Si las tienes, me lo contarías, ¿verdad? —intervino Martina. Se había

agachado a su lado. Como por arte de magia, la niña centró su atención en ella y asintió con vigor—. *Cariño, no dejaremos que nada malo te pase, ¿de acuerdo? Ahora voy a cambiarme. No tardo.*

Empleamos el tiempo en preparar todo lo necesario para estar listos cuando ella apareció poco después con una camiseta de manga larga, unos vaqueros completamente ceñidos a su figura que me quitaron la respiración, y unas botas hasta la rodilla, que me hicieron pensar en cómo sería sentirlas alrededor de mis caderas, mientras yo...

—¿Eso de ahí son remiendos? —le pregunté, señalando varios trozos de tela en el interior de sus muslos, apartando esos pensamientos que solo me provocarían un infarto.

—Son adornos. Es lo más parecido que tengo a unos pantalones de montar, así que no te quejes.

—Mientras no te quejes tú...

Dudaba que la tela de unos vaqueros fuera lo más adecuado para montar a caballo, pero preferí callarme y le ofrecí las riendas de *Luna* cuando se puso el casco. Ella retrocedió, con un gesto disimulado de desagrado que terminó por hacer reír a Luke y Zoe.

—Vamos, que no se diga —la animé.

Levantó el mentón y aceptó las riendas.

—¿Y ahora?

—Ahora, pon el pie en el estribo. Coge impulso, pero no demasiado, no sea que te caigas de cabeza hacia el otro lado. Yo soy adulto y podría contener la risa, pero a ellos tendría que regañarles.

—Tyler, no tiene gracia.

—Vale, vale... Yo te sostendré. Venga, ¡arriba!

La subí hasta la silla de montar y, sin pensarlo demasiado, monté detrás de ella. Cubrí sus manos con las mías para enseñarle la mejor forma de controlar las riendas. Eso me dije para convencerme de que la verdadera razón no era volver a tocarla.

—Presiona los flancos de la yegua con los muslos. Así. —No fue buena idea demostrárselo. En cuanto presioné sus muslos con los míos hacia el lomo del animal, me puse duro como una piedra. ¡Joder! Era compartir cualquier contacto con ella, y dejar volar mi imaginación hacia cosas que no podría hacer. Nunca. Ella se puso rígida—. ¿Te sientes incómoda conmigo detrás?

—Me siento incómoda contigo alrededor.

Sí, podría decirse que mi cuerpo la rodeaba. Y aunque yo empezaba a estar mejor que bien, decidí facilitarle las cosas y volví a mi propia montura.

—¿Mejor así? —No pude negar cierta desilusión cuando la vi asentir—. Vale. Ahora dirígela con las riendas y los talones. Muy suave, así...

Lo hice yo sobre mi caballo y luego esperé. Tanto Luke como Zoe se pusieron a mi altura, pero toda mi atención estaba en ella. Tenía tal cara de concentración, con el ceño fruncido, los labios estirados y los ojos fijos en las crines de *Luna*, que sentí un fogonazo de admiración cuando consiguió guiar a la yegua unos pasos hasta colocarla con nuestros caballos.

—¡Ya está! —exclamó, con una sonrisa entusiasmada y un brillo de victoria. Con un pequeño gritito, hizo chocar su mano con la de Luke antes de mirarme con una expresión de suficiencia en la cara que me obligó a contener una carcajada—. ¿Ves, Tyler? ¡Pues tampoco era tan difícil!

Fue la primera vez que vi desaparecer las arrugas de su ceño para sustituirlas por el entusiasmo. Lo había logrado y me lo restregaba en la cara, pero no me importó lo más mínimo.

Porque, en ese preciso momento, mi inicial admiración se convirtió en un respeto total y absoluto.

Aquello era lo que me había perdido. Y ya nunca lo recuperaría.

# TRECE

*Martina*

«Yo te sostendré».

¿Desde cuándo me sentía tan excitada con una frase dicha en el momento adecuado y un cuerpo de infarto rodeando el mío, mientras me enseñaba cómo tenía que montar una yegua?

Desde que había dejado de taparme la nariz cada vez que pasaba por los establos y había aceptado los sonidos y olores provenientes de los animales como cotidianos. Desde que el aroma a café y tostadas me recibía casi cada mañana o el chirrido de la madera de los escalones indicaba que él estaba allí.

Desde que comprendí que el hombre menos indicado para mí me decía una pequeña parte de lo que pensaba, y me demostraba el resto con un montón de razones tan determinantes que me acobardaban.

Íbamos por un sendero estrecho entre robles y fresnos. Reconocí el lugar porque lo recorría cada día cuando salía a hacer ejercicio, pero ver la bruma fantasmagórica que parecía surgir de las aguas del lago a aquella hora de la mañana, me sobrecogió.

Era hermoso. Casi tétrico, misterioso pero envolvente. Y me transmitía una extraña sensación de protección que no lograba comprender.

Tyler se me quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Tienes frío?

—No te preocupes por mí. Estoy bien.

Si exceptuábamos el dolor en el interior de mis muslos, en mi culo y en el resto del cuerpo, con mayor o menor incidencia, después de una hora de trote pausado a lomos de *Luna*.

—No hace falta que te hagas la dura. Todos han pasado por esto, ¿verdad, Luke?

—Yo no pude «cerrarme las piernas en poco mucho tiempo» —respondió, muy serio.

—«Yo no pude cerrar las piernas en mucho tiempo» —le corregí con una sonrisa.

—*Y a mí me dolían las manos* —refutó Zoe, haciendo un puchero.

—Se quejaron todo el camino. Madre mía, qué pesados fueron... Cansaron hasta a los más mayores.

Tyler exageró un gesto de aburrimiento que provocó la risa de los niños y mi propia sonrisa. Desde luego, sabía hacerse querer por ellos. No había más que ver el brillo de admiración en sus ojos y su atención absoluta cada vez que él abría la boca, aunque solo fuese para bostezar.

—Hoy no han venido —objeté, pensando en su arresto.

—Vendrán en unos días. Todavía dispongo de un margen de tiempo antes de que Jayden consiga arruinarme del todo, así que vamos a emplearlo bien. ¿Qué te parece?

Me señaló el lugar cuando nos detuvimos, y a mí se me cortó la respiración.

Habíamos dejado el pueblo al otro lado del lago. Desde donde nos encontrábamos, se podían ver las fachadas llamativas, e incluso las pequeñas barcas amarradas en la orilla. El agua estaba tan tranquila que parecía un espejo. Los rayos de sol comenzaban a hacerse un hueco entre las nubes y se reflejaban en ellas, proyectando su luz anaranjada sobre un pequeño campo de tréboles que seguía al espectáculo de los brezos. Estaban tan juntos que parecían una pequeña alfombra verde.

Cerré los ojos y olí el aire. Se estaba tan bien allí, con un silencio tan íntimo, que me costó volver a abrirlos para ver la cara de orgullo de Tyler, peligrosamente cerca de mí.

—*Fineáil*, veo que te he sorprendido otra vez. No todo iban a ser malas noticias —añadió, llevando a su caballo hasta un árbol contiguo, lo suficientemente cerca del agua como para que bebiera.

Luke y Zoe le siguieron, pero no se bajaron.

—¿Podemos irnos de paseo nosotros solos, jefe? —le preguntó el niño, con su habitual seriedad.

—*¡Eso, eso! ¿Podemos, Tyler? ¿Podemos? Por favor, di que sí...*

Si consideró los peligros potenciales, fue solo un momento antes de ver el mohín de Zoe. Pellizcó su mejilla y luego se la besó.

—¿Sois buenos jinetes? —preguntó. Ellos se pusieron firmes y asintieron al unísono—. ¿Lleváis provisiones? ¿Tenéis un reloj? —Volvieron a asentir, y Luke señaló el digital de su muñeca—. De acuerdo. Activaremos la alarma para que suene, digamos, dentro de ¿media hora? Sí, eso está bien. Volveremos para la hora del almuerzo, así que procurad que yo no os pierda de vista.

—¡¡¡Bien!!!

Se marcharon manejando los caballos con una destreza envidiable. Cuando

bajé la cabeza, me encontré a Tyler con los brazos extendidos hacia mí.

—Ya estamos solos. Puedes derrumbarte si quieres. Incluso quejarte por haber tomado la decisión de acompañarnos. Entiendo que has aceptado obligada por Max y su jodida cláusula...

—No necesito ayuda —mentí, mientras él me ofrecía su sonrisa más socarrona. En realidad, tenía el cuerpo tan entumecido que dudaba que pudiera bajarme.

—No solo necesitas ayuda, sino también una buena bronca, por cabezota.

—Le dijo la sartén al cazo.

—¿Nos lo jugamos a piedra, papel o tijera? —me propuso, guiñándome un ojo—. Si gano yo, dejas que te eche una mano. Si ganas tú, haré lo que quieras.

¿Lo que yo quisiera? Bueno, no sonaba mal del todo.

—¿Por qué? —dije de repente—. ¿Tienes remordimientos?

—Se irían de golpe si me creyeras cuando te digo que me encerraron injustamente y que no tengo nada que ver con el anónimo. ¿Me crees, Martina? —Una de sus manos se había posado en mi muslo. No lo acariciaba, ni lo presionaba, pero allí estaba, transmitiéndome su calor. Un calor confortable, conocido, casi tan acogedor como el silencio que nos rodeaba—. Te lo dije ayer. Te lo repito hoy. Y seguiré insistiendo hasta conseguir la respuesta que quiero. No soy un monstruo.

Aunque ni siquiera él pareciera convencido de lo que decía. Sentí un ramalazo de compasión y, en un impulso, cubrí su mejilla con la palma de mi mano enguantada.

—Hace un mes, ni siquiera pensaba en ti.

—Me odias.

—Te odié. Y me he esforzado en seguir haciéndolo desde que Pete abrió el testamento de Max. —Suspiré, sorprendida conmigo misma por la facilidad con la que hablaba de algo que siempre me había dolido demasiado.

Sus ojos grises brillaron cuando me miró.

—Entiendo que no lo has conseguido.

—Tú tampoco has tenido mucho éxito, por lo que veo.

—Yo nunca quise odiarte, Martina —murmuró, encogiéndose de hombros.

—Y yo te había borrado de mi vida para siempre —repliqué—. Ahora, ni siquiera sé si podré seguir en esa casa con todo lo que está pasando. No quiero estar allí cuando Jayden vaya a por ti.

—Pareces muy segura de que ocurrirá. —Se apartó de mí con un suspiro

de decepción y miró a su alrededor. Todavía se veían las siluetas de Luke y Zoe—. Nunca he ido contra ti, pero entiendo que pienses lo contrario.

Su sonrisa fue demasiado triste para mi aguante. No debería sentir nada bueno hacia él, pero lo sentía, revoloteando como si fuera una mariposa encerrada en un bote de cristal deseando salir. Tyler terminó por guiñarme un ojo y extendió un puño cerrado hacia mí. Tardé un rato en recordar la especie de apuesta que teníamos pendiente.

—¿Todavía sigues con esto?

—Cuando lanzo un desafío, no paro hasta ganar o perder, así que adelante.

—Tengo que reconocer que tienes una capacidad alucinante para cambiar de tema.

—Para regresar al tema anterior, querrás decir. ¿Te atreves? —¡Por supuesto que me atrevía! Nunca había rechazado un reto que viniera de Tyler, así que le imité—. Uno... dos... ¡tres!

Dejé mi puño cerrado, pero él abrió el suyo.

—El papel envuelve la piedra. ¡He ganado!

Apoyó las manos en mi cintura y me elevó para después hacerme descender. Convirtió un acto de lo más cotidiano en un movimiento lento y sensual en cuanto yo apoyé las mías en sus hombros para sostenerme. Me acercó tanto a él que fui consciente de cada parte de mí rozándolo. Mis pechos contra el suyo. Mi vientre contra el suyo. Mis muslos y los suyos. Y nuestros ojos. Entrelazados cuando, tan suavemente como si fuera una muñeca a punto de romperme, me dejó en el suelo y soltó el aire que había estado conteniendo muy poco a poco.

No me apartó, ni yo me moví. Nuestras caras estaban a centímetros de distancia, y nuestros alientos, contenidos. Lo supe. Si iba a besarme, volvería a permitírselo. Sentí sus dedos sujetándome con más fuerza por la cintura, apretándome contra él. Mis manos pasaron a su nuca y todo lo que nos rodeaba desapareció. El vértigo volvió a mi estómago cuando posó un dedo sobre mis labios. Me ardían y, al mismo tiempo, los tenía secos.

Quería que él me los mojara... ¡¿En qué estaba pensando?! Los abrí, pero él lanzó un gruñido sordo, muy bajo, y se limitó a recorrerlos con la yema del dedo sin dejar de mirármelos. Sus ojos transmitían puro fuego, pura necesidad de mordérmelos, de besarme.

Pero no lo hizo. Solo apretó los suyos con tanta fuerza que pensé que vería saltar sus dientes.

—Dios, Martina... ¿A dónde nos va a llevar todo esto? —preguntó, en un

susurro profundo.

—¿A esa amistad que me ofreciste?

—*Bhuel, tá...*<sup>[10]</sup> —Se apartó con otro taco que no entendí, y cogió las riendas de su caballo para comenzar a pasear bordeando el lago—. ¿Seguimos? No me fío mucho de esos dos.

—Claro. Los niños. No deberíamos dejarlos solos.

—Ellos saben lo que hacen. Tú, todavía no.

—Enséñame tú.

Él se detuvo de golpe. Abrió mucho los ojos, pero luego los entrecerró con suspicacia.

—¿El qué, exactamente?

—Por ejemplo, quién se encarga de los animales cuando tú no estás. Antes nunca... nunca te...

—Nunca me lo preguntaste, ya lo sé —respondió con voz suave—. Se llama Eric, y es el hijo de Pete.

—¿Pete tiene un hijo?

—Vive en Ballina, y sabe lo que se hace con los caballos, porque es granjero. Mis chicos se merecen el mejor de los tratos —concluyó con orgullo.

—Te he visto hablándoles. No esperaba verte tan entusiasmado en un trabajo así.

—¿Por qué no? Te sorprenderás cuando veas lo que son capaces de hacer. Te escuchan, te entienden. ¡Incluso atienden cuando los llamas por su nombre porque lo reconocen! —exclamó, gesticulando con las manos lleno de entusiasmo.

Me quedé un rato en silencio, disfrutando de ese brillo en los ojos que, hasta el momento, solo le había visto cuando hablaba de sus dibujos y empleaba horas en explicarme detalles que para mí no tenían importancia, pero que para él eran vitales.

Un retortijón de añoranza me hizo sonreír.

—¿Esa es tu meta en la vida? —pregunté.

—¿Estás insinuando que no es algo bueno?

—¡No, para nada! Haces una gran labor con los niños. Zoe y Luke te adoran. En cierta forma, es algo muy parecido a mi trabajo.

—Ah, entonces solo preguntas para calmar tu cargo de conciencia. Si te digo que no me conformo con esto, no verás tan horrible arrebatármelo, ¿verdad?

Me lo dijo con tanta desilusión que, cuando se detuvo delante de mí, no pude mirarlo como se merecía. Si lo hacía, correría riesgos mucho mayores.

—Solo me interesaba por tus sueños. Seguro que incluso alguien como tú los tiene.

Y le había visto frustrarse al ver cómo era incapaz de plasmar en un papel lo que tenía delante.

Tyler se encogió de hombros y volvió a mi lado para retomar el paseo.

—La equitación es una actividad muy saludable —Se agachó para arrancar unos cuantos tréboles y me los ofreció—. Respiras aire puro, estás en contacto directo con la naturaleza, tienes en tu mano el mejor ejemplo de buena suerte... E incluso cuentas con un profesor para ti solita.

—El dibujo también lo era, ¿recuerdas?

—Desgraciadamente, sí —respondió, con una mirada que desplazó por los alrededores, como si quisiera escapar de cada una de mis palabras—. Deberíamos quedarnos por aquí. Los niños están a punto de regresar, y a Zoe le gusta encontrarme exactamente donde le digo que estaré.

—Eres un referente para ella.

—Masculino —puntualizó, antes de atar las riendas de los dos caballos e la rama de un arbusto y sentarse sobre la alfombra de tréboles. Después palmeó su lado derecho para que le acompañara—. Como habrás podido comprobar, no es que tenga muchos.

—Yo diría que ninguno, exceptuándote a ti. Tampoco es que cuente con muchos amigos de su edad.

—Ya sabes. Su pequeño inconveniente no es aceptado de la misma manera por todos.

—Tengo los informes del equipo de orientación del colegio.

—Imagino que a estas alturas también tendrás tu propio informe.

—Sí, pero me faltan datos.

Él ladeó la cabeza con una ceja levantada y se tumbó todo lo largo que era, estirándose hasta que el borde inferior de su camiseta se desplazó hacia arriba, lo justo para mostrarme unos abdominales perfectamente marcados, junto con sus oblicuos, que descendían hasta desaparecer bajo el pantalón.

Recordé aquellos mismos músculos cuando le vi partiendo leña. Y luego pensé en su ejercicio diario. No era de extrañar que se conservara en tan buena forma, con aquel cuerpo que parecía llamarme por encima de prejuicios y de inseguridades. Me imaginé recorriéndolos con los dedos, notando su firmeza bajo las yemas. Delineándolos como si los estuviera

plasmando en un lienzo. Hasta que mis pensamientos chocaron con la realidad. Si aquello ocurriera, el brillo de deseo con el que me miraba después de nuestro beso, desaparecería. Y no estaba muy segura de querer que ocurriera.

Tragué saliva y me esforcé por mirarle a la cara, para encontrarme con una sonrisa amplia y llena de la seguridad que yo necesitaba de repente.

—¿Me vas a decir lo que te falta, o tengo que torturarte?

—Peyton dijo que el padre de Zoe estaba encerrado. ¿Fue por algo grave? ¿Sabes dónde está?

—En realidad no quiero saberlo, pero sí, fue por algo muy grave que no estoy autorizado a contarte. Eso es patrimonio exclusivo de Moira.

—Lo que ocurrió con Zoe el otro día fue tan repentino que todavía me asusta si pienso en ello.

—¿Tú, asustada? Seguro que tu vena profesional consigue resultados. — Se incorporó de golpe y miró al cielo, con el ceño fruncido y los labios apretados. Casi podía sentir la tensión que tenía en todo el cuerpo, y que no se fue ni siquiera cuando imitó mi postura y abrazó sus piernas flexionadas —. Te dije que lo arreglaríamos.

—En realidad, me lo prometiste.

—Pero no tienes ninguna razón de peso para creerme, ¿verdad? —Mi cara debía estar hablando por mí. Tyler suspiró. Cogió mis manos entre las suyas y acarició los anillos, ensimismado en lo que hacía. Pasó mucho tiempo hasta que enfrentó mi mirada directamente—. ¿Y si te digo que nunca rompí ninguna promesa de las que te hice?

—¿Vas a decírmelo?

—No estoy preparado. Aunque a veces hay que escarbar hondo para ver más allá de lo evidente, y para eso sí que estoy preparado. Martina, lo que ocurrió ayer con Zoe es muy serio. Igual que el anónimo. Te hice una promesa y pienso mantenerla.

Mi corazón colapsó cuando me enredé en su mirada. No era solo un deseo de encontrar allí la confirmación de su verdad; era un hecho. Él quería que le creyera; que, en cierto modo, le aceptara.

Abrí la boca dispuesta a dejar que una parte muy pequeña de mi corazón hablara por ella, cuando el grito escalofriante de Luke nos obligó a soltarnos y ponernos en pie de un salto.

—¿Has oído eso? —me preguntó en un susurro.

Los dos asentimos al mismo tiempo y echamos a correr en dirección a los

caballos.

—Quédate aquí —ordenó mientras montaba en el suyo.

—¿Estás de broma?

Él me dedicó una mirada fría y apretó los dientes.

—¿Ves que lo esté?

—Oh, pues mucho mejor, porque así podré decirte a la cara que nunca he aceptado bien las órdenes tajantes sin fundamento. —No sé cómo, pero conservé la calma el tiempo suficiente como para hacerme con un estribo y terminar sobre mi propia silla de montar con un mínimo de dignidad, que me permitió mirarle con una sonrisa triunfal en la cara—. Vale, *sargento Freeman*, ahora sí estamos en igualdad de condiciones.

Resopló desesperado y no se molestó en esperarme. Me vi en serios aprietos para seguirle y continuar sobre la yegua al mismo tiempo, pero afortunadamente no tardamos mucho en llegar a donde estaban los niños.

Tyler pareció volar hasta el suelo. Me miró de reojo, imagino que para asegurarse de que yo terminaba igual que él, aunque con mucha menos destreza, y corrió hacia ellos, conmigo detrás.

Luke lloraba junto al cuerpecito de Zoe, que no se movía.

Igual que yo. Hasta que con un grito potente que me hizo reaccionar de golpe, Tyler me ordenó que llamara a emergencias al mismo tiempo que se arrodillaba junto a ella para colocar su cabecita sobre el regazo con el mayor de los cuidados, mientras comprobaba que tenía pulso.

Mi propia voz me llegaba lejana, mientras informaba de nuestra situación a los facultativos y seguía con los ojos clavados en Zoe.

—No fue culpa mía, jefe, de verdad —gimoteaba Luke, temblando de pies a cabeza. Tyler le miraba fijamente, pero dudaba que le viera. Sus rasgos habitualmente relajados, a veces tensos, estaban completamente distorsionados por el dolor, por la impotencia... Por su propia carga de culpa—. Vamos despacio, pero algo hace ruido allí, detrás de esos matorrales. *Rayo* se asusta y sale corriendo de repente. Y Zoe...

Tyler no le escuchaba. Uni6 su frente con la de la niña y murmur6 algo. Luego me mir6 con los ojos llenos de l6grimas cuando yo me arrodill6 a su lado.

—No es prudente moverla, as6 que Luke y t6 tendr6is que regresar a casa. Yo lo har6 en cuanto pueda. —Un gemido sali6 de lo m6s hondo de su pecho. Estaba destrozado, angustiado—. Tienes que hacerlo sin m6, *m'aghaidh gealach*. Conf6o en ti.

Cuando Luke se marchó me quedé en la puerta del establo, completamente agarrotada, con la imagen de Zoe inundándome la mente. Las piernas no me respondían, pero me puse de pie de un salto en cuanto escuché ruido de cascos.

Tyler se acercaba poco a poco. Con los hombros caídos y la mirada perdida. Era la viva estampa de la derrota cuando corrí hacia él en el momento en que desmontó de su caballo.

—Tiene un traumatismo craneal severo, el hombro dislocado y diversas contusiones. Se la han llevado a Dublín. Moira va con ella —informó, sin mirarme—. Llamaré a Eric para que se haga cargo de los caballos mientras las acompaña. Ha sido una negligencia imperdonable.

—No les perdimos de vista más que un momento, Tyler...

—Suficiente —respondió con su mirada más implacable—. Es lo menos que puedo hacer por ellas.

Se le quebró la voz, pero lo disimuló con un carraspeo y se dirigió a la casa. Le seguí, pero a mitad de camino, vimos a Jayden y dos de sus hombres avanzar hacia nosotros.

Mi corazón se detuvo.

—Tyler Freeman, quedas arrestado por amenazas hacia la persona de Martina Garrido —anunció con voz impersonal, entregándole un documento que leyó, antes de dejarlo caer al suelo.

Podía haber gritado, haberse resistido después de lo ocurrido con Zoe, pero solo me miró por una pequeña eternidad, asegurándose de que recibía el mensaje.

—Ve con ellas, por favor... —Asentí cuando se detuvo a mi lado. Levantó las manos y se las arregló para sujetarme la cara. Buscó mis ojos para que yo encontrara la verdad en los suyos, pero siseó algo en irlandés cuando me vio contener las lágrimas—. Te prometo que esta será la última vez que llores por mi culpa, *m'aghaidh gealah*. Pero necesito que confíes en mí. ¿Lo harás?

No pude responderle como él deseaba.

# CATORCE

*Martina*

—¡Pete! Iba a llamarte ahora mismo.

Dejé la toalla con la que me estaba secando el pelo y me senté sobre la cama para hablar con él, con *Nerón* a mi lado y un montón de preguntas ansiosas en mi cabeza que generaban un enorme cargamento de lágrimas.

Por el hombre que más daño me había hecho.

Por el único al que había querido con toda mi alma.

—Hicisteis muy mal ocultándome el asunto del anónimo, chica. — Escuché su tenso silencio incapaz de replicar nada convincente.

—Lo siento.

—Ahora ya da igual. Consuélate pensando que seré su abogado.

—Entonces... Lo que han encontrado tiene suficiente peso como para que un juez decida encerrarlo.

—El juez parece demasiado interesado, sí, aunque prefiero no pensar en las razones. Pero Tyler me ha jurado que no tiene nada que ver con el anónimo; sus huellas no aparecen en las pruebas recabadas, así que yo le creo. Y tú también deberías hacerlo. Imagino que vuestra relación ha mejorado un poco, puesto que te preocupas por él.

—Tyler me ha pedido por favor que vaya al hospital con Moira. Zoe tuvo una caída...

—*Cha'n eil fealladh ann cho mòr ris an gealladh gun choimhliadh.* «No hay decepción tan grande como una promesa sin cumplir». El proverbio te viene como anillo al dedo.

—Yo no le prometí nada, Pete.

—Pero quieres a esa chiquilla, y lo último que te gustaría es ver a Tyler más hundido aún por el incidente, lo cual equivale a una promesa implícita. —Esta vez sí le oí reír—. Ve a cumplirla, y déjame a mí los entresijos legales. Eric llegará en unos minutos. No es necesario que le esperes.

Me aferré a su seguridad para espantar las dudas. Si un hombre como él no le había tachado de culpable en ningún momento, yo debía pensar que, después de todo, quizá mi intuición no hubiera fallado tanto, por mucho que las pruebas parecieran decir lo contrario.

Era posible que Jayden hubiera tenido algo que ver en el asunto. La

adrenalina empezó a correrme por las venas. Mi primer impulso fue llamarle para anular mi cena del viernes, pero luego intenté analizar el asunto con un mínimo de frialdad.

Si yo podía averiguar algo al respecto, era precisamente en esa cena.

Conducía con tanta angustia en el cuerpo, con tanta incertidumbre, que llegué a mi destino en un tiempo mucho más corto de lo que solía hacerlo. No tuve dificultad en encontrar a Moira en la sala de espera del hospital. Sola, con los ojos enrojecidos por el llanto y hundidos por el cansancio, tan apenada que le costó verme cuando me senté a su lado.

—Lo siento tanto... Tyler y yo les perdimos de vista solo un segundo, Moira. Solo fue un segundo...

Esperé que me recriminara cada palabra, cada gesto. Después de todo, yo también era culpable. Pero ella solo me miró con los ojos enrojecidos de tanto llorar y sacudió la cabeza.

—Conozco a Tyler, y sé que nunca permitiría que le pasara algo malo a Zoe. La adora. Pero tú ocupas muchos de sus pensamientos. —A pesar de la pena, me ofreció una sonrisa cuando me apretó el brazo—. Y cada vez entiendo más sus razones.

Me quedé un rato en silencio, asimilando el sentido de lo que acababa de escuchar. Ocupaba muchos de sus pensamientos, lo que no quería decir que estos fueran buenos.

—Yo le distraje —confesé, controlando la angustia que tenía. El miedo de que, al final, ella me reprochara todo lo que sabía que era verdad—. Y ahora Zoe está...

—... en observación, por el momento. La caída fue fuerte, pero recuperó la consciencia por el camino. Aun así, tiene un traumatismo craneal bastante grande y un hombro dislocado. Demasiado poco para lo que pudo haberle ocurrido al montar a *Rayo*... Hasta que no terminen de hacerle pruebas, no podremos movernos de aquí, así que Tyler tampoco nos sería de mucha ayuda, salvo para ponernos más nerviosas de lo que ya estamos. Debe preocuparse por él y por su situación.

—¿Sabías lo del arresto?

—Peter acababa de llamarme cuando has llegado. —No me miró cuando me senté a su lado, pero en el momento en que cogí su mano entre las mías para infundirle ánimos, intentó sonreír sin conseguirlo del todo—. Ninguno tuvo la culpa, Martina. Estas cosas pasan. Son riesgos que se corren cuando dejas a los niños con caballos de ese tamaño. Tanto Zoe como yo los

asumimos en su momento. La niña se quedará ingresada cuarenta y ocho horas, por si acaso.

—Deja que yo me quede con ella —me ofrecí—. Tú tienes que atender el subway.

—Peyton se arreglará sola. No es la primera vez que lo hace.

—Pero yo tengo que venir a Dublín sí o sí. Puedes quedarte durante el día y, cuando yo termine con mis pacientes, me quedaré por la noche. He vivido situaciones peores.

—No me sorprende escucharlo. —Cruzó las manos sobre su regazo y echó la cabeza hacia atrás, observándome con más detenimiento, hasta que al final, chascó la lengua y levantó una ceja con escepticismo—. Hay más, ¿verdad?

—Bueno... Se lo prometí a Tyler.

Moira me acarició la mejilla como una madre haría con su hija.

—Y no quieres decepcionarle. Me alegro. Tyler necesita que alguien se preocupe por él de esta manera. Una chica. Está muy solo en ese sentido. Imagino que esa era la intención de Max. —No lo había visto de esa manera. La mayor parte del tiempo que pensaba en Max, me enfadaba tanto que lo apartaba de mi cabeza lo antes posible. Tampoco me imaginaba a Tyler, con su piel bronceada, su enorme estatura y aquellos ojos que quitaban el sentido, careciendo de ese tipo de atenciones—. ¿Sabes que le gusta pedir deseos a la luna cuando cree que no le ve nadie?

—Sí. Er... Digamos que nos conocíamos de antes.

—Digamos también que estabais tan enamorados que, cuando rompió contigo, rompió toda posibilidad de volver a amar. Nunca le vi tan destrozado como cuando me contó todo lo ocurrido con vosotros. —«¿Y por qué lo hizo?»—. Con el paso del tiempo, he llegado a pensar que las decisiones aparentemente erróneas terminan cumpliendo su función. Martina, tú eres lo más parecido a un ángel que se ha instalado en su casa. Para muchos en Killaloe, Tyler sigue siendo un forastero.

—Yo también lo soy. Y no se me dan bien los ermitaños guapos.

—Seguro que él tampoco ha vivido nunca con un ángel —dijo riendo—. A veces, hay que conformarse con una persona normal. Alguien que te haga sentir mariposas en el estómago, que te lleve al límite de tu paciencia para terminar pensando que tu vida no tiene sentido sin ella. Cuando Tyler me habló de ti, pensé que eras esa persona. Y ahora que te conozco, lo pienso con más convencimiento. Te dejó sin una explicación. —Se detuvo un instante con el ceño fruncido, como si se esforzara por encontrar las palabras

exactas—. Cometió un error enorme, pero veo que el tiempo ha hecho su trabajo, aunque será él quien tenga que contarte sus porqués.

—No creo que esté dispuesta a escucharle. —Aunque la garganta se me cerró cuando lo pensé. Tyler nunca había rechazado la conversación, sino el momento. Su intención era contármelo—. Como tú has dicho, el tiempo ha hecho su trabajo.

—Pero él tiene algo tuyo. Eso es lo que en realidad quieres, ¿verdad?

En ese mismo y precioso momento, el médico nos anunció que Zoe ya estaba en su habitación. Las dos nos dirigimos hacia allí, pero mientras Moira pensaba en su nieta, yo pensaba en sus palabras.

«Sí. Tiene algo mío. ¡Me robó el corazón! ¡Y aún no me lo ha devuelto!».

Aparentemente, y según el resultado de las pruebas, el estado de Zoe no era más grave del descrito por Moira, pero permaneció en observación, por si el golpe en la cabeza derivaba en otras complicaciones con el paso de las horas, y yo con ellas.

Pete me informó de que el juez había denegado la fianza. Había intentado toda clase de argucias legales para cambiar el estado de las cosas, sin conseguirlo. ¿Tan concluyentes eran las pruebas en su contra? ¿Tan ciega había estado yo, o mi intuición? No quería. No debía. No me convenía y, desde luego, no lo había planeado, pero sus ojos grises pidiéndome perdón mientras era escoltado por la Garda me atormentaban cada vez más, no con la rabia que debería sentir, sino con unas ganas irreprimibles de volver a verlo.

Pero permanecí con Zoe el tiempo estipulado. Cuando le dieron el alta me la llevé de regreso a Killaloe, con un vendaje en el hombro derecho y un chichón en la parte posterior de la cabeza.

—*No tengo miedo de los caballos, Martina* —me explicaba camino del coche—. *Tyler dice que los accidentes solo son señales para aprender a superar problemas.*

Tyler y sus frases. Lo peor de todo era que me veía obligada a darle la razón.

—Así es, cariño. Tú sigue sus consejos, y te convertirás en una mujer muy fuerte.

—*Martina...* —Tiró de mi brazo con tanta fuerza que tuve que pararme. Cuando vi sus ojos agrandados por el miedo, me dio un vuelco el corazón—. *Rayo se asustó. Había algo detrás de los matorrales. A lo mejor se ha enterado de lo que os conté. A ti y a Tyler...*

—No. No, no. —Me arrodillé y la abracé con todas mis fuerzas. Estaba temblando. Las dos estábamos temblando—. Escucha, fue un accidente, ¿vale? *Rayo* es un caballo muy rápido, tú misma me lo dijiste. Algo se movería cerca de él, posiblemente un animal, y salió corriendo tan de repente que no te dio tiempo a sujetarte. Mira, haremos una cosa. —Me quité el anillo de la piedra de luna y se lo puse en el pulgar. Sus ojos se iluminaron como por arte de magia—: es para ti.

—¿*Para mí?*

—*Te lo regalo* —añadí, utilizando las manos para que se sintiera más arropada—. *Si recuerdas lo que os expliqué acerca de las piedras, esta te ayudará mucho. ¿Así estarás más tranquila?*

Ella asintió y me besó en la mejilla.

La dejé con Moira en el subway, dispuesta a darme una larga ducha en cuanto llegara a casa, seguida de una siesta todavía más larga, pero cuando llegué y vi la puerta de entrada abierta y la cerradura forzada, me quedé petrificada.

Miré alrededor con el corazón en un puño, sin atreverme a escudriñar cada rincón de los exteriores de la propiedad. *Thor* me dio la bienvenida la mar de tranquilo, así que pensé que quién fuera que hubiera asaltado la casa, ya se habría ido. De lo contrario, el perro estaría ladrando como loco.

Pero yo tenía miedo. Lo sentí en cada fibra de mi cuerpo como si me agarrotara a cada paso que daba hacia el interior de la casa. Escuchando el silencio que la envolvía, en contraste con los sonidos de los animales en el exterior, que indicaba que, al menos en aquella parte de la casa, las cosas no se habían alterado.

Dentro, todo volvía a estar revuelto. Los cajones vacíos, los platos y vasos rotos en la cocina, las sábanas y toallas esparcidas por los escalones y manchadas de algo rojo que me llenó de pánico...

—¡*Nerón!*

Lo llamé mientras subía al piso superior, sin pensar que el chirrido de los escalones podría alertar a quien quiera que estuviera allí, si es que había alguien. Mi gato apareció como si tal cosa, junto a la puerta abierta del cuarto de Tyler. Lo cogí y miré dentro sin creermelo que estaba viendo.

El intruso había dejado allí buena parte de su rabia desperdigando ropa, agujereando el colchón a base de cortes, y cebándose con la carpeta que contenía los dibujos de Tyler.

Dejé a *Nerón* y examiné su contenido.

El retrato de Rachel no estaba como yo lo había encontrado la primera vez. Sus ojos eran...

Los míos. ¡Eran los de mi dibujo!

Me faltaba el aire cuando me lo llevé a mi cuarto. El sudor se había extendido por toda mi espalda, como si hubiera recorrido kilómetros de distancia a una velocidad de vértigo, cuando solo había dado unos pocos pasos llenos de terror. Barrí cada rincón con la mirada, esperando ver el mismo desastre que en el dormitorio de Tyler. Pero no. Todo permanecía en su sitio, salvo...

Sobre la cama, estaba el retrato que él me había hecho aquel día en Edimburgo. Sin ojos. Fuera quien fuese el demente que había entrado en casa, los había recortado para pegárselos al de Rachel, dejando al lado un sobre muy parecido al del primer anónimo.

Tragué saliva varias veces, hasta que mis dedos obedecieron las órdenes de mi cerebro y lo abrí:

«Lo que has visto no es sangre, pero podría ser la tuya. Si no te vas, lo lamentarás».

Miedo. La sensación extraña e imprevista de que mi intimidad había sido invadida de una manera irrecuperable, como si, por primera vez, reconociera aquella como mi casa. Un terror impactante que me dejaba débil y temblorosa, y una alegría inexplicable que fue ganando terreno. Todo eso sentí en un solo segundo.

Porque aquello me ponía en el punto de mira de alguien que sabía de cada uno de mis movimientos, pero también demostraba la inocencia de Tyler. Su honestidad.

Reía y lloraba al mismo tiempo cuando conseguí llamar a Jayden.

—Martina. ¿Ocurre algo?

—Han entrado en mi casa. Es decir, en la casa de Tyler... Bueno, ya me entiendes.

—¿Estás bien? —casi chilló.

—Sí. Parece que ya se ha marchado, aunque no me atrevo a mirar...

—¡No te muevas de donde estás! ¿Has tocado algo?

—Sí: un anónimo igual que el anterior. Tyler no ha podido hacerlo. Es inocente, ¿verdad?

—Creo que eso lo tendrá que decidir el juez.

No me importó su ambigüedad, ni su tono vago.

Porque en mi fuero interno, sabía con absoluta certeza que Tyler no me había mentado.

# QUINCE

*Tyler*

La sangre me palpitaba en las sienes desde que me había enterado de lo ocurrido en mi casa.

Pete me había informado de que Zoe ya estaba en Killaloe, pero Martina era la obsesión de algún trastornado. Y si pensaba en los candidatos, la furia me fundía el cerebro.

—Llevas casi todo el viaje callado como un muerto. ¿Puedo ayudar en algo?

Ni siquiera miré a Peyton, que me llevaba de regreso después de que Peter pagara la fianza que, al fin, había sido aceptada por el juez en vista de lo ocurrido en mi ausencia. Vi de reojo que me dedicaba el tipo de sonrisa de alguien que calla porque sabe que a veces uno necesita cometer un error por sí mismo para aprender la lección. Siempre me dejaba mal sabor de boca, porque tarde o temprano el error se producía aunque solo fuera para darle la razón.

—Dudo mucho que me puedas ayudar —respondí.

—¿Quieres pasarte por la tumba de tu padre? Todavía estamos a tiempo.

—¿Mi... padre? ¡Por su culpa, Martina está aquí!

—Y también la «atracción fatal». No has pisado por allí desde su muerte.

—Ni pienso hacerlo. Tengo otras prioridades, así que imagino que lo entenderá.

—¿Y Zoe?

—¿Qué pasa con Zoe? No puedes pensar que me he olvidado de ella...

Peyton resopló. Acababa de responderme.

—Como mujer que soy, debería tener más intuición en cuestiones emocionales. Pero como no la tengo, solo te diré que, si quieres sufrir, no te enamores —me soltó a bocajarro al cabo de un rato.

—No me he enamorado.

—Si quieres sufrir —repetió, demostrándome que no se lo había creído ni de lejos—, píllate los dedos con la puerta del coche. Lo pasarás mal, pero el dolor se irá antes.

—Mi dolor no tiene que ver con el amor, sino con la seguridad de Martina.

—Calma, campeón. Controla tu libido o tendrás serios problemas. Veo que

no has pensado en otra cosa durante estos días. Martina no ha estado sola en ningún momento. Zoe la ha acompañado.

—¿Y cuando sale a correr, por ejemplo? ¿Quién la acompaña? —Imaginar que ese psicópata podría seguirla por los senderos que recorría me ponía los pelos de punta—. Escucha, nuestro error fue no tomarnos este asunto en serio en su momento. Además está lo de Zoe...

Cerré la boca a tiempo, pero Peyton me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con ella? — preguntó.

—Ya está bien, así que nada. Déjame en el puesto de la Garda. Necesito hablar con Jayden.

Habíamos llegado a nuestro destino. Ella resopló, pero hizo lo que le pedía.

—Solo hablar —me advirtió—. No quiero visitarte en el hospital, o peor aún...

Ya sabía el resto. Si no quería volver a la celda, me convenía ser prudente, pero entré en su despacho como si fuera el mío, y respondí a su cara de circunstancias con un gruñido.

—¿Ahora ni siquiera llamas a la puerta? —me dijo Jayden.

—No estoy para gilipolleces, ni para ceremonias.

—¿Vienes para agradecerme que el juez tenga las nuevas pruebas a tiempo para aceptar tu fianza?

—No es a ti a quien tengo que agradecer nada —siseé, controlándome para no romperle la cara a puñetazos. Una cara feliz de verme perder los estribos.

—¿Estás seguro, Freeman? —casi canturreó, levantando una ceja tan arrogante como el resto—. No me puedo creer que tengas lagunas mentales tan pronto.

Respiré hondo y cerré los ojos. Bloqué todas las imágenes que me vinieron a la mente por su culpa y me centré en lo que tenía entre manos.

«El presente, colega. El ahora. Martina».

—Emplea tus influencias y las de tu padre en averiguar qué clase de hijo de puta la tiene acojonada, en vez de recordarme el pasado —murmuré cuando recuperé el control.

—El pasado sigue muy presente, Tyler. Al menos para mí.

—Pues procura centrarte en lo que está ocurriendo a mi alrededor. Solo espero que tu padre o tú no tengáis nada que ver con el asunto del anónimo, porque de lo contrario...

El estrépito de su silla cuando chocó contra el suelo empujada por él no me

sobresaltó. Me miraba desde mi misma altura, con solo una mesa de separación.

Quería abalanzarme sobre él, destrozarle los dientes uno a uno. Atarle a la silla para poder torturarlo hasta arrancarle una confesión. Pero no podía. Me jugaba regresar a la cárcel, y eso era impensable teniendo en cuenta a quién tenía viviendo conmigo.

—¿Me estás amenazando? —susurró entre dientes.

—Martina, Jayden. Solo estoy aquí por ella. Tú cuida sus espaldas que yo cuidaré las mías.

El estómago se me revolvió cuando le vi sonreír como un felino acorralando a su presa. Maldije mi situación, pero la di por válida si con ello conseguía mi objetivo.

—Comprendo —dijo muy despacio, recogiendo la silla para volver a sentarse—. Sabes que hoy viene a cenar con nosotros. No se me ocurre mejor protección contra todos. Tú el primero. No me gusta esconder esqueletos en el armario, Freeman. Sobre todo si son de otros.

Un sudor frío se escurrió por mi espina dorsal. Me encontré sin argumentos a mi favor, porque no existían. Él estaba en posesión de unas verdades incuestionables que podrían destrozarme a ojos de Martina.

No me gustó la sensación de imaginarme juzgado de aquella manera por ella. Para nada.

—No eres nadie para hablar más de la cuenta —susurré, inclinándome hacia él por encima de la mesa con un dedo que fue directo a su pecho—. La historia con Rachel no fue asunto tuyo.

—¿Tampoco la manera en la que acabó esa historia? Créeme, Freeman. Pienso en Martina cuando te digo que, esta noche, el lugar más seguro para ella será mi casa.

Hasta un tipejo como yo sabe cuándo ha perdido la batalla, y aquella se me había escapado de las manos. Le respondí con un gruñido y me giré, pero antes de marcharme, volví a advertirle.

—Si ella sufre algún daño, serás el único responsable.

Necesitaba salir de allí para poder respirar. Estaba convencido de que yo podría ser la mejor protección para Martina. Era completamente prioritario, por encima de la indignación que sentía por la puñetera cena que intentaría impedir por todos los medios. Me ahogaba en mi propia ira. En mis propios celos. Ella prefería estar con él antes que conmigo. Con un sargento de la Garda aparentemente cordial, guapo y solícito, casi perfecto, antes que con un

fracasado que había abandonado sus sueños de dibujante para machacarse las manos cuidando caballos y soportando clientes caprichosos en mi casa y en el subway.

Pensar en ella sonriendo a Jayden como me había sonreído a mí, acariciando su mejilla como había acariciado la mía, me retorció las tripas mucho más que imaginar de lo que podría enterarse.

Pero disponía de unas horas para convencerla, y no repararía en medios para conseguirlo.

Aproveché que llegaba a pie y comprobé que los caballos estaban en perfecto estado, además de *Thor*, que saltó y me lamió la mano en cuanto me olió.

—Quieto, muchacho, quieto... —le dije, con una risa baja que se esfumó en cuanto me dirigí a casa.

La cerradura forzada de la entrada ya estaba arreglada, y un delicioso olor a galletas recién hechas y chocolate me recibió. Me guie por él y llegué hasta la cocina. Pero allí, me quedé completamente pegado al marco de la puerta.

Con Martina, mi parte racional hacía tiempo que había dejado el sitio a mi parte visceral. Y esta vez, la parte visceral se adelantó. Sentí un golpe de añoranza y otro de deseo corriéndome por las venas cuando la vi de perfil, con una camiseta tan larga que le llegaba hasta medio muslo, pero que reflejaba la luz que entraba por la ventana hasta el punto de perfilar la curva de su pecho izquierdo y los pantalones cortos que llevaba debajo. Se inclinó hacia Zoe con una especie de pequeña fuente de cristal transparente en una mano, que regó con un chorro de chocolate caliente, y contuve la respiración mientras me preguntaba cómo quedaría ese mismo chocolate sobre cualquier parte de su cuerpo, justo antes de que yo se lo lamiera.

Con una sonrisa que me hizo ponerme más rígido que mi polla, se acercó la fuente a la nariz y... dibujó. Sí, dibujó algo que provocó la risa silenciosa de Zoe cuando se lo enseñó.

—*¿Ese es Tyler?*

—*Es Tyler cuando está enfadado conmigo, que es casi siempre* —le respondió Martina.

Me dolió que pensara así. Me dolió incluso que aquella escena que parecía cotidiana, no lo fuera. «Podría serlo, Freeman. Podrías intentar recuperarla».

¿Recuperarla? ¡Qué gilipollez! Si conociera una pequeñísima parte de las razones que me impulsaban a lo contrario, se iría para siempre. El problema

era que cada vez estaba menos seguro de querer que se fuera, y más de querer que se quedara.

—*¿Ves? Esto de ahí es su ceño* —le estaba diciendo a Zoe—. *Cuando me mira, siempre lo tiene así.*

—*Nooooo. Cuando te mira y tú no te das cuenta, sonrío.*

—*Ya... ¿Por eso repites su gesto para nombrarlo?*

Zoe rio en silencio, frunció el ceño y me imitó fumando un cigarrillo, con tanta desenvoltura que tuve que taparme la boca para no reírme a carcajada limpia.

Condenada cría...

Martina la abrazó fuerte, muy fuerte. Como si la quisiera tanto como yo.

—*Eso es porque tú también estás. Te sonrío a ti. Venga, te toca.*

—*Necesito más chocolate.*

—*De acuerdo. Pero hay que dejar un poco para las galletas, ¿vale?*

Martina se giró buscando el recipiente del chocolate, y el tirón que sentí debajo de los pantalones fue tan grande que tuve que taparme el resultado con las manos, por miedo a reventarlo, cuando vi una gota resbalando de su nariz hasta el escote de la camiseta, para desaparecer entre sus pechos, dejando un pequeñísimo reguero que me reseco la garganta y me humedeció las palmas de las manos. Me imaginé recogéndolo con la lengua hasta encontrarme con su boca. Sería brutalmente sensual. Lleno de contrastes. El sabor dulce del chocolate, junto con el ligero sabor salado de su cuello. Su piel, húmeda por mi lengua, pero tan caliente que se secaría enseguida para volver a mojársela...

Cerré los ojos y apreté los puños, pero ya era demasiado tarde. Escuché mi propio gemido justo en el momento en que ella descubría mi presencia.

Creí que me recibiría con su habitual gesto de fastidio, pero me equivoqué. Abrió un poco esos labios suyos que tanto me provocaban con sorpresa, para pasar a sonreír con... alegría.

Sí, lo vi con claridad en el brillo de sus ojos azules mientras dejaba el recipiente sobre la encimera y se acercaba a mí muy despacio.

—Tyler... —Acarició mi nombre más que pronunciarlo. Y mis pantalones se estiraron todavía más—. No te hemos oído entrar.

—Acabo... Er... Acabo de llegar. Estás un poco... manchada.

—Ah, el chocolate. Es arteterapia.

—¿Arte qué?

—Para Zoe. Es algo que aprendí en mis prácticas. Con determinados niños

funciona muy bien. Seguiremos otro día. —Cogió un paño y se quitó los restos, avergonzada—. Me alegro de verte —murmuró, con ese color rojo intenso en su cara que me decía que aquellas palabras le habían salido del corazón. El mío empezó a saltar, y no dejó de hacerlo ni siquiera cuando Zoe se abalanzó sobre mi pecho y la cogí para estrujarla—. Pete me llamó esta mañana para avisarme de que saldrías, pero no sabía la hora exacta a la que...

—Peyton me ha traído.

—¿Estás bien?

—Sí. —Los dos sonreímos con los mismos nervios, como si en vez de unos días, hubieran vuelto a pasar años entre nosotros—. Gracias, Martina.

—¿Por qué?

—Por haber entregado el anónimo a las autoridades para que el juez permitiera una fianza —dije. Nuestras miradas conectaron y mis piernas empezaron a temblar.

—Tus dibujos quedaron inservibles. Y el de Rachel, irreconocible.

—No importa. Has cuidado de todo esto mientras yo no estaba e incluso has arreglado la cerradura.

—Después del registro de la Garda, llamé a un cerrajero. No fue cosa mía. Y en cuanto a los animales, Eric se ha encargado de todo.

—¿No le ayudaste con el heno limpio, ni con el pienso para los caballos, ni...?

Ella aguantó la risa y sacudió la cabeza.

—El heno huele maravillosamente bien, pero no tanto como para tapar otros olores mucho menos agradables. Aunque quise ayudarle, no me dejó —añadió, encogiéndose de hombros—. A lo mejor alguien le avisó de que la pala y el carrito no se me dan especialmente bien... todavía.

—No importa —repetí—. No te has separado de Zoe.

—Hemos cuidado la una de la otra.

—No importa. También has recogido cada objeto destrozado por el intruso. —No podía parar de hablar. Las palabras se me apelotonaban en la cabeza y necesitaba soltarlas. Agradecí tener en brazos a Zoe, porque de otra manera las hubiera pronunciado entre beso y beso—. En vez de marcharte a Edimburgo, con tu familia, has actuado como si lo ocurrido no te afectara, aunque sé que te afecta, y mucho. Debería estar contento porque es la prueba de que soy inocente, pero solo puedo pensar en el daño que te han causado. Me vuelvo loco si miro alrededor sabiendo que alguien sigue por ahí, dispuesto a dar un paso más en la siguiente ocasión. He hablado con Jayden

al respecto, y no, antes de que preguntes, no le he tocado ni un pelo... Todavía. Pero lo haré si no cumple con su trabajo. ¿Sabes por qué? Porque no te has marchado, así que... Gracias.

Ella abrió los ojos como platos, pero después sonrió. Esa sonrisilla pícaro me mató. Tragué saliva.

—¿Me estás diciendo que te alegras de verme, irlandés?

—Todo a su debido tiempo, *m'aghaidh gealach*. Ahora, de momento, voy a darme una ducha.

—*Las galletas eran una sorpresa para ti* —intervino Zoe—. *Yo le dije a Martina que te gustaban de mantequilla y la ayudé a hacerlas. Vas a quedarte a merendar con nosotras, ¿verdad?*

—Claro. No todos los días puedo celebrar que mi chica preferida ha salido del hospital y está perfectamente. ¿Ya pasó todo? —Ella asintió—. ¿Sin miedo a los caballos?

—*¡Sin miedo! Martina me ha regalado esto para que no me vuelva a pasar.* —Cuando vi el anillo que sacó del bolsillo, el calor que había conseguido dominar se expandió por mi pecho con un nombre: orgullo. De ese que te remueve por dentro y te abrumba—. *Dice que cuando crezca un poco más, podré llevarlo y así me acordaré de ella.*

—Ejem... Voy a darme esa ducha.

Me di prisa en meterme debajo del chorro frío, pero no estuve mucho tiempo. Necesitaba verlas, a las dos, así que me apresuré en regresar a la cocina vestido con ropa limpia, silbando como si en realidad estuviera de buen humor, y les brindé mi mejor sonrisa.

—*Estás muy guapo, Tyler. ¿A que sí?*

—Sí, Zoe. Está muy guapo.

Me lo decía despreocupada, pero sus ojos me abarcaron cada punto del cuerpo donde se detuvieron. Tuve la impresión de que, en aquella ocasión, no se dejaba nada en el tintero mientras, los tres sentados alrededor de la mesa, nos zampábamos las galletas y lo que quedaba del chocolate. Zoe empezó a hacerme preguntas acerca de mi estancia en la cárcel, sin ser realmente consciente de que no había sido un juego, y yo le resté importancia para no asustarla, mientras le preguntaba a mi vez por sus días en el hospital. Pero Martina permanecía callada, sin despegar sus ojos de los míos, inmersa en algún tipo de pensamiento que no pude averiguar, pero que empezó a ponerme nervioso.

—Siento lo de tu retrato. No puedo negar que me sorprendí al saber que te

lo habías traído, pero puedo intentar hacerte otro. —No me respondió. Y ese silencio tan extraño en ella empezó a preocuparme. Decidí averiguar dónde estaba su cabeza en realidad y añadí—: Entonces, los cerdos volarán y los unicornios heredarán la tierra. ¿Estás de acuerdo, Martina?

—Completamente. —Pero de repente se puso recta, parpadeó y enrojeció tanto que Zoe y yo no pudimos reprimir una carcajada—. P-Perdona, ¿qué acabas de decir?

—¡Al fin! ¿Qué tal tu viaje al País de Nunca Jamás?

—Lo siento. Me he distraído.

Se levantó y empezó a recoger la mesa. Yo la seguí. De camino al fregadero, la sujeté del brazo para acercarla a mí. ¡Dios! Había deseado tocarla desde mucho antes de tenerla delante.

—Si vas a mirarme así, te dejo que te distraigas todas las veces que quieras —le susurré para que Zoe no pudiera escucharnos.

—Mi distracción no es cosa tuya, así que... —Ella se dio la vuelta con los brazos en jarras y el mentón apuntando hacia mí, pero de repente miró el reloj—. ¡Es tardísimo! Si me entretengo más, no llegaré a la cena. ¿Puedes llevar a Zoe con Moira, por favor?

—Sí, claro.

No tenía ni putas ganas, pero lo hice porque ella me lo pidió. Estaba nervioso cuando, después de dejar a Zoe, empecé a fumar un cigarrillo junto al columpio sobre el que la había visto sentada en alguna ocasión. Y completamente desesperado cuando, sin dejar de mirar la luz de su habitación me dirigí allí, decidido a impedir que se fuera.

No la encontré. Me dirigí al baño arrastrando los pies, dispuesto a desintegrarme otra vez debajo de la ducha con el agua bien caliente, cuando su grito me dejó clavado en la puerta.

En realidad, los dos gritamos. Ella, por verse sorprendida. Yo, por encontrármela de pie en la bañera, con el grifo cerrado, completamente desnuda.

Martina era lo más parecido a una diosa guerrera allí plantada, con la espalda apoyada en la pared de azulejos y uno de sus brazos cruzado sobre los pechos, intentando cubrirse. No pude apartar la vista de ahí. Conocía lo que ocultaba, su tamaño, su color. El tacto suave de esa piel e incluso su sabor, ligeramente afrutado después de una ducha como la que acababa de darse.

Me corregí cuando seguí mi recorrido visual hasta pararme en la mano que cubría su pubis: en esos momentos ella tenía poco de guerrera, pero de diosa... ¡Joder, su sexo era digno de una! Depilado, tan atrayente que estuve a punto de alargar una mano para tocarlo. Sentí que los ojos me ardían. Que todo yo ardía consumido por la necesidad de posar allí mi boca. De acompañarla en la ducha, para follar de mil maneras diferentes. Para correrme de nuevo dentro de ella.

Gruñí, jadeé. Me arrepentí de mis errores por enésima vez. Su imagen seguía en mi cabeza cuando intenté absorber la forma suave de sus caderas, o las piernas largas que me habían aprisionado mientras yo empujaba dentro de ella...

—¡¡Tyler!!

El grito enfurecido me hizo dar un respingo, como si alguien me hubiera arrancado del mejor sueño erótico que había tenido en mucho tiempo, transcurrido en tiempo real. La miré a los ojos para ver cómo le brillaban por el enfado, y sacudí la cabeza.

—Lo siento, no sabía que estabas aquí y el pestillo sigue estropeado.

«Menuda excusa, campeón. Deberías patentarla».

Pasé de mi conciencia e intenté recuperar el control. ¡Yo era un tío de los pies a la cabeza, no un gilipollas incapaz de controlar sus niveles de testosterona! ¡Era un hombre hecho y derecho!

«Si hacemos caso del dolor de huevos que tienes ahora mismo, más derecho que de costumbre».

—Tyler, te juro que si sigues mirándome así en vez de darme la toalla que te he pedido, lo lamentarás —susurró Martina con indignación, consiguiendo que regresara al presente.

En algún momento se había cubierto con la cortina de la ducha. Y en algún otro momento, me había pedido la toalla que colgaba lejos de ella. No la había oído, y apenas la veía ahora, porque mis sentidos estaban llenos de los estímulos que me transmitía. Oliéndola, deseando saborearla. Echándola tanto de menos que empezó a dolerme.

Parecía fuerte, con el ceño fruncido y los ojos chispeantes, pero temblaba cuando cogió la toalla por un extremo, tirando de ella para que yo soltara el otro.

—Puedo secarme sola —me reprochó.

—Solo quiero asegurarme de que no se te cae en el intento.

Extendí la toalla entre nosotros. Ella salió de la ducha y se la envolvió,

pero no retrocedí. Estar tan cerca era al mismo tiempo un alivio y un suplicio, pero también mi última oportunidad de retenerla allí, y no pensaba desaprovecharla. Alargué la mano y enredé un dedo en uno de sus mechones mojados. El olor a champú pareció inundarlo todo, llenarme por completo. Cogí aire hasta que mis pulmones no admitieron más, y la miré a la cara.

Hacía tiempo yo había acariciado aquel pelo hasta hartarme. Y había recorrido el hueco de aquel cuello con la boca, provocándole risas, suspiros, susurros pidiéndome más. Me atreví a repetirlo, recogiendo las gotas de agua que brillaban en su piel con las yemas de los dedos.

Tocarla fue como tocar un rayo. Fulminante, destructivo. Sentí los palpitos de la excitación en mi pecho, en mis sienes, en mi polla. La corriente eléctrica pasó de ella a mí, pero los dos nos estremecimos. Los dos lo comprendimos con solo mirarnos a los ojos, pero fue ella quien dio un pequeñísimo paso atrás que no impidió que siguiera teniendo el dedo envuelto en su pelo húmedo.

—No vayas a la cena, Martina. Por favor, no vayas.

—Dame una razón, Tyler.

¡Joder! ¿Por qué nunca me respondía con un «sí» o un «no» cada vez que se lo pedía?

Me acerqué a ella y le toqué el hombro con mi nariz. Cerré los ojos, controlando las ganas locas de arrancarle la toalla y comérmela entera. La abracé contra mi pecho y froté su espalda en círculos lentos por encima de la toalla, sintiéndome ridículamente feliz al comprobar que ella no solo no se apartaba, sino que apoyaba su cabeza contra el lugar exacto donde latía mi corazón.

Tenía muchas razones. Todas relacionadas con ella, y ninguna que pudiera servirme, salvo el hecho de que estaba allí, entre mis brazos mientras la acariciaba. Sentí la necesidad de seguir sin nada que nos separara, pero si lo hacía, mi parte más vergonzosa, la más oscura, esa que haría que saliera huyendo para no volver jamás, saldría a la luz y me vería tal cual era. No volvería a dedicarme ni una sola mirada de admiración, ni de deseo. Ni siquiera del más mínimo interés, en el mejor de los casos.

Seguí frotándola, abarcando todo lo que podía entre mis palmas, hasta terminar masajeándole las nalgas. Esas preciosas nalgas que recordaba a la perfección. Ella contuvo un gemido, pero yo lo noté a través de la camiseta, y mis instintos hicieron el resto. La impulsé hacia delante, hasta que mi erección chocó contra su vientre y vi las estrellas, la luna y todo el

firmamento en su aroma, en su aliento contenido y en cada partícula de nuestros cuerpos. ¡Dios! Estaba tan excitado que solo podía pensar en las líneas que tan bien conocía, cubiertas por la toalla. Incliné la cabeza y le mordisqueé el cuello, encantado de recibir la humedad que todavía tenía allí, a la vez que mi mano seguía descendiendo por la hendidura de su trasero, en busca de lo que de verdad quería encontrar.

—No vayas —murmuré antes de lamer el hueco de su oreja—. No quiero que... me dejes.

Comprendí mi error cuando noté cada uno de sus músculos rígido bajo mis manos. Cómo se apartó, o el frío de sus ojos cuando volvió a colocarse la toalla antes de que se le resbalara.

—¿Tú, precisamente tú, me estás pidiendo eso? —siseó muy bajo, como si de repente le faltara el aire. Tenía razón. Acababa de pedir precisamente aquello que yo no había sido capaz de dar. Me había vencido, pero no la vi satisfecha, sino decepcionada mientras me señalaba la puerta. Los dos nos quedamos mirándonos; ella esperando algún tipo de réplica. Yo, completamente incapaz de dársela—. Vete, Tyler. Me gustaría terminar de arreglarme, si no te importa.

Lo que yo quería era terminar aquello que habíamos empezado de nuevo. No soportaba la impotencia que me generaba dejarla marchar, pero tuve que hacerlo. Tuve que luchar con el dolor de mi pecho. Incluso llegué a pensar que quizá Martina nunca había sido para mí, pero entonces mi conciencia se encargó de recordarme las palabras de Moira:

«¿Por qué no le dices la verdad?».

La verdad era el único camino posible si quería luchar por recuperar lo que había perdido con ella. Y, al mismo tiempo, lo único que podría separarnos para siempre.

# ***DIECISEIS***

***Martina***

—¿Papá? ¿Estás presentable?

Jayden me guiñó un ojo antes de dejarme pasar, para que un montón de olores familiares y más que agradables me recibieran, provenientes de la cocina.

Aun así, me sentí como si estuviera entrando en la boca del lobo.

El corazón me dio un salto al pensarlo, pero lo controlé. Las ganas locas de volver con Tyler, las caricias a través de una toalla, los tiernos susurros mientras me pedía por favor que no acudiera donde estaba ahora, y unas cuantas miradas de esas que te devoraban el alma además del cuerpo, no debían ser suficientes para que olvidara su abandono.

Tenía que seguir sola. Sin nadie como él. Por eso me había marchado de puntillas, con aquel vestido con escote palabra de honor, unos zapatos de tacón que ya me estaban matando y algo de maquillaje.

—¿Ya estáis aquí? Sí que sois puntuales. Buenas noches, chica. —El alcalde me cogió la mano para llevársela a los labios en cuanto pisamos el hall. Vestía de sport, con un delantal manchado al que se limpió antes de saludarnos—. Caray, sí que te has puesto guapa... El cabrón de Tyler tiene suerte.

¿Acababa de llamar cabrón a Tyler? No me dio tiempo a preguntarle por qué; Jayden me condujo hasta el salón, una estancia grande, con muebles que destilaban calidad y dinero, y una mesa ovalada demasiado grande para dos personas, pero a la que no le faltaba un detalle.

—No le hagas caso. A veces, se olvida de sus límites —me dijo—. Siéntate, ¿quieres? La mesa ya está puesta y eres la invitada de honor. ¿Te apetece una cerveza?

—Claro. —Ocupó la silla de al lado y me ofreció una cerveza negra de la que bebí unos pocos sorbos—. Uf... Es muy fuerte.

—No me digas que voy a emborracharte con una cervecita de nada...

—Vale. Pero no intentes aprovecharte de mí cuando me veas haciendo esos, ¿de acuerdo?

—El casamentero es mi padre, no yo —respondió, riendo y haciendo chocar nuestros botellines.

Sonreí. No sabía por qué, pero las palabras de Tyler me resonaban en los oídos cada vez que miraba a Jayden. Aquella noche estaba especialmente guapo con su traje oscuro y su pelo perfectamente peinado hacia atrás. Pero también estaba mucho más solícito de lo habitual, que ya era decir mucho.

¿Y si realmente quería seducirme? ¿Y si Tyler tenía razón y era el perrito faldero del alcalde, el medio para llegar a obtener lo que quería a través de mí?

Cuando el alcalde llegó con una enorme y humeante sopera, nos encontró sonriéndonos mutuamente, imagino que cada uno con sus propios pensamientos a buen recaudo.

—¿Os divertís?

—Hablábamos sobre cervezas, papá.

—Bien hecho, hijo. Por ahí se empieza.

Jayden puso los ojos en blanco y resopló, provocando la risotada de su padre.

—¿Cocina usted? —pregunté—. No me lo imaginaba así.

—Me encanta cocinar cuando tengo tiempo libre, y tu visita merecía el esfuerzo. Espero que lo que he preparado te guste. Seafood Chowder de primero.

Aquella sopa blanca, hecha a base de marisco, moluscos y crustáceos frescos, olía de maravilla cuando me la sirvió. Después hizo lo mismo con él y con su hijo, y esperó a que la probara.

—Está deliciosa —dije, sonriendo ante su mirada expectante—. Desde luego, tiene buena mano.

—Pues espera a probar el guiso de carne. ¡Te chuparás los dedos! Sin ánimo de ofender, el subway no tiene nada que ver con esto.

—El subway es para casos de emergencia —rio Jayden.

—Y siempre y cuando no esté Peyton —añadió Nathan—. De lo contrario, uno que yo me sé pierde los papeles de una manera vergonzosa.

—Papá, te agradecería que no empezaras otra vez. Martina no tiene por qué presenciar otra discusión por culpa de mis líos con Peyton.

¿Líos con Peyton?

—De acuerdo... Me portaré bien. Prometo no desvelar nada de tu triste vida amorosa, hijo. No te conviene ahuyentar nuevas conquistas. —Levantó las manos en señal de paz—. ¿Qué tal estas primeras semanas en Killaloe, Martina?

—Son tan hospitalarios que me han hecho sentir como en casa. Incluso he

tenido compañía a la hora de hacer ejercicio. Jayden fue muy amable cuando nos encontramos.

—La compañía siempre es buena. Tanto como el ejercicio. Verás, pensé en esta cena en cuanto pasó el numerito del subway con Tyler. Me sentía tan avergonzado que reconozco que tenía miedo de que hubieras echado mi reputación por tierra antes de conocerme.

—No tengo por costumbre hacer ese tipo de cosas con gente a la que todavía no conozco.

—¡Perfecto! ¡Al fin alguien que no prejuzga! —exclamó, con su sonrisa más cordial—. Iba a proponértelo personalmente, pero Jayden me dijo que se había encontrado contigo mientras hacía ejercicio y que se había arriesgado... Por lo visto, con buenos resultados.

—No sé si alegrarme o no por saber que esta cena tiene un propósito, señor.

—Todo en la vida tiene un propósito, chica. Cuanto antes lo sepas, mejor. —Mientras se limpiaba la boca con la servilleta, mi estómago empezó a cerrarse. Nathan Quinn parecía un hombre hogareño y cordial, pero no dejaba nada al azar—. No soy el alcalde de Killaloe por nada.

—Nadie lo duda.

—Pero es posible que alguien te haya calentado la oreja al respecto. —En ese momento, su mirada se volvió oscura, inquietante. Los dos supimos a quién se refería—. Si no lo ha hecho todavía, lo hará.

—Imagino que las personas que ostentan cargos como el suyo se arriesgan a ese tipo de cosas...

Carraspeé. De repente me di cuenta de que estaba defendiendo a Tyler. De un modo indirecto y muy suave. Y me sentía tan bien que ni siquiera me planteé arrepentirme.

El alcalde echó una rápida mirada a la puerta y sonrió.

—Jayden, ¿puedes retirar los platos y traer la fuente de carne, por favor? Creo que todavía le faltan unos minutos para que esté lista...

Era una excusa tan escandalosa y ofensiva que me extrañó que Jayden no objetara nada y obedeciera como si fuera un niño, cuando a mí me enfadó hasta el punto de morderme la lengua para no responderle como se merecía.

—Veo que los tienes bien puestos —empezó, inclinándose hacia mí en cuanto nos quedamos solos.

—¿Por qué? Solo he hecho una observación.

—Te aseguro que no todo el mundo se atrevería a hacérmela.

—¿Y por eso ha despachado a su hijo? ¿Para reconocerlo sin que esté delante?

Me tapé la boca enseguida. ¡Joder! Acababa de echarle en cara la manera en que trataba a Jayden cuando me había propuesto lo contrario. Me dio miedo levantar la cabeza del plato, pero me encontré con una sonrisa de oreja a oreja. De alguna manera enrevesada, se estaba divirtiendo conmigo.

—Llevas aquí más de media hora, pero se me han hecho cinco minutos, chica. ¡Eres impagable! —me elogió de corazón, hasta que de pronto, la sonrisa se esfumó para dar lugar a una expresión incisiva, prepotente—. Y yo una persona directa y franca, así que te explicaré a grandes rasgos, Martina. Según mis contactos, y puedo asegurarte que los tengo, todo indicaba que Tyler fabricó el anónimo. De hecho, encontraron en su casa material suficiente para varios más.

—¿Revistas? ¿Periódicos viejos? ¿Tijeras, papel y pegamento? —contraataqué, revolviéndome como si me estuviera acusando a mí—. Cualquiera puede tener eso en su casa.

—Las coincidencias entre las letras del anónimo y los recortes de esas revistas y periódicos eran del cien por cien, Martina —replicó sin inmutarse, como si esperara mi defensa. A esas alturas, la cara me ardía—. Conste que pienso que eres muy valiente al seguir en la misma casa que él. He visto a hombres hechos y derechos temblar de miedo por bastante menos.

—¡Oh, por favor! ¿De verdad cree que si Tyler lo hubiera hecho, habría mantenido allí toda esa cantidad de pruebas? ¿Esperando a Jayden, quizá? ¿O a alguien que encontrara unas huellas inexistentes? —Eran preguntas que yo misma me había hecho para permitirme un mínimo de confianza hacia Tyler. No tenía sentido, ni antes de saber qué habían encontrado en su casa, ni ahora que lo sabía—. Las evidencias a veces no lo son tanto. Y al parecer, después de las últimas pruebas, el juez tiene sus dudas.

—Hará falta un aliciente mucho más potente para disipar esas dudas —masculló, con el ceño fruncido y los dientes apretados. Tenía una expresión que me hizo temblar, pero que cambió por otra mucho más inocente y afable en cuanto se dio cuenta de que pensaba en voz alta—. Pero qué sabré yo de la situación de Tyler...

—Sospecho que mucho.

—Además de valiente, perspicaz. Mejor. Así nos ahorraremos los rodeos ridículos. Siempre ha sido un chico inestable. Conmigo y con el resto del pueblo, digámoslo a las claras.

—Me consta que hay gente que le aprecia.

Nathan se echó hacia atrás con los ojos entrecerrados, entre sorprendido y cauto.

—Desde luego, es hábil para poneros de su parte —murmuró—. Te creía más lista. Max te ha colocado en una posición llena de ventajas que deberías aprovechar.

—Yo no considero que tener un hijo por obligación sea una ventaja.

—Depende del candidato. —Una risa ronca y casi inaudible le sacudió el pecho—. Es posible que Tyler ya haya cumplido su parte. ¿No lo has pensado? —Jayden regresó con la fuente en ese momento. Me sirvió, hizo lo mismo con ellos y volvió a sentarse, pero Nathan siguió hablando—. Si Max te dejó al cargo del gabinete es que te consideraba más que inteligente. Él era un hombre muy exigente con todo y todos los que le rodeaban.

No consiguió engañarme. Si tenía alguna posibilidad de averiguar algo acerca del tema de las tierras de Tyler, se me acababa de presentar.

—Parece que conocía mucho a Max.

—Desde que Tyler era un mocoso que no levantaba un palmo del suelo, pero nuestra relación se cortó cuando se marcharon a Escocia por temas de salud de su mujer. Luego, cuando volvió después de su divorcio, quise hacer negocios con él. No estaba interesado en su propiedad, así que pensé que podríamos llegar a un acuerdo. Pero se negó, y Tyler insistió en mantener ese pozo sin fondo de deudas que son sus adorados caballos.

—Vive de ellos. En cuanto a las deudas, ya son menores.

—No creo que la herencia le sirva de mucho a largo plazo. —No le respondí, y él se limitó a mirarme con escepticismo—. Sin duda le saldrá más rentable y más seguro su puesto en el subway. Al menos mientras el resto del pueblo lo tolere allí y no dejen de acudir. Si eso ocurre, no creo que el cariño de Moira llegue a niveles tan altruistas como para perjudicarse ella misma o a su negocio.

—Y entonces, usted pondrá su oferta sobre la mesa, ¿verdad? Cuando esté desesperado, con el agua al cuello. —Me miró sorprendido, pero no me arrepentí—. ¡Él siempre cuidó de su propiedad!

—Ah, sí. Cuando no pasaba el tiempo con Rachel. ¿No te lo ha contado?

Me volví hacia Jayden con el último trozo de carne en la boca, incapaz de tragarlo.

—Sé que la conocía —insistí, mucho menos convencida de que estaba diciendo y haciendo lo correcto cuando vi su mirada sombría, en vez de la

satisfacción que esperaba—. El dibujo que el intruso destrozó lo demuestra. Incluso llevaba la fecha en la que lo hizo.

—Martina, Rachel era la chica de Tyler. Salían juntos.

El corazón se me paró en el pecho.

—¿C-Cuándo?

—Desde antes de que Max se trasladara a Dublín —intervino Nathan—. En el mismo momento en que Jayden puso sus ojos en ella. Verás, la gente no suele emitir juicios de valor sin fundamento. Esta fue una de las razones por las que decidieron darle la espalda. No jugó limpio.

Sentí el sabor amargo que empezaba en mi garganta y me inundaba la boca. Intenté aparentar normalidad, pero en realidad mis emociones se descontrolaron sin que yo pudiera evitarlo.

Ciega, así había estado con respecto a Tyler aquella noche. Me había lanzado a una defensa completa... Y acababa de llevarme el peor golpe.

—Sé que piensas que puedo estar contándote esto para ponerte en contra de Tyler. —Jayden resopló y me cogió las manos. Me estremecí por su tacto. Era frío, impersonal—. Solo se separaron un tiempo, y fue cuando Rachel se quedó embarazada de Zoe. Moira quiso alejarla del padre de la niña, un tipejo muy poco conveniente para nadie.

—¿Le... conocías?

—No. Fue una relación fugaz, de un par de noches a lo sumo, según tengo entendido. Ella y Tyler se habían dado un tiempo... —Suspiró y clavó los ojos llenos de tristeza en el plato—. Rachel siempre fue una persona muy extremista. Su carácter no admitía términos medios. Imagino que por eso se lió con el padre de Zoe, un tipo que al parecer terminó en la cárcel. Le ofrecí otra salida, ¿sabes? Incluso estuve a punto de aceptar a la niña como si fuera mía. Conmigo hubiera sido mucho más feliz, pero prefirió a Tyler, tan inestable como ella. Deberías saber que...

Levanté una mano para que no siguiera. No podía escuchar más. Tyler me había engañado con Rachel. Mientras estaba conmigo, estaba con ella. Hacía el amor conmigo y con ella. Mientras le entregaba mi virginidad como si fuera algo especial, él se reía de mí.

Y después de su último viaje a Irlanda, me abandonó. Sin una explicación concreta y clara.

Ahora la tenía. El motivo de los viajes, de aquel WhatsApp, de su silencio.

—El baño, por favor...

Fue lo único que pude decir antes de enterrar la cabeza en el inodoro para

vomitarse todo lo que tenía en el estómago. En soledad. Como debería seguir a partir de ese momento.

Rachel. Él me había dejado por ella, después de engañarme, de jugar conmigo. Después de habernos acostado juntos y habernos jurado amor eterno delante de una iglesia.

—Martina, ¿te encuentras bien? Dios, siento haber sido tan brusco contigo...

La voz de Jayden me hizo volver a la realidad. La frustración y la pena me estaban ahogando cuando me decidí a abrir la puerta del baño para enfrentarlo.

—Estoy un poco mareada —mentí—. ¿Puedes llevarme a casa?

# ***DIECISIETE***

***Martina***

—¿De verdad te encuentras bien? Estás muy pálida.

¿Cómo podía estar después de escuchar lo que había escuchado? ¡Dios! No sabía si sentirme herida por averiguar la relación real entre Tyler y Rachel mientras jugaba a las casitas conmigo, o avergonzada por haberme enterado de aquella manera. Con dos hombres que aparentemente deseaban ponerme al corriente de todo para no salir perjudicada, pero que en realidad empezaban a parecerse demasiado a dos buitres esperando convertirme en carroña para darse un festín.

¿Hasta qué punto debía dar por válida la información proveniente de alguien tan oscuro, ambicioso y controlador como Nathan Quinn? ¿De alguien que me había confesado a las claras su interés por la propiedad de Tyler, después de manejar la voluntad de su hijo sin ningún escrúpulo? Y lo que era peor aún: ¿cómo podía fiarme de alguien con una voluntad tan débil que se dejaba manejar de ese modo, hasta el punto de coquetear descaradamente conmigo?

Porque eso era lo que hacía en ese preciso momento metida en su coche, a solo unos metros de la casa de Tyler. Me cogía la mano entre las suyas, me la acariciaba con aparente preocupación mientras me devoraba el escote con los ojos, pensando que yo no era consciente de ese pequeñísimo detalle que lo cambiaba todo.

Hasta que me puse recta, con un tremendo esfuerzo por mi parte, y su expresión cambió del desconcierto a la inocencia más profunda.

—Si quieres, puedo acompañarte a dar un paseo —insistió sin soltarme, mientras acercaba su cara a la mía muy lentamente—. El aire fresco te vendrá bien.

«Si Nathan le dice que salte, saltará. Y si le dice que se líe contigo para así acceder a todo esto a través de la cláusula de Max, pues él...».

Ya no sabía a quién creer, lo que creer en sí o hasta qué punto creerlo. Me sentía encerrada en un cubículo muy pequeño, mientras todos tiraban de mí en sentidos opuestos.

Abrí la boca con toda la intención de decirle a Jayden lo que opinaba de sus torpes intentos de seducción, forzada muy posiblemente por su padre,

pero cambié de opinión. De una manera muy extraña, conseguía que me compadeciera de él.

—Prefiero irme sola, gracias de verdad —respondí, en un intento cortés de disuadirle.

No funcionó del todo. Me soltó la mano y permitió que bajara del coche, pero antes de que pudiera despedirme de él, me sujetó por los hombros. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido.

Parecía preocupado de verdad. Me sentí culpable. Quizá me había pasado a la hora de juzgarlo...

—Martina, siento mucho que la cena haya terminado así —empezó, apartándose un poco para terminar por descolocar su peinado con los dedos—. No esperaba que mi padre se comportara...

—¿Como un jodido general?

—Sí, algo parecido —respondió, con una sonrisa entre sorprendida e insegura—. Le debo mucho. Fue determinante en el asunto de Rachel...

—No quiero escuchar más acerca de ese tema —le corté sin miramientos—. Ahora, si me disculpas, necesito descansar.

—Espera, por favor. ¿Podré al menos llamarte para saber si estás bien? —insistió, con la más atractiva de sus expresiones—. Prometo no acosarte. Palabra de Garda.

Le dije que sí.

Después de todo, nadie había hablado de responder a esas llamadas, ¿verdad?

De hecho, apagué el móvil en cuanto le perdí de vista.

El corto paseo desde el claro hasta la casa me sirvió para respirar aire puro, para masticar mi cólera y para intentar pensar con frialdad, sin conseguirlo.

La luz del porche estaba encendida. *Thor* me olió dando saltos de alegría, pero yo le detuve y, con una miserable caricia, lo dejé atrás. No me sentía con fuerzas para hablarle. No me sentía con fuerzas para nada que no fuera esconderme en mi cuarto y tomar la decisión.

Avancé un poco más, pero me detuve a varios pasos de la puerta.

Delante de mí, escuché los sonidos del llanto apagado de Peyton, que era consolada por Tyler. Muy bien consolada, diría yo. El estómago me dio un tirón cuando vi cómo la abrazaba. Entre ellos solo había una pantalla de móvil iluminada, que se apagó enseguida. Peyton se calmó cuando Tyler le susurró algo al oído:

—Es muy grave, pero sabremos manejarlo, tranquila.

—No me esperaba esto, para nada —replicó con voz temblorosa.

—Te has arriesgado demasiado, Peyton. ¡Sabías que era peligroso!

—¿Qué vamos a hacer ahora?

No entendí la respuesta de Tyler, porque fue demasiado larga y formulada en un tono demasiado bajo, pero la hubo. Solo por eso necesité un lugar apartado donde refugiarme, donde sentirme segura. Lo encontré en el columpio. Estaba lo suficientemente lejos de ellos como para que no me descubrieran. Me senté en él y empecé a balancearme muy lentamente, concentrándome en el chirrido monótono de la cuerda rozando la rama a la que estaba sujeto. A lo mejor el movimiento me ayudaba a aceptar toda la situación. Debía asumir que, para Tyler, siempre fui un entretenimiento hasta que decidió que resultaba demasiado aburrida para él y me abandonó por Rachel.

Claro. ¿Cómo no? Tenía dieciséis años cuando me dio mi primer beso, y dieciocho cuando perdí mi virginidad con él. Hasta ese momento era mi única experiencia en hombres, e incluso tardé lo mío en ir más allá y no limitarme a unos cuantos orgasmos a base de masturbaciones mutuas que...

Un ruido tras los matorrales cercanos llamó mi atención. Levanté la cabeza y agudicé la vista, pero solo vi oscuridad.

—Jayden, ¿eres tú? —susurré. No me hubiera extrañado que él me hubiera seguido hasta allí solo para no perder su potencial oportunidad conmigo, pero solo recibí el silencio como respuesta, que hizo que volviera a balancearme y a mis reflexiones al mismo tiempo.

Solo me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas por las lágrimas cuando sentí que alguien posaba sus manos en mis hombros, a mi espalda. Esa vez supe quién era, pero no me levanté indignada para abofetearlo hasta cansarme, ni le monté una escenita de ex novia histérica.

Ni siquiera tenía fuerzas para eso.

—Has vuelto muy pronto. No te oí llegar.

—Lógico. Estabas muy entretenido con Peyton.

Escuché un suspiro antes de tenerle delante de mí, en cuclillas, con sus manos sobre mis muslos. No lo veía con claridad, pero estaba segura de que sus ojos tendrían una mirada de súplica para intentar convencerme de lo que fuera que me dijera a continuación.

—No me digas que estás celosa... —intentó bromear.

—Ya es tarde para eso.

—Tiene un problema, Martina. Está embarazada.

Esperaba que el corazón se me parara. Que no pudiera seguir respirando su mismo aire. Un acceso de furia tal vez, para ponerle en su sitio y a mí en el mío, pero solo fui capaz de asentir.

—Tendré que felicitarla cuando la vea —susurré con una voz que parecía la de otra persona.

—No está muy contenta que digamos, pero me encargaré de que lo esté.

—No lo dudo. Eres un hombre muy íntegro cuando quieres, aunque al parecer tiendes a... compartir esa integridad con más de una.

—¿De qué me hablas?

—De Rachel. Lo sé todo. Me engañaste con ella. O a ella conmigo, ¿quién lo sabe, aparte de ti? —Dejé que todo mi odio hablara por mí sin mirarle, que la rabia saliera fuera. Quería chillarle hasta quedarme afónica. Quería preguntarle por qué, sabiendo que ninguna respuesta me dejaría satisfecha—. Han sido ellos los que me han dicho la verdad. ¿O no?

Él se puso de pie muy despacio, con la cabeza gacha y los hombros caídos. Sin tocarme.

—Durante un tiempo, estuve con las dos —confesó de un tirón, haciendo que me encogiera—. Cometí ese error, pero es más complejo. Iba a dejar a Rachel...

—¿Antes o después de dejarme a mí?

Mi sarcasmo le echó para atrás. De repente me sentí asqueada, enfadada conmigo misma al darme cuenta de que me estaba rebajando a la altura del subsuelo al permanecer allí.

Me levanté para marcharme, pero Tyler me cortó el paso.

—¿Qué más te han contado? —casi me suplicó.

—No he podido seguir escuchándoles, igual que no puedo seguir aquí.

—Martina, por favor, deja que te explique...

Por un momento deseé poder esperar, como él me pedía; poder perdonar algo que ocurrió hacía años y dejar que se explicara. Echarle los brazos al cuello y besarle, como quise hacer horas antes, cuando solo una toalla me separaba de él y de sus caricias.

—Aléjate de mí —susurré, retrocediendo en dirección a la casa.

—No puedo. No después del beso, ni de nuestra cena, ni de lo que ocurrió justo antes de que te pusieras así de guapa para Jayden y no para mí. —De un paso se acercó tanto a mí que pude absorber su aliento—. Sé que tienes tantas ganas de seguir con lo que pasó en el baño como yo, pero necesitamos hablar de esto. De todo.

—¿Para qué? —exclamé, mientras notaba que los ojos me ardían por más lágrimas—. Ya tienes a Peyton. Diviértete con ella. Yo he madurado, Freeman. Soy una mujer.

—Precisamente por eso me vuelves loco, ¡joder! —Antes de que pudiera reaccionar, tenía sus manos alrededor de mis brazos, sujetándome para que no me alejara más, y sus susurros muy cerca de mi oído—. No tienes ni idea de la noche que he pasado, imaginándome tu cena con Jayden y Nathan. Imaginándote con él después.

—No me digas que estás celoso... —parafraseé, sin pizca de humor. Él inclinó su cabeza, pero no dijo nada—. No tienes razones, ¿sabes? Ahora mismo, solo tú ocupas el primer puesto en la categoría de «cabrón del año».

—Más que merecido, lo reconozco. Pero nunca pensé en divertirme contigo, al igual que jamás se me pasaría por la cabeza divertirme a costa de Peyton. ¡No soy así, lo sabes!

—Yo ya no sé nada, Tyler.

—Déjame demostrártelo.

Respiraba muy deprisa, igual que yo. Vi la forma de su boca tan cerca de la mía que sentí un repentino tirón en el estómago al pensar que podría intentar besarme. No lo intentó, y no supe si sentirme aliviada o decepcionada, pero aproveché su indecisión y me aparté.

Él soltó un suspiro que me partió el alma.

—No hay nada que demostrar. Nada que explicar. Todo ocurrió cuando estábamos juntos. Ese hubiera sido el momento, no ahora. Ahora, ya no somos nada —concluí. Caminé hacia la entrada como si aquella casa fuera la peor cárcel de mi vida, pero de repente me detuve y lo miré. Continuaba parado junto al columpio, devolviéndome la mirada. La sentí en cada poro de mi piel con una intensidad que me estremeció—. Tenías razón. Cumpliste al menos con tu última promesa: no volveré a llorar por ti.

Lloraba por mí cuando me tiré en la cama, vestida y todo, sin hacer el menor caso de *Nerón*, que buscaba su ración de caricias. Seguí llorando cuando le oí de camino hacia su cuarto sin detenerse en el mío, y no dejé de hacerlo hasta que no dejé de pensar en lo débil que había sido, para terminar quedándome dormida.

Me desperté poco después, con el corazón saliéndoseme por la garganta y empapada en sudor. Mi pesadilla recurrente había hecho acto de presencia, solo para recordarme que debía tomar una decisión con respecto a todo lo que

me rodeaba.

Resoplé y aparté a *Nerón*, que dormitaba junto a mi pierna, para ir a por un vaso de agua al baño.

Cuando me miré al espejo, me asusté.

Aquella imagen de agotamiento, palidez y ojeras extremas no podía ser yo. Me recordaba demasiado a otros tiempos, a otras situaciones. Realmente parecía tan enferma como asustada. Atrapada como una mosca sobre un caramelo. Y muy cansada de todo aquello.

Pasé por delante de la puerta del cuarto de Tyler dispuesta a hacer las maletas en ese mismo instante, pero al verla entreabierta, me detuve.

Cerré los ojos. Siempre había sido el desamor lo que me había impulsado a ir contra él, contra su recuerdo, nunca el odio. Quizá si se lo dijera, mi conciencia se quedaría tranquila cuando me marchara de Killaloe.

Entré dispuesta a hacer las cosas como debía, pero me quedé parada a unos centímetros de la cama.

Estaba completamente dormido, boca abajo.

Desnudo.

Verle así, con la sábana enredada en sus pantorrillas, fue el equivalente a un salto al vacío, un paso más hacia el reconocimiento de que, por mucho que lo intentara, no podría sobreponerme al impacto sexual que suponía tenerle cerca. No debía estar allí, mirando, pero no podía evitarlo, igual que tampoco podía evitar comérmelo con los ojos.

Aun dormido, derrochaba masculinidad por cada poro de su piel. Alargué la mano y la dejé suspendida a milímetros de su cuerpo. La desplacé para delinear los músculos de sus pantorrillas, la fuerza implícita en sus muslos y que sentía en mis yemas. La firmeza de su trasero perfecto, el estrechamiento de la cintura y la amplitud progresiva de su espalda. Sabía que su pelo era suave aunque pareciera lo contrario. Y que estaba mucho más atractivo con la barba de un día o dos, pero me sorprendí al ver el espesor de sus pestañas, su longitud. Había olvidado aquel detalle.

El corazón empezó a bombear sangre a un ritmo imposible de controlar cuando no pude evitar imaginármelo boca arriba, con aquella mirada pícaro y brillante en sus ojos grises, un cigarro entre los labios y un movimiento lánguido de su dedo índice para indicarme que compartiera su cama.

Ahora estaba excitada, mojada, palpitante. Cerré los ojos, pero mi fantasía siguió su curso. Mi lengua recordó el sutil sabor salado de su piel porque ya lo había lamido, haciendo que deseara recorrer cada centímetro de él con la

boca, con las manos, sin dejarme nada en el camino. Seguro que volvería a oírle gemir de aquella manera tan atrayente, susurrarme en irlandés todas aquellas palabras producto de la lujuria más desenfrenada, que le salían a trompicones cuando le apretaba el trasero.

Respiré muy despacio, hasta volver a mi triste realidad. Ojalá pudiera desprenderme de esa parte de mí que pedía a gritos otra oportunidad con él. Ojalá siguiera confiando en que mantenerme aislada del resto del mundo era lo más conveniente. Pero algo me hacía dudar, y tenía que ver con su fuerza, con su sensualidad que me impulsaba a no pensar, a dejarme llevar.

A perdonar.

Debía marcharme. Huir de mi propio miedo, cuanto antes.

El corazón me latía a mil por hora, el sudor me cubría por entero y las piernas me temblaban cuando me encerré en mi cuarto. No sé el tiempo que pasé así, mirando la foto que tenía sobre la mesilla de noche mientras no paraba de toquetearme los anillos.

Y de pronto, supe lo que tenía que hacer.

Encendí el móvil. Tenía al menos media docena de llamadas de Jayden a las que no hice el menor caso. Marqué el número de mi madre y esperé. A esa hora estarían en la cama. Les daría un buen susto, pero no podía esperar al día siguiente. No podía.

—¡Martina! ¿Ha pasado algo, cariño?

—No, mamá. Estoy bien, tranquila. Solo quería saber... El dinero del abuelo sigue ahí, ¿verdad?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, Mar. Hace tiempo que eres mayor de edad y has dispuesto de él cuando lo has necesitado. ¿Me llamas a estas horas para pedirme permiso?

—No. Te llamo para explicarte por qué voy a necesitar un poco a partir de mañana.

Me pasé la siguiente hora contándoselo, sin entrar en detalles de las causas que los motivaban. Cuando colgué, me quedé mirando la pantalla del móvil y empecé a teclear un wasap:

«Tyler, me voy. Enhorabuena, has ganado».

# ***DIECIOCHO***

Tres semanas después

## ***Martina***

Tyler: «Moira se ha negado a decirme dónde estás, aunque lo sabe. Martina, sé que es una expresión muy trillada, pero, en este caso, es completamente cierta: a veces, no todo es lo que parece».

Tyler: «Peter me ha llamado esta mañana para comunicarme que los términos de la cláusula siguen en pie, puesto que no has abandonado el gabinete infantil. Ahora ya sé dónde estás, aunque no sé si eso me hace sentir mejor o peor. Cerca de mí pero, a la vez, lejos. Me he cabreado, pero luego he terminado pensando que me lo merezco. Así que ya ves, castigo asimilado y comprendido».

Tyler: «*Fineáil*, si lo que quieres es que sepa lo que se siente cuando envías mensajes sin respuesta... conseguido. Todos los días me digo que soy el mayor cabrón del mundo, que hay errores que nunca podrán subsanarse. Pero si crees que voy a abandonar tan fácilmente, estás muy equivocada. En algún momento tendrás que afrontar los imprevistos que te proporciona el resto del mundo, Martina. En algún momento te cansarás de correr en sentido contrario al mío».

Eso era lo que estaba haciendo, literalmente. Y me molestaba mucho que fuera algo tan evidente para él. En cierta manera, me dejaba desnuda, desprovista del mejor de mis argumentos.

Aquel había sido el último de la multitud de mensajes que me había enviado en esas tres semanas, y databa de hacía cuatro días.

Me había instalado en un apartamento diminuto situado a varias manzanas del gabinete de Dublín, en la planta baja de un edificio, cuyo precio se ajustaba a mi economía, y me había dedicado en cuerpo y alma al trabajo... Y a olvidarme de él.

Pero no podía. Su nombre aparecía en mi cabeza en primer lugar cada mañana y en último antes de dormir; ni siquiera vincularlo al de Rachel y a su engaño, ayudaba a apartarlo de mi mente. En cada momento libre, cerraba los ojos y me recreaba en la última imagen que me llevé de él, completamente

desnudo sobre su cama, solo para recordarme que era una mujer adulta y libre. Y una mujer adulta y libre no tendría tantos prejuicios con respecto al sexo que, a todas luces, necesitaba. Una mujer de esas características se hubiera tomado las revelaciones acerca de Rachel con fría objetividad, dándole la importancia de algo que había ocurrido hacía ya demasiado tiempo.

Una mujer así, estaría encantada de volver a la civilización, ¡en vez de echar de menos los caballos, los olores, los sonidos e incluso a *Thor*!

—*Martina, quiero pintarte un sol en la frente.*

Le pasé a Zoe la pintura para dedos y dejé que los mojara en el color amarillo.

—*¿Piensas en soles?*

—*Sí. Me gustaría ver el sol, como el día en que Rayo me derribó. Ya no tengo miedo de los caballos. Y hace mucho que no sueño cosas raras.*

—*¡Genial! ¿Y del resto? ¿Tienes miedo?*

Esperé que acompañara el movimiento de sus manos con un gesto de temor, o de reserva. En los últimos días, parecía querer dar un paso hacia adelante conmigo, pero justo cuando levantaba el pie, reulaba hacia atrás para quedarse en el punto de partida, pero en ese momento solo vi cómo respondía a mi sonrisa y dejaba que su dedo índice, untado de azul, me recorriera el resto de la cara.

—*Tampoco. Si no hablo, no pasará nada.*

Mierda. Volvía a cerrarse en banda, impidiéndome seguir con aquella expresión de terror primitivo que me obligaba a seguir otro camino. Asentí con naturalidad.

—*Me alegro, cariño. Tyler se pondrá contento cuando lo sepa.*

—*Tyler se pondrá contento cuando vuelvas. Ahora está triste.*

—*Yo creo que se alegrará cuando seas capaz de decirle cuánto le quieres con esa voz tan bonita que seguro que tienes. ¿Lo harás por él?*

Estaba caminando al borde del abismo, lo sabía, pero no tuve oportunidad de averiguar más. El timbre sonó, diciéndome que mi tiempo se había acabado.

Fui a abrir pensando que me encontraría a Moira, como siempre, pero fue Peyton quien me saludó al otro lado, con una cara tan seria como debía estar la mía, y una orquídea mariposa en una preciosa caja de plástico transparente.

No la había vuelto a ver desde mi última noche en Killaloe, pero deseé que desapareciera.

Era eso o lanzarme a aquel pelo negro tan bonito para arrancárselo de cuajo.

—Moirá no podía venir. ¿Me dejas pasar antes de que el brazo se me entumezca, por favor?

Posó la flor sobre el escritorio y se sentó.

—No creo que debas ponerte muy cómoda. Ya he terminado por hoy.

—Ábrela —dijo, señalando la caja—. Lee la nota. Si no, tendré que aguantarle otra vez...

«Esta es tu flor preferida. Tú, mi chica preferida. Y este papel, la única clase de notas que recibirás siempre de mí, Martina. Esta vez, no voy a desaparecer de buenas a primeras, salvo que tú me lo pidas en persona. Sé que eres valiente; demuéstremelo. Tyler».

Empecé a marearme por la impresión.

—Es tan jodidamente cobarde que no se atreve a dar la cara —susurré, a modo de defensa muy peregrina, por cierto.

—¡Martina, esa boca, que hay niños delante! —Pero Zoe me miraba con la misma expresión guasona que ella—. Sí, es un jodido cobarde, pero si sabe que te he invitado a tomar unas cervezas para hablar contigo, podría muy bien retirarme la palabra de por vida.

—No me has invitado, Peyton.

—Bueno, pues lo hago ahora —dijo, levantándose con energía, como si su inesperada aparición y esa familiaridad sospechosa, fueran de lo más normal—. Iremos a un pub que conozco para que Zoe pueda ver sus dibujos animados preferidos mientras charlamos. Porque voy a decirte lo que he venido a decirte, con o sin ella delante, así que tú eliges.

—No me queda otra, ¿no es cierto? —aventuré, sintiendo un ramalazo de simpatía por aquella mujer que, teniendo la relación que tenía con Tyler, me llevaba una flor de su parte y se arriesgaba un poco más en una conversación que ninguna sabía cómo terminaría—. De mujer a mujer.

Peyton sonrió, me guiñó un ojo y asintió.

—Lo has captado, querida. Así me gusta. Vámonos, que mi tiempo también es oro.

Apenas tuvimos que correr unos metros bajo la lluvia hasta llegar a un pub pequeño, acogedor y con una tele muy grande plagada de los dibujos animados favoritos de Zoe, que el dueño le puso a todo volumen.

Lo agradecí. Estaba nerviosa, tensa, pero aunque hubiera podido darme la vuelta a la menor oportunidad, en el fondo quería saber más de lo que tuviera que contarme. Más de Tyler.

—Ten cuidado con la Murphy's. Si no estás acostumbrada, se te puede subir a la cabeza.

—He venido sin pensar, porque si pensaba no vendría. Me estoy arriesgando a una pelea entre las dos, o incluso a caer en algún tipo de encerrona. No me fío, ni quiero alargarlo más de lo necesario, así que al grano, Peyton. ¿Qué quieres?

—Sinceridad. Te ha encantado el detalle de la flor, te lo vi en la cara. Pero estás celosa.

—Tyler y yo no somos nada. Él puede hacer lo que quiera con quien quiera, incluida tú.

—Tyler y tú siempre seréis algo —resopló, bajando su tono de voz a apenas un susurro—. Por eso no hará nada con ninguna otra, incluida yo.

—Contigo ya lo ha hecho. Estás embarazada —le solté.

Su cara se puso blanca de repente.

—Lo sabes...

—La última noche que pasé en Killaloe os vi en su casa. Os oí. Así que enhorabuena a los dos.

Peyton se quedó callada, observándome. Luego abrió mucho sus preciosos ojos antes de soltar una carcajada tan fuerte que casi derramé la cerveza sobre la mesa.

—¡Ay, Dios! —exclamó, echándose las manos a la cabeza—. Tyler tenía razón. ¡Piensas que estoy embarazada de él! Bueno, para eso eran estas cervezas. Aclararé el primer malentendido: estoy embarazada de Jayden. Estuvimos saliendo juntos, pero cortamos hará cosa de un mes. —Sentí cómo mi corazón daba un brinco a pesar de su tristeza al contármelo. Parecía demasiado bonito para ser verdad. Demasiado fácil arrepentirme de mi error, al lado del alivio que sentía—. Es la verdad. Podría dejar que siguieras creyendo lo contrario. Sería mejor para Tyler. Pero me considero buena persona y quiero seguir esta conversación desde un punto de entendimiento. ¿Amigas?

Extendió su mano. Quería que mi animosidad desapareciera con verdades tan aplastantes como la que acababa de lanzarme a la cara y, desde luego, lo consiguió. Sentía tanta euforia que tuve que contenerme para no abrazarla en vez de estrecharle la mano.

—Amigas —respondí. De repente todo encajaba. Jayden, sus «líos con Peyton», la tirantez entre los dos aquella mañana en el subway...—. ¿Lo sabe?

—Ha preferido no saber. —Eché un trago a su cerveza, mientras yo empezaba a hervir por dentro, literalmente. ¿Cómo tenía las pelotas de tontear conmigo como había tonteado, sabiendo que Peyton estaba embarazada de él?—. Te lo cuento porque, ya que todo indica que te seguiremos viendo por Killaloe, no me gustaría que te unieras a la horda de comentarios y cuchicheos que desencadenará mi barriga cuando crezca.

—Nunca haría algo así, Peyton. Me parece asqueroso que alguien frivolicé con este tema, más cuando el padre se ha... desentendido.

—Además, era la única manera de que dejaras de creer gilipolleces con respecto a Tyler —añadió. Desvió su mirada de la mía por un instante cuando escuchó mis palabras. Quería aparentar dureza, indiferencia ante lo que había comentado acerca de la gente del pueblo, pero el mentón le tembló.

En realidad, intentaba prepararse para lo que le esperaba. Las habladurías podían hacer mucho daño. Yo lo sabía tan bien como ella, aunque por diferentes circunstancias.

—Él no me lo explicó —me defendí.

—Él me dijo que no le habías dejado explicarse, y te aseguro que tiene mucho que contar. —Seguro que casi tanto como ella, aunque no con la misma tristeza. Saltaba a la legua el dolor de Peyton por el rechazo de Jayden con respecto a su paternidad—. Ahora mismo, estás pensando en tu metedura de pata con él y conmigo, ¿verdad?

—Lo siento, Peyton. Me precipité.

—Somos buenos amigos. Siempre hemos estado el uno para el otro, pero nunca le había visto tan derrumbado como cuando descubrió que te habías largado sin decir nada. Estar sin noticias tuyas lo puso fuera de sí. Sabía que seguías en el gabinete porque Pete se lo dijo, pero tenía miedo de ir allí sin más. Por eso esta tarde se presentó en mi casa, con la flor. No se atrevía a entregártela, pero esa era su única pretensión —concluyó, encogiéndose de hombros.

—¿Está aquí? —murmuré muy bajito.

La sonrisa guasona desapareció para sustituirla por una expresión mucho más dura y contundente.

—Antes, respóndeme tú. ¿Qué buscas en él, Martina? ¿Un ángel, o un demonio? Tyler puede ser todo eso y más, pero por encima de todo es mi

amigo. Le quiero mucho, ¿sabes? Por eso no voy a tolerar que le hagas daño. Si le perjudicas, tendrás que vértelas conmigo. ¿Nos hemos entendido?

—Perfectamente.

—Genial. Está en el cementerio, visitando la tumba de su padre. Ni siquiera esperará que vayas, así que supongo que cuando te vea, su venganza hacia mí será terrible —añadió, encogiéndose de hombros.

Sonreí, pero antes de marcharme recordé algo.

—Has dicho que sabes todo de él... ¿También que sigue estudiando a escondidas?

Peyton resopló.

—Pues no, pero me alegro mucho. Ha nacido para dibujar.

Mi sonrisa fue cien veces más amplia cuando salí del pub.

A esas horas y con aquel tiempo, el cementerio de Monte Jerome, situado en Harold's Cross, en el lado sur de Dublín, estaba desierto. Por eso no tuve dificultad en ver desde mi coche su figura oscura, inmóvil frente a una lápida, antes de salir para empaparme igual que él.

Llevaba una cazadora de cuero negra y unos pantalones vaqueros del mismo color, ambas prendas chorreando agua, pero no se movía. Detecté la tensión de sus hombros, de sus brazos, hasta de las manos que llevaba metidas en los bolsillos de la cazadora.

—Tyler.

Mi voz sonó serena, mucho más suave de lo que pretendía. Él se giró de repente y yo di un paso atrás. Estaba muy desmejorado. Tenía los pómulos más marcados, el ceño más fruncido, los labios más apretados, y esa expresión oscura y amenazadora cuando me vio.

—Peyton me dijo que estabas aquí, pero me pareció raro.

—¿Tan insensible crees que soy? —me soltó, antes de darme la espalda—. Solo hago caso de la sugerencia de cierta chica que se atrevió a decirme en mi cara que no sentía la muerte de Max.

Intentaba excluirme de su pequeña parcela de privacidad a base de reproches que le habían parecido dolorosos. Podía entenderlo, pero no me marché.

—¿Estás bien? —insistí, colocándome a su lado sin saber muy bien cómo actuar.

—¿Te parece que lo estoy?

—Solo quería asegurarme.

—Objetivo cumplido, entonces. Ya puedes irte.

—Si necesitabas un rato a solas con tu padre, no tenías más que decirlo. Ya veo que te acojonan los problemas cuando los tienes delante. Qué decepción.

Me di la vuelta y recé para que la provocación surtiera efecto. Para que reaccionara como esperaba. Y respiré tranquila cuando, antes de empezar a caminar hacia la salida, oí su voz.

—Eh, Martina, espera. —Me detuve, pero no me giré—. Si quieres irte puedes hacerlo, pero antes... *Fineáil*, lo siento. Por todos los mensajes que te he enviado y por haberme comportado como un borde insoportable. No quiero que pienses que te he acosado para después echarte.

—¿Me has acosado?

Él se rascó la nuca y contuvo una sonrisa.

—Bueno... Si tú no lo crees, yo tampoco.

—Vale. Disculpas aceptadas. ¿Quieres que me quede?

Asintió. Volví a su lado en silencio, hasta que, de repente, Tyler se inclinó sobre la lápida y puso sus manos en ella. No pude verle la cara, pero sus hombros se estremecieron.

—No te contengas por mí.

—No es por ti, sino por la situación. —Pero le escuché sorber por la nariz y vi cómo se limpiaba la mejilla con el dorso de la mano—. Fue un capullo la mayor parte de las veces, pero también el único padre que tenía. Ahora ya no tiene arreglo.

—Por primera vez desde su muerte demuestras cuánto te ha dolido. Eso debería servir para algo.

—Llorar solo sirve para desahogarte —murmuró, con la frente casi rozando la lápida y la boca entreabierta. La lluvia había cesado, pero las gotas le resbalaban por el pelo hasta la tumba, mezcladas con sus propias lágrimas.

Mi pecho se comprimió. Me froté las manos para alejar ese cosquilleo incómodo que me llevaba hacia él. A abrazarle, a besarle. Quería envolverlo en mi calor, en todo lo bueno que siempre había visto de él y que ahora resurgía, como si nunca hubiera desaparecido. Me había transmitido su sufrimiento como si los dos estuviéramos conectados a un nivel superior al resto de la humanidad.

—No, Tyler. Sirve para anclarte al mundo. Si lloras, estás vivo —musité.

—Y si limpias las lágrimas del que llora, también.

Me arriesgué cuando se incorporó. Por primera vez desde que nos

habíamos vuelto a encontrar, me demostraba vulnerabilidad, debilidad. Parecía cargar con todo el peso de sus errores de golpe, encorvado sobre el mármol frío. Una sombra oscura y llena de culpa a la que envolví en mis brazos.

Él no se apartó. Se mantuvo rígido cuando apoyé mi mejilla sobre su pecho, pero no me importó. No me rechazaba, eso era lo verdaderamente importante. Aceptaba mi consuelo, mis palabras. Me apreté aún más contra él, empeñada en obtener mi respuesta, hasta que me la dio.

Se aferró a mi cintura y permitió que lo sintiera temblar en todo mi espacio vital, que ahora también era suyo. No emitía ningún sonido, pero supe que dejaba salir todo su dolor por lo ocurrido con su padre, quizá por primera vez desde su muerte. Después se atrevió a mirarme. Y lo que vi en él me emocionó hasta el punto de empezar a llorar con él. Por él. Dentro de él.

—Por lo tanto, si hago esto, puedo decir que también estoy vivo — continuó, con la voz ronca por la emoción cuando deslizó el pulgar por mis mejillas, limpiándome las lágrimas—. Los dos lo estamos.

—Sí, Tyler. A Max le hubiera gustado saber que aún le quieres.

—No estuve con él cuando murió. Le pidió a Pete que no me dijera nada hasta que ya no tuvo remedio. Como un castigo, supongo. Ahora nunca lo sabré... Pero soy como él —murmuró, enseñándome todas las emociones contradictorias que le dominaban—. Un capullo que no mide el efecto de sus palabras o sus actos, que no se preocupa de que los demás puedan salir dañados.

—Le querías y lamentas su pérdida. De otro modo, no llorarías como lo estás haciendo.

—Lamento no haber estado con él en sus últimas horas, nada más. Podría estar llorando de arrepentimiento y no de pena.

—O de las dos cosas. Max cometió sus errores pero, ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Yo la primera, no viniendo aquí mucho antes.

—Bueno, tampoco es que yo me haya dado mucha prisa... —De pronto levantó la cabeza y torció la boca en una de esas sonrisas que quitaban el aliento—. ¿Estás reconociendo algún error, Martina?

—Sí, y lo siento. No sabía que Peyton y Jayden... —No quise seguir al ver cómo se le endurecían las facciones. Me dio miedo—. Eh, Tyler, ya sé que no hay nada entre vosotros. Y lo que hubiera entre ellos, serán ellos quienes deban arreglarlo.

—La cuestión es: ¿hay algo entre él y tú? ¿Podrá haber algo en un futuro,

sabiendo que es un cerdo inmaduro que no acepta sus responsabilidades como padre?

—Son varias cuestiones.

—Pues respóndelas por orden de importancia, por favor —pidió con voz temblorosa.

—De menos a más, no y no. Espero que esto te tranquilice lo suficiente como para no matarlo. Peyton me dijo que te habías puesto como loco cuando me fui.

—Me puse como loco, pero no por Jayden, ni por aquella cena, sino por ti. Porque tenías toda la razón del mundo al largarte como lo hiciste.

Inclinó la cabeza de un modo tan tierno que le cubrí la mejilla áspera con la mano. Necesitaba ese contacto físico para poder abarcar todas las emociones que me despertaba.

—¿Ha sido duro? —pregunté.

—Cuando nuestras separaciones se basan en mentiras, siempre son duras. Y esta todavía está por aclarar. —Me miró de reojo y sonrió, mientras sujetaba mi mano con la suya para prolongar el contacto—. Te he echado de menos, Martina. ¿Dejarás que te explique lo que ocurrió con Rachel?

—Yo también te he echado de menos, Tyler. Y sí, dejaré que me lo expliques.

—¿Te gustó la flor? —Asentí. Se rascó la nuca y se apartó, lo justo para que yo dejara de tocarle. Cuando volvió a mirarme, la antigua conexión emocional surgió. Sus ojos volvían a tener ese brillo trascendental y profundo que me hacía temblar. Se mordió el labio, pensativo, y puso su dedo sobre mis labios para evitar que le interrumpiera antes de que abriera la boca—. No regresaré a Killaloe con Peyton si tú no haces lo mismo. Sé que lo que te estoy pidiendo es lo contrario de lo que te pedí hace un mes, pero, por favor, no vuelvas a marcharte sin hablar antes conmigo.

Si volvía, llevaría conmigo el miedo a las amenazas, la sospecha, las medias verdades de Jayden y Nathan junto con sus propias mentiras.

¿Estaba preparada para soportarlo otra vez? Le miré, y me dejé envolver por sus ojos y el mensaje que había grabado en ellos.

Sí, por primera vez reconocí que necesitaba recordar por qué estaba viva. Necesitaba volver a creer en algo, en alguien. ¿En él?

—Todavía me queda una semana pagada del apartamento, pero iré. Sin más.

—Jayden no ha avanzado nada en este tiempo con respecto a los

anónimos, Martina. ¿Has pensado que podrías irte a vivir con un loco obsesivo? —preguntó, arqueando una ceja.

—No seas tan modesto, Freeman. Sé que, si eso ocurre, el loco obsesivo se convertirá en un loco protector, aunque después intentes hacer que renuncie a la cláusula como solo tú sabes hacerlo.

—Conmigo estarás a salvo. Siempre.

—Lo sé. —Acaricié su mejilla para alejar esa expresión tensa y oscura, hasta que su cara resplandeció con una sonrisa satisfecha. Todo él se iluminó, como si de repente las nubes se hubieran ido para dejar paso al sol. Asintió y pasó un brazo por mis hombros para marcharnos, pero antes, eché un último vistazo a la tumba—. Max era una buena persona, Tyler. Casi tanto como tú.

Mis palabras parecieron reconfortarle un poco, porque me dirigió una última sonrisa triste antes de besar mi mejilla y desaparecer calle abajo, con el móvil en la mano.

Imaginé que llamaba a Peyton, aunque en esa ocasión no sentí el desgarró que me destrozó por dentro cuando los vi juntos. No. En esa ocasión, solo me vi de nuevo en aquella casa, en Killaloe... Con él. Y el pánico regresó con tanta fuerza que me encontré perdida. Hasta que recordé algo y marqué un número en mi propio móvil.

—¿Qué hay, pequeñaja? ¡Al fin te acuerdas de tus amigos!

—Más de lo que crees. —Cerré los ojos y cogí aire—. Me dijiste que, si te necesitaba, silbara...

—Y lo mantengo.

—Pues ahora mismo acabo de silbar, Brian.

# ***DIECINUEVE***

## ***Martina***

Los acordes del *fiddle* irlandés, acompañado por el *bodhrán* y la gaita de codo, todavía resonaban en la catedral de San Flannan cuando acompañé a Moira y Zoe hacia el campo donde se celebraría el partido de fútbol gaélico entre el Killaloe y el Ballina.

Era el primer día del festival de música tradicional que se celebraba todos los años en julio, pero, en aquella ocasión, Moira prefirió marcharse antes de tiempo para poder tener un sitio privilegiado desde donde ver el partido. Ocupamos la primera fila del campo, al lado contrario de la grada donde, supuse, se sentarían las autoridades del pueblo.

Me concentré en la gente que empezaba a llegar. Nathan nos saludó con la mano y Moira le respondió con una sonrisa que parecía pegada en su cara.

Justo en ese momento, los jugadores saltaron al terreno de juego. Treinta hombres, quince por cada equipo, de no menos de uno ochenta de estatura y complexión fuerte, que empezaron a calentar ignorando a los del bando contrario. Distinguí a Tyler enseguida. De entrada, me pareció el más alto, el más guapo y el más capaz del equipo de Killaloe. Hablaba amistosamente con sus compañeros, sonreía e incluso gastaba alguna que otra broma moviéndose con naturalidad.

El dragón tatuado cambió de forma, y yo tragué saliva. Todavía no entendía cómo era posible que solo con verlo me excitara, o de qué manera mis instintos más primarios controlaban mi cabeza, pero dejé de preguntármelo en el momento en que vi a Jayden en el equipo de Ballina.

Tyler también lo vio. No tuve más que seguir la dirección de su mirada ceñuda para contener el aliento. Debí de ser poco discreta, porque Moira se dio cuenta enseguida y chascó la lengua.

—A Jayden ni siquiera le gusta el fútbol gaélico, pero se habrá enterado de que Tyler ha sido aceptado en el equipo del pueblo, porque sus compañeros apenas están interesados en los chismes.

—No entiendo que un chisme pueda hacer tanto daño, sea el que sea.

—Si él no te ha contado su historia, lo hará. Solo es cuestión de paciencia. ¡Mira, va a salir de titular! ¡Eh, Tyler, estamos aquí! ¡Dales duro!

Él nos saludó con la mano y una sonrisa en los labios antes de que diera

comienzo el partido. Los gritos de los espectadores empezaron en ese mismo momento, pero mis cinco sentidos se quedaron con él. Con cada uno de sus movimientos al pasar el balón, mucho más pesado que el del fútbol tradicional y más parecido al del voleibol. Era un derroche de masculinidad y fuerza andante, dedicado a mí. Lo supe sin ningún género de dudas, y me sentí afortunada, no arrepentida. Cada vez que realizaba un pase exitoso, que lo recibía o que lo interceptaba, me buscaba con la vista. Y cuando me encontraba, se quedaba conmigo una fracción de segundo. Al cabo de quince minutos, coreé su primer gol como si la vida me fuera en ello, y al terminar el primer tiempo, temblé de pies a cabeza cuando él me guiñó un ojo antes de desaparecer.

Estaba tan guapo con su uniforme verde, tan sexy con la camiseta pegada al torso por el sudor, tan sensual con su pelo húmedo y sus movimientos atléticos, que perdí la cuenta de los goles de uno y otro equipo. Mi universo se concentró en Tyler, hasta que me di cuenta de que Jayden le acababa de poner la zancadilla.

Tanto Moira como yo nos levantamos de un salto, chillando como locas. Intercambiaron una serie de frases acaloradas, gesticulando con los puños cerrados, pero antes de que el árbitro pudiera mediar, Jayden le plantó un rodillazo en los testículos. Tyler quedó tendido en el suelo, encogido y retorciéndose, antes de desaparecer en una camilla.

Yo ni siquiera esperé a explicarle a Moira lo que iba a hacer. No perdí de vista la camilla y llegué hasta ella en un tiempo récord.

Él se retorció y siseaba cuando me arrodillé junto a su cabeza.

—¡Tyler!! Tyler, ¿estás bien? Joder, te juro que como te haya hecho daño de verdad, le pondré los suyos de corbata —murmuré, acariciándole el pelo para besarle la frente, en un intento ridículo por aliviarle el dolor.

Su cara quedó a milímetros de mis pechos y a poco más de mi oído. Por eso pude escuchar un suspiro casi interminable seguido de una risilla que me hizo sospechar.

—Si voy a tener esa defensa y ese cariño solo para mí con cada golpe, estoy por entrar ahí de nuevo y pedirle que me dé otro rodillazo.

¡La madre que...! Le aparté con tanta fuerza que volvió a quejarse, esta vez de verdad, pero, por lo demás, el color le había vuelto a la cara, al mismo tiempo que esa sonrisilla canalla que, en esa ocasión, me enfadó hasta un punto difícil de explicar.

—¡Estás perfectamente! —Fruncí el ceño cuando lo vi asentir e

incorporarse, como si tal cosa—. ¿Y desde cuándo, si puede saberse?

—Más o menos desde que me dejaron aquí, pero no quería desilusionarte. Estabas tan concentrada en reanimarme que me dije: «espera, chaval. A lo mejor sigue besándote y termináis dando un espectáculo digno del festival».

—Eres... ¡Eres...! —Lancé un grito y le di un empujón—. ¡No encuentro un insulto lo suficientemente fuerte para definirte!

Salí bufando en dirección al lago, pero me detuve al escucharlo.

—¡Eh, Martina, espera! —De repente lo tuve de frente, cortándome el paso. Con el pelo revuelto, la sonrisa socarrona y aquel brillo intenso en sus ojos que me envolvió entera—. Venga, no te enfades. Solo fue una broma. ¿Me dejas recompensarte?

—Depende de la recompensa —respondí, con los brazos en jarras y aguantándome la risa. Cuando se comportaba de esa manera, era muy difícil mantener cualquier tipo de enfado.

—Podría despedazar a Jayden, pero intuyo que no te gustaría.

—¡Claro que me gustaría! —Su expresión de ansiedad desapareció cuando me oyó. Sin decir nada, me agarró de la mano y seguimos caminando—. ¿Qué os dijisteis antes de que te dejara las pelotas como uvas pasas?

Él rio con ganas, pero entornó los párpados. Conocía esa expresión. Era la de las reservas.

—Hablabamos de ti. Le advertí que no me gustaría nada verle rondándote como un jodido moscón. Que me interesaba conocer ciertos aspectos de ti en exclusiva. ¿Me adelanté a los acontecimientos?

—No. Es lo que se merece, por cabrón.

—No hace mucho yo era el único que ostentaba ese honor...

—Lo sigues teniendo, aunque ahora es compartido.

—Vale, entonces déjame intentar que la balanza se incline a mi favor —replicó—. ¿Qué tal un paseo en barca por el lago? A no ser que prefieras montar en el *The Spirit of Killaloe*...

—No —respondí, quizá demasiado apresuradamente—. Los dos solos.

—*Fineáil*. Mira, allí hay una libre. ¡Vamos!

Poco después, él remaba alejándose del pueblo. Su dragón parecía tener vida propia a cada movimiento del brazo. Me quedé mirándolo embelesada, sorprendida de cómo respondía mi cuerpo. Tenía la piel tan sensible que en determinados lugares dolía. Mis sentidos se agudizaban hasta notar cómo el simple sonido de su respiración o el efecto de su mirada me ponían a cien.

—Eres una caja de sorpresas —dije, después de un carraspeo—. Nunca

pensé que se te diera tan bien el fútbol gaélico, ni remar como si no te costara nada.

—Mi trabajo me obliga a mantenerme en forma, a pesar de que fumo y todo eso. —Se encogió de hombros con modestia—. ¿Te gustó el partido?

—Sí, hasta que Jayden hizo lo que hizo. Aunque se lo merezca, espero que no tomes represalias. Te perjudicaría.

—Tranquila. Me tengo por un tipo que ha aprendido de los golpes. Tú eres más importante. Quiero tener nuestra conversación pendiente antes de que volvamos al «vivo contigo pero te evito».

—No me gustan los juegos, Tyler.

—Ni los imprevistos, ya lo sé. Pero no puedo evitar pensarlo si veo que llegas anoche, sabiendo que estaba trabajando en el subway, y esta mañana no nos hemos encontrado. Esta es la ocasión perfecta, en mitad del lago, sin que nadie nos interrumpa y sin que te puedas ir a ningún lado. —Tenía una mirada triste cuando la fijó en todo lo que nos rodeaba y dejó los remos en sus soportes—. Sé que pocas veces en la vida he hecho las cosas bien, y no solo contigo, pero ahora creo que debería aprovechar la oportunidad que me has dado. Gracias por estar aquí después de lo que tuvo que suponer para ti enterarte de mi relación con Rachel. Si hubiera podido te habría explicado con más detalle mi situación, pero eso también lo hice mal. Siento mucho haber entrado en tromba en el baño, siento haber tratado de seducirte...

—¿Trataste de seducirme?

Tenía un aspecto imponente, entre sexy y peligroso, con los pantalones de deporte tensándose alrededor de sus caderas y aquella expresión que no decía nada y lo decía todo. Empecé a imaginar lo que sería tocarlo, delinearlo, recrearme lamiendo cada centímetro de aquel cuerpo que tenía tan cerca y, a la vez, tan lejos. Mi mente se llenó de imágenes sucias que no pude contener. Quise recriminármelo, pero ¿no había vuelto a Killaloe, a su casa, a su vida? Sabía que ese era el mayor riesgo que corría. ¿Y si quería correrlo?

—Martina, si sigues mirándome así no respondo. —Sonrió de medio lado y chascó la lengua para terminar riendo—. ¿Sabes que Moira opina que somos el uno para el otro?

—Moira no tiene un criterio objetivo cuando se trata de ti.

—Eso mismo le he dicho yo, aunque ahora me acabas de comer enterito con los ojos.

Sentí cómo me ponía roja como un tomate.

—No seas tan creído.

—Solo pongo las cartas boca arriba. No deberías negar lo evidente — añadió, conteniendo la risa.

—Las personas importantes para mí, que en su día me decepcionaron, suelen tener que trabajarse mucho más ese reconocimiento.

—¿Yo era tan importante para ti?

—Tú fuiste el más importante. Un jodido nudo imposible de ignorar, ni de superar, ni de utilizar para seguir adelante. —Y yo me sentí de un modo muy raro cuando se lo eché en cara. Quizá por ver la tristeza en sus ojos que se había comido aquel chisporroteo divertido que tenía segundos antes—. Te odié durante mucho tiempo. Por decidir por los dos. Por menospreciar mi amor...

—Nunca menosprecié tu amor. Ni antes, ni ahora. ¿Cuánto de todo este tiempo ha merecido la pena para ti? —preguntó de repente—. El mío no la ha merecido en absoluto.

Se inclinó hacia mí. Vi su dureza, su falta de esperanza. Parecía mucho más viejo, más cansado. ¿Qué le había llevado a esa resignación tan amarga?

—¿Dónde has estado para pensar así? —pregunté.

—Lejos de lo que debería haberme importado, pero aprendiendo que no es sensato perder ni un momento en enfados que, además de estar fuera de tiempo, no merecen la pena. Si me das la oportunidad, haré que todo tu tiempo a partir de hoy la merezca. La mejor manera de resolver un problema es enfrentarlo. Yo te sostendré para evitar que caigas, *m'aghaidh gealach*. Te lo debo.

—¿Entonces me vas a contar lo que ocurrió de verdad? —murmuré—. ¿Qué hice mal?

—Tú no hiciste nada mal. Fui yo. ¡Fue mi jodido problema! —Me acarició la mejilla con tanta ternura como miedo. Puede verlo como si me lo estuviera gritando—. Martina, conocí a Rachel antes de conocerte a ti. Y sí, cuando empecé a tontear contigo, ya salía con ella. Ella me eligió a mí por encima de Jayden, y eso le escoció. Creo que todavía le escuece. Puede decirse que Rachel fue mi primera relación seria. Por eso continuó a distancia cuando mis padres se separaron y yo venía a Killaloe periódicamente. Hasta que me di cuenta de que me había enamorado de ti hasta las trancas. ¿Recuerdas el día en que... lo hicimos por primera vez? —Parecía repentinamente avergonzado cuando inclinó la cabeza un momento, antes de mirarme directamente a los ojos. Sentí un escalofrío de pies a cabeza. Me suplicaba comprensión, una vez más, sin darse cuenta—. Aquel día te llevé al lago con la intención de

contarte que, a pesar de haber estado con las dos durante un tiempo, pensaba cortar con ella en mi siguiente viaje, pero tuve miedo a que me dejaras. A que me dijeras a la cara lo cabrón que había sido. Con las dos. Me entró tal ataque de pánico que pensé que podría cortar con ella y seguir contigo cuando volviera de Irlanda.

—Pero nunca volviste. —Sentí cómo la ira se me concentraba en el pecho, haciendo que mi corazón latiera fuerte y rápido. Por un momento me vi incapaz de mirarle sin abofetearle, pero me controlé—. Si me lo hubieras explicado entonces...

—Te habría destrozado.

—¿Y qué crees que hiciste? ¡Te odié tanto que, después, solo pude odiarme a mí misma! ¡Me pasé semanas enteras preguntándome qué había hecho para provocar tu rechazo! ¡Tú sabías lo que ocurrió con mi verdadero padre, y aun así actuaste como un jodido cobarde de mierda que no es capaz de afrontar las consecuencias de sus actos! —Me costó horrores no lanzarme al agua para volver a la orilla a nado. Solo ver su expresión de auténtico arrepentimiento me hizo esperar. Parecía tan roto como yo lo había estado. Se revolvía el pelo y se mordía los labios, para después apretar los puños. No se atrevía a mirarme—. ¿Por qué? Si viniste decidido a dejarla para seguir conmigo, ¿por qué desapareciste de mi vida?

—Rachel murió, y yo me equivoqué —respondió sin más.

—No, Freeman. Las cosas no funcionan así, ¿sabes? No puedes contar solo lo que te interesa, pensando que me voy a conformar. —Él no lo negó. Y mi corazón se detuvo—. Por si no te has dado cuenta ¡ya no soy la ingenua de la que te reíste!

—Nunca quise reírme de ti. ¡Te quería, joder!

—¿A eso le llamas amor?

Resoplé, repentinamente cansada. ¿Qué más daba ya? Ese concepto estaba tan fuera de lugar entre nosotros como el resto.

—Rachel murió, Martina. Sé que puede parecer simple después de tanto tiempo esperando esta conversación, pero te aseguro que no lo fue. En absoluto. Me arrepiento de no habértelo dicho antes. De no haber enfrentado mis problemas, de no haberlos compartido contigo. Teníamos algo especial. Mierda... —murmuró, antes de extender sus manos para coger las mías. Su simple contacto conseguía que algo dentro de mí reviviera, que vibrara entera —. Martina, he tenido casi seis años para explicártelo, pero no los he aprovechado.

—Antes de la caída de Zoe, me dijiste que nunca me habías mentido.

—Y no lo hice. Simplemente, te oculté parte de la verdad.

—¿Como cuando me ocultaste que el embarazo de Peyton era cosa de Jayden y no tuya? Dime, Tyler, ¿también le ocultaste parte de la verdad a Rachel? ¿No le hablaste de mí antes de dejarla? —Vi la respuesta en su cara —. Muy honesto por tu parte...

—No, espera. Nos dimos un tiempo. Y ella se fue a Dublín. Allí... Bueno, se quedó embarazada, así que Moira pensó que lo mejor sería que no regresara al pueblo hasta que no tuviera al niño. El padre de Zoe era un desgraciado, Martina. ¡Un cabrón, un deshecho de la sociedad! Un cobarde que, cuando terminó encerrado, prefirió entregar su custodia a su abuela antes que luchar por ella.

—Pero tú le diste una segunda oportunidad cuando volvió a Killaloe, ¿verdad? ¡¿Verdad?! —insistí, enrabiada. Él me dirigió una mirada de auténtica desesperación—. A mí no me diste ninguna.

—Merezco todo lo que quieras decirme o hacerme. Incluso más —dijo, revolviéndose el pelo con rabia—. Pero antes, espero que comprendas mis errores, que veas que intento arreglarlos: lo siento, por la manera en la que te mantuve engañada, por la forma en la que me despedí de ti. Incluso por lo de Peyton, sí. Tú me habías juzgado ya, y yo estaba tan cabreado contigo, tan asustado por pensar que creerías a Nathan y Jayden, tan inseguro al no saber siquiera si volverías, que solo pensé en esa pequeña manera de devolverte el golpe.

—¿Te pareció pequeña? ¡Me he pasado tres semanas imaginándoos y muriéndome de rabia!

—Lo siento —continuó—. Siento cada uno de los días que permití que los dos sufriéramos, pero, sobre todo, siento no haber sido lo más importante para ti en ese tiempo. No puedo cambiar el pasado, pero sí que puedo aprovechar el presente si tú me dejas. Te quise tanto que nunca podría odiarte, ni siquiera si finalmente me ganas en esta locura y me dejas sin nada. Solo sé que quiero que sigas aquí, a mi lado, para conseguir que tus cicatrices dejen de doler. Si es necesario, te pediré perdón cada minuto de cada día. Si hace falta, me convertiré en el santo que nunca he sido solo para que no vuelvas a mirarme con esa reserva que duele tanto cada vez que te toco. —Se había acercado tanto que podía respirar su mismo aire, ver a través de sus ojos el deseo que chispeaba en ellos. Apreté los párpados cuando dejó caer las yemas de sus dedos sobre mi mejilla y me incliné hacia él cuando la

abarcó en el hueco de su mano, acunándola, consolándome—. Te pido perdón, *m'aghaidh gealach*, sabiendo que no me lo merezco, pero esperando recibirlo algún día.

Gruñí y apreté los labios. Tenía razón, no se lo merecía. Intenté gritarle, hasta desgañitarme, toda mi rabia acumulada. Pero descubrí que estaba desinflada, vacía de toda esa mierda. Me dolía lo que acababa de oír. ¡Joder, cómo me dolía! Pero ese dolor me hacía comprender que, en realidad, Rachel no debería ser más que un nombre para mí, porque ya había superado las consecuencias de su presencia y ahora solo me quedaba él. Tyler, con su humildad salida de lo más hondo. Y yo, que solo quería volver a sentir.

—Te perdoné hace tiempo —confesé muy bajito, alargando la mano en su dirección—. Tuve que hacerlo para sobrevivir. Y no he cambiado de opinión.

Contuve la respiración y le toqué el cuello, suave, con el pulso latiendo debajo de mis dedos. Un simple contacto que activó la química latente entre nosotros cuando él atrapó mi mano con la suya y se llevó los dedos a sus labios. Los besó con lentitud, sin separar sus ojos de los míos. Tenía las pupilas dilatadas y una expresión salvaje y tierna en ellos. Me transmitía un deseo crudo que me alcanzó justo entre las piernas.

—*Fineáil*, sé que te ofrecí amistad, pero si algo sé es que jamás podría ser solo tu amigo. Habría partes de mi cuerpo que sufrirían demasiado. ¿Volvemos?

Esa vuelta se me hizo eterna. Me costaba trabajo respirar cuando me ayudó a bajar de la barca, pero de repente se detuvo a unos pasos de mí, antes de llegar a un pequeño bosque lejos de la fiesta.

—No puedo seguir con esto si no estoy seguro —dijo, y alargó su mano esperando que yo la cogiera. Me estremecí por las connotaciones de aquel gesto. Si la aceptaba, aceptaría una parte muy importante de él. Con todas las sombras que todavía planeaban sobre nuestras cabezas. Si la aceptaba, daría el paso que necesitaba para intentar que esa llama que se negaba a extinguirse entre nosotros creciera hasta convertirse en una hoguera—. ¿La aceptas?

—Sí —dijo mi corazón.

Dejé que apretara la mía con esos dedos fuertes y ásperos, pero no continuamos el camino, sino que tiró de mí hasta ponerme a su altura. Me sujetó por las caderas con delicadeza, pero con la contundencia suficiente como para que yo no me moviera. Cerró los ojos y acercó su nariz a la altura de mi cuello. El sonido de sus inspiraciones profundas era tan rítmico, tan seductor... Me lo imaginé olisqueándome, reconociéndome con la lengua,

con aquellas manos callosas, con los labios jugosos y sensuales. Con el gris de sus ojos.

Gemí muy quedo y me balanceé cuando sus manos ascendieron hasta mi cintura, pero solo abrí los ojos cuando oí su voz profunda, grave y segura, tan cerca de mi oído que me estremecí entera.

—Martina, sabes lo que quiero de ti y lo que tú puedes obtener de mí. Me lo demostraste la primera vez que te besé, y hace semanas, en mi propio cuarto de baño. Me lo gritas con todo tu cuerpo, pero de repente, por razones que desconozco, das marcha atrás, así que no voy a dar un paso más hasta que no lo escuche de una vez. Dilo. Di que quieres esto tanto como yo. Llevo necesítándolo desde que volví a verte en el despacho de Pete y todo lo que parecía superado volvió a superarme. —Me sorprendió asaltando mi boca con fuerza. Su cuerpo cubrió el mío aun estando de pie, mientras nuestras lenguas volvían a chocar. Me sujeté a su cuello para no caerme y gemí para dejar salir parte del aire que estaba reteniendo, pero retrocedí con él hasta que mi espalda chocó contra el tronco de algún árbol. Cuando paró, el calor volvió a levantarme la piel—. No, espera... Sé que nuestro último beso fue precipitado, así que iremos a tu ritmo, hasta donde tú quieras. No tengo problema con eso. Solo dame una señal. Y yo iré en la dirección que marques.

Su respiración era tan pesada como la mía. Sus ojos ardían y sus manos se habían clavado en mis caderas. Mis emociones parecían una auténtica montaña rusa. Confiar en él. Protegerme de él. Sexo puramente físico sin miedo a su rechazo cuando me viera...

—Por favor, dime que no es por pena o compensación —murmuré, apoyando mi frente en su pecho.

—¿Qué? ¡No! —Me cogió la mano y la llevó hacia su erección, que palpitó debajo de mis dedos—. ¿Crees que esto es pena o compensación? ¡Es deseo, Martina! Sin nadie más entre nosotros.

Volvió a devorarme la boca con ganas, y yo respondí con todo el deseo que sentía por él. Solo se detuvo para mirarnos a los ojos una fracción de segundo, comprendiendo, aceptando lo que ocurriría a continuación, y nos lanzamos al vacío.

Tyler me sujetó la nuca y alargó el beso. Más intenso, más contundente y más lento. Sexual. Me mordisqueaba los labios, me los lamía y a continuación, me follaba con la lengua mientras se restregaba contra mí. Todo iba demasiado deprisa y, al mismo tiempo, demasiado despacio.

Despertando mi lado más desinhibido. Gemí y él gruñó cuando atrapé su labio inferior con los dientes y lo retuve así. Mis reparos se habían volatilizado. Deslicé mis manos por los fuertes músculos de sus brazos, por su torso, hasta que sujeté sus caderas para empujarlas hacia mí.

Él lanzó un quejido sordo cuando su polla chocó contra mi vientre.

—Comprendido, *neamh*<sup>[11]</sup> —susurró sin aliento—. Ya veo el ritmo que quieres seguir.

No perdió el tiempo. Me desabrochó los pantalones para colar dos de sus dedos debajo de mis bragas. Me deshice. Sentir ese tacto esparciendo mi humedad a lo largo de mi sexo, con una lentitud exasperante y, al mismo tiempo, deliciosa, hizo que las piernas no aguantaran más mi peso. Pasé una alrededor de su cintura para atraerlo más y me apoyé por completo en su cuerpo. Me dejé llevar. Jadeé y moví las caderas, diciéndole todo lo que necesitaba saber.

—Sí... ¡Oh, joder, sí! —exclamé, mordiéndome el labio para no gritar cuando uno de sus dedos me penetró. Adelanté las caderas y arqueé la espalda. Era la primera vez que experimentaba esa explosión dentro de mí después del tratamiento. La primera vez que me sentía viva, capaz de disfrutar del sexo. Con él. Tyler comprendió que necesitaba más, sin importar la dureza, y clavó sus dientes en mi cuello. La corriente eléctrica que me atravesó fue directa a mi sexo hasta hacerme gritar. Su dedo entró y salió de mí, cada vez más rápido, al mismo tiempo que yo clavaba los míos en su culo. Todos mis anhelos se concentraron en uno: él, dentro de mí. Al completo. Pero me sentía incapaz de renunciar a todo lo que estaba ocurriendo en mi cuerpo—. Ty, mi Ty...

—¡Martina!

La voz nos paralizó a los dos, pero Tyler fue el primero en reaccionar. Apoyó su frente contra la mía jadeante, tan frustrado como yo cuando me interrogó con los ojos y sacó su mano de mis bragas para, acto seguido, colocarme el pantalón con disimulo.

—Brian, qué sorpresa —dijo con voz sombría, situándose un paso por delante de mí.

—La sorpresa ha sido mutua, puedes jurarlo. He dejado mi coche y mi equipaje en el hotel, te he llamado tres veces al móvil —añadió, mirándome como si me fuera a pulverizar—, y en vista de que no he obtenido respuesta, decidí seguir el ruido de la música y las voces. Mira tú por dónde, no he tenido más que alejarme un poco del barullo para encontrarte, pequeña.

Aunque nunca hubiera imaginado que estarías en... esta compañía.

Sus ojos se volvieron hacia Tyler con la misma dureza, pero terminó lanzando una carcajada cuando me arrojé sobre él con un chillido de alegría.

—¡Has venido! —grité. En realidad, eso era lo único que me importaba.

—¿Cómo no iba a venir? Si me pides ayuda, te la ofrezco con todo lo que tengo, ya lo sabes. —Me apartó y tendió la mano a Tyler—. Solo espero que lo que he visto fuera lo que ella quería, porque de lo contrario probarás mi mano para algo más que un saludo, Freeman.

Él no respondió de ninguna manera. Le estrechó la mano, pero, después de pasar su mirada cargada de reproches de Brian a mí, apretó los labios, lleno de furia, y se marchó.

## VEINTE

### *Martina*

Le retorcería el pescuezo.

Y después, las pelotas.

Tuve que disculparle delante de Moira y aceptar la interminable hospitalidad del pueblo como si no hubiera pasado nada.

Estaba enfurecida, indignada. No sabía cómo canalizar mi frustración sexual, ni aquella nueva sensación de abandono. Aunque Tyler me había dejado ver una parte muy importante de ese nuevo corazón fabricado durante casi seis años, la otra parte no le había impedido dejarme plantada sin el menor remordimiento.

Brian se puso delante de mi campo de visión con toda la intención de sacarme de mis pensamientos.

—Mañana toca revisión, ¿no? —Yo asentí, sin más—. Te noto muy tensa. Si es por eso, lo puedo entender. Si es por mi interrupción, recuerda que fuiste tú la que me llamaste. Aunque todavía no sé por ni para qué, tengo dos semanas para averiguarlo.

—¿Vas a quedarte tanto tiempo?

—Son mis primeras vacaciones en años; no me las arruines. —Me miró como si le hubiera clavado un puñal en el corazón, el muy exagerado—. Sé lista. Me tienes durante catorce días. ¡Aprovéchame! A lo mejor así te arrepientes de haberme enseñado lo que he visto hace un momento...

—No me recuerdes o no podré volver a mirarte a la cara. Estoy tan avergonzada que ni siquiera te he preguntado en qué hotel te alojas.

—En The Killaloe Hotel, aunque podría aceptar una invitación a tu nueva casa.

—Para eso tendrías que contar con Tyler. Y no vi que os despidierais de muy buenas maneras.

—No nos despedimos, que no es lo mismo. —Se inclinó hacia mí lanzándome una mirada penetrante, trascendental. El momento de las bromas había pasado—. Martina, ¿lo que vi...?

—¡Joder, Brian, ni siquiera lo insinúes! ¡Yo quería tanto como él! He conseguido que me explique parte de sus razones para hacer lo que hizo.

—¿Solo parte?

—Creo que se ha guardado el resto. Pero le ha bastado para pedir perdón.

—¿Y tú le has perdonado?

—Te diré lo mismo que le dije a él. Si no le hubiera perdonado en su día, no habría sido capaz de sobrevivir. No espero que lo entiendas, Brian, pero ¿qué quieres que te diga?

—Tienes veinticuatro años y mucho más potencial del que demuestras, además de unas ganas de follar muy normales a nuestra edad. —Rio cuando me elevó el mentón con los dedos, sin permitirme enfadarme, ni compadecerme—. Pero bueno, acabo de ver que poco a poco vas haciendo tus progresos. Solo de imaginar el dolor de huevos que tendrá ahora mismo, me siento feliz. Por lo tanto, no tienes que explicarme nada.

—No seas tan capullo. —Pero había conseguido arrancarme una sonrisa. Le llevé del brazo en dirección al coche, ahora que la gente empezaba a desperdigarse—. Vamos al subway. Me parece que Moira y Peyton estarán muy agobiadas sin tu amigo.

—¿Ahora es mi amigo?

—Siempre lo ha sido, Brian, no lo niegues. Todavía recuerdo cuando competíais por ver quién dibujaba mejor. Antes tenías muchas ganas de partirla la cara, pero le ofreciste tu mano.

—Y él la aceptó. ¿Todavía sigue dibujando? Entiéndeme, se lo podría preguntar a él, pero no me gustaría dejarle sin dientes al final de la conversación.

—Te invito a una cerveza y te lo cuento.

Se lo conté por el camino. Le hablé de los anónimos, del destrozo de los dibujos de Tyler y también del alma que había visto en ellos. Le confesé que le había espiado aquella noche, después de cenar juntos, cuando intentó volver a plasmar su arte en el papel sin conseguirlo. Seguí hablando para explicarle lo que la Garda encontró en su primer registro, aquellos libros de texto que él escondía pensando que yo me había creído ese cuento del olvido. Incluso le chismorreé que ahora fumaba, y lo mucho que me disgustaba. No paré de hablar hasta que entramos en el subway, y para entonces Brian ya se había enterado de casi todas las razones por las que le había llamado.

Contra todo pronóstico, el subway no estaba a rebosar cuando entramos, así que los ojos de halcón de Brian se posaron enseguida en la figura inquieta y enérgica de Peyton, que iba y venía como si en realidad no diera abasto.

—¡Martina! —me saludó, antes de desaparecer en la cocina para volver a aparecer segundos después—. ¿Qué tal el partido?

—Ganamos.

—¿No podrías decirlo con algo más de entusiasmo? Creí que lo de volver con Tyler os llenaría de felicidad y esas cursiladas. —Dejó el paño sobre la barra, justo al lado de una bandeja vacía, y miró a Brian—. ¿Tú no eres el chico que la acompañaba el día de la lectura del testamento de Max?

—Brian, el mejor amigo de Martina. ¿Y tú no eres la chica que acompañaba a Tyler el mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar?

—Peyton, la mejor amiga de Tyler —respondió ella, estrechando la mano que él le ofrecía con su mejor sonrisa.

—¡Qué casualidad! —exclamaron los dos a la vez.

«Ay, Dios...».

—¿Y cómo es que estás por aquí? —siguió Peyton, sirviéndole la primera cerveza con una sonrisa de oreja a oreja.

—El dueño de la mejor galería de arte de Edimburgo al rescate de la damisela en apuros. —Brian me señaló—. Ladra pero no muerde.

—Eso pregúntaselo a Tyler. Si le oyeras gimotear, pensarías que tiene el cuerpo lleno de remiendos cosidos por ella, después de abrirle en canal.

Los dos se rieron, y yo empecé a impacientarme cuando a la primera cerveza le siguió la segunda. Aquella no era mi conversación, ni mi sitio. Estaba demasiado nerviosa como para aguantar sus dardos sarcásticos, mientras comprobaba que congeniaban a la perfección, a pesar de acabar de conocerse. Quería saber dónde narices se había metido Tyler, aunque solo fuera para gritarle en plena cara todo lo que pensaba acerca de él.

—Ejem... Brian, tengo cosas que hacer. ¿Te molestaría que te dejara solo?

Él dejó enseguida su actitud desenfadada y me apartó un poco de la barra.

—Eh, oye. Antes no hemos hablado en serio, pero ahora sí. Martina, el asunto de los anónimos es muy grave. Por mucho que esté en manos de la Garda y del abogado de Tyler, es un peligro potencial. Deberías replantearte la posibilidad de volver a Edimburgo.

—No puedo. Acepté los riesgos cuando decidí regresar aquí —susurré.

—Vale, pero, ¿estás segura de lo que estás haciendo? —me preguntó—. Con... Tyler.

—¿Se puede estar segura de algo así con él?

—Supongo que no, pero al menos dame una señal para quedarme tranquilo.

«No puedo. Aún no sé lo que quiero con él. Si es solo una atracción física, una especie de cuenta pendiente entre los dos, o el inicio de algo más serio

cimentado sobre unas revelaciones que debieron producirse hace seis años».

—Necesito seguir adelante —dije en cambio.

—De acuerdo. Siempre puedes volver a silbar, con la diferencia de que, esta vez, estaré al lado.

Me marché intentando añadir muchas más razones a la lista de por qué iba tras él por primera vez desde que habíamos vuelto a vernos. Por qué me sentía como un perro apaleado, cuando debería estar afilándome las uñas en su ego solo para recuperar el mío, pero tuve todas mis respuestas cuando oí unos golpes provenientes del cobertizo y entré.

Su cabeza asomaba por los bajos del coche que, por cierto, había perdido sus muchos dedos de polvo.

—Tyler.

Una llave inglesa salió volando al mismo tiempo que él se golpeaba la frente con el guardabarros. Gruñó y salió por completo de allí.

—¡Martina! Si quieres matarme, hay maneras menos dolorosas de hacerlo.

—Lo siento. ¿Te has hecho daño? Déjame ver... —Levanté una mano, pero se apartó. Estaba resentido, y tan guapo que mi propio enfado desapareció. No conocía a nadie a quien un mono de trabajo azul lleno de manchas de grasa le sentara tan bien—. ¿Vas a arreglarlo?

—¿Quién te dijo que estaba estropeado?

—Moirá, la chapa deteriorada y los kilos de polvo que tenía encima —respondí, apoyándome en el borde de una mesa llena de trastos situada a un lado—. ¿Te llevará mucho tiempo?

—Quizá si me hubieras dicho que esperabas a Brian, habría tenido más.

Así que era eso...

—Ahora no te hagas el inocente. Te largaste después de lo que casi pasó entre nosotros.

—«Casi». Bonito matiz.

—Me dejaste sola. ¿Cómo debo tomármelo, señor «matices bonitos»?

Él me miró de reojo y soltó un resoplido de indiferencia.

—No estabas sola. Brian estaba contigo. Y Moira. Y, si me pongo puntilloso, también Jayden y la mitad de la Garda de Killaloe.

—Ninguno de ellos me ha dicho que me protegería. —Aquello sí hizo mella en él. Le oí suspirar, con algo que se acercaba mucho a la rendición—. Después de lo que pasó, necesitaba alguien en quien confiar. Esta tarde no eras uno de los mejores candidatos.

—Ya. ¿Y ahora lo soy?

—Depende. No estoy segura de que nos lo hayamos contado todo.

—Has dicho «hayamos», en plural. ¿Cómo me lo tomo? Porque si hago caso al detallito de que mi ex mejor amigo ha acudido a tu llamada, puedo pensar que tú también tienes algo que decir. ¿Estoy en lo cierto?

Tenía razón, pero no por los motivos que insinuaba.

—No suelo dejar que nadie meta los dedos en mis bragas sin un mínimo de confianza, Tyler. Debería servirte para responder a tu pregunta.

—Creo que hay demasiadas cosas que no me sirven, pero en fin... Supongo que forma parte de mi castigo por hacer lo que hice en su día. Lo acepto con resignación. —Desapareció otra vez debajo de la camioneta, sumiéndonos en un silencio incómodo, hasta que al cabo de un rato, asomó la cabeza con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Brian se ha marchado ya y te aburres?

—Se quedará unos días. Él no tiene la culpa de mi aburrimiento, pero tú sí.

Tyler me miró con los ojos entrecerrados y luego torció la boca en un amago de sonrisa.

—Creo que es la primera vez que una chica me dice que se aburre conmigo —bromeó.

—Podría entretenerme si me dejaras ayudarte. Mi padre biológico trabajó en un taller de mecánica en España, algo sé. Pero tranquilo, no voy a hablar contigo de nada que te distraiga. Adelante, sigue.

Oí su resoplido cuando se apoyó en el capó, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Martina, puedes hablar conmigo de lo que quieras y de quién quieras. Pensé que eso ya había quedado claro entre nosotros.

—Hay ciertos temas que te duelen. Y no quiero hacerte daño.

—Sujeta esto, ¿quieres? —Se refería a la tapa del capó. La mantuve sobre su cabeza, observando su sonrisa y su mirada penetrante que se centró en el motor—. Tú nunca me harías daño. En realidad, hoy has estado a punto y he sobrevivido.

—No creo que haya hecho algo tan grave, ni que tú seas tan blando.

—Achuchaste a Brian —afirmó, cerrando el capó de golpe. Apoyé mi trasero en él para sentirme más segura—. Él nos interrumpió y tú le achuchaste.

—Ah, te refieres al abrazo...

—No, no. Para abrazar se necesitan los brazos. —Me lo demostró posando una mano a cada lado de mis caderas. No me tocaba, pero ocupaba todo mi

espacio vital, acariciándome con la mirada cuando se acercó tanto a mí que me dio miedo hasta respirar. Estuve a punto de retroceder, pero recordé que estaba allí con un solo propósito: él y lo que pudiera ocurrir—. Para achuchar hace falta el movimiento de todo el cuerpo. Achuchar implica deseo, y aceptación.

—Ya entiendo. ¿Achuchar es esto? —Le besé tan repentinamente que, antes de que pudiera reaccionar, me había apartado, sintiéndome extraña por haber tomado la iniciativa, pero sonriente a pesar de todo—. Si te refieres a eso, no tienes por qué estar celoso. Ni enfadado. Nunca he... achuchado a Brian en ese sentido.

—Es un alivio —susurró desconcertado. Después se rascó el mentón y suspiró—. Siento haberme marchado, *m'aghaidh ghealach*.

Derrochaba una masculinidad tan potente, aunque estuviera pidiendo disculpas humildemente, que volví a besarlo, esta vez abriendo un poco la boca para permitirle acceder a ella. Pero en el momento en que nuestras lenguas entraron en contacto, retrocedí.

—Disculpas aceptadas, siempre que no vuelva a ocurrir —canturreé, soltando una risilla pícara cuando él me empujó hasta terminar sentada sobre el capó, para luego acomodarse entre mis piernas con una sonrisa ladeada tan sexy que me quitó la respiración—. Pero ya te advertí en su día que no volvieras a llamarme así.

—¿Qué harás si lo repito, *m'aghaidh ghealach*?

—Humm... Todavía no lo sé. Espera.

El brillo divertido de sus ojos al seguirme el juego se intensificó con el tercer beso. Esta vez me sujetó por la cintura para llenarme la boca con su lengua, con todo su deseo y con cada uno de sus gemidos. Y esta vez, fue él quien le puso fin sin separarse de mí lo más mínimo.

—*M'aghaidh ghealach*, si vuelves a dejar que te bese así, no me separaré más —me advirtió, envolviéndome con aquel apodo que me hacía temblar el corazón.

—Si vuelves a llamarme así, no querré que te separes.

—*M'aghaidh ghealach, m'aghaidh ghealach, m'aghaidh ghealach...*

Me provocó con toda la intención de que yo respondiera. Y respondí. El aire se condensó en mis pulmones cuando pude ver de cerca la expresión salvaje de aquellos ojos grises que me capturaron como si yo fuera un ratón asustado, y él un gato a punto de darse un festín conmigo.

Me dio miedo. Me excitó. Y me empujó hacia él. Me enganché a su cuello

y le comí la boca como si no hubiera otro lugar en el mundo para mí. Salí al encuentro de su lengua con el mismo deseo con el que él clavaba sus dedos alrededor de mi nuca para tenerme inmovilizada. Intentó controlarlo de nuevo, pero no se lo permití. Nos devoramos mutuamente, luchando por tomar la iniciativa, hasta que presioné su culo contra mí con los talones y él tuvo que apoyarse en la camioneta para no caer encima. Se apartó con las pupilas dilatadas, la respiración acelerada y la boca, aquella boca que me imaginaba en cualquier parte de mi cuerpo, entreabierta por la más absoluta sorpresa.

—Me alegro de que ya no estés enfadada por haberte dejado sola con Brian —susurró.

—No te confundas. Estoy muy cabreada, irlandés. —Pero acaricié su barba incipiente con las yemas de los dedos, completamente ensimismada. ¿Qué se sentiría al tener ese tacto en otras partes mucho más sensibles?—. Te largaste después de... de... ¡Me dejaste tan frustrada que...!

Él me puso un dedo sobre los labios y chascó la lengua. ¿Parecía contento por lo que acababa de echarle en cara?

—Suficiente, *mo shaol*<sup>[12]</sup>, aunque no te haya callado con un beso. Lo siento de verdad.

Le aparté el dedo de un manotazo, aunque lo que quería era lamérselo.

—Necesitarás algo más para que te perdone —siseé.

—Ah, ya echaba de menos a mi Martina y sus garras. —El muy capullo sonrió de medio lado, con aquellas chispas que hacían brillar sus ojos de seguridad—. ¿Qué necesitas? Pide y se te concederá...

—Razones. Muchas y muy convincentes.

—Tengo varias. Esta es la primera. —Se acomodó mejor entre mis piernas y presionó sus caderas hacia delante, de modo que su erección quedó perfectamente acoplada en mi sexo. Sentí cómo me empapaba solo con ese simple gesto—: necesitaba disimular lo que tú habías provocado —ronroneó junto a mi oreja, mordisqueándome el lóbulo hasta dejar un húmedo reguero de besos que descendieron hasta mi clavícula—. Esta es la segunda —siguió, deslizando sus dedos por la cinturilla de mis pantalones cortos para desabrocharlos. No dejó de mirarme en ningún momento. De transmitirme su calor, su necesidad, sus más bajos instintos, hasta conseguir que me pusiera a suspirar como una adolescente hormonada—: tenía que subirte los pantalones, cuando en realidad lo que quería era bajártelos. Pero la mejor de todas, la más importante, es la tercera. —Deslizó las palmas por debajo de los

pantalones y abarcó mi trasero con fuerza. Sentí su calor, cada pequeña presión contenida en un mundo. Me agarré a él con más fuerza y rodeé su cintura con mis piernas. Solté el aire de golpe, pero volví a contenerlo cuando comprobé que entrecerraba los ojos. Como si no estuviera seguro de seguir adelante—: no podía hacer delante de Brian todo lo que tenía en mente. Él me hubiera matado para impedírmelo, y yo le hubiera descuartizado por eso mismo. Pero ahora no está Brian, y yo estoy tan empalmado que tengo que esforzarme para no follarte aquí mismo. La cuestión es: ¿y tú? ¿Estás segura de esto? Porque si lo estás, pondremos remedio a nuestra frustración. Pero si no, debemos parar aquí y ahora. Estoy demasiado excitado como para tomarme bien un nuevo rechazo.

—Yo no te he rechazado.

—Utilizaste mis meteduras de pata como excusa, que viene a ser lo mismo. —Sus ojos se oscurecieron cuando me recorrió el mentón con el dedo—. Martina, ya conoces mis razones. Ahora necesito saber si las tuyas van a impedirnos avanzar en algún sentido.

Seguro que sí. Tarde o temprano me vería, me expondría, y entonces...

Aparté la conclusión con un manotazo mental. Hasta el momento, me había agarrado a todos los clavos ardientes que se me habían puesto por delante. Primero fue su beso para callarme; después, el hecho de que me pidiera que no le dejara solo. Ahora no tenía ninguno a mano; si aceptaba, traspasaría la línea. Le demostraría que le perdonaba por completo.

—Estoy tan segura de que esto es lo que quiero como de que estoy aquí, contigo, en vez de en mi apartamento de Dublín, echándote de mi vida para siempre —respondí, lamiendo sus labios para borrar todas las dudas de su mente. No hubiera podido soportar que se hubiera echado atrás.

Sonrió y, con una fuerza que me sorprendió, me obligó a levantar el trasero y tiró de mis pantalones y de mis bragas para arrojarlos al suelo. Contuve un grito de sorpresa, pero no se lo impedí. Sus intenciones iban en consonancia total con las mías. Estábamos tan sincronizados que mis piernas empezaron a temblar y mi sexo a palpar cuando recibí la intensidad de su mirada en cada palmo de mí como si fuera la detonación de una pistola.

—Has tardado en admitirlo. —Se apartó un palmo y se pasó la lengua por los labios—. Ahora que estamos solos, contigo medio desnuda delante de mí, respirando mi mismo aire y diciéndome lo que quieres realmente, empiezo a pensar que podremos ir mucho más allá...

Sí, estaba medio desnuda, pero no me sentía avergonzada, sino poderosa.

Porque aunque Tyler parecía tomar la iniciativa, en realidad era yo quien ostentaba ese poder. Me recosté contra el capó, apoyándome en las manos, y jadeé cuando sentí la caricia sutil de sus dedos recorriendo mi vientre, trazando dibujos indefinidos al mismo tiempo que me devoraba con una simple y contundente mirada. Él también me hablaba sin decir ninguna palabra. Me decía lo que iba a hacerme, seguro de que me gustaría.

Eché la cabeza atrás y cerré los ojos cuando sentí una ráfaga de calor entre mis muslos proveniente de su boca. Todas mis terminaciones nerviosas se relajaron y se tensaron a la vez. Sentir la lengua de Tyler en mi sexo, hurgando, lamiendo, buscando, mientras me raspaba con la barba de un día que no se había afeitado, era como permitir que se deslizara bajo mi piel, dentro de mis venas, mezclándose con mi sangre. Me mordí el labio para evitar gritar antes de tiempo, pero empecé a temblar. Tenía tanto miedo como deseo reprimido. Quería que siguiera hasta el final, pero el pánico me impedía relajarme. Me lo imaginé riéndose de mí, rechazándome...

Tyler lo intuyó, porque acomodó las palmas de las manos por debajo de mi culo, las afianzó y clavó los dedos en mis caderas al mismo tiempo que permitía que mis piernas le rodearan el cuello.

—Estaba deseando hacer esto desde que te vi en el baño, con todo tu precioso sexo rasurado, preparado para que yo pudiera saborearlo. Saborearte entera —susurró, levantando la cabeza levemente para capturar todos mis miedos con una sola de sus miradas. A continuación introdujo dos dedos dentro de mí. Despacio, pero tan profundamente que me tensé otra vez. Llevaba demasiado tiempo sintiéndome vacía, como muerta... Hasta que él llegó, y empezó a resucitar partes de mí poco a poco—. Déjate llevar, Martina. Relájate. Te prometo que no nos arrepentiremos. Ni de esto, ni de todo lo que vendrá después, pero necesito que confíes en mí...

—Confío en ti, Ty.

Hablé desde lo más profundo del corazón, porque yo también necesitaba que fuera así. Porque aquello no era un simple acto sexual, para ninguno de los dos. Vi alivio en sus ojos grises antes de que volviera a enterrar su cara entre mis piernas. Hundió los dedos todavía más en mi carne cuando me sujetó. No pude objetar nada al respecto, ni protestar. Solo gemí de puro gusto al volver a sentirlo. Su lengua se movía con rapidez y lentitud. Chupaba, absorbía todo de mí mientras seguía el mismo ritmo con los dedos.

—Oh, sí... ¡Sí!

Estaba sacando a la chica salvaje y atrevida que yo había encerrado bajo

llave justo después de él. Me estiré hasta donde me fue posible. Adelanté las caderas y me aferré con las piernas a su cuello sin miedo, ofreciéndole todo de mí. Soportaba tal presión en los brazos que sabía que me temblarían en cuanto pudiera dejarlos laxos, pero no me importó. Solo me importaba la tensión que se arremolinaba en mi vientre y en la parte baja de mi espalda. Aumentó el ritmo con el dedo y con la lengua, rodeando mi clítoris con los dientes. Lo succionó directamente, sabiendo que ese sería el principio de mi fin. Pero cuando parecía que todo se derrumbaría sobre mí, se detuvo.

—¡No! —exclamé, con el pulso latiéndome en la garganta—. Por favor, Tyler...

—¿Por favor, qué, Martina?

—¡Por favor, no te pares ahora, pase lo que pase!

Lo último que vi de él antes de cerrar los ojos y dejarme llevar, fue una mirada salvaje. Llevó su lengua hasta mi clítoris hinchado y le propinó pequeños golpecitos a la vez que retomaba su penetración con el dedo. Cada vez más rápido, más caliente, más excitante. Más, más...

Me puse rígida antes de gritar su nombre en medio del orgasmo más intenso que había tenido en años. No hubo ninguna parte de mí que no se deshiciera en temblores, que no se rindiera. Me hizo volar. Me llevó tan lejos que pensé que no podría regresar.

Pero regresé. Y entonces lo vi.

Tyler estaba de pie entre mis piernas, tan jadeante como yo. Con los puños cerrados, los labios húmedos y el centro de sus pantalones muy mojado.

Nos miramos en silencio un instante, de esos que hablan. Que transmiten. Que transforman. Y durante una pequeña eternidad, lo supimos. Imaginé que podíamos ser mucho más de lo que éramos. Que, realmente, me lo merecía. Nos lo merecíamos.

—¿Te has corrido... por mí?

—Eso no es exacto. Me he corrido por la parte inferior de ti. Por las prisas y la necesidad. —Y no parecía avergonzado ni arrepentido cuando me besó en la boca—. No quiero ni pensar en lo que me ocurrirá cuando te tenga completamente desnuda y pueda emplearme como es debido.

—Ah, que no te has empleado como es debido...

Su sonrisa maliciosa volvió a cortarme la respiración.

—Todo es superable, *m'aghaidh ghealach*.

## VEINTIUNO

*Tyler*

Acababa de hacerle el amor con la boca sobre el viejo Chevrolet que tanto significaba para mí, después de haber cometido el error de haberme largado, dejándola con Brian, y de haber pospuesto el resto de mi historia por miedo a perder lo poco que había logrado con ella.

Me había comportado como un gilipollas egoísta que solo pensaba en mí y en mi polla insatisfecha, sin abarcar otros temas muchísimo más importantes, pero Martina había vuelto conmigo. Aunque solo fuera para escupirme mis últimos errores en la cara, allí estaba.

Y yo todavía quería más.

La quería en mi cama, pero también en mi vida, en mi corazón e incluso en todas las cláusulas testamentarias que aún estuvieran por inventar.

Pero para eso, tenía que llegar hasta ella. Averiguar qué escondía con tanto celo detrás de esa coraza que cada vez era más frágil.

Lo tenía tan claro que la cogí en brazos y recorrimos así la distancia hasta la puerta de mi cuarto.

—Deberías soltarme. ¡Peso mucho!

—¿Y arriesgarme a que vuelvas a largarte? Ni en mil años, cielo... Ni en toda una vida.

Hubiera escalado el Himalaya de esa manera, ignorando la mancha en mis pantalones, solo para recibir una más de esas miradas tuyas.

—Lo que has dicho... Me asusta.

—También a mí. Está muy por encima de las cuestiones materiales que nos han enfrentado hasta el momento. Ahora mismo, el detalle de tener un hijo me parece insignificante y, al mismo tiempo, trascendental. —Ella asintió. Sin decir nada, posó las palmas de las manos en mi pecho, haciéndome sentir pletórico—. Todavía no me he acostumbrado a que estés aquí, aceptando que ahí fuera hay alguien que quiere que te marches.

—Debería celebrar que ese alguien no eres tú.

—Lo celebraremos, que no te quepa duda. Pero antes, tendrás que seguir confiando en mí. —Le rodeé la cara con las manos y uní nuestras frentes—. Lo que ha ocurrido hoy no volverá a repetirse porque no habrá oportunidad, por mucho que discutamos, que nos enfademos o que no nos hablemos en

otros seis años. No voy a dejar que te pase nada malo, ¿de acuerdo? Me pegaré a ti como una lapa si hace falta, y tú a mí. Alternaremos nuestros respectivos trabajos para estar juntos todo el día. De esa manera, el cabrón que haya querido asustarte lo tendrá mucho más difícil. No le permitiremos que siga. Me convertiré en la peor pesadilla de Jayden para que demuestre de una puta vez que es digno del cargo que ostenta. —Me sentía eufórico, seguro de todo lo que decía, pero no experimenté un mínimo de tranquilidad hasta que no vi cómo el azul de sus ojos se volvía más claro y ella lo aceptaba —. Martina, no quiero luchar más contigo.

—Ni yo contigo. Pero para eso tendremos que hablar. De todo.

«Estás jodido, Freeman...».

Muy jodido si pensaba en lo que aún me quedaba por confesarle. En las verdades a medias que me había visto obligado a decirle para ocultar partes de mi vida que, sobre todo después del tema de los anónimos, podrían perjudicarla.

—Hablaremos. De lo que tú quieras. Acordaremos las cosas entre los dos.

—¿Nada de mentiras?

—Nada de mentiras.

—¿Ni de medias verdades?

Tragué saliva antes de responder, pensando en todas las que aún me quedaban por confesar.

—Sinceridad absoluta —prometí.

—Podría ser nuestro pacto. ¿Qué te parece?

La besé en los labios, intentando echar de una puta patada en el culo a mi conciencia, que empezaba a avisarme del riesgo que estaba a punto de correr.

—Genial, siempre que vea en tu cara esa expresión de satisfacción sexual que tienes. Ahora mismo la tengo tan dura que me cuesta contenerme para no perpetuarla.

Ella refunfuñó, fingiendo enfadarse, y me empujó hacia atrás cuando yo me desternillé de risa.

—¡Eres un guarro!

—Completamente. Pienso encargarme de que no se te olvide después de quitarme esto y... limpiarme —murmuré, besando su naricilla como un completo idiota—. ¿Me esperarás?

—No he venido para volver a irme, Tyler.

—*Fineáil, m'aghaidh ghealach.*

Me apresuré a meterme en la ducha. Suponía que mi olor después de haber

estado reparando la camioneta, unido al orgasmo inesperado, no sería mi mejor carta de presentación para lo que planeaba hacer con ella, porque mi necesidad iba más allá del plano físico. Era extraño. Me sentía como si Martina hubiera sido arrancada de entre mis costillas. Por eso sentía esas ganas enormes de gritar a pleno pulmón cuando comprobaba el daño ocasionado por mis decisiones. O cuando tenía que lidiar con aquella mirada suspicaz suya que parecía ver en mi alma, para averiguar que no le había contado todo lo relativo a Rachel. O cuando me sentía indigno de ella, después de ver cómo se había entregado a mí.

Por fin. Después de casi seis años, empezaba a tener una parte muy importante de ella para mí, aunque no la mejor. Esa sabía cuál era... Y todavía la mantenía alejada. Pero yo quería más.

¿El qué, exactamente? Sencillo: que me sonriera como a Brian. Que tuviera conmigo el mismo grado de afinidad, junto con la dedicación absoluta que le brindaba a su trabajo en el gabinete de psicología infantil, y la ternura infinita que dispensaba a sus pequeños pacientes.

Y cuando llegué a esa conclusión, me quedé sin aire.

Porque acababa de descubrir que lo que quería en realidad era que me demostrara tanto amor como el que yo sentía.

—*Dia! Beidh, sé indéanta...*<sup>[13]</sup>

Casi tropecé con el borde de la bañera cuando salí a la carrera. Reconocerlo ante mí mismo me supuso algo así como un puñetazo en el estómago. Porque hasta el momento había ocultado mis sentimientos para intentar ser fuerte, cuando en realidad solo era un hombre con una toalla enrollada a la cintura que perdía el culo por volver a su lado. En el único sitio en el que quería estar.

Esta vez haría las cosas bien. Le contaría todo, aceptando las consecuencias de mis actos. De los pasados, de los presentes y de los futuros. Iba decidido, pero encontrármela sentada sobre la cama, completamente vestida y con los ojos clavados en mi dragón, me excitó lo suficiente como para olvidarme del resto del mundo. Ese puñetero dragón era parte de mi historia, pero me sentía tan bien cuando ella lo lamía con los ojos... Porque eso era exactamente lo que estaba haciendo. Como si no pudiera esperar a comerme entero, cuando al mismo tiempo permanecía allí sentada, temblando igual que un pajarillo asustado.

Yo también me asusté, y temblé. Y además, me empalmé con tanta rapidez que la toalla se convirtió en una incómoda tienda de campaña que hizo que

sus ojos se abrieran como platos.

—No debería asombrarme, pero me asombra —murmuró, relamiéndose con mucha lentitud.

Sí, reconozco que me olvidé de cualquier confesión cuando pensé en esa lengua alrededor de mi polla, mientras la rodeaba con una de sus manos anilladas. Cuando me imaginé enterrado en aquella boca. Succionado por esos labios...

—Tú sigue mirándome así, y ni siquiera me quitaré la toalla —murmuré, recortando la distancia que nos separaba para inclinarme sobre ella y devorarle los labios hasta que nuestras lenguas entraron en contacto—. Mmmm... Creo que estás muy vestida.

—Y tú muy desnudo.

—¿Te molesta?

—¡Joder, no! —Por si tenía alguna duda, me acarició por encima de la toalla al mismo tiempo que me miraba. Por eso supe que había tanto deseo como miedo en aquella caricia. Tantas ganas de avanzar como de huir—. No sé si te das cuenta de lo sexy que estás con las gotas de agua deslizándose por tu pecho, tu pelo mojado, esa sombra oscura de barba...

—No sabía que te gustara, pero puedo dejármela crecer.

—Me gustó sentir cómo me raspaba los muslos —ronroneó, con una voz tan grave y profunda que mis caderas se fueron solas hacia delante. Creo que solté un gruñido. No lo recuerdo, porque estaba demasiado concentrado en esos dedos que cada vez me presionaban más, por encima de la toalla.

Estuve a punto de quitármela yo mismo, pero no pensaba avanzar sin que ella me lo indicara. Ni siquiera cerré los ojos para disfrutar del contacto, pero tuve que apretar los dientes para no mandar mi autocontrol a la mierda cuando la oí jadear.

—Lo repetiremos, nena. Las veces que tú quieras. Pero ahora mismo, no sé si podré dar un paso en alguna dirección...

—¿Por mi culpa?

Puso una expresión tan inocente que no pude soportarlo más. Me abalancé sobre ella simulando un rugido animal. Sus piernas se abrieron para mí, y volví a desabrocharle los pantalones para colar mis dedos donde quería, hacia lo que buscaba. Presioné con mi erección al mismo tiempo que encontraba toda su humedad y la extendía entre sus pliegues, sin dejar de mirarla.

Se mordió el labio, conteniéndose, pero cerró los ojos y se relajó debajo de mí. Tanto, que tuve vía libre para meter dos dedos dentro de ella.

Sentir aquellas paredes resbaladizas alrededor de una parte de mí, tan calientes, tan suaves y al mismo tiempo tan estrechas, estuvo a punto de hacerme perder el control. Gemimos al mismo tiempo, nuestras respiraciones parecieron sincronizarse cuando atrapé su boca con la mía.

No fue un beso: fue toda una declaración de intenciones acerca de lo que se me pasaba por la cabeza con mis dedos dentro de ella y los suyos aferrándome cada vez con más fuerza.

—¡Dios! —Gemí cuando los sentí en la punta de mi glande, acariciándolo. El tacto rugoso de la toalla me hizo pensar en otro, mucho más húmedo. Su lengua, justo allí. Su cabeza entre mis piernas. Sus angelicales ojos azules clavados en los míos mientras brillaban de lujuria...—. Martina, estás tan empapada y me tienes tan agarrado, que no sé si aguantaremos mucho más así. ¿Te gusta? Necesito saberlo antes de...

Ella entrecerró los párpados y movió los dedos arriba y abajo.

¡Joder! Si seguía así volvería a correrme antes de pensar en alejarme.

—Me gusta ver cómo te afecta —respondió, dejando mi parte delantera para pasar a la trasera.

Empujó mis nalgas hacia delante hasta que apenas hubo espacio entre su sexo y el mío. Entre sus pantalones y mi toalla, me recordé, como si fuera un fogonazo de aire frío entre tanto calor.

Ella estaba al límite, igual que yo, pero en ningún momento me había arrancado mi parte de la ropa, ni me había pedido que hiciera lo mismo con la suya.

—Pareces nerviosa —dije, obligándome a poner el freno antes de que no pudiera razonar con la cabeza—. Indecisa.

El fuego que oscurecía sus ojos se apagó un poco cuando soltó una risilla y rompió el contacto ocular conmigo, antes de retorcerse debajo de mí como una serpiente para apartarse.

Mierda. ¡Mierda, mierda!

«No. No ignores nuestra química, por favor...».

Me incorporé procurando que el dolor de huevos no me destrozara. Ella se había quedado de pie frente a mí, retorciéndose las manos. Empezaba a recuperar el control de mí mismo y, con él, mi enfado empezó a crecer por momentos.

—Martina, intento entenderte, pero no puedo. ¡Lo juro! —exclamé—. Hace un momento tenías las piernas abiertas y a mí entre ellas, a punto de tener tu segundo orgasmo en la última hora. ¡Con mi polla en tu mano, joder!

Sabes lo duro que estaba. ¡Que estoy! ¿Qué es lo que te da tanto miedo? ¿El sexo en sí? —grité, sujetándola por la cintura para evitar que se separara de mí más de lo humanamente necesario. No volvería a permitirlo—. El sexo es intuitivo, imprevisible, animal. Es fuego, sangre, sudor...

—No me has dado tiempo a sudar, Tyler.

—Suda conmigo, *m'aghaidh ghealach*. ¡Vamos, arriésgate conmigo!

La besé en el cuello para ocultar mi creciente desesperación, mi propio miedo. Pasé mis labios por esa piel cremosa y blanca hasta llegar detrás de la oreja, justo donde le latía un pulso descontrolado que me dio esperanzas. No hizo falta arrancarle los pantalones para saber que estaba excitada. Me bastaba con percibir su olor, sus suspiros, sus siseos. Le mordí la clavícula y descendí hasta la parte de los pechos que la camiseta dejaba libre, pero no tenía bastante.

Nunca lo había tenido, y nunca lo tendría.

Besarla era como consumir una droga dura, con la diferencia de que me encantaba estar enganchado a ella. La apreté más contra mi pecho y profundicé en el beso. Necesitaba hundir mi lengua en ella para sentir que su esencia se deslizaba por debajo de mi piel, por mis entrañas, para quedarse allí un poco más. Cada vez más profundo, más rápido.

Incliné su cabeza hacia un lado para tener acceso a cada rincón. Sentí cómo sus manos se aferraban a mi espalda, cómo clavaba las uñas en mi piel. Cómo se arqueaba contra mí, y necesité sentirla sin nada de por medio.

Sin apartarla de mí busqué el borde de la camiseta para tirar de él, pero en el momento en que lo encontré, toda la furia sexual que me dominaba se esfumó. Se puso rígida, interrumpió el beso y me apartó, sin fuerza pero con la contundencia suficiente como para que captara el mensaje.

Intenté no mostrarme demasiado frustrado, pero era difícil cuando estaba completamente empalmado y mi cuerpo entero palpitaba por tener el suyo.

Me revolví el pelo, apreté los dientes y procuré comportarme como se suponía que ella esperaba.

—Martina, me provocas con una mano y me detienes con la otra. Vas a volverme loco o, lo que es peor, un jodido eunuco. Y a menos que eso sea lo que pretendes, te agradecería alguna explicación —empecé, después de respirar hondo varias veces para poder pensar—. ¿Qué es lo que pasa?

—Mi ropa interior. Es triste.

—¿Qué coño...?

Sacudí la cabeza e incluso me rasqué los oídos. No había escuchado bien,

seguro...

Pero ella se había escondido de nuevo detrás de su caparazón, mirándome con tanta culpabilidad que supe que había oído perfectamente.

—Cariño, sé que estás tan excitada o más que yo, pero... ¿tu ropa interior? ¿En serio? ¿No tienes una excusa mejor?

—Puedes pensar lo que quieras, pero es triste —repitió con cabezonería. Tuve que contenerme para no soltar una carcajada y seguirle el juego, solo para ver a dónde quería llegar—. Entiéndeme, no esperaba tener que enseñársela... a nadie.

—Ya me la has enseñado, Martina.

—No. Me arrancaste las bragas, así que dudo que te fijaras mucho en ellas.

—Bueno, en eso tienes razón. Pero si yo tuviera puesta la mía, ahora mismo estaría la mar de contenta. Ven aquí, nena.

Posé las manos sobre sus hombros para atraerla hacia mí, pero ella volvió a apartarse. Su expresión de culpa se había convertido en una de verdadera angustia cuando me dio la espalda.

Todas mis alarmas empezaron a sonar al mismo tiempo.

No era ninguna broma. Martina sufría por algo importante. Y odiaba pensar que pudiera tener algo que ver conmigo.

—Martina, cuéntame el problema —dije, con una voz demasiado floja como para que decidiera confiar en mí, por mucho que antes me lo hubiera confirmado.

—No estoy segura de que lo vayas a entender.

—Eso puede ser un insulto en toda regla...

—¡Pero no lo es!

—Entonces cuéntamelo —insistí.

¿Quería escucharlo? Cada vez estaba más convencido de que supondría echar un vistazo al fondo del precipicio, y hacía demasiado poco que yo mismo había salido de él. Pero era lo que ella necesitaba, por mucho que estuviera muerta de miedo. Y para mí, era más que suficiente.

Esperé un momento que se me hizo eterno, entre un silencio aún más largo, sentado en el borde de la cama, hasta que decidió acompañarme. Inclino la cabeza, como si de repente las manos que tenía entrelazadas sobre su regazo fueran lo más interesante del mundo. Empezó a toquetearse los anillos, ensimismada, hasta que hinchó sus pulmones y luego dejó escapar el aire, desinflándose con ellos.

Por último, me miró de frente.

Sus enormes ojos azules parecían dos pozos interminables de dolor, y al mismo tiempo de una fortaleza que salía de las entrañas, de la oscuridad más profunda. De la desesperanza.

—No soy lo que crees —empezó, poniendo los hombros rectos y levantando el mentón en mi dirección, como si se preparara para defenderse de mí.

—¿Y qué crees que creo?

—Tyler, tengo que contarte algo antes de que sigamos... hacia delante — insistió, señalando la toalla que todavía me cubría.

—«Hacia delante». Me ha gustado esa expresión.

—Es posible que cuando termine de hablar la odies.

El mentón le tembló al mismo tiempo que sus pupilas. Estaba a punto de echarse a llorar, pero yo sabía que no lo haría, igual que sabía que nunca podría odiarla. Por mucho que me temblara el alma al verla retorcerse un mechón de pelo entre los dedos, con el ceño fruncido, mientras se mordía los labios. Por mucho que viera cómo ignoraba a *Nerón* cuando él entró reclamando atención, como si su mente no estuviera allí, sino a mucha distancia. Meses, o años, para ser exactos.

Luego volvió a mirarme, mientras prácticamente se arrancaba la camiseta para quedarse en sujetador, y el impacto de lo que vi estuvo a punto de tumbarme de un plumazo.

Solo pude ser vagamente consciente de que apretaba los labios para controlar el temblor, antes de darme cuenta de que algo fallaba.

Mucho.

Contuve la respiración ante lo que empezó a dibujarse en mi cabeza. Me dije que exageraba, que mis instintos se habían pasado, pero justo cuando abrí la boca para preguntar, Martina metió la mano en una de las copas del sujetador y sacó un trozo de silicona.

Mis ojos se quedaron clavados en la copa medio desinflada.

Y mi sangre se detuvo.

—Dios... ¿Es...? —Me quedé inmóvil, sin parpadear, ni siquiera cuando empecé a notar escozor. Y cuando empecé a darme cuenta de la importancia de lo que estaba viendo, me mojé los labios reseco y levanté la vista, para encontrarme con su mirada brillante, llena de interrogantes, de angustia.

Empecé a comprender. Aquella fue mi primera oportunidad para huir, pero la rechacé.

—De acuerdo —dije, con la sospecha de que iba a oír algo que cambiaría

el curso de nuestra relación para siempre—. Te escucho.

# VEINTIDOS

*Edimburgo, Escocia*

***Martina seis años atrás***

«Carcinoma ductal infiltrante, con necesidad de mastectomía parcial de la mama derecha y posterior tratamiento...».

Aquella era la conclusión del informe médico.

Tenía cáncer, y no solo debía aceptarlo, sino que además tendría que comunicárselo a mi familia. A mi madre, que era tan feliz junto a Eirian y su trabajo como fisioterapeuta, su pequeño sueño hecho realidad. A Eirian, que tanto había hecho por mí, que siempre había estado ahí como si fuera mi verdadero padre, que me había apoyado cuando le dije que quería convertirme en una psicóloga infantil mucho mejor que Max, el padre de Tyler y a quien le debía mi vocación. A Luna, mi hermana pequeña, que no entendería por qué de buenas a primeras se me caía el pelo, adelgazaba, vomitaba a todas horas y me iba apagando.

A Tyler.

Se me llenaron de lágrimas de pena, de impotencia, de rabia, de decepción, de miedo.

Sobre todo de miedo.

Pero no lloré. No podía.

Me había hecho las pruebas en el más absoluto secreto, aferrándome a la esperanza de que no sería nada grave. Nadie de mi edad debería enfermar de esa manera. Apenas había empezado a vivir, ¿y tenía que pensar en que podría morir?

Sentí un pequeño nudo en el estómago. No había marcha atrás. No había lugar a dudas, ni errores. Solo unas palabras impersonales que ocasionarían un destrozo emocional imposible de recuperar.

Intenté encontrar las emociones que me harían explotar, pero no estaban. Y necesitaba hacerlo antes de que mi madre volviera con Luna. Antes de que Eirian también llegara, con una sonrisa de oreja a oreja aunque hubiera tenido un día complicado, y nos reuniéramos alrededor de la mesa como la familia que éramos, para compartir nuestras alegrías y nuestras penas.

Aunque aquel día algo cambiaría. Mi pena lo cambiaría todo. Tendrían que hacerse a la idea de que podría desaparecer, de que nuestra lucha podría no servir para nada.

Tregué saliva con dificultad, hasta que sentí un golpe seco en los pulmones cuando pensé en Tyler.

No quería decírselo. No se lo merecía. Ninguno de ellos se lo merecían.

Calibré la posibilidad de marcharme, de huir ahora que todavía podía. De esconderme en algún lugar donde pudiera pasar por todo yo sola y así ahorrarles el sufrimiento, pero comprendí que no podría.

Caminé hacia la ventana como una autómatas. Seguía sin haber nada dentro de mí que me liberara, que me guiara. Ni siquiera lo encontré cuando dejé caer el papel hasta el suelo y mis ojos se dirigieron hacia el retrato que Tyler me había dibujado, colocado sobre mi escritorio.

—Ty, mi Ty...

Casi me abalancé sobre él para apretarlo contra el pecho, muy cerca del corazón. Cerré los ojos esperando visualizar los suyos, llenos de confianza, brillantes de mil emociones que siempre me transmitía. Después de dos semanas él seguía en Killaloe, y yo necesitaba tenerle cerca. Intuir una parte de esa fuerza que siempre nos contagiábamos el uno al otro.

—Tyler, lo siento tanto...

Ese era el único pinchazo de emoción que alteraba la serenidad tan extraña que sentía por dentro. Apenas pude escucharme a mí misma cuando cogí el móvil y marqué su número. Sabía que en cuanto le contara lo ocurrido lo tendría allí, conmigo.

Pero no me respondió.

Bueno, no era tan grave, me dije. Tyler trabajaba mucho con sus caballos en Killaloe. Probablemente estaría tan cansado que ni siquiera cenaría antes de quedarse dormido en el sofá. Tenía el móvil encendido, así que sería cuestión de tiempo que viera las llamadas. Las vería, y me respondería.

Me apoyaría, estaría conmigo, me...

El pitido del móvil indicándome un mensaje me hizo dar un salto de alegría. Era de Tyler. Lo abrí, pero toda mi euforia se disipó como si fuera una gaseosa de mala calidad cuando lo leí:

Tyler: «Martina, lo siento muchísimo. Solo puedo decirte que, ahora mismo, no soy la persona que necesitas. Es muy posible que nunca lo sea. Me equivoqué con respecto a nosotros. Los dos nos equivoacmos. Sé feliz con cualquier otro. Por favor, perdóname».

Me dejé caer hasta el suelo, con el móvil en la mano. Miré la pantalla durante demasiado tiempo, no sé, quizá un par de horas, intentando asimilar lo que realmente quería decir, para después negarlo.

No era una cuestión de orgullo, sino de pura supervivencia. Pasé por encima de dudas razonables, de preguntas lógicas, y reaccioné como si todo lo que me estaba ocurriendo fuera ajeno a mí. Como si se plasmara en una película. Marqué su número una, dos, tres veces. Y seguí. Me lancé a una infinita sucesión de llamadas con la esperanza de que él me respondiera, solo para escuchar su voz reconfortante que me diría que me amaba, que me animaría a seguir adelante porque él estaría conmigo...

Pero él siguió con su silencio, a pesar de que yo sabía que estaba al otro lado. Casi podía sentirlo, escucharlo. Me había enviado un simple wasap, así que ¡allí seguía!

Si de verdad era lo que sentía, ¿por qué no daba la puta cara?

Arrojé el dibujo al suelo, junto con el informe médico, y cerré la puerta con llave antes de poner música a toda pastilla cuando escuché que mi hermana Luna y mi madre llegaban a casa. Después, seguí insistiendo, rezando para que me respondiera, pero no ocurrió. Ni siquiera cuando lo conjuré en mi cabeza, recordando cómo había unido nuestras manos con una cinta mientras pronunciaba las palabras que, según él, nos vinculaban para siempre.

«Nunca te dejaré sola, Martina».

Tyler acababa de romper su juramento a base de silencio y palabras frías plasmadas en una pantalla, pero yo era incapaz de reaccionar como debería. Mi mundo acababa de detenerse hasta dejarme vacía, como un enorme cuenco oscuro lleno de agujeros e incapaz de contener ninguna emoción, pero solo pude sentarme en el borde de la cama esperando alguna señal, algo que indicara que realmente habría una explosión de emociones.

Hasta que un dolor agudo me atravesó y me hizo doblarme en dos. Tan real, tan físico, que tuve que contener las náuseas para no vomitar sobre la alfombra.

¿Por qué? De nuevo aquella pregunta. De nuevo un abandono sin más explicaciones. La historia se repetía. Mi historia.

Tyler se había reído de mí. Yo había sido su entretenimiento, hasta que decidió hacer aquel viaje más largo que los anteriores. Me dijo que era el último, pero nunca imaginé que fuera porque iba a dejarme.

Tonta, ¡tonta, tonta! Gemí cuando me arrodillé en el suelo, envuelta en mis

propios brazos para aplacar de alguna manera el repentino frío que me caló hasta los huesos. Para poder respirar. Jadeé y me llevé la mano, helada y húmeda de sudor, al cuello.

No podía ser. Le necesitaba para sobrevivir, ¡por Dios! No podía...

—¡Pedazo de mierda! —le grité al móvil, completamente fuera de mí—. ¡Cerdo mentiroso! ¡Cabrón!

En ese momento Eirian llamó a la puerta para avisarme de que la cena estaba preparada, pero no tuve fuerzas para fingir tranquilidad. Mis chillidos de rabia, cólera y frustración le debieron llegar incluso a través del sonido de la música, porque golpeó la puerta con más fuerza.

—¡Martina! ¿Estás bien? ¡Abre, por favor!

No, no estaba bien. Y posiblemente a partir de ese momento nunca lo estaría. Me había enterado de mi enfermedad al mismo tiempo que el hombre de mi vida me rompía el corazón.

Otro alarido que, al parecer, salió de mi boca, provocó que Eirian terminara por destrozar la cerradura para entrar. El sabor amargo de la bilis me subió por la garganta hasta que tuve que contener otro amago de vómito con la mano. Los ojos me ardían. Tenía la mirada borrosa, así que apenas le vi arrodillarse a mi lado junto a mi madre para abrazarme, hasta que mis temblores cesaron.

Dios... Yo era alguien que dentro de poco podría morir. Alguien casi transparente, un pasatiempo para el hombre al que amaba. Lo vi cada vez con más claridad, a cada minuto que pasaba.

—¡Martina! Por Dios, mi vida... ¿Qué tienes? ¿Qué pasa? —exclamó mi madre, intentando comprender cuando todavía no podía explicar.

—¿Por qué nadie puede quererme? ¡Dímelo! ¿Por qué? —escupí, como si fuera un veneno—. ¿Qué hay de malo en mí?

—¿De qué hablas, Mar? ¡No hay nada malo en ti! ¡Nosotros te adoramos! Tus amigos, Tyler...

—¡No! Él... Él... No estamos... Ya no...

No pude terminar la frase cuando vi la lástima reflejada en sus caras. Gemí y me aparté, enroscándome alrededor de mí misma para protegerme de todo lo que me estaba amenazando. Me sentía sucia, manchada, indigna de ser amada por nadie. Perdida en mi propia vida.

—Martina, ¿esto es por Tyler? ¿Habéis roto?

Asentí. ¿Cómo explicar a mi madre que él me había dado el tiro de gracia? Era incapaz de expresarlo con palabras, pero mis ojos se fueron al informe

médico y al móvil, que descansaban sobre la cama.

Accedieron a ambas cosas sin ningún obstáculo. Leyeron. El mensaje de Tyler. El informe. Vieron mi dibujo, arrugado junto a mis rodillas.

Palidieron a la vez. Se miraron incrédulos, inmóviles, hasta que se abrazaron para consolarse mutuamente. Imaginé que para poder hacerlo más tarde conmigo.

Mucho después, cuando la música ya había acabado y solo se oía la televisión con los dibujos animados de Luna en la planta de abajo, dirigieron sus ojos llenos de lágrimas hacia mí, completamente destrozados.

—Santo cielo, Martina... —Retrocedí en el suelo cuando mi madre alargó una mano para tocarme, pero choqué contra la cama. Me cubrí la cara para dejar de sentirme culpable. Yo les había ocultado todo aquello. Había querido retrasar lo inevitable, agrandando su sufrimiento con ello.

—Lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento...

Parecía que nunca pediría perdón un número suficiente de veces para sentirme bien, sin esa carga asfixiante que los estaba rompiendo tanto como a mí. Mi madre no se dio por vencida. Se arrodilló a mi derecha, mientras Eirian lo hacía a mi izquierda.

—¡No tienes nada que sentir! ¿Me oyes? —exclamó, apartándome las manos de la cara. No pude evitar mirarla para ver cómo contenía su propio dolor, como siempre hacía cada vez que yo la necesitaba—. ¿Desde cuándo...? ¿Cómo se te ocurrió pasar por esto tú sola? Por Dios...

—¡Lo siento! —repetí, sintiendo en la cara su aliento, como si con él se hubieran ido sus fuerzas—. No quería que sufrierais. No pensaba que fuera a pasar esto. Ni siquiera quería que os enterárais...

—¿Y cómo pensabas ocultarlo? —musitó en un hilo de voz, con temblor, con el mismo pánico que me atenazaba a mí. Me lo decía en cada gesto, a través de sus manos sujetándome. Tenía una mirada incrédula y brillante y la boca entreabierta. Parpadeaba. Intentaba hacerse a la idea lo antes posible para no permitir que yo me hundiera, como siempre que yo me agarraba a ella—. Tranquila, mi vida, tranquila. Todo se arreglará...

—Martina, no importa cómo lo hayas hecho, ¿de acuerdo? No importa que Tyler te haya dejado cuando más lo necesitabas, porque estamos aquí, contigo. Y puedo prometerte que saldremos de esta. —En realidad nadie podía prometerlo, pero quise creer a Eirian. Lo necesitaba. Formaron una piña para protegerme, llenándome de besos, y luego él me apartó un poco. Intentaba mantener la compostura, pero vi cómo sus ojos brillaban de dolor

—. Lucharemos, juntos.

Me limpió las lágrimas con el pulgar y esperó mi respuesta. Parecía tan esperanzado que no pude negarle nada de lo que oía.

Lucharía por mi vida, aunque ya no tuviera corazón. Pero al mismo tiempo, me prometí que nunca volvería a amar ni a permitir que me amasen.

El miedo hacía demasiado daño cuando eso ocurría.

# VEINTITRES

*Tyler*

Tragué saliva. Me costó respirar, incluso mantenerme en la situación que nos envolvía.

Cuando Martina dejó de hablar, me di cuenta de que mi corazón retomaba sus latidos.

En algún momento de su escalofriante relato, de algún modo, el antiguo Tyler había muerto con ella. Con sus esperanzas de entonces, con sus ilusiones, con sus fantasías de adolescente. De alguna manera, acababa de recibir la plenitud de todo su miedo, de la realidad que la aplastó aquel día.

Sola. Había estado sola. Y yo...

Temblaba de desolación. De furia hacia mí mismo, de dolor físico y mental. Dios, me sentía tan mal que estuve a punto de correr a vomitar toda mi frustración y mi rabia. Por una fracción de segundo, el cobarde que había vivido dentro de mí casi tomó el control para hacerme salir corriendo.

Esa fue mi segunda oportunidad, e hice lo mismo que con la primera.

Ella seguía allí sentada, con sus ojos clavados en los míos, sorprendentemente secos y serenos.

Los míos empezaron a humedecerse cuando le sostuve la mirada. Algo dentro de mí se quebró sin posibilidad de arreglo. Algo rugió su pena, su angustia, su rabia. Algo se manifestó a través de lágrimas que empezaron a rodarme por las mejillas.

No quería hacerlo, ni tampoco esconderme, por muy cabrón que me sintiera. Solo quería ordenar mis pensamientos, el caos en el que se hundía mi cabeza. Alejarme de la negrura de su relato para poder ofrecerle algún tipo de consuelo.

Pero no me salían las palabras. Y respecto al resto, estaba entumecido, como si mi cuerpo no supiera en qué dirección moverse.

—Martina, Dios...

Sus preciosos iris azules parecieron temblar cuando me escuchó. Se abrazó a sí misma, como si un frío repentino se hubiera apoderado de ella, y me dio la pauta a seguir.

La acerqué a mí y casi la engullí en un abrazo que pretendía terminar con toda su angustia, con esa sensación de desamparo que debió de sentir hacía

seis años, luchando por su vida y, al mismo tiempo, lidiando con mi rechazo. Besé su pelo, inhalé su aroma con toda la fuerza de que fui capaz. Contuve mi propio llanto y procuré que se pegara a mí como si fuera mi propia piel.

Dios, Martina, mi preciosa cara de luna...

Me sentía un completo inútil y un traidor. Alguien invisible para ella. No podía hablar, ni pensar, ni hacer otra cosa que no fuera retenerla contra mí. Hasta que me di cuenta de que lo que hacía con aquel abrazo, era refugiarme en ella. Compartir el impacto de lo que me había contado. Disimular que intentaba por todos los medios sobreponerme antes de dejarme engullir por la situación.

—¡Por Dios! Joder... —Durante al menos cinco minutos la sentí temblar contra mi pecho, sin otro sonido que el de nuestras respiraciones. Nada de lo que se me ocurría me parecía digno de ella. Yo no era digno de ella, pero era quien estaba allí, a su lado, en aquella cama. También temblaba. También tenía miedo. Pero debía retomar el control de la situación.

Cuando tuve un mínimo de fuerzas para intentarlo, la aparté lo justo para volver a zambullirme en la serenidad de sus ojos como si fuera un sediento al que ponen delante una enorme botella de agua.

—Martina, me has dejado tan noqueado que ni siquiera sé cómo empezar a pedirte perdón por mi comportamiento...

«A lo mejor explicándole la causa de ese comportamiento, zoquete».

Sí, noqueado. Insignificante. Tan débil como un niño recién nacido. Perdido. Necesitaba encontrar de nuevo el camino a seguir. Lo tenía delante, pero no me atreví a seguirlo todavía. Ella se apartó un poco y me acarició la mejilla con una sonrisa condescendiente, como si comprendiera todas y cada una de mis reacciones.

—Tu reacción entra dentro de lo previsible, no te preocupes. No es algo de lo que debas arrepentirte, ¿sabes? A partir de ese día, todo en mi vida cambió su orden de una manera drástica. Después de la operación, cada día superado se convirtió en una victoria. Después de cada sesión de quimio, ganaba una batalla que se materializaba en un anillo de regalo. Ese es su verdadero significado, su misión. Cada vez que los miro, que los toco, recuerdo lo cerca que estuve el fondo del abismo, y cómo salí de él. Me transmiten paz, serenidad, equilibrio —añadió, moviendo las manos delante de mí—. Me ayudaron a superar el agobio, la ansiedad, los vómitos, las náuseas, la debilidad e incluso la rigidez muscular. Ahora, me protejo de la luz como si fuera un vampiro y salgo a correr siempre que puedo para mantenerme en

forma.

Parpadeé y procuré aferrarme a los primeros signos de calma que terminaban con lo que acababa de experimentar: un jodido ataque de pánico.

Intenté comprenderla, pero solo pude ceder ante un instinto de protección que estalló de repente, sin previo aviso, cuando pensé en lo sola que la había dejado. En lo indefensa que seguía estando contra algo que ninguno podría controlar nunca.

—¿Cómo se te ocurre forzar tu cuerpo de esa manera! —exclamé, haciendo oídos sordos a esa vocecita que me advertía de que lo que decía tenía muy poco sentido—. ¡Joder, Martina! ¿Y si enfermas de... de...?

¿De qué? ¿De todo? Ella me respondió con una sonrisa.

—Gracias, pero no me hace falta que te preocupes por mí. No te he contado lo que te contado para que pienses que soy frágil, por mucho que haya cosas que nunca volverán a ser normales.

—¿Qué quieres decir con eso?

Tardó en responder. Cada segundo que pasaba en silencio, mis nervios tomaban posiciones otra vez. Se apartó el pelo de la cara, se mordió el labio y se retorció las manos, hasta que al final afrontó mi mirada con el miedo pintado en la suya.

—Tyler, el cáncer te cambia la vida. Puedes superarlo físicamente, pero es un estigma que siempre llevas contigo. Por mucho que intenté protegerme, me alcanzó de lleno. Terminó de endurecerme. Me moldeó a su imagen y semejanza. Siempre viviré con miedo, con inseguridad, pero puedo asegurarte que he encontrado la forma de sobrevivir. De volverme piedra.

—¿Tú, una piedra? Nena, eres el sentimiento, la emoción en estado puro. Eres mi Martina.

Se suponía que aquella afirmación era una demostración de seguridad por mi parte, pero ella no creyó ni una sola de mis palabras. Había tenido años y una lista extensa de razones para convencerse de lo contrario.

—No sé si podré tener hijos —soltó de repente—. Antes de iniciar el tratamiento, el oncólogo me informó de que lo más probable sería que la quimio terminara con mis células reproductivas, así que tomé la opción que me dio: mi madre y Eirian me llevaron a una clínica que el Instituto Valenciano de Infertilidad había abierto en Londres, y allí me sometí a la vitrificación de óvulos. Me congelaron unos cuantos con la intención de preservarlos. Me retiraron la menstruación para evitar que mi proceso hormonal llevara consigo la invasión de las células cancerosas, pero podré

utilizar mis óvulos vitrificados cuando quiera. —Suspiró y calló, el tiempo suficiente para que yo asimilara el efecto de sus palabras. No tendría hijos por métodos tradicionales. ¿Y qué? Empezaba a tomar conciencia de que estaba allí, conmigo, viva. Contándomelo todo—. Me costó un mundo aceptar la nueva situación, pero en ese proceso tu padre tuvo mucho que ver. Él lo sabía, Ty. Y sin embargo, me incluyó en esa cláusula.

—Espera un momento. —Le puse un dedo sobre los labios. No me planteé silenciarla con otro beso porque, tal y como estaban las cosas, sabía a donde nos llevaría eso, y no era el mejor momento. Todavía no—. ¿Max sabía que habías estado enferma?

—Y todo mi proceso desde que yo misma me enteré. Le llamé para preguntarle por ti. No quería que, en el supuesto caso de que supieras lo que me ocurría, volvieras a mi lado por pena —concluyó, con aquel mohín testarudo que tanto me gustaba—. Solo me dijo que vuestra relación seguía siendo nula, pero a cambio terminé contándole por lo que estaba pasando. Te perdí a ti, pero gané un amigo que me llamaba periódicamente para preguntarme por mi estado, por mis estudios. Para darme ánimos. Conocía las consecuencias de mi tratamiento y lo que había hecho para intentar ser madre... en un futuro. —Aspiró hondo. No parecía apenada por confesarlo, sino aliviada—. Técnicamente podría decirse que he aceptado la cláusula de Max haciendo trampa, aunque él no especificó la manera en la que deberíamos concebir ese hijo que nos exige. Ahora, tienes en tus manos información privilegiada, irlandés. Puedes utilizarla en mi contra si decides echarme de aquí. Peter solicitará un informe médico y...

Su voz se fue apagando poco a poco, hasta que nos quedamos inmersos en un silencio espeso, que me permitió pensar. Ahora todo empezaba a tener sentido para mí. La pequeña conmoción de Martina cuando oyó las condiciones de la cláusula, su ira contenida antes de abandonar el despacho de Peter. Incluso mis remordimientos de conciencia, que a esas alturas alcanzaban el tamaño de toda una cadena montañosa y me ahogaban sin compasión.

Max había estado con ella por mí. Porque yo la había dejado sola. Y si mi ego me lo hubiera permitido, me habría bajado de mi pedestal para aceptar la ayuda que en su momento Max me ofreció, en forma de servicios legales de Peter, y habría sabido lo que Martina estaba pasando. Habría podido salir mucho antes del atolladero.

Habría ido con ella sin pensármelo dos veces.

No me importaba que hubiera congelado sus óvulos para poder tener hijos, o que hubiera ocultado el asunto para seguir optando a su parte. Había necesitado hundirme con su relato, para comprender. Verla deshecha, llorando contra mi hombro, para saber cómo remendar del todo esa enorme cicatriz. Ella había renacido de su infierno particular. Nadie que hubiera pasado por lo que acababa de contarme podría ser débil.

Me levanté y me sacudí el pelo con energía. Caminé a un lado y a otro, intentando averiguar cuál sería la mejor manera de actuar sin cagarla de nuevo, hasta que al final la miré. Estaba pálida, con el labio inferior entre los dientes y los ojos fijos en algún lugar más allá de mí.

—Lo que me has contado se queda entre nosotros. ¿Por qué has tardado tanto? —terminé preguntando, mientras me acercaba a ella—. Si lo hubieras hecho antes, habríamos llegado a un acuerdo con respecto al gabinete...

—El gabinete representa para mí mucho más de lo que tú crees, Tyler. Es mi recordatorio continuo de que realmente puedo iniciar una nueva vida por mi cuenta, lidiando con mis miedos y con sus consecuencias, pero nunca hubiera llegado a un acuerdo con quién no está interesado en conseguir ninguno. Y tú no lo estabas. No te lo conté por miedo, por vergüenza, porque tenías bastante con tus propios demonios.

—Eso puedo entenderlo. Pero el miedo y la vergüenza, conmigo...

—Tengo motivos para pensar que me hubieras herido con tu reacción, ¿no crees?

—En el pasado, es posible. Ahora no. Sigo aquí.

Ella se mordió el labio y miró para otro lado, pensativa.

—No todos lo han hecho. Hace unos años salí con un chico. Fue la relación más seria que tuve después de ti —añadió, inclinando la cabeza de modo que su pelo rubio le tapó parcialmente la cara y no pude ver del todo su expresión—. Ocurrió en pleno tratamiento de quimio. Supongo que mi autoestima estaba tan baja como mis defensas, porque me dejé convencer de que, a pesar de mis pocos kilos, mi cara demacrada y mi ausencia total de pelo, que tapaba con un pañuelo rosa, podía parecerle hermosa a alguien. Con él me lo creí, por un tiempo al menos, hasta que las cosas empezaron a enfriarse. Le echó la culpa a la quimio y me engañó con otra, cosa que nunca podré recriminarle. Yo no era suficiente para él, ni para ningún otro.

—Martina, no voy a consentir que pienses así.

Me senté a su lado y la giré hacia mí. Decía la verdad. Por encima de todo mi destrozo emocional, de mi cataclismo particular, nunca permitiría que se

considerara menos de lo que era.

Ella se soltó. Podía ver cómo volvía a temblar, no sabía si de miedo o de furia.

—Tengo un montón de razones para pensar así. Cuando me vi por primera vez en el espejo me hundí por completo —confesó, con un tono de voz tenso, contenido—. Durante mucho tiempo, ni siquiera me permití volver a mirarme. No podía hacerlo sin echarme a llorar. Poco a poco, conforme las sesiones de quimio fueron pasando, intenté visualizarme superando el cáncer. ¿Sabes qué pasó? Que conseguí verme a mí misma tal y como estoy ahora, Tyler. Con la única diferencia de que, en mi imaginación, no aparecías a mi lado mientras yo conseguía salir adelante.

—Mierda... ¡Mierda, mierda!

Sentí tanta impotencia, tanta rabia, tanta ternura hacia ella, que quise ofrecerle todo mi apoyo, incluido el que necesitó en su día. Me tragué la ira que me impulsaba a desahogarme de cualquier manera y me tumbé boca arriba en la cama, con el brazo extendido en su dirección.

Apenas un momento después sentí cómo se acostaba a mi lado, refugiándose en mi pecho. Así estuvimos, enlazados, sumidos en nuestros propios pensamientos, hasta que *Nerón* nos acompañó.

—*Nerón* fue el último regalo de mi familia cuando terminé con la radioterapia. Es muy especial para mí, espero que lo entiendas.

Me imaginé su oscuridad diaria, la temporalidad de su vida. El miedo que siempre apretaba sin ahogar. Sentí lo que debieron sentir todos aquellos que estuvieron con ella entonces. El mordisco de la incertidumbre y ese dolor rancio que nunca se iría. Y recordé parte de su relato solo por la necesidad de tener algo menos trascendental a lo que agarrarme para evitar mostrarme mucho más débil que ella.

—Era un auténtico gilipollas, ¿sabes? —dije de repente.

—¿Quién?

—Tu ex. Si un hombre se pierde esto por decisión propia es que es un jodido gilipollas. Tenías razón: no eres lo que creía. —Me incorporé y recorrí con el dedo las comisuras de sus labios. Siempre estaban suaves y ligeramente húmedos, como si esperaran por mí—. Eres mucho mejor, Martina. Una mujer fuerte, valiente, con el instinto de supervivencia propio de una leona. Me gustas. Demasiado. Pero te admiro todavía más. Joder...

No pude seguir hablando. El nudo de mi garganta me lo impedía. De repente me sentía pequeño, con mi pasado insignificante al lado de la

magnitud de su entereza. La apreté contra mi pecho, pero sentí que se ponía rígida y maldije en mil idiomas diferentes mientras intentaba comprender por qué.

—Lo siento —murmuré contra su pelo—. ¿Qué puedo hacer para compensarte, aunque solo sea un poco? Dímelo, y lo tendrás.

—¿Qué más da ya? No estuviste cuando recibí la noticia. Tampoco el día de la operación. —No me recriminaba nada. Simplemente exponía los hechos con la tranquilidad de quien se ha resignado para terminar por superarlos—. Desperté con un pecho medio mutilado y un mundo oscuro y lleno de espinas por recorrer. Mi madre y Eirian me acompañaron, igual que Brian. Pero tú no estabas.

La tristeza y la soledad que salieron de sus últimas palabras me obligaron a incorporarme. Hubiera dado cualquier cosa para regresar a aquella puñetera noche en la que me costó la vida ignorar sus llamadas, y mi alma redactar aquel wasap que me desvincularía de ella para los siguientes años.

Necesitaba convencerla de que tenía mis motivos, pero, antes, tenía que abrir mi corazón.

—Martina, mírame. —Sujeté su cara entre las manos cuando ella bajó los ojos—. No estuve entonces, pero ahora sí. Y seguiré estando si tú me lo permites, *m'aghaidh ghealach*. No volveré a cometer el mismo error dos veces. ¿Sabes lo que es vivir con la mitad de uno mismo?

—¿Bromeas? ¡La mitad de mí misma estuvo a punto de morir después de que me dejaras!

—Entonces no permitas que vuelva a suceder —insistí, sentándome detrás de ella, de modo que mis piernas quedaron colgando a cada lado de sus caderas—. Tú eres mi cincuenta por ciento. Juntos formamos un todo compacto, perfecto. Un «nosotros» que podrá con cualquier prueba que la vida nos ponga por delante.

—Me escondí detrás de mi dolor durante tanto tiempo que, cuando salí, solo me encontré con un rencor que me hizo mucho más fuerte. No quería que mi vida volviera a convertirse en un caos, así que me aferré a todo lo que podía ser ordenado en ella. Horarios, costumbres, formas de vestir o de peinarme para cada ocasión, amigos... Logré controlar todo solo para poder creerme que el cáncer no me volvería a pillar desprevenida. Pensé que era una roca, invencible, segura de lo que quería... Hasta que te tuve delante y todo mi orden se evaporó de repente para pasar a la improvisación más absoluta. Contigo. Otra vez. —La voz se le quebró. Sacudió los hombros

como si llorara. Me contuve para no darle la vuelta y envolverla en mil abrazos y un beso infinito, porque sabía que no era lo que necesitaba. Debía soltar todo su lastre para poder continuar. Conmigo o sin mí—. Entonces supe que nunca te había odiado, Tyler. Que solo había odiado la forma en la que te desentendiste de mí, la forma en la que huiste. Y comprendí que debía aceptar la cláusula de tu padre, entre otras cosas, para poder pasar página en cualquier sentido. Hablas de un «nosotros», de tu cincuenta por ciento. — Suspiró muy hondo y luego giró la cabeza. Lo que vi en sus ojos me asombró pero, sobre todo, me sobrecogió. Era comprensión, serenidad, aceptación—. No sé si podré aceptar esas expresiones de nuevo si tienen que ver contigo, pero sí te digo que acepto el ahora, el presente. Nuestro presente.

Millones de posibilidades me pasaron por la cabeza antes de ver cómo se sentaba en mitad de la cama con los tobillos cruzados y sus ojos clavados en mi pecho desnudo. En el dragón tatuado.

Comprendí sus intenciones como si me las hubiera dibujado en una pizarra, y todo mi cuerpo se puso en tensión cuando me senté frente a ella, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y las piernas abiertas para acogerla.

Se arrastró hacia mí. Su mirada conectó con la mía. Intentó sonreír, pero solo consiguió una ligera curvatura de labios antes de repasar las líneas del dragón con las yemas de los dedos, ensimismada, pero también excitada. Lo vi en la punta de la lengua que le asomaba por los labios para repasárselos, como si de repente se le hubieran secado. Mi polla reaccionó al movimiento como si hubiera sido ella la destinataria de aquella caricia. Me gustó que ella se diera cuenta, que sus ojos brillaran cuando lo vio. Me encantó sentir el tacto suave de sus dedos y cerré los ojos después de soltar todo el aire que había tenido retenido, para volver a quedarme sin aliento cuando ella tocó mis cicatrices.

Me sentí mucho más desnudo de lo que estaba. Como si la piel vieja de serpiente arrastrara la nueva hasta dejarme sin ningún tipo de protección contra ella. Contra todo lo que ella representaba y contra el peligro de tenerla. Porque para todo eso, sería necesaria mi confesión. Porque no quería perder lo poco o mucho que acabábamos de empezar juntos, y porque ella me miraba entre intimidada y curiosa, con los dedos sobre los costurones que el tatuaje tapaba, quemándome como si fueran tenazas al rojo vivo, cuando en realidad apenas me tocaban.

—Estoy cansada de reprimir mis deseos. De darle prioridad a mis

inseguridades, por muy lógicas que me parezcan. Estoy cansada de esconderme para sentirme segura, Tyler.

—Pues no lo hagas. Conmigo nunca te hará falta.

Estuve a punto de prometérselo, pero su sonrisa triste me echó para atrás. Siguió delineándome el dragón, como si quisiera aprendérselo de memoria, mientras fruncía el ceño y entreabría la boca.

Solo me permití disfrutar con la caricia unos instantes, porque supe con absoluta precisión lo que la hacía reaccionar así. No eran mis músculos, ni el calor que desprendía con solo sentirla. Tampoco el movimiento de mi pectoral al retener el aire cuando dejó los dedos cubriendo las fauces del dragón.

No. Se había topado con la peor parte de mi pasado.

—¿Me cuentas lo de las cicatrices que acabo de tocar? —preguntó con voz queda.

—¿Estás dispuesta a intentar comprender? ¿A juzgarme con objetividad?

Asintió. Y mi pecho se encogió un poco más, antes de expandirse.

Pelear. Luchar por ella. Por recuperar algo de lo que nos había unido. Eso debía hacer.

La arrastré hasta mí y la giré, de modo que su espalda acabó pegada a mi pecho y yo la rodeé con mis brazos.

Mis instintos me decían que la mantuviera así.

Mi sentido común, que me asegurase de no ver su expresión hasta que no terminara de hablar.

# VEINTICUATRO

*Killaloe, Irlanda*

*Tyler seis años atrás*

—Cuida de ella, Freeman. Es la única hija que tengo. Aunque a veces se comporte como una niña pequeña, me gustaría conservarla.

—Tranquila, Moira. Te la devolveré sana y salva.

Le guiñé un ojo cuando fingió advertirme seriamente y cogí la mano de Rachel.

Moira bromeaba, pero tenía un fondo enorme de razón. Rachel era un puto polvorín de veinte años, completamente impredecible cuando la ponías contra las cuerdas, que sacaba a relucir todo su afilado arsenal con una capacidad para empatizar con la gente que, a veces, me ponía los pelos de punta.

Aquella noche estaba a la defensiva. Ni siquiera hizo un comentario acerca del hielo del pavimento que casi me hizo resbalar y, por supuesto, apenas reparó en Jayden, que se disponía a entrar en el subway cuando nosotros salíamos.

—Qué hay, Rachel —saludó.

A mí me dirigió una mirada sombría y pasó de largo, como si el hecho de vernos juntos no le importara cuando lo cierto era que, después de nuestra separación temporal hacía más de un año y de nuestra reconciliación, andaba por ahí hirviendo de celos.

Lo sentí por él. Nunca habíamos llegado a ser colegas, pero tampoco le odiaba hasta el punto de alegrarme por su impotencia al ver a Rachel conmigo.

Martina, me dije mientras la cogía de la mano y la llevaba hasta mi coche. Debía aferrarme a su recuerdo para no sentir que mi corazón se desgarraba cuando escupiera de golpe toda la verdad. Cada vez que pensaba en Martina, la sangre se me calentaba al mismo tiempo que el corazón.

La amaba, la tendría solo a ella.

Rachel y yo nos soltamos en cuanto entramos en el coche, un Chevrolet Bel Air que Max me había cedido tácitamente después de haberlo sustituido por un modelo mucho más funcional y moderno. Muchas modificaciones después, lo había adaptado a mis necesidades. No servía para cargar fardos de

heno, pero a Rachel seguía gustándole.

Lo puse en marcha sin decir nada, dejando que la calefacción caldeara el ambiente, que de repente se había vuelto gélido entre nosotros, y empecé a conducir sin rumbo fijo. Debía encontrar un lugar apartado, lo más silencioso posible.

Mientras, Rachel permanecía completamente muda, pero con la tensión reflejada en cada rasgo de su preciosa cara mientras miraba a través del cristal hacia la noche estrellada.

—¿No pones música? —me preguntó al cabo de cinco agónicos minutos.

—Necesito que me escuches. —«Aborda el problema sin rodeos. Las consecuencias serán las mismas, pero el mal trago se irá antes»—. Llevo en Killaloe demasiado tiempo. Tengo un montón de trabajos a medias esperándome en Edimburgo.

—Tienes algo más que un montón de trabajos, ¿verdad? ¿Por eso me has traído aquí? ¿Para contármelo? Porque si es así, te odiaré menos que si empiezas con excusas ridículas.

«Eres un hipócrita de libro».

—Sí —confesé, soportando el dolor de corazón al reconocerlo en voz alta—. Tiene dieciocho años y acaba de empezar sus estudios de psicología en...

—No necesito saber los detalles. —La miré de reojo. Intentaba mantener su apariencia de fortaleza, pero el mentón comenzaba a temblarle—. Debí imaginarlo mucho antes, cuando tus visitas a Killaloe empezaron a ser cada vez más escasas. ¿Ella ha tenido que ver con eso?

—Un poco.

«Y un cabrón insensible».

Rachel bufó y siguió mirando por la ventanilla, encerrada en sus propios pensamientos. Mi corazón se aceleró al mismo tiempo que mi coche. Mis nervios se juntaron con todo mi miedo hasta hacer que no pensara en la carretera, sino en ella. Ahora era mi prioridad absoluta.

—¿A dónde vamos? —preguntó con voz áspera, cascada por el llanto que contenía.

—No lo sé. A cualquier lugar dónde podamos hablar, supongo.

—Ya lo estamos haciendo aquí. Levanta el pie del acelerador. No necesitas asustarme para dejarme.

«Y un idiota irresponsable».

—No quiero asustarte; sobre lo de dejarte... —Cogí aire, pero fue muy poco el que me cupo en los pulmones. Los tenía tan colapsados como mi

cerebro—. Solo pretendo cambiar la naturaleza de nuestra relación, no cortarla. Nunca podría.

—¿Estás enamorado de ella al menos? ¿Te quiere?

—Sí a las dos cosas. Por eso... —¡Joder! Las palabras se me pegaban al paladar como si fueran garrapatas—. Me gustaría que siguiéramos manteniendo nuestra amistad.

Desvié la vista de la carretera solo un segundo. Su cara era todo un poema. Sus ojos tenían una expresión dura, implacable, igual que su boca. Supe que jamás me perdonaría. Que el estallido de furia estaba a punto de producirse.

Mi pie pisó el acelerador de forma inconsciente

—Siempre te querré, lo sabes —añadí.

—Pero no como a ella, ¿verdad?

—Rachel...

Alargué una mano con intención de ponerla sobre su brazo. ¿Cómo explicarle que la clase de amor que sentía por Martina sería único e irremplazable? ¿Qué, por mucho que hubiera compartido y compartiera con ella, nada podría hacerme cambiar de opinión?

Apartó mi mano con un golpe de la suya y se giró hacia mí.

—¡No se te ocurra decir ni una palabra más! —chilló, con la cara congestionada y las lágrimas resbalándole por el cuello del abrigo—. Ahora quieres mantener tu fachada de chico decente, de chico legal, pero no me engañas, Tyler. Al menos, no más de lo que seguro que me has engañado. Porque me has estado engañando, ¿verdad?

—Rachel, no quiero discutir. Solo quiero...

—¿Desde cuándo estás con ella?!

—¡Vale, de acuerdo! —exclamé—. Estuvimos tonteando un tiempo, pero durante los meses que pasaste en Dublín, nuestra relación se afianzó.

Su cara se puso lívida cuando apretó los labios.

—Y después nos dimos una segunda oportunidad —siseó ensimismada, echando sus propias cuentas para mi vergüenza—. ¡Dijiste que lo aceptabas! ¡Todo! Y mientras me lo decías, ¿seguías con ella? ¡Contéstame, pedazo de cabrón!

Suspiré, intentando mantener la calma. Ambos sabíamos la respuesta, pero verla perder el control hacía que fuera todavía más consciente de los errores cometidos por mi egoísmo. No pude censurarla. Me lo tenía merecido. Todo. Desde los reproches a los gritos, pero íbamos por una carretera medio helada, a bastante velocidad. El coche derrapó un poco al tomar una curva. Ella

contuvo un grito y se agarró a mi brazo, pero me soltó en cuanto recuperé el control y continué.

—¿No vas a parar nunca? —siguió agujoneándome.

—Cuando estés más tranquila y podamos arreglar esto como personas civilizadas.

—Civilizadas, dice... ¡Ja! Ahora haces el papel de chico justo. ¡Pues déjame que te diga que no hay ni pizca de justicia en esto! ¡Me vas a dejar sola!

—No. ¡Nunca te dejaré sola! —Le había prometido eso mismo a Martina, pero podría cumplir las dos partes sin problema, por mucho que eso implicara descubrir la existencia de Rachel. Martina era comprensiva, muy adulta para su edad. Encontraríamos una solución.

Rachel tenía los puños cerrados en mi dirección, conteniéndose para no estampármelos en la cara. Respiré hondo para mantener el control.

—¿En serio piensas que soy tan insensible? ¡Me está costando media vida intentar explicártelo!

—¡Ya lo has dicho todo! Te quedas en Edimburgo, ¡con ella! —escupió, antes de morderse los labios y desviar su mirada de mí—. ¡¿Sabe que has estado conmigo?! ¡¿Sabe a lo que renunciarás si te marchas definitivamente de Killaloe?!

Sus gritos eran cada vez más estridentes. Lo llenaban todo. La cabeza estaba a punto de estallarme, igual que el jodido pecho. Respiraba deprisa. Empezaba a sentirme enjaulado, entre la espada y la pared. Y cuando me sentía así, no tomaba buenas decisiones.

—Supuse que reaccionarías así —murmuré, más para mí que para ella—. Es lógico. Lo entiendo, lo acepto. ¡Pero sabes de sobra que lo nuestro hacía aguas por todos los lados! No estábamos bien, Rachel. Era cuestión de tiempo...

—¡Si esa chica lo sabe todo y aun así sigue queriéndote, es que no tiene orgullo, ni carácter, ni dos dedos de frente! —Estaba claro que había entrado en bucle, que no me escuchaba. Me lanzó una mirada asesina y, sin previo aviso, un puñetazo en el brazo—. Yo sí que lo tengo, ¿sabes? No pienses que te vas a largar como si...

—¡No voy a largarme! ¿Cómo cojones tengo que decírtelo? ¡Si dejaras de comportarte como una jodida histérica, podrías entenderlo!

Mi idea había sido la de llegar a un acuerdo mutuo que me permitiera transformar nuestra relación, no destruirla. Pero en algún punto de aquel

despropósito perdí el control. Me puse a gritar igual que ella. Le presté atención total y absoluta a su ira, a su desesperación y a mi rabia.

Rachel no parecía ser consciente de nada que no fuera su propia situación. Al primer puñetazo siguieron otros, cada vez más fuertes, hasta que tuve que levantar el brazo para dejar de recibirlos y mi pie pisó el acelerador un poco más de la cuenta.

—¿Quieres estarte quieta? —exclamé, con un ojo sobre ella y el otro hacia la carretera.

—¡No, no quiero! ¿Cuándo pensabas decirme que, para ti, lo nuestro no funcionaba? ¿Cuando te marcharas y pasaran los días sin noticias tuyas? ¡He aceptado todo de tu parte, Tyler! Los viajes, las ausencias, tus estudios en Escocia cuando podías haberlos cursado muy cerca de aquí... ¡Tus putas excusas! —Lloraba sin control mientras me golpeaba. Y lo peor de todo era que tenía razón. Ambas habían aceptado lo mismo, pero, en ese momento, era Rachel quien se llevaba la peor parte—. Y ahora, ¿pretendes que acepte nuestra ruptura, tu engaño, sin un parpadeo? Pues lo siento mucho, pero no. ¡No voy a darme por vencida, mientras me cuentas con toda la tranquilidad del mundo que has estado conmigo al mismo tiempo que con ella! ¡No pienso consentir que vuelvas a dejarme sola!

Extendí el brazo izquierdo en su dirección para evitar que siguiera moviéndose, pero pisé el acelerador más de la cuenta y el coche alcanzó una velocidad casi imposible, derrapando de nuevo.

—¡Rachel, para!

La miré una fracción de segundo, pero fue suficiente.

No vi la curva, ni aminoré la marcha.

Y cuando me topé con el quitamiedos, ya fue demasiado tarde.

Escuché el grito de Rachel, el mío. Solté el volante y pisé el freno, pero el coche dio varias vueltas de campana antes de estrellarse contra un árbol.

Después, todo se volvió negro.

Me costó abrir los ojos porque me dolían los párpados. Sentía la boca pastosa, la garganta seca y un dolor agudo en mi brazo izquierdo, que no pude mover cuando lo intenté. Lo tenía entumecido, igual que mi cerebro cuando miré alrededor sin reconocer la habitación en la que estaba. Casi no podía mover el cuello, pero pude girarlo lo suficiente como para ver a Peyton a mi lado.

—Tyler, has despertado.

Tenía una mirada triste en unos ojos anegados en lágrimas. Peyton siempre había sido una chica fuerte, resuelta, pero ahora parecía un manojo de nervios que trataba de ocultar, sentada en el borde de aquella cama mientras se estrujaba las manos y se mordía el labio.

—¿Dónde... estoy?

La voz me salió ronca, y muy baja para el esfuerzo que empleé en hablar.

—En el hospital. Tienes un esguince cervical y el brazo roto por tres sitios. Tuvisteis un accidente. El coche quedó inservible...

Siguió hablando, pero no la escuché. El coche. La carretera helada. La velocidad mientras Rachel me golpeaba el brazo. Nuestros gritos, la discusión.

Todo volvió a mi cabeza. Respiré con dificultad y miré hacia la puerta entreabierta de la habitación. Allí estaba Moira, hablando con Jayden y deshecha en lágrimas. Podía escuchar sus lamentos por muy quedos que fueran. Podía percibir su destroz interior en la manera en que se aferraba a Jayden mientras este le susurraba algo al oído y la abrazaba para consolarla.

Una extraña angustia me subió desde el pecho hasta la garganta para quedarse allí.

—¿Qué hace él aquí? —susurré en completa tensión.

—Os siguió. Según él, parecía que habías bebido un poco cuando os vio salir del subway. A ti y a Rachel, como si estuvierais a punto de discutir. De no haber sido por él, es posible que todavía estuvieras empotrado contra ese árbol...

—Rachel...

—Rachel ha muerto, Tyler. Ha muerto...

No quise seguir escuchando. Me hubiera encantado poder taparme los oídos, cerrar los ojos y regresar a la inconsciencia. Dar marcha atrás para mantener mi conversación con Rachel en el subway, sin coger el coche, sin conducir nervioso, sin gritar, sin...

Sin ella. Ya no estaba.

La realidad me golpeó con tanta fuerza que tosí para coger el aire que había dejado de entrar en mis pulmones. Solo conseguí la atención de Moira.

Me miró con la cara transformada por la peor clase de dolor que un ser humano podría padecer en su vida. Me atravesó con millones de reproches en aquella mirada espeluznante. Abrí la boca cuando vi que entraba en la habitación y cerraba la puerta después de que Peyton saliera, pero fui incapaz de decir algo que sirviera. ¿Lo siento? ¿Perdóname por haber matado a tu

única hija?

Temblé, acongojado y mudo. Moira se secó las lágrimas y me ignoró. Se pasó al menos diez minutos mirando por la ventana sin ver nada en realidad, matándome con ese silencio afilado. Hasta que mi propio dolor me traspasó el corazón como si fuera un cuchillo. Apreté los dientes para ahogar un gemido y dejé que las lágrimas me corrieran por la cara, mientras mi cabeza la llamaba en silencio.

Rachel, Rachel, Rachel...

Moira oyó mis súplicas, porque se giró hacia mí con una expresión destrozada que jamás había visto en ella, y que se endureció cuando se sentó en la cama.

No dijo nada; no hacía falta. Los labios le temblaban de rabia contenida y los dedos de su mano derecha se arquearon hacia dentro, simulando una garra, cuando los alargó en mi dirección.

Un gemido sordo le brotó de la garganta. Lleno de odio hacia la persona que le había arrebatado la vida de su hija. Hacia mí.

—Adelante. Hazlo. —Cerré los ojos y esperé. Yo la había matado. Era el único responsable de su muerte. Rachel se había ido, y yo seguía allí, vivo, para recordárselo—. ¡Vamos, Moira! ¡Mátame! Solo así cumpliré mi promesa. ¡Así no la dejaré sola!

Silencio. Un silencio tan dilatado en el tiempo que me obligó a volver a abrir los ojos.

Su mano continuaba con los dedos crispados, pero no parecía verme. Tenía la cara desfigurada, empapada en lágrimas, sujetando su dolor y su odio. Estaba rota por dentro, como yo. Hasta que posó la mano sobre mi cabeza. La sentí fría, pero llena de una indulgencia que no me merecía.

Los dos nos miramos un instante; los dos dejamos salir nuestro dolor en forma de llanto desgarrador. Los dos asentimos al mismo tiempo. Justo antes de que ella soltara un lamento entre sus dientes apretados y me envolviera en un abrazo que, al fin, lo dijo todo.

# VEINTICINCO

## *Martina*

Cuando Tyler terminó de hablar, el silencio nos aplastó como si fuéramos insignificantes insectos.

Quería abrazarlo como él había hecho conmigo un instante antes. Alejar de él ese sentimiento de culpa que le desgarraba por dentro y que había condicionado su vida en los últimos años. Convertirlo nuevamente en ese hombre seguro y en paz con su conciencia.

Pero apenas podía hablar, después de lo que acababa de escuchar. Y él, seguramente sin pretenderlo, se había alejado de mí.

Yo había roto mi estricto orden de vida dejándole entrar en la parte más privada, y él acababa de hacer lo mismo. Intentaba mantenerse impassible, pero los ojos empezaron a brillarle sospechosamente.

—Tuvieron que operarme el brazo para poder reconstruirmelo —confesó, señalando el dragón tatuado—. Aun así, todavía lo noto entumecido cuando hay cambios bruscos de tiempo.

—El coche del cobertizo es el del accidente...

—Es un Chevrolet que podría valer una pequeña fortuna, de mi abuelo materno. Max se desentendió de él, igual que del resto, así que pasó a ser de mi propiedad, supongo —añadió, encogiéndose de hombros como si el hecho de reconocer que le recordaba a su padre le avergonzara.

—Y Moira te ha perdonado...

—Aquel día, un «lo siento» me pareció demasiado frívolo para la magnitud de lo que hice. A partir de aquel abrazo preferí demostrarle que siempre estaría ahí para ellas. Porque mi imprudencia había dejado a Zoe sin una madre. Por mucho que Moira me haya perdonado, yo no lo he conseguido.

Pero le costó la vida abrirse a mí. Cuando lo hizo, también abrió las compuertas de su dolor para dejarlo salir. Tenía las mejillas empapadas por sus propias lágrimas, pero no era consciente de que estaba llorando. Su mente todavía permanecía con Rachel, con su muerte y todo lo que vino después.

«Asesino». Eso le había llamado Nathan, y él había palidecido mientras analizaba mi reacción. Además estaba la animadversión de Jayden, el modo en que Tyler adoraba a Zoe y viceversa...

Cerré los ojos y dejé que el aire se escapara de mis pulmones.

Al fin, después de tanto tiempo, tenía mi respuesta.

Él hablaba con voz aparentemente impersonal, pero pude ver con toda claridad su destroz emocional mientras desgranaba esa parte de su pasado que, de una manera macabra, estaba enlazado con el mío. No podía evitar que el alma se me partiera en trocitos demasiado pequeños como para recomponerla de golpe.

—Convertisteis vuestra desgracia en un lazo de unión tan fuerte que todavía lo conserváis.

Se apoyó todavía más contra el cabecero de la cama y me ofreció su tenso perfil mientras miraba hacia la ventana de la habitación. Estaba avergonzado por lo que acababa de contarme, pero también hablaba con desprecio hacia sí mismo. Era incapaz de escondérmelo.

Parecía tan solo como cuando caminaba por las calles del pueblo, inmune a los cuchicheos y las miradas de desaprobación de los vecinos... Tan duro como vulnerable, necesitado de un cariño que nadie, excepto Moira, había sabido darle.

Quise remediarlo en un impulso, pero me contuve. A pesar de estar tan cerca de él, me sentía aún demasiado lejos como para intentarlo.

—Pasé un tiempo en la cárcel, pero nunca me parecerá bastante en comparación a lo que hice.

—¿Estuviste en la cárcel?

Me aparté hasta terminar de rodillas entre sus piernas extendidas, pero siguió sin mirarme. Apretó tanto los labios que pude ver el tendón que le sobresalía del cuello siempre que soportaba una situación de tensión máxima. Tenía los puños cerrados a ambos lados de mis caderas, pero no me tocaba.

—Jayden me denunció. Se preocupó de que sobreviviera para después verme hundido —añadió, con una sonrisa torcida llena de ironía—. Él quería a Rachel. A su manera, supongo, pero la quería. Y me hizo pagar su muerte con tres años de cárcel por homicidio imprudente.

—Pero tu padre intentaría ayudarte, supongo.

—Me envió a Pete, y lo rechacé. No quería nada que viniera de él. Tenía el orgullo del tamaño de una montaña, y estaba tan destrozado por haberte dejado que no supe medirlo con objetividad. Una semana después de que saliera del hospital, decretaron prisión provisional para mí, a la espera del juicio. Como si fuera un puto terrorista. Nathan y sus influencias hicieron milagros al respecto. —Las palabras de Jayden refiriéndose a su padre,

después de nuestra cena, se filtraron en mi cerebro: «fue determinante en el asunto de Rachel». Sentí un escalofrío que me obligó a frotarme los brazos.

—Nathan te llamó asesino —murmuré.

—Tú no le creíste, pero en cierto modo lo fui. Y durante años, lo acepté.

—Pero afirmaste que fue un accidente, ¿recuerdas? El día de nuestra primera cena juntos, me dijiste que los accidentes no se pueden controlar.

—Delante de ti mi culpabilidad siempre ha sido mucho mayor. Utilicé la excusa que siempre esgrime Moira cuando me vengo abajo, pero nunca lo pensé. Ni siquiera cuando me enteré de que iría a prisión, mientras recibía todas tus llamadas. En ese momento estaba hecho un lío. Destrozado. Desorientado. Solo era capaz de mirar la pantalla del móvil con tu nombre, intentando tomar la decisión correcta. Las pruebas en mi contra eran abrumadoras. Moira no declararía contra mí, pero Jayden sí. Y era el principal testigo. Me condenarían, porque era culpable. Tenía que alejarme de ti. ¿Qué futuro te esperaba conmigo? Iba a pasarme años en la cárcel. ¡No podía atarte a mí! Y si te lo decía en persona, o escuchaba tu voz por teléfono, me resultaría imposible. —Resopló y tragó saliva varias veces antes de continuar, sacudiéndose el pelo como si en realidad planeara arrancárselo, con auténtica desesperación—. Elegí el WhatsApp porque no hubiera sido capaz de romper contigo de ninguna otra manera, Martina. No era tan fuerte como para renunciar a ti a las claras. ¿Qué clase de hombre permite que el amor de su vida continúe con él después de haberse comportado como un cerdo? Había matado a una chica a la que quería por culpa de mi inconsciencia. Le prometí que no la dejaría sola, pero le fallé. Rachel estaba bajo tierra, y yo seguía aquí. —Se señaló a sí mismo con la voz quebrada por la pena y los ojos brillantes de lágrimas que no derramaría. Se contenía demasiado, hablaba con demasiado desprecio hacia sí mismo, pero consiguió dejarme el corazón en carne viva—. Era algo que no podía soportar. En cuanto salí de la cárcel recurrí a un estudio de tatuajes y me preocupé de tapar mis cicatrices. Quise seguir con los estudios, pero descubrí que, por mucho que aparentara normalidad, no podía escapar de mi realidad. Y mi realidad era lo ocurrido con Rachel... Tú. No tienes idea de las veces que me propuse llamarte y explicártelo todo. Y cada una de esas veces, me repetía lo ridículo de mis esperanzas. Tú habrías rehecho tu vida. Una vida en la que yo ya no tendría cabida. Cualquier otra idea estaba fuera de lugar, así que renuncié a todos mis recuerdos para quedarme con los tuyos. Por eso mis caballos tienen nombres en español. Por eso cuido de que las orquídeas mariposa no se

marchiten. Incluso coloqué el columpio cuando me acordé de lo que le gustaba a Luna. Puedes pensar que eran cosas sin importancia, pero para mí supusieron un mundo. Mi pequeño gran mundo, que me impidió quebrarme por completo bajo el peso de mi enorme cargo de conciencia.

Su voz era oscura, espesa. Las facciones de su cara se habían transformado hasta hacerle parecer mucho más viejo, más cansado. Acostumbrado a pensar despectivamente de sí mismo, porque durante aquellos años, sobraban las personas que le habían hecho sentirse así.

Alargué una mano para acariciarle, para consolarle, pero me sujetó la muñeca y me miró a los ojos.

—No hasta que termine, por favor. Si quieres tocarme, que sea sabiendo lo que haces —murmuró—. Regresar al pueblo después de haber estado en la cárcel no fue fácil, por mucho que Moira me aceptara. Ella y Peyton fueron las únicas que estuvieron aquí para mí. El resto se limitó a ignorarme, en el mejor de los casos. En el peor, tuve que aprender a ignorarles yo si no quería meterme en un buen lío. Me escondí de todo eso, salvo para lo esencial. Evidentemente, Max no estaba dentro de esa categoría, así que seguí rechazando su mano tendida hasta que decidió no ofrecérmela más. No le culpo por eso, ¿sabes? Me había convertido en un ser inútil que se limitaba a subsistir, amargado por la realidad, endurecido por la cárcel, pero lleno de miedos. El coche había sufrido graves desperfectos, pero me negué a dejarlo en el desguace y me empeñé en repararlo, quizá para castigarme por lo ocurrido. Empecé por los cristales, seguí por alguna parte del motor... Lo hubiera conseguido de no ser por el pánico a conducir. Ni siquiera era capaz de llevarlo al pueblo para hacer la compra, así que Peyton y Moira acabaron haciéndome ese favor. Descubrí que ese pánico se reducía a los vehículos de cuatro ruedas cuando compré la vieja moto y la restauré yo mismo. Ya ves, soy un amante de los clásicos y del aire en la cara —añadió con una mueca triste—. Intenté volver a dibujar, pero como no lo conseguí, me centré en los caballos y saqué los permisos necesarios, mal que le pese a Jayden. Busqué clientes fuera de aquí. Y conseguí los suficientes para no tener que vender la propiedad. Max me proporcionó un respiro económico con su testamento, pero me mantuvo agarrado por las pelotas al incluirte en él. Lo que no sabía era que, gracias a esa jodida cláusula y a tu presencia aquí, yo sentiría otra vez esa necesidad de dibujar.

—Te vi después de nuestra cena, mirando a la luna, mientras lo intentabas, sin conseguirlo. —Me miró con una mezcla de deseo y ternura que me

desarmó—. Deberías dejar de fumar con el mismo ahínco. Es posible que lo consigas.

—Lo haré por ti —afirmó, enredando un dedo en un mechón de mi pelo—. Max nos envió un mensaje con sus cláusulas abusivas. Creo que tenía mucho que ver con esto. Tú y yo, juntos. Sigo pensando que no debería, que no soy digno de ti. Que, igual que a Rachel, también te dejé sola cuando rompí la mayor promesa que le he hecho nunca a una mujer. Que, por mucho que me deje la vida siguiéndote a donde quiera que vayas para protegerte de todo lo malo que te rodea, de anónimos amenazantes y locos que acechan en las sombras, lo peor que puedes tener al lado soy yo. Ahora sí. Ahora puedes tocarme si quieres, o dejarme aquí plantado y no volver nunca más. Incluso puedes convertirme en tu saco de boxeo particular. Cualquier cosa menos la pena o la compasión, por favor. Ahora debería decirte que te alejes de mí. Que estoy roto, que no soy bueno para nadie, pero precisamente por eso no te lo diré. —Dejó salir el aire de sus pulmones con un resoplido y desvió su mirada—. Soy un jodido egoísta porque no quiero apartarte de mi lado. Y un puñetero cobarde. Así que serás tú quién tome la decisión, *m'aghaidh ghealach*.

—Hoy mismo me dijiste que todo se reducía a la muerte de Rachel. Que eso era lo único que te había impulsado a dejarme. ¡Me mentiste!

—No, Martina. Solo obvié el fondo, manteniendo la forma, porque no podía imaginar cómo reaccionarías cuando lo supieras. Pero, al mismo tiempo, todo lo ocurrido hoy me ha servido para entender que contártelo era la única manera de tener alguna posibilidad contigo. Puedes pensar que mi decisión fue una válvula de escape. Una actitud infantil, una manera de eludir el futuro inmediato, donde todas mis verdades se pondrían sobre la mesa. La salida más fácil, cuando, en realidad, hice lo más difícil que he hecho en mi vida, y no fue luchar por lo que quería. — Se incorporó y me obligó a hacer lo mismo, para sujetarme por los hombros muy cerca de él. De su pecho, que subía y bajaba. De su boca estirada en una mueca de intransigencia dirigida a él mismo. De sus ojos, que brillaban suplicando—: fue renunciar a aquello que más amaba. Renunciar a ti. He tardado años en convencerme de que hice lo correcto, hasta que volviste a mi vida. Tenerte cerca ha supuesto un cielo y un infierno, todo junto. Pero saber por lo que pasaste mientras yo no estaba a tu lado es el equivalente a una nueva condena. La cumpliré, pero después no me separaré de ti. Y no porque te lo deba o porque crea que es mi responsabilidad, sino porque es lo que siento.

Vivir apartado del resto, como un paria, juzgado permanentemente, arrastrado a una soledad producto de sus propios errores, que hacía de su dolor un agujero cada vez más grande, era el peor recordatorio de que necesitaba perdonarse a sí mismo para soportar todo lo demás.

Intenté analizarlo desde fuera. Me había dejado sin una explicación. Y durante el tiempo que permanecimos separados, cada uno vivió su propio infierno. Los dos, capaces de destruirnos mutuamente, pero también de repararnos.

Su pecho se desinfló al mismo tiempo que acunaba una de mis mejillas con la mano. Acababa de hacerme partícipe del mayor de sus sacrificios y, aunque su expresión parecía serena, sabía que libraba una enorme lucha en su interior. Tenía tanto miedo a mi respuesta que temblaba. Quería ser aceptado, y ¡joder!, yo le acababa de perdonar en toda la extensión de la palabra.

—Ahora estamos aquí, en mi cama —continuó, tragando saliva varias veces para obtener el valor necesario, pero sin apartarse ni apartarme—. Yo, medio desnudo y medio empalmado, porque a pesar de todo, todavía quiero acostarme contigo a cada minuto y de todas las formas posibles. Tú, completamente vestida, mirándome con reparos. Así que la cuestión es: ¿quieres esto, Martina? ¿Tanto como yo? ¿Me deseas hasta el punto de permitirme hacerte sentir viva y, a mí, digno de ti? ¿Eres capaz de perdonar todo lo que acabo de confesarte para aceptarme en esa parte de tu vida en la que te fallé?

—El pasado no puede cambiarse, Tyler.

—Pero sus consecuencias sí. Si estás dispuesta, afrontaremos juntos lo que venga. Averiguaremos quién te acosa. Ayudaremos a Zoe hasta que vuelva a hablar, a Peyton con su embarazo. En cuanto empiece a notársele, será objeto de todo tipo de habladurías. Necesitará que alguien reme a su favor. Incluso arreglaré las cosas con Brian, si es lo que quieres. —Me quedé muda. No había reparado en todo lo que implicaría. En cierto modo, una familia nueva. Más lazos. La aceptación total del testamento de Max, pero también más dolor potencial. Si volvía a enfermar...—. ¿Me aceptarás, a pesar de mí mismo?

No podía responder con lo que él deseaba oír. El miedo me oprimía demasiado. Lloré mi frustración, pero él limpió mis lágrimas con las yemas de los dedos.

—Son muchas preguntas a la vez —intenté bromear con la voz estrangulada.

—Pues respóndelas por orden de importancia, por favor.

—Haré algo mejor que eso. —Cogí aire y me aparté un poco. Sus extraordinarios ojos no se perdieron detalle mientras cogía el borde de la camiseta y me la quitaba para quedarme solo con el sujetador—. No apruebo tu manera de hacer las cosas, pero podría llegar a entenderlo. De alguna manera —añadí, sonriendo nerviosamente al ver cómo su mirada se quedaba clavada en mis pechos. Quise infundirme valor. Me dije que nunca me rechazaría, pero no pude evitar un temblor violento que él detuvo sosteniéndome por los brazos—. Ahora viene la más importante. Es posible que, después de lo que veas, seas tú el que quiera apartarse de mí.

Casi lo deseaba. Así todo sería más fácil. Me daría un motivo para no sentir lo que estaba sintiendo.

Llevé mis manos al cierre del sujetador, pero él me lo impidió.

—Sea lo que sea, yo lo descubriré —susurró, asintiendo levemente con la cabeza.

Me quedé sin fuerzas ante la ternura que le empañaba los ojos, y sin respiración ante la lentitud de sus actos. Deshizo el cierre y deslizó los tirantes hacia abajo. Los sentí escurrirse hasta mis muñecas, mientras notaba la calidez de sus dedos, que hacían el mismo recorrido que los tirantes.

Después, vino el silencio, que habló por sí mismo. Por mucho que él siguiera tocándome los brazos con las yemas de sus dedos. Por mucho que me transmitiera una calidez que chocaba con la realidad.

Tragué saliva y mantuve los ojos cerrados. Mis sueños se hicieron añicos en un momento. ¿Qué esperaba? ¿Que cayera rendido ante mi «perfección»?

No quería ver su cara de asco, su rechazo. Me quedé paralizada, mientras sentía que un sudor frío me cubría la espalda y me hacía temblar. Apreté los dientes para aguantar el tiempo que hiciera falta, hasta que comprendí.

Parpadeé, le miré. Y el corazón se me comprimió.

Tyler tenía sus ojos clavados en mi pecho deforme. Con una expresión que iba más allá del simple rechazo, y que convirtió mi frío en un calor que reptó por todo mi cuerpo, llenándome de una certeza que sustituyó a la incertidumbre.

Oh, Dios. Dios, Dios...

Le daba asco. Le asustaba, le repelía. Todo al mismo tiempo.

—Vale, mensaje recibido —murmuré.

Me cubrí con el brazo, pero cuando tanteé la cama con la mano libre en busca de mi sujetador, él la cubrió con la suya.

—¿Qué haces?

—No tienes que demostrarme nada, ni fingir. No te preocupes por mí; contaba con esto.

—Me duele mucho que cuentes con algo así, Martina. Nunca podría fingir contigo.

¿No?, quise gritarle con toda la rabia que empezó a burbujear en mi interior como un infalible mecanismo de defensa contra el mundo. Levanté la cabeza dispuesta a escupirle todas y cada una de las cosas que eran ciertas, pero lo que vi me dejó muda. Abrí y cerré la boca varias veces, sin decir ni una palabra, ni resistirme cuando, con el mayor de los cuidados y sin despegar sus ojos de los míos, Tyler me apartó el brazo que tapaba mi parte más vergonzosa.

Di un respingo cuando sentí un ligerísimo roce en mi pecho operado. Y cuando ese cosquilleo se desplazó hacia la zona donde debería haber estado mi pezón y percibí un jadeo, comprendí el significado completo de lo que estaba haciendo.

Tyler no parecía reparar en la forma desfigurada, en la ausencia de pezón. Sus ojos seguían ardiendo de deseo cuando recorrió mis cicatrices con el dedo. ¡Su excitación no había disminuido! La mejor prueba fue la toalla, estirada por el tamaño de su erección.

No me moví cuando él acercó la boca y besó lo que antes había acariciado con insistencia, casi con reverencia. Como si fueran lo más maravilloso que había visto en su vida.

Pensé en apartarlo de un empujón. En volver a cubrirme el cuerpo y el alma para no seguir teniendo miedo, pero comprendí que, de repente, todas mis conclusiones estaban fuera de lugar. Porque me sentí aceptada, como si con aquellos besos pequeños y húmedos hubiera redescubierto mi cuerpo.

Él lo conocía centímetro a centímetro. Y a pesar de ver los cambios drásticos, reaccionaba conteniéndose para no terminar todo antes de haber empezado.

Temblaba de pies a cabeza cuando levantó la mirada para encontrarse con la mía.

—¿Esto era lo que te hacía dar marcha atrás conmigo? —preguntó cubriéndome el pecho con la mano, como si el tema no tuviera importancia para él. Yo estaba tan sobrecogida que solo pude asentir con la cabeza, viendo cómo él sonreía de aquella manera tan sexy—. Explícamelo.

—Me siento incompleta, menos mujer... Más débil.

—*Fineáil*, diría que pareciste todo lo contrario cuando te corríste en mi boca. —Se puso de pie y me ofreció la mano para que yo hiciera lo mismo. Me examinó con aquella mirada oscura capaz de colarse muy dentro de mí, y chascó la lengua con una pizca de desilusión—. Yo solo veo el mejor ejemplo de tu lucha por vivir, pero estás tan convencida de que no es así porque nadie se ha tomado su tiempo en demostrarte lo contrario. Si te digo que eres preciosa, no me creerás. Así que me parece que lo mejor será que me tome ese tiempo, contigo y con los únicos límites que los dos nos impongamos. ¿De acuerdo?

Miré nuestras manos entrelazadas. Cada vez que había aceptado la protección de aquellos dedos, había ocurrido algo trascendental que había cambiado mi vida.

Ahora también ocurriría. Porque ahora, también lo querría.

# VEINTISEIS

## *Martina*

Nuestros ojos establecieron una especie de conexión irrompible mientras daba un puntapié al resto de mi ropa y me quedaba tan desnuda como él cuando se arrancó la toalla. Estaba en tensión, la inseguridad quería ganar terreno, pero Tyler no lo permitió. Me acarició cada centímetro de mi cuerpo con el roce de sus ojos, consiguiendo que la sangre empezara a hervirme bajo la piel. Cogió mis manos con las suyas y ladeó la cabeza.

—Eres diferente, sí —apreció, haciendo que el corazón me diera un vuelco—. Pero perfecta para mí. Para todo el que sepa mirarte tal y como yo te veo. Además, eres muy suave...

Solté una risita cuando me sujetó por la cintura y me acarició el cuello con la nariz. Sus actos parecían tan naturales, tan espontáneos, que casi pude notar cómo la tensión abandonaba cada músculo de mi cuerpo conforme él fue acercándose a su cuerpo duro. Con sus manos subiendo y bajando por mis caderas, se encargó de empezar a recomponerme entera, como si supiera con exactitud cómo lograrlo.

—Solo has tocado una parte de mí, Tyler. No puedes saber lo suave que soy.

—Como si eso fuera un problema.

Se adueñó de mi boca en un beso intenso e imprevisto al que respondí como realmente deseaba. No era el momento de pensar, sino de sentir. Sentirme una mujer plena, completa. Sentir a Tyler. A todo lo que me transmitía y que me encendía como si fuera una antorcha humana.

Se apartó unos milímetros e inspiró hasta que su pecho pareció doblar su tamaño habitual.

—Me encantan. Son tal y como los recordaba. Incluso mejores, porque forman parte de un episodio de tu vida muy importante en el que yo no estuve. —Sus dedos delinearon el contorno de mis pechos, descendiendo hasta mis caderas y rodeando mi ombligo. Entorné los párpados y contraje el vientre cuando sentí aquel cosquilleo que terminaba con todas mis barreras de inseguridad y protección. Posé las manos sobre sus pectorales y abrí la boca, asombrada. Tenía la piel tan suave y al mismo tiempo tan caliente, que pensé

que me quemaría. Él jadeó y me acarició el trasero; después se inclinó sobre mí hasta que la parte superior de nuestros cuerpos quedó completamente acoplada—. Siempre me ha excitado tu culo, Martina. Es perfecto. Del tamaño adecuado para mis manos. Suave, cremoso... Una auténtica delicia. —Me lo amasó a conciencia, apretó los dientes con un gruñido sordo, y luego me besó. Ocupó el espacio que siempre había sido suyo, inclinando la cabeza para hacer el beso más profundo, más voraz. No dejamos de absorbernos, de tomar la esencia del otro, hasta que nos dimos cuenta de que necesitábamos respirar. Él se apartó, pero capturó mi labio inferior con los dientes para lamerlo, antes de seguir recorriendo el hueco de mi cuello hasta mis pechos. Dejó salir un sonido gutural extraño, y se relamió sin soltarme—. Cierto que solo tienes un pezón, pero es como una fruta jugosa. Y a mí me encanta la fruta.

Se lo metió en la boca. Jugó con él, como si de verdad fuera esa fruta que tanto le gustaba. Noté el tacto áspero de su lengua rodeándolo, los pequeños mordiscos que me excitaron hasta el límite. Las piernas empezaron a temblarme. Me sujeté a su cuello y dejé caer la cabeza hacia delante, hasta estamparla contra su hombro.

Me estaba seduciendo con palabras, pero eran los hechos los que me habían vencido. Solo era capaz de sentirme plena y, al mismo tiempo, incompleta. Con un hueco en mi interior que sabía cómo debería ser llenado.

El frío volvió a recorrerme cuando Tyler se apartó de mí. Estuve a punto de sujetarle para mantenerle allí para siempre, pero se inclinó para acariciarme las piernas, como si quisiera memorizar aquella parte de mi cuerpo también, y, a continuación, fue ascendiendo por la parte interior de los muslos hasta toparse con mi sexo empapado. Lo cubrió con la palma entera, concentrando el calor que salía de él para que no se escapara.

—No voy a decir nada de tus piernas salvo que, siempre que las recordaba, tenía un sueño húmedo —susurró, dejando que viera el principio de una sonrisa que enseguida se fue—. Pero lo que tengo entre manos... Ah, esto fue mi primera fantasía sexual desde nuestro encontronazo en el baño, nena.

Sus dedos empezaron a jugar entre mis pliegues, cogiendo mi clítoris para presionarlo ligeramente. Volvió a besarme, esta vez con más tranquilidad, con más dulzura. Ocupó todo mi espacio, se adueñó de él de tal manera que, cuando me di cuenta, solo pude alegrarme de habérselo cedido. Mi cuerpo entero revivió con aquel beso que lo decía todo sin hablar. Profundo, intenso, mucho más que una simple unión de nuestras bocas. Me

mordisqueó el mentón, me lamió los labios y, media vida después, se apartó con los ojos casi negros y la respiración descontrolada.

—Ty, eso es...

—¿Perfecto? ¿Demasiado? ¿Insuficiente?

—¡Es todo junto... y por separado!

Un conjunto de factores que se habían aliado para formar una ciclogénesis explosiva perfecta. El aire me faltaba. No podía pensar, mucho menos hablar, pero escuché cómo él lanzaba una pequeña risilla.

—Tienes una expresión única cuando estás a punto de correrte. Algún día plasmaré todo esto en papel. Lo prometo —dijo, y supe que cumpliría cada una de sus palabras—. Eres tan perfecta que no entiendo cómo el resto del mundo no está enamorado de ti, *m'aghaidh ghealach*.

Acalló mis dudas con su pasión. Mi dolor con su entrega. Y con su comprensión, barrió el último escalón que me separaba de él. Sus ojos eran un mundo de emociones plasmadas en un papel en blanco. Retrocedió un paso y se quedó inmóvil, con ese magnífico pecho subiendo y bajando. Verle desnudo por completo era un espectáculo digno de la mejor película porno. Sus músculos se remarcaban bajo la piel, componiendo una máquina perfectamente engrasada en la que nada desentonaba. Ni siquiera la enorme polla que pareció aumentar de tamaño cuando la miré y me relamí sin poder evitarlo.

Era un hombre magnífico... Y era todo para mí.

Fui consciente de ello cuando volvió a acercarse y cogió mi mano para posarla sobre la cabeza del dragón. Y me di cuenta de lo que pretendía cuando le vi arquear una ceja.

—Quiero tocarte, Martina, pero también quiero sentirte aquí dentro —dijo, inflando el pecho hasta que los latidos de su corazón me aporrearon la palma—. Me encantaría recuperar tu vitalidad, tu desparpajo, tu lujuria y desenfreno, en la cama y fuera de ella. Estar para ti en cada uno de tus siguientes pasos, en todo tu futuro.

Quizá lo que me estaba diciendo fuera demasiado. No podía concederle el grado de implicación que me pedía. Imaginármelo conmigo en cada revisión, compartiendo la tensión, el miedo, la incertidumbre... Era demasiado para mí.

—Eso es imposible, Ty —murmuré con la boca repentinamente seca—. No soy la misma de antes.

—Ojalá pudieras verte a través de mis ojos para entenderme. —Dejó mi

mano con un leve jadeo. Se había quedado muy quieto, a la expectativa, esperando quizá que yo la retirara cuando lo único que quería era repasar cada centímetro de su cuerpo como él había hecho con el mío—. Sé lo que estás pensando. Dime lo que quieres a cada minuto, a cada segundo. Siempre.

Me venció con su sonrisa, con sus ganas de recuperar lo que habíamos perdido. Dejé salir a la chica que él había conocido, y que se había escondido después de la enfermedad, esperando su momento.

Era aquel. Era su hora.

Me acerqué hasta pegarme a él y lamí cada una de las cicatrices que ocultaba el dragón, al mismo tiempo que abarcaba su erección con la mano y empezaba a masturbarlo. Su piel seguía siendo suave, con ese ligero gusto peculiar, indefinible, mezclado con el olor a gel, y un toque masculino que era solo de él.

Parecía duro. Un cuerpo hecho para resistir cualquier desafío y salir ganador, pero temblaba. Se sacudía y palpitaba con cada una de mis caricias.

No me perdí ninguna de sus reacciones cuando chupé uno de sus pezones y apreté el otro con mi mano libre. Noté cómo tensaba los músculos y vi cómo cerraba los ojos antes de pasar una de sus manos por mi espalda. Recorrió cada vértebra con asombrosa tranquilidad dado el estado de excitación en el que se encontraba, hasta llegar a la hendidura entre mis nalgas. La traspasó de atrás hacia adelante, y metió dos dedos en mi sexo.

—Sí, nena, sí... —susurró en mi oído—. Estás estrecha, empapada y a punto de arder, justo como quiero. Eres tú, eres mi Martina... y acabas de cumplir con mi segunda fantasía sexual. —Mi mano le apretó todavía más, arrancándole un lamento de auténtica agonía—. No paraba de preguntarme qué se sentiría al tener todos esos anillos alrededor de mi polla. Y es increíble. Un mundo de contrastes... —Dejó la frase a medias y movió más los dedos en mi interior cuando yo incrementé mi ritmo. Tenía las pupilas dilatadas y los dientes apretados. Quería comerme entera, tanto como yo a él, pero la lujuria estaba ganando terreno a mucha velocidad. Para los dos—. ¿Qué quieres tú, Martina?

Los dedos profundizaron más cuando enrosqué las piernas alrededor de su cintura. Dejé de estimularle para sujetarme a su cuello, porque supe que había perdido el control. Podía sentir cómo cada órgano de mi cuerpo se desintegraba, convirtiéndose en un charco enorme entre mis piernas. La tensión se concentró dentro de mi sexo, en mis sienes, en cada gota de mi sangre.

Supe lo que quería con claridad. Y supe que tendría que pedírselo en el mismo momento en que dejó de mover los dedos.

—Quiero tener esto solo para mí —susurré, acariciándole la polla de nuevo hasta que su humedad me mojó la mano—. Quiero que me llenes con ella, Tyler...

—De acuerdo. Tú mandas, yo obedezco.

Rozó mi clítoris con la palma de su mano hasta que creí que no podría soportarlo más. Escuché su risa queda, mezclada con sus propios gemidos, cuando avanzó conmigo pegada a él y me apoyó en el borde de la cama. Allí se inclinó sobre mí hasta que yo terminé tumbada boca arriba. Él sacó los dedos y colgó mis piernas sobre los hombros. Adelantó sus caderas y rozó mi sexo con el glande de una manera tan lenta que pensé que me volvería completamente loca.

Quería jugar. Y sabía por experiencia que, cuando Tyler se proponía contenerse, lo conseguía hasta hacerme chillar de pura frustración.

—¿Así? —canturreó.

—¡No! Lo quiero mucho más... —¡Dios, no podía pensar! ¿Cómo esperaba que formara una frase coherente? El roce se intensificó al mismo tiempo que rodeaba mi pezón con la lengua y masajeaba mi otro pecho con su mano libre. No con el cuidado que hubiera esperado después de verlo tan maltrecho, sino con energía, como sabía que me gustaba, como si en realidad no viera nada de lo que me afeaba. Me retorcí, pero él me inmovilizó con los dedos en mis caderas y continuó con la tortura. Seguía de pie, mientras que yo tenía la parte inferior de mi cuerpo en vilo. La combinación de nuestros sexos tocándose, con el tacto rugoso de su lengua y sus manos encallecidas por el trabajo duro, fue demasiado para mí. Me rendí. Abrí más las piernas para acogerlo y elevé las caderas—. ¡Quiero que me folles! ¡Ya! ¡Por favor! Por favor...

Estaba a punto de ponerme a sollozar como una niña pequeña cuando me penetró. Lo acogí con una facilidad que ni yo misma hubiera imaginado. Sentía cómo se abría paso a través de mí con lentitud, pero sin detenerse, hasta llenarme por completo. Hasta hacerme sentir plena. Y hacía tanto tiempo que no experimentaba algo semejante...

Elevé mis caderas clavándole los talones en la espalda y él salió impulsado hacia adelante. La profundidad de la penetración fue tal que ambos soltamos un gemido al unísono.

—*Dia, Martina!* Me aprietas demasiado. Me encantaría quedarme así el

resto de mi vida, pero estoy tan excitado que solo quiero empujar dentro de ti...

Nos miramos a los ojos, nos sonreímos. Él pasó a sujetarme por la cintura con firmeza y empezó a moverse.

Era tan caliente, tan ardiente.... Cerré los ojos y estiré el cuello cuando sentí sus labios justo ahí, succionando mientras aflojaba la presión de sus manos para que yo pudiera moverme.

Adelanté las caderas más hacia él. Salía de mí casi por completo, para después enterrarse de nuevo con un movimiento firme y rotundo.

—Ty, no te detengas por nada...

Le seguí el ritmo, enloquecida, frenética, dispuesta a acompañarle a donde quisiera llevarme. Encorvé los dedos de los pies y me agarré a las sábanas, pero estuve a punto de gritar de pura frustración cuando él hizo precisamente lo contrario de lo que yo le rogaba.

—No cierres los ojos. Quiero verlos mientras te corres. —Tenía una expresión de auténtico sufrimiento cuando obedecí. La frente le brillaba por el sudor y su aliento espeso me bañaba la cara, el cuerpo y el alma. De pronto se descontroló. Su empuje fue casi violento, sus golpes contra mi pelvis mucho más acelerados. Mi cuerpo se adaptó al suyo como si no hubieran pasado años desde la última vez. Como si lo reconociera. Como si supiera que era su complemento perfecto—. Ven conmigo, *m'aghaidh ghealach*. Yo te sostendré...

Me agarré a sus brazos. Los arañé y me retorcí todo lo que su enorme mano me permitía, hasta que la tensión explotó en millones de luces que coparon mi oscuridad. Me estremecí entera a su alrededor. Grité su nombre y bebí el mío de sus labios cuando sentí cómo se corría en mi interior. Tembló, se sacudió entero. Alargó el cuello y gruñó. Se vació por completo, dándolo todo.

Fue tan intenso que tardé una pequeña eternidad en recuperar el control de mí misma.

Cuando lo conseguí, me lo encontré mirándome con una expresión extraña en los ojos, respirando tan rápido como yo para intentar coger el aliento suficiente como para no terminar muertos.

Nuestros ojos volvieron a conectar. Hubo un instante de miedo en ellos, pero luego, como si estuviéramos programados al unísono, los dos esbozamos una sonrisa cómplice que apartó incertidumbres y añadió intimidad.

—Sí que estás en forma —susurró antes de darme un beso en la punta de la nariz—. Por algo me cuesta tanto seguirte cuando empiezas a correr.

—¿Etas tú? —Él rio, y yo me contuve para no darle un puñetazo—. ¡Joder, Tyler! ¡Pensé que...! Bueno, es igual. Si no te importa, no vuelvas a hacerlo. Puedes correr a mi lado, si quieres.

—No si lo que quiero es protegerte las espaldas, ¿no crees? —Bajó las piernas para cambiar la posición—. Me he esforzado en demostrarte lo preciosa que eres para mí, pero se me ha olvidado decirte que no hay peligro.

—¿De embarazo? Ya lo sabía.

—De posible contagio. Estoy limpio, Martina. —Sin salir de mí, reptó hasta que los dos terminamos completamente tumbados sobre la cama, con él apoyado en los antebrazos para no aplastarme, y yo sintiéndome resguardada, a salvo—. Si necesitas alguna prueba más de lo que me haces sentir, solo tienes que decírmelo.

—¿Ya? Ni siquiera has podido recuperarte.

—Ah, no. En eso te equivocas. —Con todo el cuidado del mundo y una mirada de infinita ternura que hizo temblar las paredes de mi corazón, me apartó los mechones de pelo que tenía sobre la cara y me besó la punta de la nariz, antes de juntar nuestras frentes como si lo necesitáramos para unir nuestros pensamientos—. Estaba disfrutando del mejor orgasmo que he tenido en años, pero ahora mismo tu cuerpo es mi mejor recuperación. Por eso sigo dentro de él. ¿Estás bien?

—Sí. —Yo también me tomé mi tiempo en observarle. Parecía que cada señal de placer era nueva para mí, para nosotros. Estaba tan guapo con el pelo revuelto y la barba de dos días, los ojos brillantes y la frente perlada de sudor, que le sujeté la cara con las manos y le mordisqueé el mentón. Un ligero sabor salado me inundó el paladar—. Ahora me siento mucho más mujer.

—Me alegro, porque estaba deseando darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que acabas de darme. —Gruñó y me puso de lado, frente a él. Colocó mi pierna sobre su cadera y jugueteó con mi vientre, trazando círculos alrededor de mi ombligo. Su polla volvió a sacudirse dentro de mí, y yo me mordí el labio cuando noté un latigazo de tensión donde aún lo tenía a él. Nunca hubiera pensado que podría estar lista de nuevo después de haber disfrutado de dos orgasmos apoteósicos en una misma noche, pero mi cuerpo me demostró lo equivocada que estaba. Rodeé su cuello y le besé en la boca—. Me has ofrecido tus miedos sin saber a ciencia cierta lo que haría con

ellos, me has perdonado por mi peor error y me has abierto las puertas de tu cuerpo. No me atrevo a decir que también me has abierto las de tu corazón, pero me gustaría que así fuera, porque deberías saber que ahora mismo somos uno. Nunca volveré a dejarte sola. Nunca.

Me envolvió en un abrazo lleno de dudas, repleto de certezas, salpicado de contradicciones, que me catapultó hacia su pecho.

Y yo le correspondí. Porque necesitaba olvidar todas aquellas cosas que seguirían al margen de él para disfrutar de nuestro presente, de nuestro momento.

De nuestra primera noche.

# VEINTISIETE

*Tyler*

Cuando abrí los ojos, ya era de día.

Miré el reloj, y pegué un salto al ver la hora.

—¡Joder! ¡Las doce!

Era un cataclismo. Un desastre. Mis niños, tres para ser exactos, me habrían dado por perdido a esas horas. Me froté la cara y miré el móvil.

En efecto, tenía al menos dos docenas de llamadas a las que respondí con un escueto mensaje de texto, emplazándoles para el día siguiente por enfermedad repentina del monitor. Después tanteé el lado que debería estar ocupado por Martina, pero que era la cama improvisada de *Nerón*, que me miró tan atontado por el sueño como yo.

*Fineáil*, eso era buena señal. Ella no ser iría nunca sin él. Es más, ella no volvería a marcharse a escondidas, como si fuera una ladrona.

«No, amigo. Eso de largarte sin una explicación durante años se te da mucho mejor a ti».

Pero me había comprendido. A pesar de mí mismo. Lo vi en sus ojos, enormes y brillantes de emoción contenida; en sus mejillas sonrosadas, en su boca entreabierta, que iba cambiando de forma al mismo ritmo que sus pensamientos. Primero parecía dispuesta a degollarme de un solo tajo, para pasar por la incredulidad, por la rabia al saber solo una pequeña parte de lo que Jayden había hecho conmigo y sus consecuencias, y terminar en la aceptación absoluta.

Ella había sido mi única razón para hacer lo que hice. Mi mayor error y mi peor castigo.

Me centré en el olor que todavía despedían las sábanas. Ese delicioso aroma dulzón a mujer excitada que me había acompañado durante toda la noche, además de sus gemidos que resonaban todavía en mis oídos como si fueran el mejor de los afrodisíacos. Volví a empalmarme en cuanto recordé el frío metal de los anillos rodeando mi polla mientras su mano subía y bajaba. La sensación única de entrar en ella sin ninguna barrera que me impidiera sentirla por completo. El calor, la humedad...

Martina. La llamé en silencio mientras me duchaba, y sonreí cuando acudió a mi cabeza, completamente desnuda, sonrojada y llena de miedos que

se habían evaporado.

Era única. Irrepetible. Y yo, un egoísta y un caprichoso.

En resumidas cuentas, estaba enamorado.

Por eso, cuando salí de la ducha y vi mi móvil, estuve a punto de llamarla para volver a pegarme a ella, por mucho que supiera que bufaría como su gato si volvía a insistir en la necesidad de protegerla.

No. Mejor iría a Dublín sin avisarla.

Ya no habría marcha atrás para mí. No pararía hasta recuperarla por completo, y si para eso tenía que confesarle todo, lo haría. Y después, lucharía contra su reacción, solo para no volver a perderla.

Salí afuera al mismo tiempo que *Thor* empezó a ladrar como un poseso. Pasó por mi lado con toda la intención de ir directo a la figura humana que se acercaba hacia mí, pero lo intercepté para dejarlo atado. No era un perro peligroso, ni agresivo, pero su tamaño y su ladrido imponían. No podía arriesgarme a tener un altercado con nadie, por mucho que ese alguien fuera quien acababa de pararse delante de mí, con cara de pocos amigos.

—De todas las personas que viven en este pueblo, tú eras la última a quién pensaba ver por aquí. Hola, Brian.

—A lo mejor es porque yo no seguiré viviendo aquí después de unos días. Hola, Tyler.

Lo siguiente que percibí fue su puño en mi cara y mi espalda en el suelo.

—*Ach cad é an fuck*..<sup>[14]</sup>. —Me froté la barbilla mientras me ponía en pie. Debería habérsela devuelto, pero la imagen de Martina abrazándolo con todo el cariño del mundo y su fidelidad con ella en los peores momentos, me frenaron—. ¿Por qué has hecho eso?

—¡Por habértela tirado anoche! —gritó, avanzando hacia mí a la vez que yo retrocedía, completamente pasmado—. ¡Por ser un cabrón inconsciente que solo piensa con la polla! ¡Y porque después de seis años de no tener ni una puta explicación por pequeña que sea, te lo mereces! Ayer me contuve por respeto a Martina, pero hoy... hoy te van a caer todas juntas, amigo.

—¿Cómo sabes...?

—De la misma manera que sé que te confesó lo del cáncer. ¡Ella me lo contó antes de marcharse! —Brian se detuvo a milímetros de mí, respirando como un toro a punto de embestir, y me propinó otro golpe que volvió a derribarme—. ¡Tenías que estar con ella! ¡Ahora! ¡Ya! Pero eres tan estúpido que ni siquiera vas a defenderte si sigo golpeándote. Hay cosas que nunca cambian...

—Tú lo has dicho. Nunca te he respondido a un golpe cuando me lo he merecido, ¿verdad? Pues esta es una de esas ocasiones. —No pude evitar sonreír al ver su expresión desconcertada cuando me levanté con la mandíbula dolorida y el corazón a mil por hora—. Gracias por volver, Brian.

—Ah —dijo simplemente, al cabo de un rato en el que los dos nos miramos en silencio—. Martina me explicó por qué la dejaste sola hace años.

—En realidad, os dejé a los dos, junto con otras cosas que nunca recuperaré, así que me conformo con que lo sepas. No voy a pedir que lo entiendas o que me perdones. Todavía.

Brian resopló, pero inclinó la cabeza al mismo tiempo que los hombros. Conocía ese lenguaje corporal como la palma de mi mano: empezaba a quedarse sin argumentos y buscaba con furia alguno de recambio.

—Reconozco que tuviste motivos de peso, aunque no lo hiciste de la mejor manera, pero... ¡Bueno, es igual! —gritó—. Jugaste con ella, con esa tal Rachel, y después de años en los que ni te molestaste en explicarle nada, ¡vuelves a llevártela a la cama! Cretino de mierda... ¡Deberías estar con ella en vez de aquí, tan tranquilo, después de echar el polvo del siglo! ¡Te necesita! Me dijo que la acompañarías, pero quise asegurarme... —Se apartó, meneando la cabeza con desprecio—. ¡Ya veo que no eres lo suficientemente hombre como para aceptar la nueva situación! ¿Qué pasó, Freeman? ¿Te has cagado en cuanto has sabido que hoy tenía su revisión? ¿Has preferido esconderte en tu mundo antes que dar la cara en Edimburgo?

Revisión.

Durante aquel intervalo de años, había permitido que muchas clases de miedo dirigieran mi vida. El que me dominó de repente era desconocido, pero tan fuerte que el corazón se me paró en seco y el suelo se abrió bajo mis pies. Casi pude escuchar su estruendo mientras intentaba mantenerme en pie.

—Eh, espera un momento... —conseguí balbucear—. ¿Edimburgo?

—¡Pues claro, pedazo de zopenco! Fue allí donde la operaron mientras tú te la machacabas en la cárcel a cuerpo de rey. ¿Dónde pensabas que tendría sus revisiones? ¿A tu lado? —terminó con su habitual tonillo sarcástico que me revolvió las tripas.

Gruñó y me agarró por la camiseta dispuesto a reanudar su tanda de puñetazos, pero ya había soportado y escuchado suficiente. Levanté la rodilla para darle en las pelotas y me lo quité de encima con un manotazo. Mientras esperaba a que se recuperara del golpe, cogí el móvil y llamé a Martina. De reojo vi que Brian se incorporaba lentamente, con los ojos entrecerrados y a

punto de echar espuma por la boca.

—No te va a responder, ya deberías saberlo.

—Brian, has venido aquí actuando como si en realidad lo ocurrido con nuestra amistad solo hubiera sido un enfado sin importancia. Genial, porque le prometí a Martina que intentaría arreglar las cosas contigo —empecé, sintiendo cómo la garganta se me cerraba a pasos agigantados—. Pero que hayamos empezado a base de gritos y puñetazos no te da derecho a juzgar mis actos.

—Si me lo da. Tú no la conoces como yo. Aunque, claro, la conoces en otras... facetas —resopló con desdén—. Te lo has tenido que pasar de vicio en la cama con ella, pedazo de cabrón desconsiderado y egoísta...

Levanté una mano para interrumpir la sarta de insultos que estaba soltando y para detenerlo, porque volvía a la carga. Dios, aquello se me escapaba de entre los dedos. En apenas un par de minutos, tenía que enfrentarme al viaje de Martina a Edimburgo y a aquella pelea que, de una manera implícita, ambos sabíamos que se produciría.

—Tampoco te da derecho a juzgar mis relaciones sexuales, por mucho que tengan que ver con Martina —añadí.

—¡Es mi amiga!

—¡Y yo estoy enamorado de ella!

Casi me desgañité al escupirle aquellas seis palabras en la cara, con mi nivel de paciencia bajo mínimos. Brian se quedó boquiabierto, tan descolocado que aproveché mi pequeña ventaja para terminar de aclarar las cosas.

—Si quieres que sigamos comunicándonos con las manos, no tengo problema —proseguí, mirándole de reojo—. Si no, te explicaré que acabo de enterarme del tema de su... revisión ahora mismo.

—P-Però ella me aseguró que...

—Te mintió. Parece que sigue siendo independiente hasta la irritación.

Mientras Brian procesaba la información y su cara empezaba a reflejar más desconcierto y menos furia asesina, yo reservé un vuelo de Shannon a Edimburgo.

No sabía si llegaría a tiempo, dónde iría primero o cómo me recibirían, tanto ella como su familia, pero sí sabía que iría a su lado, tanto si quería como si no.

Me sacudí el pelo con energía y me acerqué a él, ahora que parecía pensativo.

—Dentro de dos horas cogeré un avión a Edimburgo. No sé a dónde tengo que ir, pero confío en que me des todo tipo de detalles por el camino. Vamos.

—¿Cómo que «vamos»?

Resoplé y señalé hacia el claro.

—No puedo conducir —dije sin más—. Necesito que me lleves hasta el aeropuerto.

No se lo pedí con educación, y él tampoco lo esperó. Se sacudió los pantalones, miró con recelo a *Thor*, que se apartó de nosotros cuando me decidí a soltarlo, y echó a andar sin preocuparse de si yo le seguía o no. Todavía estaba rabioso, enfadado casi hasta la enfermedad, muy ciego y bastante reacio a dar su brazo a torcer en la parte que le correspondía. Exactamente igual que yo.

Pero me llevaría hasta Martina porque le había dicho que estaba enamorado de ella. Porque iba a acompañarla en cada pequeño escalón de aquella parte de su vida, solo para compartirla con la mía.

En un par de ocasiones, mientras iniciábamos el viaje en su coche, estuve a punto de decírselo a Brian en voz alta, pero luego desistí. Después de lo ocurrido entre nosotros, me contentaría con mantener las distancias y respetar su forma de actuar. Si era sincero conmigo mismo, me habría merecido unos cuantos golpes más como los que me dio. Podría decirse que había tenido suerte.

—Nunca me lo contaste. Éramos colegas. Compañeros. Estudiábamos lo mismo y nos gustaban hasta las mismas tías. Te consideraba mi mejor amigo. Pero nunca me contaste lo de Rachel. Y eso duele.

Me sorprendí al oírle hablar con tanta calma, incluso con tristeza, y con un punto de decepción que se me clavó en la conciencia, porque tenía toda la razón del mundo.

Le miré de reojo. Aparentemente, tenía sus cinco sentidos puestos en la carretera, pero si seguía siendo como yo lo recordaba —Y si me ceñía a lo que había ocurrido en mi casa, poco había cambiado—, estaba dándole vueltas a la mejor manera de devolverme mi rodillazo en las pelotas.

—A la antigua usanza, ¿eh? Directo a la yugular —le dije, intentando encontrar las palabras exactas para explicar lo que no tenía explicación posible. Al final, solo pude suspirar, derrotado contra mí mismo. Qué patético—. A Martina la quería lo suficiente como para alejarla de toda esa mierda antes de que la tapase por completo, pero contigo...

—A mí no me quieres tanto, ya lo sé. —Sonreí aliviado. Estuve a punto de

darle las gracias por ese pequeño cable que acababa de echarme, pero vi su expresión solemne y preferí callarme—. Podías haberme contado la situación por la que estabas pasando. ¿Pensabas seguir con las dos como si tal cosa y por eso te callaste como un muerto?

—Hubiera sido un buen motivo, pero siento desilusionarte. Solo pretendía cortar con Rachel para continuar con Martina. Nuestra relación iba viento en popa, pero las cosas se torcieron.

Brian asintió. El nubarrón negro que parecía tener sobre la cabeza desde que se había presentado en mi casa, se iba disipando poco a poco para dejar paso a su energía habitual.

—No me expliques el resto. No soy masoquista. —Suspiró y se encogió de hombros, antes de sonreír—. Eres un cabronazo con suerte, ¿sabes? Parece que Martina te ha perdonado si me fío de lo que he visto y oído. Además, tu ex mejor amigo te hace el favor de llevarte al aeropuerto sin preguntarte por qué coño no coges tu propio coche...

—Porque tú estás de vacaciones, y porque, desde el accidente, no he podido volver a ponerme al volante de uno. —Brian me dirigió una mirada de extrañeza—. Sí, colega. Como puedes comprobar, mis miedos ganan con mucho a mi buena suerte.

—¿Por eso fumas en vez de dibujar? En Edimburgo decías que el dibujo era tu vía de escape.

—No fumo desde ayer. En cuanto al dibujo, sabes tan bien como yo lo que se necesita para crear algo realmente bueno.

—En tu caso, un papel y un lapicero. ¡Ah, y algo de tiempo! ¿Qué es lo que te falta a ti, aparte del tiempo que puedes conseguir con una buena gestión del tuyo?

Parecía inocente, pero levantó una ceja con toda la malicia del mundo. Sabía que poco a poco me arrinconaba, dirigiendo la conversación a su terreno.

—Veo que sigues tan manipulador como siempre —observé, fingiendo interés en la carretera—. ¿Ves? Si te hubiera contado lo de Rachel, no me habrías dado la oportunidad de tomar una decisión. Querías demasiado a Martina como para dejarme con dos pelotas.

—Punto número uno: todavía la quiero. Punto número dos: lo que has hecho esta noche, lo hubieras hecho con una sola pelota. Punto número tres: te equivocas; ahora soy mucho más manipulador que antes. Y punto número cuatro: no me has respondido a la pregunta.

—Me faltaba la capacidad para apreciar la belleza y el potencial en cada cosa que veo —repliqué, más que sorprendido al comprobar que, conforme lo iba diciendo en voz alta, me daba cuenta de que, en algún momento de las últimas horas, ese gusanillo empezaba a roerme las entrañas de un modo muy familiar.

—Hablas en pasado. Lo que me suponía. Martina me lo advirtió, pero no quise creerla.

—¿El qué, exactamente?

—Me habló de tus dibujos. De los que el intruso que se metió en tu casa destrozó y de los que dejó presentables. —Se mordió los labios y frunció el ceño sin mirarme, como si se estuviera planteando soltar la siguiente frase—. Ya sé que ahora somos un par de extraños con muy poco en común, pero paradójicamente, esa es una de las cosas que nos unen.

—¿Martina?

—El dibujo, zoquete —aclaró, dándome un golpe amistoso en el hombro—. Sé que ella quiere que volvamos a ser los colegas de antes. Por eso me tragué el orgullo y fui a tu casa.

—Vaya... Pensé que solo querías partirme la cara.

—No sabes las ganas que tenía. Que todavía tengo. En realidad, no sé si se me pasarán algún día. —Me gané otro golpe en el hombro que me hizo sonreír—. El caso es que lo hice por ella, pero también por mí. Tenía tantas ganas de retorcerme las pelotas como de hablar contigo para aclarar las cosas, así que no me interrumpas cuando utilizo el dibujo como excusa, ¿vale?

—De acuerdo, perdona —dije, levantando las manos en señal de rendición.

—Como iba diciendo, el dibujo es algo que tenemos en común. Soy dueño de una pequeña galería de arte en Edimburgo, y tú lo eres de un enorme talento que, al parecer, se ha mantenido dormido todo este tiempo, por decirlo de algún modo. —Iba a objetar mucho al respecto, pero levantó una mano para indicarme que no hablara—. Es posible que no sea el inicio de una nueva amistad, pero sí que puede ser el comienzo de una exitosa relación comercial. Piénsalo. Y mientras lo haces, procura mantener a Martina lejos de cualquier degenerado que quiera complicarle la vida. Ahora está contigo, Freeman. Con todas las consecuencias. —Me lanzó una mirada penetrante que llevaba implícitas todas las advertencias del mundo cuando paró el coche—. Ya hemos llegado.

Y ni siquiera me había dado cuenta. Miré el reloj. Todavía me quedaba

tiempo para coger el avión. Pensé en invitarlo a tomar algo, pero me lo pensé mejor.

El viaje nos había servido para restablecer una pequeña parte de nuestra confianza mutua. No tuvimos reparos en explicar ciertas cosas; nos habíamos comportado como dos viejos colegas que no se veían desde hacía tiempo, pero en realidad Brian había cambiado, igual que yo.

—Gracias por traerme.

Bajé del coche y extendí una mano, pero él no la aceptó. Tenía una expresión solemne cuando me abrazó y palmeó mi espalda. Pero al mismo tiempo, se acercó a mi oído para susurrarme:

—Ya me las darás, colega. Ahora solo dedícate a quererla, porque si descubro que vuelves a hacerle daño, haré de tu vida un puto infierno.

Sonreía cuando me apartó y me despidió agitando la mano, como un buen amigo.

# VEINTIOCHO

*Tyler*

Estaba desbordado por los acontecimientos.

Temblando. Lleno de un miedo desconocido con unas consecuencias también desconocidas.

Pero iba en busca de mi chica, y no permitiría que la amenaza de la enfermedad me detuviera.

No paré de recordar cada una de sus líneas, de sus rasgos, de sus luces y sus sombras, con la firme decisión de plasmar toda aquella perfección en un dibujo. O cientos. O miles. ¿Qué más daba la cantidad? Sus ojos se iluminaban cuando trataba de animarme a que continuara con mis estudios, así que eso haría. Por encima de incertidumbres, de dudas.

La parte de mí que había muerto hacía años estaba renaciendo. Y me enviaba continuas señales que yo aceptaría. Los dedos me hormigueaban si pensaba en sujetar un lapicero, los ojos me escocían cuando captaban al vuelo algo digno de ser immortalizado, fuera animado o inanimado. El corazón me recordaba que seguía en el mismo sitio, junto a la boca de mi dragón tatuado, cuando me imaginaba rodeado de paz, de silencio, para activar mi concentración al máximo.

Y lo mejor de todo era que Martina aparecía en todas aquellas visiones. Ella era la única que me acompañaba, con aquella sonrisa que abría enormes claros en mis nubes y me hacía pensar en ella en términos muy cursis para el resto del mundo, pero esenciales para mí de buenas a primeras.

Dibujaría, estudiaría, incluso intentaría exponer en la galería de Brian si eso la hacía feliz. Pero antes tendría que llegar a tiempo. Encontrar la valentía necesaria para afrontar lo que me esperara al final de aquel camino.

El taxi me dejó frente a la puerta del hospital. No me planteé que podría llegar tarde, que los resultados podrían no ser los que esperaba... Que su familia estaría allí. Por eso, cuando avancé por el pasillo hasta la sala de espera de la consulta de oncología y los vi, se me encogió el corazón.

Los dos estaban sentados. Álex lloraba en silencio, arropada por los brazos de Eirian, que tenía la cara enterrada en su pelo rubio y le susurraba palabras que no pude entender. Parecían uno solo. Una sola persona completamente destrozada, cuyo dolor me alcanzó de pleno.

Todos mis instintos se activaron al mismo tiempo. La garganta se me cerró y el corazón se me paró de repente, para volver a latirme en todos los rincones de mi cuerpo como si me quisiera golpear.

Algo no iba bien.

Martina...

Cogí aire y carraspeé. Eirian levantó la cabeza al mismo tiempo que Álex, pero fue ella quien primero reaccionó. Se apartó de su marido y se limpió la cara empapada en lágrimas antes de ponerse de pie, completamente atónita por verme allí.

Había envejecido un poco desde la última vez, igual que Eirian. Los dos estaban más delgados, más demacrados. Con las arrugas propias del sufrimiento casi perpetuo.

Sentí un pinchazo en el estómago al pensar en la causa. Un pequeño acceso de pánico que enseguida rechacé.

Estaría al lado de Martina, pasara lo que pasase.

—Tyler... —balbuceó.

—Hola —dije simplemente, extendiendo una mano que ninguno de los dos aceptó. Creo que ni siquiera se fijaron en ella; al cabo de unos segundos, la dejé caer—. Cuánto... tiempo.

—Acabo de descubrir que es demasiado poco —susurró Eirian, lanzándome una mirada que, en otras circunstancias, me hubiera obligado a esconder la cabeza bajo tierra como si fuera un avestruz.

—¿Qué haces aquí? —Álex seguía agarrada al brazo de su marido, con un aspecto tan frágil que temí que, si le soltaba, se cayera. Parpadeó como si yo fuera una visión que desapareciera de un momento a otro, pero al ver que no era así, suspiró—. Martina nos dijo que...

—Imagino lo que os dijo, pero ella no sabía que iba a venir. En realidad, yo mismo me he sorprendido.

—Normal. Imagino que no todos los días eres capaz de descubrir que puedes comportarte como un hombre, ¿verdad?

Apreté los puños y los labios para encarar las puñaladas de Eirian. No me había imaginado nuestro encuentro de ninguna manera, pero no me sorprendía que fuera así.

—Te entiendo —dije en un susurro, para no llamar la atención del resto de personas que copaban la sala de espera—. No esperaba otro recibimiento, así que seré breve: tengo que estar con ella. En la revisión. Y después. Sobre todo después.

—Pues has llegado tarde, Freeman. En concreto, seis años.

—No, Eirian, espera...

Álex se aferró a su mano con más fuerza, pálida como un muerto, pero él se libró con delicadeza y la sujetó para que pudiera volver a sentarse.

—¿A qué, *mo ghealach*? —le preguntó con dulzura, mientras no apartaba sus ojos de mí—. ¿A que vuelva a machacarla? ¿A que ella decida cometer otra vez el mismo error? *Os cionn mo chorp ...*<sup>[15]</sup>

—Pero si ella os ve discutir...

—No nos verá. Ni ella, ni tú. —La besó en los labios y acarició su mejilla con absoluta devoción—. Espérame aquí. Y no pongas esa cara. De momento no voy a matarlo.

Me agarró del brazo y me llevó hasta los baños del final del pasillo. Me empujó dentro y, después de asegurarse de que estábamos solos, me empotró contra la pared de azulejos de un empujón.

No me resistí. Me lo tenía merecido, así que levanté los brazos en señal de rendición y procuré ver la situación como una especie de consecuencia tardía que tendría que sufrir. Eirian estampó su puño muy cerca de mi cabeza. Yo ni siquiera parpadeé. Intentaba intimidarme, pero no pensaba salir huyendo. Nunca más lo haría.

—Te lo voy a pedir por las buenas: lárgate de aquí —siseó—. Eres lo último que ella necesita ahora.

—¿No deberías dejar que sea ella quién lo decida?

—¡Le destrozaste la vida! —Sentí el primer golpe en el vientre que me cortó la respiración. Quise doblarme en dos, pero colocó su brazo sobre mi pecho para impedírmelo—. ¡Ya no la conoces! Has estado fuera de su vida seis jodidos años, ¡así que mantente así!

—Tú... tampoco... la conoces.

Cogí aire entre palabra y palabra para recuperarme, antes de patear su espinilla. Fue una defensa efectiva. Eirian soltó un bufido y se apartó lo justo para que yo pudiera abandonar la pared. Gemí mientras me abrazaba el vientre, pero no le perdí de vista ni un segundo. Vi cómo se frotaba el puño mientras daba vueltas alrededor de mí, como buscando la mejor manera de volver a atacarme y, al mismo tiempo, esperando que huyera o que alertara de su comportamiento.

No hice ninguna de las dos cosas. Durante un momento solo se oyeron nuestras respiraciones excitadas por la situación, hasta que él soltó una risilla llena de amargura.

—Para conocer a una mujer hay que compartir con ella algo más que la cama, amigo. Tú no estuviste con ella cuando recibió el resultado de las pruebas, ni la abrazaste para consolarla en la medida de lo posible al verla tan destrozada, ¡con tu puto mensaje en la pantalla del móvil! —Con un gruñido contenido, para no llamar la atención, me embistió tan fuerte que terminé en el suelo. No me importó; me levanté y se lo devolví, hasta que fue él quien tuvo que levantarse. Me enseñó los dientes con una sonrisa torcida, casi escalofriante—. Ah, no sabes las ganas que tenía de ponerte la mano encima. ¡Cuando despertó de la operación y te nombró, se me removieron las entrañas! ¡Porque era Brian, y no tú, quién nos acompañó! Tampoco estuviste cuando le regalamos aquellos anillos después de cada sesión de quimio, ni cuando tenía que sujetarle la frente para que pudiera vomitar mejor. No la viste demacrada, agotada, pálida y queriendo morir antes de seguir pasando por semejante tortura. ¡No sentiste la impotencia que nos partía en dos cuando no podíamos hacer nada para aliviarla! ¡No viste su cara cuando le regalamos ese gato peludo, ni tampoco cuando se empeñó en cubrirse la cabeza con aquel pañuelo rosa tan horrible, porque decía que era el color representativo del cáncer de mama y quería llevarlo con orgullo! La vi tocar fondo, ¡sufrimos con ella! Nos desgastamos tanto que ya nunca volveremos a ser los mismos. Pero la ayudamos a salir a la superficie. Dime, valiente, ¿dónde estabas tú mientras tanto? —«Intentando salir de mi propio infierno», estuve a punto de decirle, pero me mordí la lengua. La agonía de Eirian parecía demasiado reciente con cada una de sus palabras. Demasiado real. Actuaba como un jodido perro guardián, y lo entendía—. No estuve de acuerdo con que Martina fuera a ese pueblucho de mala muerte para meterse en tu casa, pero respeté su decisión porque no me quedó otro remedio. Ahora la tenemos aquí de nuevo. ¡Y haré todo lo posible para que se quede! ¿Me has entendido, pedazo de mierda?

—No sabes lo que me llevó a dejarla. ¡No tienes ni puta idea! —susurré, señalándole con el dedo para evitar lanzarme contra él. No quería seguir escuchándole. Su cuadro de realidad era demasiado escalofriante, me llenaba de una culpa casi imposible de soportar—. Sin embargo, conozco su historia. Ella me la contó. Y no voy a dejarla sola así me muelas a palos. Estoy enamorado de ella. Esta vez, no pienso abandonar por nada... ni por nadie. Y eso te incluye a ti, Sinclair. Así que, o me dejas entrar para acompañarla en la revisión, o seguiré con esta pelea hasta el final.

—Qué bonitas palabras. Lástima que solo sean eso: palabras.

—¡Son mucho más! ¡Te lo estoy diciendo, y te lo acabo de demostrar! — grité, señalándome el pecho para después golpear el suyo con el puño cerrado. Se llevó la mano al hombro con un quejido, pero no me perdió de vista y volvió a embestirme hasta estrellarme contra uno de los lavabos. El dolor que sentí en la parte baja de la espalda no fue lo suficientemente fuerte como para hacerme desistir. Me aparté y retrocedí un par de pasos, sin darle la espalda—. Martina no me dijo que vendría aquí hoy. ¡He tenido que enterarme por Brian!

—¿Brian está en Irlanda?

—Acudió en cuanto ella lo llamó.

Eirian se enderezó de golpe. Sus ojos parecían negros cuando me agarró por la camiseta.

—¿Qué le has hecho? —siseó—. ¿Qué coño le has hecho para que le llamara?

—Quererla. Contarle todo. Sincerarme con ella. —Respiré hondo y mantuve la calma cuando vi que él no volvía a golpearme. Me mantuve alerta, dispuesto a defenderme, pero seguí hablando mientras escuchaba sus jadeos por el esfuerzo de mantenerme tan cerca de él—. Correr a su lado en cuanto supe el trago que tendría que pasar, sin importar que pudiera encontrarme con vosotros, contigo. Sin importar que pudiéramos estar como estamos ahora, que es lo que ambos nos merecemos, o que Álex me echara en cara todo lo que he hecho mal, porque sé que lo he hecho, pero quiero remediarlo.

—Llegas seis años tarde, chaval, ya te lo he dicho —siseó con la voz ronca—. Hay huidas que no tienen remedio.

—¿Como la tuya? —Él se me quedó mirando, entre sorprendido e indeciso—. Qué coincidencia, ¿verdad? Los dos eludimos nuestros problemas en un momento dado de nuestras vidas, los dos nos pasamos años alejados de lo que realmente debíamos arreglar... ¡Incluso nos hemos acercado en el tiempo que hemos estado intentando encontrar nuestras propias respuestas, si no me equivoco! Yo, seis años. Tú, siete. Qué casualidad...

Acababa de meter todo el puño en una herida que siempre sangraría: la muerte de su hija Elizabeth. Me arrepentí al instante, pero ya no había marcha atrás. Esperé una nueva explosión, pero durante una sucesión interminable de segundos solo se oyeron nuestras respiraciones.

Eirian resopló y se frotó la nuca. Buena parte de su furia se había ido, pero quedaba lo peor: el escepticismo, el dolor que persistía después de haber visto

cómo Martina sufría por mi culpa. Ese instinto de protección que llevaba a un padre a alejar a una hija de cualquier cosa o persona que pudieran dañarla. Para él, yo representaba el mayor peligro en esos momentos. Le conocía. Sabía que era muy capaz de seguir empleando esos puños sin importarle las consecuencias. Aunque pasaba de los cuarenta y tenía el pelo salpicado de canas, su envergadura seguía siendo digna de considerar.

Le observé como quién observa a su adversario en un rin de boxeo, pero poco a poco solté el aire de mis pulmones cuando comprobé que encogía los hombros, para apoyar la espalda en la pared que momentos antes yo había ocupado.

—Te lo paso porque, por mucho que me duela, sé que tienes parte de razón. Y porque me das pena —añadió, señalándome—. Tienes un aspecto horrible, chico.

—El tuyo no es mucho mejor.

—Peleas bien. La rabia no te ciega, y eso es bueno.

—He tenido en cuenta el lugar y he decidido ser discreto. Además, cuento con la ventaja de la juventud. —Los dos jadeábamos, cansados por la tensión y con los puños doloridos—. No he venido a pelear contigo, sino con Martina. Tengo que reservar buena parte de mi energía para ella.

Una fugaz sonrisa apareció en su cara antes de volver a su gesto sombrío, cansado, de vuelta de todo. Tan triste que terminé con mi espalda al lado de la suya.

—Martina ha permitido que la acompañemos hasta aquí, pero nada más, Tyler.

—¿Qué... quieres decir con ese «nada más»?

—Lo que te dije nada más verte: que has llegado tarde. Se ha ido. —El corazón se me encogió en el pecho, el aire me colapsó los pulmones y un frío helador me agarrotó los dedos de las manos—. Los resultados... no han sido todo lo buenos que esperábamos, pero ella quiere derivar su caso a un hospital de Dublín. Cuando ha conseguido la conformidad de su médico, se ha marchado.

Me froté el puente de la nariz y las sienes. Sentía el pulso acelerado, sacudiéndome como si estuviera en medio de un huracán. Si cerraba los ojos, podía escuchar el crujido del suelo abriéndose bajo mis pies al mismo tiempo que repetía las palabras de Eirian en mi cabeza:

«Los resultados... no han sido todo lo buenos que espetábamos».

Martina había huido de esos resultados, de su familia. De todo el mundo.

Su sentido de protección hacia aquellos que la querían no le permitía dejar que sufrieran con ella.

—*Tá sé ina nightmare fucking ...*<sup>[16]</sup> —murmuré.

Abrí los ojos cuando sentí las manos de Eirian alrededor de mis brazos como si fueran garras, y su mirada oscura, implacable, clavada en mí.

—Sí, lo es —respondió, demostrándome que en algún momento de su vida había aprendido irlandés. Tal vez cuando empecé a salir con Martina—. Pero si la quieres, compartirás esa pesadilla con ella.

—Las veces que hagan falta. —Me incorporé y me lavé la cara para limpiarme el sudor que me corría por las mejillas—. ¿A dónde ha ido?

—No lo sé. —Alguien entró, usó el inodoro y salió, mirándonos con extrañeza pero sin hacer ningún comentario. Eirian esperó a quedarnos solos para continuar—. Solo dijo que necesitaba reconciliarse con su pasado por completo, o algo parecido. Quise ir detrás de ella. No debería estar sola en un momento así, ¿sabes? Pero Álex también me necesita...

—No hace falta que me expliques.

Lo entendía porque era la misma ansiedad que me embargaba a mí.

Martina, Martina, Martina...

Repetí su nombre como si fuera un mantra, solo para encontrar la fortaleza que a aquel hombre formidable parecía faltarle. Ni Eirian ni Álex esperaban verme allí, pero allí estaba. Tampoco esperarían que me comportara como debí hacerlo seis años atrás, pero lo haría.

Resoplé y traté de pensar, mientras caminaba a un lado y a otro, intentando encontrar la manera de desprenderme del pánico que me atenazaba para poder pensar con claridad.

Reconciliarse con su pasado. Eso les había dicho Martina antes de desaparecer.

Y fueron las palabras mágicas.

Sonreí cuando coloqué una mano en el hombro de Eirian y esperé a que él fuera capaz de mirarme. Avergonzado, se sonó la nariz y se limpió la barba húmeda de un manotazo.

—No te preocupes. Creo que sé dónde puede estar —dije—. Iré a por ella. Si decide quedarse aquí, lo aceptaré. Te doy mi palabra de irlandés. Pero si decide lo contrario...

—Seré yo quien lo acepte. Te doy mi palabra de escocés. —Me ofreció la mano y yo la acepté. El apretón fue fugaz, pero consistente. Sabíamos que ninguno de los dos rompería su palabra cuando él se encaminó a la puerta—.

Tengo que ir con Álex. Está destrozada. Nos necesitamos.

Yo también necesitaba a Martina. Tanto como esperaba que ella me necesitara a mí.

# VEINTINUEVE

## *Tyler*

Los resultados no eran los esperados.

Vértigo. Un pánico implacable que se había apoderado de mí en cuanto puse un pie en los Jardines Secretos de Edimburgo, rezando por encontrarla allí y, al mismo tiempo, esperando no hacerlo.

No me sentía preparado para confrontarla con aquellas palabras rebotando en mi cerebro como si tuvieran todo el espacio del mundo para hacer daño. Me provocaban sudores fríos, y una debilidad que no conocía desde el día en que decidí cortar con ella.

Quería chillar, maldecir a Dios, desafiarle con el puño en alto para que nos concediera un poco de esa justicia que, al parecer, era cosa de otros. Quería golpear cosas hasta deshacerme de toda la rabia acumulada, pero solo me dejé caer sobre el césped, a una distancia prudencial, cuando la vi.

Mis emociones se me anudaron en la boca del estómago.

Las aparté todas y retuve su imagen en mi memoria. Estaba sentada en el suelo, justo donde hicimos el amor por primera vez. Con la espalda pegada al tronco del árbol donde yo me había apoyado años atrás. En aquel momento, estaba dividido entre la necesidad de contarle la verdad y la de ocultarla para conservarla a mi lado. Ahora era ella la que parecía dividida. Con su preciosa cara elevada hacia los rayos de sol, que le arrancaban mechones casi blancos de su pelo rubio.

Me centré en su figura, mientras se abrazaba las rodillas flexionadas. En su perfil de niña, con aquella nariz respingona, los labios cerrados y el ceño ligeramente fruncido, como si pensara profundamente en algo. Yo sabía en qué. Un escalofrío de incertidumbre me recorrió entero. No encontraba la forma de abordar lo que le preocupaba y lo que me mataba.

Me acerqué con todo el cuerpo en tensión, pero con todo el cuidado del mundo. Tanto, que no se dio cuenta de mi presencia hasta que no me senté a su lado y dio un respingo, seguido de un grito.

—¡Joder, Tyler! —exclamó, poniendo una mano en el pecho. Luego parpadeó y entrecerró los ojos, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí—. ¡Tyler! ¿Qué haces aquí?

Se levantó de un salto, pero la agarré del brazo y negué con la cabeza. Su

expresión atónita derivó en una más huraña cuando volvió a sentarse.

Sabía que no había actuado bien al ocultarme algo tan importante como una revisión, así que decidió quedarse allí para aguantar un posible chaparrón. Lo llevaba escrito en la cara. Contuve una sonrisa al comprobar lo transparente que seguía siendo, a pesar del tiempo y la dureza de la vida.

—Actuar como creo que debería después de que Brian me haya dicho dónde estabas, y por qué —respondí, carraspeando para que el jodido nudo de mi garganta desapareciera—. Te llamé, pero al parecer tengo que enterarme de tus planes por terceras personas.

Los ojos de Martina se abrieron hasta lo imposible.

—¿Brian? —preguntó, con una vocecita cada vez más insegura, como si se fuera desinflando conforme iba aceptando la situación—. ¿Cómo...?

—Te hago un resumen: se presentó en mi casa al mediodía. Yo, que estaba solo imaginándote en el gabinete, y todavía medio dormido, decidí no defenderme del par de puñetazos que me soltó.

—¡Te pegó!

—No fue el único. Eirian también decidió darse el gusto, pero es igual. Sobreviví —añadí, encogiéndome de hombros. No era algo que fuera a recriminar a ninguno de los dos—. El caso es que Brian no estaba convencido de que yo te acompañaría a tu... revisión, y decidió asegurarse. Cuando vio que yo no sabía absolutamente nada, decidió echarme una mano. He venido en avión. Espero tu explicación, porque no me ha gustado nada ver a tu madre deshecha en lágrimas, ni a Eirian abrazándola en la sala de espera, completamente destrozado, para después decirme que los resultados no eran los esperados. —Ella se mordió el labio y volvió a mirar al frente. El mentón le temblaba ligeramente cuando se abrazó a sí misma y lo apoyó sobre sus rodillas. Vi cómo apretaba los párpados para controlar las lágrimas. Yo apreté los puños para evitar abrazarla, besarla, asegurarle que nada malo volvería a ocurrir... Serían mentiras. Ya había sucedido—. No estoy enfadado por haberme ocultado que venías. Tuviste que madrugar mucho para venir en tu coche...

—Vine en coche, y en coche me iré —me cortó con una voz fría, casi impersonal.

No me incluía. Me apartaba, igual que había hecho con su familia. La diferencia estaba en mí. No se lo permitiría. Si ella erigía barreras, yo las echaría abajo.

—Entonces, perfecto. Nos iremos los dos cuando me lo hayas contado

todo. No me he descabezado, pensando dónde podrías estar, para nada.

—Creí que nadie me encontraría aquí.

—Decirle a Eirian que ibas a reconciliarte con tu pasado no fue muy inteligente de tu parte —añadí, intentando que mi pequeña sonrisa fuera aceptada por ella. Solo recibí como respuesta sus labios apretados, antes de insistir en observar el cielo—. Aunque no te imaginabas que vendría...

—No. Brian no me dijo que pensara hacerte una visita.

—Se preocupa por ti. Y por mí. —La miré de reojo. Necesitaba que no se protegiera de mí como si yo fuera a hacerle daño. Y recurrí a una fórmula infalible—. Me ofreció exponer mis dibujos en su galería. No tenías que haberle dicho nada.

—¿Por qué? Son muy buenos. Su galería es pequeña, pero por algo se empieza. —¡Bien, ahí estaba! El destello de entusiasmo contenido en sus ojos cuando se giró para prestarme atención, al fin. Estuve a punto de ponerme a dar saltos de alegría—. Estoy segura de que te gustará exponer allí.

—Así que estás segura.

—Tyler, tus dibujos muestran una parte de ti —concluyó, aflojando los brazos y levantando la cabeza. Toda la parte superior de su cuerpo había girado en mi dirección. Incluso empezó a gesticular con las manos, como si aquel tema fuera su salvavidas provisional.

Sonreí ante su comentario.

—Eso no tiene por qué ser bonito.

—Es que tus dibujos tampoco lo son. Tienen vida. Transmiten sensaciones, sentimientos. No son bonitos. Son asombrosos.

—Tú haces que sean así, Martina. Y quiero que sigas haciéndolo. —Ella me miró sin comprender. O con miedo a comprender. No lo supe con certeza—. Sé que te va a gustar oír esto, así que te lo voy a decir: pretendo retomar mis estudios, pero para eso te necesito a mi lado. Con todo tu equipaje a cuestas. Necesito tenerte conmigo de todas las maneras. Enfadada, contenta, enamorada, furiosa, feliz o desgraciada. Fuerte o débil. En la cama y fuera de ella. Y necesito que empecemos ahora.

El brillo lleno de vida de sus ojos se apagó de repente, igual que el de su cara. Se apartó de mí, se cruzó de brazos y volvió a observar el cielo.

—No —dijo.

Yo no me di por vencido.

—¿No, qué? «¿No quiero volver a tu cama, Tyler?» «¿No dormiremos juntos, Tyler?» «¿No quiero tenerte más en mi vida, Tyler?» ¿Me lo puedes

explicar, por favor? Es que un chico sin mundo como yo es un poco cortito de aquí —rematé, golpeándome la frente con el dedo.

—¡No hagas eso!

—¿El qué, Martina?

—¡Comportarte como si no valieras nada!

Perfecto. Toda la rabia acumulada por los resultados de las pruebas empezaba a entrar en ebullición. Yo sería su cabeza de turco, no me cabía duda, pero merecería la pena si con ello conseguía llevármela de vuelta a Killaloe.

Alargué una mano en su dirección, pero no me atreví a tocarla. Todavía desprendía tanto calor como frialdad. Me advertía con cada gesto de que no invadiera su espacio, así que lo respeté.

—Recapitulemos —dije, después de un buen rato tratando de controlar mi ansiedad—. Al fin consigo que comprendas lo bien que nos compenetramos y pasamos una noche de antología. Al menos para mí.

—Para mí también.

—Con confesión incluida —añadí, sin atreverme a mirarla. Con esas tres palabras, acababa de conseguir que el calor volviera a mi pecho—. Luego descubro que te has ido y, siguiendo mi instinto, voy detrás de ti tragándome el orgullo, como un perrillo faldero olisqueando a su dueña.

—Tú no eres...

—¡Ya sé que no lo soy! —exclamé, sujetándola por los hombros cuando ella se giró hacia mí. Fue un impulso que no rechazó—. Pero no me importa parecerlo con tal de hacerte sentir bien.

Intentaba regresar a nuestra mutua comprensión. A todo lo que habíamos conseguido en una sola noche. Y pensé que lo lograba, que me acercaba... Hasta que ella se soltó de mis manos para ponerse en pie, con la cara roja por la furia y los ojos chispeantes clavados en los míos.

—¿Ves? ¡A esto me refiero! —chilló, golpeándome el pecho con su dedo índice cuando yo también me levanté—. ¡El tiempo de los caballeros medievales ya pasó! ¡No necesito que me protejas como si yo no fuera capaz de hacerlo sola! ¡No necesito que me allanes el camino, ni que me enseñes la mejor manera de sacarle el jugo a la vida por si acaso no llego a vieja!

—¿Crees que he estado haciendo eso?

—¡Creo que, desde anoche, planeas ahuecarme la almohada para que me resulte más cómoda en el camino que debo recorrer! ¡Y tampoco lo necesito!

—Entonces, ¿qué necesitas?

Me limpié las lágrimas con furia. Llevaba un rato llorando sin darme cuenta. Se me quedó mirando con una mezcla de incredulidad, firmeza y dolor. Sabía que estaba rota. Que habría partes de ella que nunca se recompondrían. Que tendría que volver a pasarlo todo de nuevo. Pero no era una pusilánime. Tenía delante a una mujer firme, valiente, que necesitaba lamerse las heridas ella sola, en vez de un caballero andante que no le serviría para nada salvo para estar a su lado, en silencio, esperando su momento.

Lo entendía, pero me escocía. Estaba rozando el límite. Si la presionaba más, la perdería.

—Tiempo —declaró, con una voz tensa, baja, llena de contención—. Espacio.

—¿Para seguir huyendo de mí?

—Para no hacerte daño. Ni a ti, ni a nadie.

Sus ojos brillaron y mi boca se quedó repentinamente seca. No me tocó, ni yo a ella. Nos quedamos el uno frente al otro, asumiendo como podíamos aquello negro y funesto que flotaba en el aire, hasta que dejó caer los hombros al mismo tiempo que las lágrimas.

—Me han visto un pequeño tumor maligno en el pecho operado —murmuró con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo. Temblando de pies a cabeza—. Me harán una biopsia en Dublín para asegurarse. De momento, no quiero dejar la rutina que tanto trabajo me ha costado conseguir. Por eso he pedido que me deriven allí.

Cerré los ojos y contuve el aliento. Me esforcé en no perder el norte, ni la perspectiva para anclarme a su realidad y no percibir esa barrera intangible que se empeñaba en erigir entre nosotros. Para ser y estar. Y cuando lo conseguí, volví a abrirlos.

—De acuerdo —dije, soltando el aire muy poco a poco—. Iré contigo.

—No lo entiendes, Tyler... ¡No puedo arriesgarme a perderte!

—No me perderás, Martina. Salvo que tú quieras.

Lloraba desconsoladamente cuando intenté envolverla en un abrazo desesperado y se escurrió como un pez para poner distancia, mientras sacudía la cabeza una y otra vez.

—Hay cosas que no están en mis manos. ¡No consentiré que nadie vuelva a sufrir por mi culpa!

—Eso es miedo, o amor incondicional. Aunque también puede ser el mayor de tus errores.

Ella levantó la vista y me miró extrañada, pero tan desencajada que me

decidí a envolver su mejilla empapada en mi mano. Era lo máximo que me permitiría.

—¿Y si fueran las tres cosas? —preguntó, sacudiéndose de miedo contra mi palma.

Parecía tan cansada de luchar como yo de aparentar fortaleza, cuando en realidad deseaba desmoronarme con ella. Pero respiré hondo para infundirme valor, me pinté una sonrisa en la cara, y me preparé para sostenerla.

—Cáete y vuelve a levantarte mientras luchas —dije—. Sigue intentándolo, falla, manda todo a la puta mierda y empieza otra vez si es necesario. ¡No pasa nada! Pero si te empeñas en rechazar el apoyo de las personas que te quieren, perderás todo aquello que valga la pena.

Esperé unos minutos con el corazón en un puño, preparado para salir corriendo detrás de ella si decidía alejarse otra vez, pero no lo hizo. Me suplicó con la mirada que comprendiese, que respetase su espacio. Todas las fibras de mi ser me gritaban lo contrario. Me suplicaban que me pegase a ella y no la soltase nunca. Me indicaban el camino correcto para alimentar mi fuerza, para convertirme en todo lo que ella necesitara.

Sabía que podría hacerlo. Solo tenía que pedírmelo, y se lo daría.

Pero lo que me había pedido era tiempo.

Dejé caer la mano y me quedé a dos palmos de Martina. De su sufrimiento, de su boca temblorosa que estaba deseando besar y de ese cuerpo que parecía desvalido, indefenso.

—Si me pides que espere, lo haré por mucho que me duela, pero no me echés de tu lado —terminé suplicando, ofreciéndole las palmas de mis manos vacías para que las llenara con lo que le viniera en gana—. No ahora, cuando puedo estar contigo como siempre debí hacer.

—¿No te das cuenta? ¡Desde que nos conocimos, no hemos hecho más que cometer errores!

—Ninguno irreparable. No permitas que este lo sea, *m'aghaidh ghealach*. —Di un paso adelante y la encerré entre mis brazos. Ella no se resistió. Sentí los temblores de su llanto contra mi pecho hasta hacerme añicos. Maldije en silencio ese destino tan duro con nosotros y quise patear el cielo, buscando algo para poder ayudarla, para poder salvarnos, para no perdernos—. Yo no soy el problema. Estoy a tu lado para arreglarlo. Este y todos los que se nos presenten a partir de ahora. —Enterré la cara en su pelo y dejé salir todo mi dolor para unirlo con el suyo. Lloré y me aferré a ella igual que ella se aferró a mí. Pero tan pronto como sentí sus brazos alrededor de mi cintura, los

apartó para mirarme a los ojos—. Porque te quiero, y no pienso dejar pasar la oportunidad de estar contigo. Con cláusula o sin ella. Con hijos o sin ellos. Con la enfermedad o completamente sanos. ¡Lucharemos! Los dos juntos. Formamos un equipo. Nos compenetramos a la perfección cuando nos convertimos en uno solo. Somos invencibles.

No fui capaz de pronunciar la palabra maldita, «cáncer», sin derrumbarme, pero comprendí la magnitud de lo que acababa de decir. Ella también. Sus estremecimientos por el llanto se volvieron más violentos, y el pánico me dominó cuando dio varios pasos atrás y sacudió la cabeza con desesperanza. Siguió retrocediendo mientras abría y cerraba la boca sin encontrar nada lo suficientemente apropiado que decirme, hasta que finalmente me dio la espalda y salió corriendo.

«No, ¡no la dejes marchar así! ¡Inténtalo de nuevo, las veces que haga falta! ¡Vamos!».

Apreté los dientes hasta que casi se me desencajó la mandíbula. Procuré que los pies no se me movieran del sitio y presioné los muslos con mis puños cerrados.

Dejé que se fuera.

En mi pecho se abrió un agujero imposible de cerrar, y por él salió toda la rabia acumulada, toda la tensión reprimida, el verdadero significado de cada palabra escuchada.

—Joder, joder... ¡Putá mierda!

Golpeé el tronco del árbol hasta que los nudillos me dolieron. Maldije levantando los ojos al cielo, y me quedé mirando el lugar por el que ella se había ido. Ya no había nadie. El silencio era absoluto cuando me senté sobre la hierba, apoyé la espalda sobre el tronco que acababa de golpear, y clavé los ojos en el lago.

Hasta que me limpie las lágrimas y me puse en pie.

Martina iba a recorrer esa delgada línea que separa la vida de la muerte, pero no la recorrería sola; de eso estaba plenamente convencido.

# TREINTA

*Dublín, una semana después*

**Martina**

—¿No vas a venir con Peyton y conmigo?

—No, Zoe. No puedo. Tengo trabajo aquí, cariño.

Era una excusa tonta, pero, ¿qué podía decirle? ¿Que, en unos días, renunciaría a todo lo que me había ayudado a anclarme a la rutina para dedicarme otra vez a sobrevivir?

No. Incluso Zoe me diría que estaba huyendo como una niña mimada. Que no sabía gestionar mis frustraciones, ni físicas ni emocionales. Y tendría razón.

Él había cumplido con mi petición. Me estaba dando tiempo, pero ese tiempo se estaba volviendo en mi contra a cada día que pasaba. Le echaba tanto de menos que me dolía. No podía olvidar sus extraordinarios ojos grises, su sonrisa socarrona, su barba de dos días, aquel cuerpo formidable hecho a base de trabajo duro, con aquellas manos callosas que volverían a dibujar...

Suspiré. Mi madre y Eirian me llamaban a diario, varias veces. Luna me contaba sus batallitas en el colegio y conseguía hacerme reír. Brian me había echado la bronca por haberme quedado en el apartamento que tenía pagado de Dublín, en vez de estar con él en su primera semana de vacaciones, aunque yo sabía que estaba más que entretenido con Peyton y su recién nacida relación.

Nunca me había encontrado tan arropada, y nunca había estado tan sola. Tan vacía. Sin ganas de presentar batalla y a punto de resignarme a lo que fuera a suceder.

Sin Tyler.

Necesitaba recuperar el equilibrio emocional para encontrar mi espíritu de superación. Mi fuerza.

Cuando comprendí que parte de esa fuerza estaba en él, me desmoroné. Se la había cedido después de haber pasado la noche más increíble de mi vida con él. Me lo demostró en su manera de abrazarme después de hacer el amor. En la forma de hablarme, desde muy adentro, mientras me miraba como si

fuera lo máspreciado de su vida.

Esa noche me sentí única, el centro de su universo. Una mujer completa.

Un espejismo.

Mi destino era estar sola. Cada vez que la expresión destrozada de Tyler aquella tarde en Edimburgo me asaltaba, estaba más convencida de que hacía lo correcto.

—Cometí un error, Zoe —dije sin mirarla, como si hablara con una adulta, cuando empecé a recoger en el gabinete—. Y tengo que solucionarlo.

—Tyler dice que necesitas espacio y que él te lo dará.

Dios. Todavía me sorprendía la memoria de aquella niña. Tenía una habilidad especial para recitar al pie de la letra todo lo que escuchaba. Había que tener un cuidado mayor del habitual a la hora de hablar delante de ella, pensé cuando le coloqué el pelo y la besé en la mejilla.

—Lo sé, cielo.

—Pero yo estoy sola. Ven conmigo, por favor.

Sus preciosos ojos se empañaron con algo que era real y que me puso los pelos de punta. Instintivamente, me acuclillé frente a ella, con todos mis sentidos alerta.

—No va a ocurrirte nada, cariño —la animé, pintándome una sonrisa reconfortante para tranquilizarla—. Tyler y Peyton están contigo. Y Brian, que me ha dicho que eres un encanto de niña y que se ríe mucho contigo. Además están los caballos. Seguro que has avanzado mucho desde la última vez que te vi.

—Sí, Tyler dice que seré una excelente amazona dentro de nada. Pero tengo miedo. —Movié las manos con tanta rapidez que me asustó. Parecía completamente concentrada en lo que decía con ellas, como si yo no estuviera delante. Miraba hacia la ventana, donde golpeaban las gotas de lluvia de aquel día, con el ceño fruncido—. La abuela discutió con Nathan. Se enfadó mucho. Dijo que los hombres nunca merecían la pena. Que su egoísmo superaba todo lo demás. Que si volvía a pedirle lo que le había pedido, tendría que cerrar el subway y nos iríamos a vivir a otro sitio. Y yo no quiero. ¡Estoy bien allí!

Apreté los labios para disimular mi desazón. Conociendo a Nathan, seguramente le habría pedido algún permiso imposible solo para complicar la existencia de Moira. Ella arropaba a Tyler, le daba su único trabajo estable. No era justo que se viera coaccionada de aquella manera, pero era una mujer muy capaz de solventar ese problema. Tenía tanta energía que, cada vez que

le informaba de los pequeños progresos de su nieta, los celebraba como si fueran sus mayores logros.

Quizá sería bueno que hablara con ella. Zoe necesitaba mucha tranquilidad para terminar de asentar sus avances, y esas discusiones, junto con las amenazas de cambiar de aires, no la ayudarían.

«Lo estás haciendo otra vez, Martina. Estás estableciendo lazos afectivos con ellas, cuando deberías cortarlos cuanto antes».

¿Cómo? Zoe necesitaba mi ayuda tanto como yo la suya, y Moira era tan respetuosa acerca de lo que me estaba ocurriendo, acerca de Tyler y de cómo llevaba su parte, que se limitaba a preguntar por mi estado cada vez que me dejaba a la nieta. Nada más.

Me centré en Zoe. Tenía la cara bañada en lágrimas silenciosas que maldije. Después de casi todo el verano, había sido incapaz de arrancarle una sola palabra. Me sentía cada vez más inútil, sobre todo porque no habíamos vuelto a hablar acerca de aquel dibujo que, en ese momento, colgaba del corcho del gabinete junto con otros tantos.

Empezaba a pensar que aquella llamada de socorro había sido invención suya, pero Zoe se agarró a mi brazo con desesperación, y acercó su boca a mi oído. El corazón se me aceleró. Sentí su pequeño aliento, sus ansias por conseguir que algún sonido saliera de su garganta. Incluso creí escuchar un leve susurro indefinido, antes de que volviera a apartarse con cara de decepción.

—*Martina, si la abuela se va de Killaloe, ¿puedo venir a vivir contigo?* — gesticuló, haciendo que todas mis esperanzas se destruyeran con la misma facilidad con la que se habían construido un momento antes—. *No quiero estar con ella.*

—*¿Por qué? Ella te quiere mucho, Zoe.*

—*Sí, pero a veces se enfada conmigo. Y yo me asusto. Como el día que discutí con el alcalde.*

—Eso es porque eres demasiado revoltosa a veces, Zoe —le expliqué, pellizcándole la nariz hasta arrancarle una sonrisa—. ¿Tienes el anillo que te regalé? —Ella asintió con fuerza y lo sacó del bolsillo para enseñármelo—. Bien. Pues te diré lo que haremos: no lo sueltes nunca, llévalo siempre contigo y verás como todo se arregla. Pero si las cosas se ponen feas, puedes hacer las maletas y mudarte a mi apartamento. Hay sitio para las dos.

—*¿Con Nerón?*

—Claro, cariño. *Nerón* solo está... de vacaciones en casa de Tyler. —No

vi necesidad de explicarle que tener a mi precioso gato conmigo durante esa semana, hubiera supuesto una recaída en recuerdos que, de momento, prefería mantener a raya hasta que tuviera los resultados en la mano—. Pero nos lo traeremos para que viva con nosotras. ¿Te parece bien?

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Peyton estaba al otro lado, tan sonriente como siempre cuando abrió los brazos y Zoe se precipitó en ellos.

—Hola, chicas —saludó, dejando su paraguas empapado en la puerta—. ¡Hace un día de perros! ¿Cómo estás, Martina?

—Bien. Nerviosa, pero bien.

Me guiñó un ojo. Sabía lo que tendría que pasar al día siguiente porque Brian se lo había contado, esperando que, dado que era la única persona que me veía a diario, pudiera convencerme para que le dejara acompañarme.

—Brian se alegrará de saberlo. Pero se alegraría todavía más si le llamaras para quedar con él mañana, en la puerta del hospital —susurró, para que Zoe no pudiera escucharla—. ¡Qué coño! Hasta yo me alegraría. ¿Me dejas acompañarte?

—No. Prefiero hacerlo sola. Además, tu estado no es el adecuado para andar por los hospitales como si nada. Puedes coger algo que perjudique al bebé.

Resopló y puso los ojos en blanco mientras salíamos del gabinete.

—Pareces Brian —refunfuñó. Yo sonreí. Era bueno que aquellos dos hubieran empezado su relación desde la sinceridad más absoluta. Peyton le había contado lo de su embarazo y la actitud del padre de la criatura sin omitir nada, y Brian lo había aceptado, así de simple. Ojalá mi situación se resolviera de una manera tan sencilla—. Desde que se ha enterado actúa como el hombre de las cavernas, ¿sabes? Todo el tiempo pendiente de mí y esas cosas.

—Te gusta que sea así, no lo niegues.

Ella suspiró cuando Zoe se subió a su coche, y puso una cara de éxtasis que me hizo reír.

—Me encanta. Tu amigo es alguien muy especial, créeme —me susurró al oído—. Es solo que no estoy acostumbrada. Le diré que estás perfectamente y que le llamarás mañana en cuanto salgas del hospital. Pero prepárate para recibir su sermón antes de las doce de la noche de hoy. ¡Nos vemos!

Me dio un beso en la mejilla y se marchó con tanta prisa como siempre que llegaba, pero con una diferencia: en aquella ocasión, no me habló de Tyler, de lo triste que estaba, de lo mal que llevaba nuestra separación, de su

humor de perros cada vez que yo salía en alguna conversación o de los tacos que soltaba cuando Brian le insinuaba a dónde podía mandar mi petición de tiempo y espacio.

Ese día, me dejó sola con mis recuerdos y con mis dudas.

El único sonido que llenaba el apartamento era el de la lluvia repiqueteando en la ventana.

Era un ruido reconfortante, me llenaba de acogedora soledad y al mismo tiempo me hacía echar de menos a *Nerón*. Si lo tuviera allí estaría sobre mi regazo, ronroneando mientras yo, inmersa en mis pensamientos, le acariciaba el lomo peludo.

Me había comportado como una irresponsable al dejarlo en Killaloe, pero sabía que estaría bien cuidado.

Cerré los ojos. Tyler...

¿A quién quería engañar? Lo necesitaba. Sin él, me sentía perdida, vulnerable, débil. Demasiado.

La primera vez, con los resultados de las pruebas en una mano y su wasap en la otra, me hice fuerte yo sola. Con mi familia, pero sin él. No podía esperarle, no tenía tiempo. Mi vida dependía de que siguiera luchando por ella. Pero las cosas habían cambiado. Llevaba meses con él, construyendo una nueva relación a partir de las cenizas de la anterior, con nuestros propios secretos, nuestros errores, como cimientos. Y eran sólidos. Por eso le echaba tanto de menos. Por eso le llamaba en silencio cuando estaba sola, porque le necesitaba, tal y como él me había advertido antes de desaparecer de mi vida solo para respetar mis peticiones.

El timbre de la puerta me sobresaltó.

¿Quién sería a esas horas? Me levanté de puntillas y miré por la ventana. Ya era de noche. Una noche llena de nubes que seguían descargando como si no hubiera un mañana.

Me acerqué a la mirilla.

Y mi corazón estuvo a punto de entrar en coma.

Unos penetrantes ojos grises me recibieron, seguidos de aquella barba de dos días, el pelo chorreando y un chubasquero oscuro que estaba formando un charco a su alrededor.

—Tyler... —murmuré, con la espalda apoyada en la puerta.

Un montón de posibilidades se presentaron antes mí, pero las bloqueé todas.

No podía abrirle. No podía dejarle pasar y mucho menos aceptar su presencia. Si hacía todo aquello, ya no tendría marcha atrás. Y todavía necesitaba más tiempo.

«¿Cuánto más? ¿Hasta que vuelvan a operarte y mires a tu alrededor, para comprobar que él no está? Ahora tienes la posibilidad de cambiar ese desenlace. ¡Hazlo!».

Volví de puntillas al salón y me encaramé al sofá para husmear a través de la ventana. Tyler no volvió a llamar; imaginé que supondría que no estaba en casa y se iría, pero le vi salir a la calle, bajo la lluvia, y apoyarse en...

¡El Chevrolet! ¡Lo había llevado hasta allí! ¡Había conducido!

Me agarré al respaldo del sofá y cerré los ojos, esperando, al mismo tiempo que empezaba a fabricar suposiciones.

¿Quién decía que había vuelto a conducir por mí? Tyler era un amante nato de los animales. A lo mejor *Nerón* estaba en el asiento trasero del coche, esperando a que yo abriera la puerta. Quizá no podía hacerse cargo de él y me lo llevaba.

¿Justo la noche antes de mi biopsia?

—Sigue engañándote, Martina —me reproché, antes de que él, como si me hubiera oído, levantara la cabeza en dirección a mi ventana.

Yo escondí la mía enseguida, pero comprendí mi error; desde donde él se encontraba, vería claramente la luz del salón.

—Mierda... —murmuré cuando me atreví a mirar de nuevo, para no verle. El timbre volvió a sonar, y mi corazón latió a su compás.

—Martina, sé que estás ahí. Ábreme, por favor.

Esa voz profunda, pausada pero llena de matices que iban directos a mis terminaciones nerviosas...

Bueno, siempre era mejor reconocer las meteduras de pata que dejar que estas hicieran auténticos estragos en el orgullo de una.

Arrastré los pies hasta la puerta y abrí.

Allí, delante de mí, volví a tener al mejor exponente de mi pasado más lejano y más inmediato. La parte de mi presente que parecía que nunca me abandonaría, y mi posible futuro si yo lo aceptaba. Todo eso y mucho más me dijo con una sola mirada que deslizó por todo mi cuerpo en cuanto dio un paso al frente. Me recordó que, debajo de mi camiseta vieja, no llevaba nada más que mis bragas.

Claro que era demasiado tarde para otra cosa que no fuera actuar con naturalidad.

Su cara reflejaba un sufrimiento mayor del que quería demostrarme, con aquel gesto lleno de tensión, las ojeras pronunciadas y el aspecto descuidado que seguía siendo insoportablemente sexy.

—Hola, Tyler —saludé, sintiendo cómo me ponía roja cuando se quedó mirando mi boca como si fuera el único lugar al que deseara ir.

—Hola, Martina.

—Has arreglado el coche.

—Y he vuelto a conducir. Me he pasado toda la semana haciendo prácticas en Killaloe bajo la supervisión de Brian. Hoy me ha parecido un día perfecto para venir a hacerte una visita. —Apoyó el hombro en el marco de la puerta y me sometió a otro examen visual—. Peter me llamó esta mañana para avisarme de que retiraban todos los cargos contra mí. No han encontrado ni una sola huella que demostrara que esa mierda era mía, así que oficialmente soy inocente de todo lo que tenga que ver con los anónimos. Pensé que te gustaría saberlo, pero como me pediste tiempo y no quería interrumpirte con llamadas o mensajes tontos...

—...Te presentas en mi casa justo el día antes de someterme a las pruebas —terminé por él. Me crucé de brazos, pero toda mi seguridad se evaporó cuando él se quedó mirando mis pechos, que se marcaron mucho más bajo la tela de la camiseta—. Me ha encantado saberlo, pero no cuela, Freeman. Demasiada coincidencia.

—Brian me insinuó que sería buena idea que yo mismo te trajera las noticias para que las conocieras de primera mano, y le hice caso.

—Parece que habéis retomado vuestra amistad.

—No es muy lógico que le llames para luego dejarle solo en Killaloe —añadió, torciendo la boca—. Tan solo como a *Nerón*.

—Tengo mis motivos.

—Y yo un montón de preguntas. No es que me importe cuidar de él, pero me encantaría saber si piensas volver en algún momento.

Parecía tan angustiado allí plantado, esperando...

—No deberías estar aquí —respondí—. Todavía no.

Él se había incorporado para dar otro paso en mi dirección, pero se quedó clavado en el sitio. Chorreando agua, con el ceño fruncido y ese gesto de absoluta seguridad, a pesar de lo que acababa de escuchar, que me ponía nerviosa y llena de anhelo al mismo tiempo.

—¿Por qué, Martina?

—Porque debo pasar esto... sola.

Soné patética, poco convincente. Él sonrió de medio lado, con su expresión más inocente, y consiguió que me apartara lo mínimo para poder cerrar la puerta de entrada tras él.

—Me parece que estás decidiendo por mí —afirmó.

—Eso es porque no quiero, ni me puedo permitir, necesitarte tantísimo como te necesito.

Y así, reconocí la magnitud de todos los sentimientos que me habían acosado en una semana. Tyler me miró sin decir nada, como si la revelación no le hubiera afectado lo más mínimo, hasta que tocó mi brazo desnudo con el reverso de los dedos.

La descarga eléctrica fue tan fuerte que estuve a punto de salir despedida.

—¿Me necesitas? —ronroneó muy cerca de mi oído.

—Sí.

Una simple palabra que desencadenó todo lo que hasta el momento habíamos contenido. Tyler acercó su boca a la mía y me besó. Sus manos se anclaron a mis hombros para sostenerme, pero no me acercó más a él. Y sin embargo, pude sentir cómo algo explotaba dentro de mí al mismo tiempo que dentro de él. El beso fue dulce, sin exigencias; su lengua acarició la mía con lentitud, con suavidad. Sus labios se acoplaron a los míos y se movieron como si no tuvieran necesidad de hacerlo más rápido. Podía notar los latidos de su corazón en cada aliento; la fuerza de su erección como si la tuviera ya acoplada entre mis piernas. Suspiraba por tenerla precisamente allí, palpitante, caliente.

Cuando se apartó para acariciarme las mejillas con sus pulgares, estuve a punto de caer desmayada. Me miraba con tanta ternura, con tanto entusiasmo contenido, que mi pecho casi se desintegró.

—Quizá debemos preocuparnos por esa necesidad tuya antes de nada —me dijo.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse cuando él recorrió mis labios con el pulgar. De un momento a otro, todos mis sentidos se vieron invadidos por él. Todas las sensaciones que desprendía se vieron potenciadas por aquel simple gesto lleno de erotismo.

Un latigazo de deseo me cruzó entera y me hizo concentrarme en él, yo y nuestra inesperada situación. En ese preciso instante era lo único que necesitaba: tenerle conmigo, con su cuerpo cubriéndome, con sus manos acariciándome y su boca repasando cada rincón para devorarme entera. Con su polla llenándome desde cualquier ángulo, hasta dejarme tan exhausta que

no pudiera pensar en el mañana, en el futuro.

Me olvidé de que hacía una semana que no hablábamos, de que necesitábamos reestablecer los cimientos de lo que fuera que había comenzado entre nosotros. Me olvidé hasta de mi nombre y le arranqué el chubasquero con prisas. Casi tantas como las que parecieron dominarle cuando, con un gruñido muy poco disimulado, mezcla de gusto por verme actuar como una obsesa, y sorpresa por lo mismo, enterró los dedos en mi pelo y tiró de él hacia atrás para tener acceso absoluto a mi boca.

En aquella ocasión el beso no fue tan suave, sino mucho más denso, más profundo, más duro. Me agarré a su cuello y arqueé la espalda hasta que mis pechos chocaron contra el suyo.

—Sigues mojado —susurré entre bocanada y bocanada de aire. Sin dejar de devorarme la boca, Tyler se encargó de deshacerse de su camisa y la arrojó lejos de nosotros.

—Espero que tú también —respondió, clavándome los dedos en la cintura para pegarme a él por completo. Nuestras frentes casi chocaron. Adelanté la boca en busca de más, pero él movió apenas la cabeza con una expresión trascendental—. Estás excitada. Puedo olerlo, verlo. Captar cada cambio de tu cuerpo, *m'aghaidh ghealach*. Siempre has sido tan transparente que no podrías engañarme aunque lo intentaras. —Cerró los ojos y acercó su nariz a mi cuello. Ni siquiera lo rozó, pero mi piel despertó con un fuerte cosquilleo, como si me estuviera acariciando a conciencia—. No te haces una idea de las veces que me he imaginado esta misma escena en la última semana. Me arrepiento de no haber venido antes. De no haberte conocido de nuevo antes. Solo cambiaría una parte de mi pasado para hacerte un hueco en él. El resto volvería a vivirlo tal cual, contigo a mi lado.

—¿Lo tenías preparado?

Él sonrió de medio lado y arqueó una ceja.

—No, pero sería muy complicado para mí mantener mi promesa con distancia de por medio.

—Así que piensas cumplirla...

—Siempre lo pensé. Lo ocurrido durante estos años solo ha supuesto una gran interrupción. Te he dado tiempo, pero también me lo he dado a mí.

—Solo ha sido una semana.

—Me ha parecido un año. Incluso he envejecido. —Sin que su sonrisa se borrara, cogió mis manos entre las suyas—. ¿Me aceptas, Martina?

—Siempre te he aceptado, Tyler. Incluso cuando te pedía que te fueras.

Pero no vuelvas a dejarme sola, por favor...

Tenía que demostrárselo de alguna forma, así que me lancé a su cuello para abrazarlo con toda la fuerza que pude atesorar. Con toda la intención de transmitirle mis sentimientos guardados durante una puñetera semana de separación autoimpuesta. No se me ocurrió otra manera de explicarle las veces infinitas que estuve a punto de coger el móvil y suplicarle que volviera a mi lado. Solo el orgullo me impidió hacerlo, pero en aquel momento, ese orgullo era ridículo. Casi lloré cuando sentí la plenitud de cada músculo de su cuerpo como si no hubiera tela que nos separara. Sí, estaba empapada, con aquel deseo que me hacía un agujero enorme en el pecho, palpitándome entre los muslos de una forma casi dolorosa.

Cogí impulso y le rodeé la cintura con las piernas. Tyler no perdió el tiempo. Acomodó su erección en mi sexo y me aplastó la espalda contra la pared, al mismo tiempo que empezaba a hurgar debajo de mis bragas.

Gemí cuando noté el tacto áspero y urgente de sus dedos, y grité al comprobar que su necesidad era tan vital como la mía cuando empezó a restregarse contra mí, sin haberse bajado los vaqueros. No cerré los ojos en ningún momento; ni siquiera cuando su mano se detuvo al mismo tiempo que sus sensuales movimientos de cadera. Se me quedó mirando con los ojos empañados por la pasión, pero sabiendo perfectamente a qué me refería. Por un momento, pensé que me dejaría en el suelo y se iría. Hizo lo primero, pero no me soltó, ni me alejó de él. Solo enredó sus dedos en mi pelo y me mordisqueó la barbilla.

—Prometo no volver a irme si tú prometes no volver a dejarme tanto tiempo detrás de una puerta, aguantando el chaparrón. Podría coger una pulmonía...

Sonreí primero. Reí después. Los dos reímos, hasta que el fuego que se había puesto cómodo en cada rincón de mi cuerpo volvió a avivarse, y le desabroché los pantalones.

—Llevar ropa mojada es muy peligroso para tu salud —sugerí, cogiendo en mi mano el grosor de su erección por encima del calzoncillo.

Tyler gruñó. En sus ojos pude ver un brillo de algo desconocido cuando me cogió la mano y la introdujo dentro de la prenda. Cerró los ojos y soltó el aire de golpe al sentirla sin ninguna barrera. Echó la cabeza atrás y entreabrió la boca, pero empujó hacia adelante con las caderas, con tanta fuerza que mi espalda volvió a la pared.

—Y llevar ropa vieja no contribuye en nada a tu atractivo —susurró

mientras me mordisqueaba la oreja. Tiró de mi camiseta y me dejó solo con mis bragas—. ¿Ves? Ahora estamos empatados.

Temblaba de contención, de emoción, igual que yo, cuando acarició mi trasero.

—Martina, te deseo tanto que podría hacer cualquier estupidez si no follamos ahora...

—¿Si no follamos?

—Sí, cariño. —Una sonrisa malévola se extendió por toda su cara hasta alcanzarle los ojos cuando volvió a acariciarme entre las piernas y comprobó lo empapada que estaba—. Ahora follaremos. Es lo que nos pide el cuerpo. Pero después, te haré el amor. Tantas veces como quieras, hasta que comprendas que el único tiempo que debes pedirme es el que compartamos juntos. Estoy aquí, no me iré, no huiré. Pero sí me perderé. En ti, si tú me dejas. ¿Estamos de acuerdo?

—En todo, irlandés.

Seguí moviendo los dedos para masturbarle, pero él me detuvo y negó con la cabeza. Luego la inclinó y empezó a jugar con mi pezón en la boca, acariciándolo con la lengua, mordisqueándolo. Consiguiendo que le ofreciera en bandeja todas mis objeciones.

Durante la última semana había querido precisamente lo que me había negado: mis emociones unidas y concentradas en una sola, que estaba a punto de explotar dentro de mí. Volví a rodearle con las piernas y me agarré de nuevo a su cuello, pero Tyler no se deshizo de la ropa interior que todavía nos cubría. Sin dejar de jugar con mi pezón, me llevó hasta el sofá y se apoyó en el respaldo, manteniéndome anclada a él, completamente en vilo.

Me dijo exactamente lo que quería cuando me dejó en el suelo y me dio la vuelta, de modo que su pecho quedó pegado a mi espalda. Me acarició los costados provocándome cosquillas, antes de enganchar mis bragas y tirar de ellas hacia abajo. Escuché un sonido parecido a un silbido, pero mucho más espeso. Me quedé en aquella postura, temblando de pies a cabeza, hasta que sentí sus labios a la altura de mis tobillos, ascendiendo en un recorrido lleno de puro y húmedo magnetismo, hacia la parte interior de mis muslos. Noté el cosquilleo de su lengua en mi sexo, buscando el punto perfecto para hacer que todo alrededor se borrara. Lo encontró y trazó círculos en él. Me mordí el labio para evitar un grito y clavé las uñas en el respaldo del sofá. Cerré mi mente a todo lo que no fueran sus manos acariciándome el trasero y aquella lengua que conseguía que me empapara todavía más. Hasta que todo terminó

tan repentinamente como había empezado, dejándome temblorosa, con el corazón aporreando mi garganta y las palpitaciones atravesándome el vientre.

—*Dia!* Si te vieras como te estoy viendo yo, entenderías por qué necesito estar dentro de ti.

—Entonces hazlo, Tyler. ¡Hazlo ya!

Lo sentí inmediatamente en mi interior. Con una sola embestida, hasta el fondo. Me quedé muy quieta, con las piernas abiertas y las rodillas apoyadas en el borde del sofá. Completamente entregada, tan excitada que jadeé cuando él me cubrió por completo. Pude sentirlo en cada partícula de mi cuerpo. Su olor, su respiración, la caricia de cada uno de sus poros bloqueando los míos. Sus manos abarcando la totalidad de mis pechos, como si fueran normales, preciosos para él.

Empezó a moverse casi inmediatamente, y yo gemí. Notar los golpes de sus testículos en mi culo fue algo así como mi mejor sueño húmedo hecho realidad. Casi pude visualizarlos, grandes, duros, tan calientes como su polla vibrando dentro de mí, llegando a lugares mucho más profundos, mucho más secretos.

—Dios, Tyler... —Levanté mi trasero para facilitarle la penetración y eché la cabeza atrás. Él había aumentado el ritmo, la potencia. Me sujetaba por las caderas para evitar que me moviera mientras me susurraba palabras ininteligibles al oído—. Tócame. Acaríciame...

Supo dónde y cómo hacerlo sin necesidad de que dijera más. Llevó una mano a la parte delantera de mi sexo y apretó mi clítoris con los dedos. Tenerle dentro, empujando una y otra vez, en combinación con aquella caricia ruda y efectiva, disparó todas mis fibras sensibles al mismo tiempo. Fue como una pequeña explosión que se expandía, que se reproducía haciéndose más grande en el camino, hasta terminar siendo imparable. El orgasmo fluyó a través de mí como un torrente brutal de éxtasis desenfrenado, arrojándome al borde del abismo y dejándome sin aliento, flotando en un mar tranquilo. Si Tyler no me hubiera tenido sujeta, me habría caído.

Sentí cómo se corría por completo en mi interior con una última embestida mucho más profunda que las anteriores, en medio de un grito casi agónico en el que pronunció mi nombre, para terminar con sus manos sobre las mías, en el respaldo del sofá. Con su pecho pegado a mi espalda y su rápida respiración bañándome el cuello mientras me lo besaba.

—Gracias por haberme aceptado —susurró entre jadeos—. Porque ahora sí

que podré hacerte el amor como solo tú mereces, *m'aghaidh ghealach.*

## TREINTA Y UNO

*Tyler*

Los siguientes minutos los dediqué a besarla, a estimularla poco a poco mientras sentía que yo volvía a ponerme duro dentro de ella. Después, cuando Martina empezó a retorcerse debajo de mí como si fuera una anguila sexy dispuesta a matarme a orgasmos, volví a moverme entre sus piernas.

Dios, era increíble la sensación de sentirme encerrado en la estrechez de sus músculos. Acogido, esa era la palabra. Solo necesitaba aquello... A ella elevando sus caderas para salirme al encuentro. A Martina, desplegando toda su pasión solo para mí, para darlo todo. Deshaciéndose en un nuevo orgasmo que la hizo estremecerse entre mis brazos.

Me corrí de una manera tan intensa como la primera vez. Y supe que sería así siempre, por muchas veces que lo hiciéramos, cuando me dediqué a apartar el pelo rubio de aquella cara de luna y a beber cada uno de sus alientos con millones de besos, solo para recrearme en su aspecto.

El gesto de Martina después de tener un orgasmo era un afrodisíaco por sí mismo. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos velados pero brillantes, revelando una satisfacción total y absoluta, la frente húmeda por el sudor que le brotaba y aquella preciosa boca entreabierta, como pidiéndome más.

—En algún momento la sentiré alrededor de mi polla, pero no ahora — dije, provocando que se riera. ¡Joder, cuánto había echado de menos aquella risa en momentos como ese! Sabía perfectamente a lo que me refería, porque recorrí sus labios con mi pulgar hasta arrancarle un nuevo suspiro—. Ahora estamos demasiado... húmedos.

—¿Podremos despegarnos?

—Tendremos que hacerlo. —Fui yo quien hizo el primer movimiento. Poco a poco, nos incorporamos para terminar los dos sentados en el sofá, con los dedos de nuestras respectivas manos entrelazados y una sonrisa bobalicona en la cara—. Por favor, señorita, ¿el baño?

—Al fondo a la derecha, como en todos los sitios —rio.

No la solté cuando me encaminé hacia él. Tenía una bañera demasiado pequeña para mi estatura, pero no supuso ningún problema para lo que tenía en mente. Le guiñé un ojo mientras la llenaba de agua caliente, y ni siquiera le pregunté si quería acompañarme cuando me metí en ella y la llené de

espuma. Reí cuando ella chilló y me acomodé en la bañera, con la espalda apoyada en uno de los laterales y la de Martina pegada a mi pecho, acomodada entre mis piernas.

La rodeé con ellas y empecé a enjabonarla con lentitud, sin ninguna pretensión a corto plazo. Solo la de disfrutar del silencio, sin consentir que nuestros pensamientos interfirieran en él. Vertí un poco de champú en la mano y empecé a frotarle el cuero cabelludo. La tentación de cuidar de ella hasta el cansancio era demasiado grande. De repente, había llegado la hora de terminar con aquel infierno que había supuesto los últimos siete días sin saber de ella, conteniendo las ganas de presentarme en el gabinete para terminar con aquella petición absurda de tiempo; soportando el dolor constante que parecía cortarme por la mitad si pensaba en lo que comenzaría al día siguiente, en sus consecuencias, en cómo aquella puta enfermedad volvería a colarse en su vida para cambiarla...

No. Yo estaría allí para evitarlo. Para convertir esos cambios en una nueva oportunidad, porque eso era. Tenía a Martina entre los brazos, entre mis piernas, otra vez. No la dejaría escapar.

—Tyler.

Le quité los últimos rastros de champú y dejé caer mis brazos sobre sus pechos para atraerla más hacia mí.

—¿Mmm?

—Tengo miedo.

—Yo también, cariño —admití. Apoyé la barbilla sobre su pelo empapado y apreté los dientes—. Pero no voy a permitir que eso nos vuelva a separar. Estaré para lo que me necesites, Martina. Incluidos tus miedos y tus silencios. —Los míos eran tan enormes que empezaron a aullar en mi cabeza, gritándome para que diera marcha atrás. No hacía mucho, era un tío con bastantes problemas, todos más que admitidos, asimilados y controlados. Bebía de vez en cuando, fumaba desde que salí de la cárcel porque me gustaba, y echaba algún que otro polvo cuando se presentaba la ocasión. Hasta que ella volvió, y todo mi extraño orden se fue a la mierda para establecer uno nuevo. Le aparté un mechón mojado de la cara y la giré para besarla—. Cuando salgamos de la bañera, voy a dibujarte.

—¿En serio?

Sus ojos brillaban de entusiasmo. Le iluminaban la cara.

Me reí con ganas.

—Te confesaré algo: *Nerón* y la noticia de mi inocencia eran solo una

excusa —murmuré, tocándole la punta de la nariz con el dedo—. Aunque pude traértelo solo para volver a verte, decidí darte el tiempo que me pediste. Pero una vez que me decidí a venir con todas las consecuencias, pensé en el dibujo. Destrozaron el último retrato que te hice, así que lo justo sería reponerlo. Tengo todo lo necesario en el coche, pero no esperaba que me recibieras en bragas. Me descolocó.

Esta vez fue ella la que se rio.

—¿En serio? —repitió, con los ojos abiertos como platos.

—Creo que no he bromeado ninguna de las dos veces que me he corrido dentro de ti. Y él tampoco —añadí, llevando una mano a su sexo para acariciarlo.

Su respuesta fue instantánea. Apoyó la cabeza en mi pecho y abrió más las piernas para dejarse llevar. Era increíble el modo en el que había terminado por ofrecermé cada parte de su cuerpo y casi todas las de su corazón y su alma. Se entregaba con mucha más pasión de la que recordaba. Conseguía que todo lo que siempre tenía en mente desapareciera como si nunca hubiera existido. Pero existía. Formaba esa parte que ella reservaba. La parte a la que más me costaría acceder.

La besé sin dejar de tocarla, de explorarla. Como si cada vez fuera la primera. Sentí que me ponía duro casi al instante. Gemí contra su boca y profundicé más en el beso, pero al tocar su pecho operado, recuperé el sentido de la realidad.

—¿Te das cuenta de que nadie espera que terminemos juntos? Todos dan por sentado que cumpliremos la cláusula de Max por separado.

Sus preciosos ojos azules se empañaron de tristeza. Me apartó la mano de entre sus piernas y las cerró con mucha delicadeza.

—Si hablas de hijos, ya conoces mis circunstancias, Tyler —susurró con la mirada perdida.

—No me has entendido. Hablo de lo que va a pasar a partir de mañana, Martina. —Cogí aire y me preparé para recibir cualquier respuesta a mi siguiente pregunta—: ¿Tardarán mucho en operarte?

—No... no lo sé. Dos semanas, tal vez tres. Incluso cuatro...

—Después de la prueba de mañana, podemos volver a Killaloe y quedarnos allí esas dos semanas, tal vez tres. Incluso cuatro... —repetí, hasta conseguir que ella esbozara una débil sonrisa.

—Yo pensaba quedarme más tiempo. Tienes una casa mucho más grande que mi apartamento.

Bromeaba, pero yo solo podía escuchar el bombeo de mi corazón. Pensaba quedarse más tiempo. Pensaba en una continuidad de lo nuestro después de la operación.

Contaba conmigo. Me aceptaba.

—Y te quedarás, tenlo por seguro —afirmé mientras la apretaba contra mi pecho, procurando que la voz no me saliera demasiado estrangulada por la emoción—. Dispondremos de cada minuto para aprovecharlo juntos. Podemos prescindir de nuestros trabajos, tenemos excusa, si es lo que quieres.

—¡No puedo dejar el gabinete!

Sonreí al escuchar su grito escandalizado, como si le hubiera propuesto un cambio de sexo o algo mucho más radical, y la besé en los labios hasta que me devolvió la sonrisa.

—Me conformo con las migajas, *m'aghaidh ghealach*, pero bien invertidas. ¿Qué me dices?

—De acuerdo, siempre que me enseñes a montar como es debido.

—¿Montar como es debido? Eso suena interesante...

Ella soltó un taco en su idioma natal que no entendí y se giró para hundirme la cabeza bajo el agua.

—Aquí está tu castigo, Freeman —proclamó satisfecha cuando emergí—. Una mente tan calenturienta como la tuya tiene sus contras.

Como si esa mente se hubiera liberado de un pesado lastre y, al mismo tiempo, hubiera acogido el mejor de los regalos que Martina podría hacerme, entrecerré los ojos y alargué las manos hacia ella.

Mis ojos se quedaron clavados en el pezón oscuro y brillante que bordeaba el agua, en las gotas que le resbalaban por el hueco de su cuello y en esa boca que casi siempre estaba entreabierta.

La sujeté por los hombros para darle la vuelta, hasta que terminó a horcajadas sobre mis piernas, de cara a mí.

—¿Has visto cómo me tienes? —murmuré antes de besarla con fuerza, a conciencia. Ella sonrió con las cejas arqueadas y cara de inocente, pero su mano rebuscó debajo del agua hasta encontrar mi polla dura y palpitante.

—¿Te refieres a esto? —preguntó con una vocecita suave que hizo estragos justo en ese lugar—. Yo diría que es uno de los puntos en tu contra...

—O mi estado natural cuando estoy contigo. Martina, me vas a matar si sigues así.

Todos mis músculos se pusieron en tensión cuando sentí el roce de los anillos alrededor de mí, subiendo y bajando a un ritmo mucho más rápido gracias al agua que nos rodeaba. Gemí, estiré el cuello hasta lo imposible y le clavé los dedos en las caderas cuando le aparté la mano. Si seguía así, no tardaría en correrme, y no quería que ocurriera fuera de ella.

—Necesito estar dentro de ti, nena...

Sus ojos se oscurecieron, sus pupilas se dilataron y empezó a jadear al escucharme. El agua dibujó ondas profundas cuando se irguió sobre mí.

—¿Otra vez? —preguntó mientras me dejaba ver la punta de su lengua asomando por los labios. Los míos se me secaron cuando sentí mi glande acariciando cada rincón de su sexo como consecuencia de sus movimientos lentos, ondulantes. Jugaba, dominaba la situación, a mí.

Y no me imaginaba una situación mejor, más excitante, más caliente. Elevé las caderas en su dirección, pensando que pronto el agua comenzaría a hervir por efecto de nuestros cuerpos, y cubrí sus pechos con ambas manos cuando ella apoyó sus rodillas en el fondo de la bañera y me engulló hasta el fondo.

No fue rápido, sino progresivo. Una lenta agonía que me provocó un quejido tan placentero como la sensación de sentirme hundido en ella. Apresado entre aquellas paredes estrechas y resbaladizas que me abrasaban poco a poco.

—Otra... vez —murmuré, agarrándome de nuevo a sus caderas cuando inició un movimiento de vaivén que provocó que el agua se saliera de la bañera.

Ninguno de los dos pareció darse cuenta. Mis cinco sentidos estaban inmersos en ella. En aquellas ondulaciones que empezaron a volverme loco. No recordaba cuándo había sido la última vez que me había corrido tres veces en tan corto espacio de tiempo, pero estaba seguro de que tenía que ser con Martina. Solo con ella y su sexo presionando el mío. Con su cuerpo estirado sobre mí, cabalgándome como si fuera una experta amazona, provocando que la tensión volviera a concentrarse en mis testículos cuando nuestras respiraciones se aceleraron al unísono.

Creí que podría aguantar un poco más; que ambos podríamos. Pero empecé a sentir sus primeros estremecimientos, y me perdí cuando alcanzó su orgasmo, dejando caer la cabeza hacia atrás para gritar todo su placer.

—*Dia... Martina! Le leat ní rachaidh mé tuirseach as seo ..*<sup>[17]</sup>. —Levanté mis caderas y me corrí en su interior. Después emití una especie de quejido

cuando recibí su cuerpo desplomándose sobre el mío, tan agotada como yo. Tan satisfecha como yo.

Tan feliz como yo.

Pasé un buen rato recuperándome, mientras enredaba mis dedos en los mechones de su pelo mojado. Era posible que ni siquiera así consiguiéramos olvidarnos de la realidad que merodeaba a nuestro alrededor amenazando con aplastarnos, pero construiríamos nuestros pequeños momentos. Siempre.

Cuando pude recuperar parte de mi movilidad, aparté su cara de mi pecho para besarla en los labios con suavidad.

—Puede que hasta que te subiste encima fuera uno de los puntos en mi contra —dije, sonriéndole—, pero no podrás negar que esta es una ventaja indudable.

Acaricé su precioso culo con las manos y permanecí inmóvil. Alargaría el momento todo lo que pudiera. Porque allí, entre sus piernas, estaba el único sitio donde deseaba estar.

Por el resto de la noche. O por el resto de mi vida.

## TREINTA Y DOS

*Tyler*

Salimos del agua poco después, entumecidos pero dispuestos a no separarnos.

Con todo aclarado entre nosotros, y con todo un futuro lleno de incertidumbre que superaríamos mientras nos mantuviéramos juntos.

—Ha llegado la hora, *m'aghaidh ghealach* —le dije cuando los dos estuvimos secos—. Prepárate, porque voy a immortalizarte.

—¿Ahora?

—¿Tú te has mirado al espejo? —pregunté, delineando el contorno de su cara—. Te dibujaría desnuda, con toda esta belleza que me estás enseñando, incluida esta —recalqué, cuando mi dedo se quedó clavado sobre la cicatriz de su pecho operado. La mirada de sus ojos se empañó. Inclino la cabeza, pero le sujeté el mentón para evitar que dejara de mirarme—. Pero cuando lo mostrara al mundo, todo el mundo se acordaría de Titanic y me acusarían de plagio.

—Ni siquiera he pensado que fueras a mostrarlo al mundo...

—No quiero que seamos como Rose y Jack. Mi dibujo no se hundirá. Enseñará nuestras cicatrices a quien quiera verlas. —Sonreí y la besé—. Martina, no podemos renegar de ellas. Forman parte de nuestra vida, mi amor.

—Pero... dentro de poco... ¡Joder! —murmuró cuando se apartó de mí—. Me someteré a otra operación, Tyler. Es posible que tenga que recurrir a un implante, pero no será igual...

—No hagas esto, nena. No te alejes de mí así. —Su dosis de realismo siempre era tan brutal que me dejaba completamente impotente en un primer momento, sin argumentos contundentes para devolverle su fuerza, para compartir la mía con ella. Apreté los dientes cuando vi que empezaba a llorar y la envolví en mis brazos. Permití que se desahogara sobre mi pecho, sabiendo que estaba sometida a tal tensión que pasaría de una emoción extrema a otra durante bastante tiempo—. Puedo soportar tu desesperación, tu miedo, tus accesos de rabia... Todo menos tus lágrimas, Martina. Si vuelves a tener ganas de llorar quiero que te apoyes en mí. Yo te sostendré, ¿recuerdas? Siempre te sostendré. Pero ahora, quiero que disfrutemos del

momento. Pensé que te alegrarías al saber que vuelvo a ser el que era para seguir con mis estudios.

—¡Y me alegro!

—Tú eres mi musa. Estuve muerto porque desapareciste de mi vida. Ahora has vuelto a ella. Me haces ser mejor persona. Contigo a mi lado, me siento diferente. Déjame que te lo demuestre.

Su mirada permaneció perdida un poco más, pero me puse en su campo de visión, decidido a no rendirme, hasta que terminó sacudiendo la cabeza con una sonrisa vacilante.

—De acuerdo. Tú ganas —dijo, levantando las manos en señal de rendición.

No perdí el tiempo. Ya no llovía cuando cogí todo mi material del coche y regresé a toda velocidad.

Me esperaba con la camiseta vieja, sin saber qué hacer o qué decir. Tan emocionada como yo, como si fuera, de algún modo, nuestra primera vez.

—¿Confías en mí? —le pregunté.

—Sí. Siempre.

Respiré hondo y me centré en lo que me proponía. La dibujé encaramada al sofá y mirando por la ventana con expresión ausente. Utilizando el carboncillo, empleé las siguientes dos horas en plasmar al detalle cada una de sus líneas, de sus curvas, de su expresión y de su alma. La destreza volvió a fluir en mi cabeza, guiando mis dedos como si nunca me hubiera abandonado. Mi concentración acudió sin llamarla, y supe, sin lugar a dudas, que seguiría dibujando siempre que la tuviera a ella, mi mayor inspiración, a mi lado.

Un par de horas después le ofrecí el resultado de mi trabajo con el corazón en un puño, esperando su veredicto.

—Es... Madre mía, Tyler, es espectacular. Soy yo —afirmó completamente boquiabierta.

—Si te reconoces en un simple retrato, es que tengo futuro.

—¿Simple? ¡Es precioso! Lo llevaré siempre conmigo.

Dormimos juntos, abrazados, y cuando llegó la hora, permitió que la llevara al hospital cogida de la mano.

Una mano que tenía helada cuando tuve que dejarla para que se sometiera a la biopsia. Aquella mañana, el gabinete permanecería cerrado y todas las actividades equinas, canceladas. Nada era tan importante como ella.

Reconfortarla, tranquilizarla, apoyarla. Esos eran mis lemas, pero aparentar fortaleza y transmitírsela a través de una sonrisa llena de confianza, fue mucho más difícil. A pesar de eso, sabía que sería algo fácil en comparación con todo lo que se avecinaba.

La encerré entre mis brazos y puse toda mi ternura, mi ansiedad y mi miedo en un beso que hubiera prolongado más de una vida. Después, ella avanzó hacia la puerta correspondiente, pero antes de entrar, se dio la vuelta y nuestras miradas conectaron.

—Estaré aquí cuando vuelvas —le prometí.

Los minutos esperando se hicieron horas, y las horas, días. Pensé que había envejecido varios años cuando al fin salió tan tranquila, con un poco de hielo en el lugar donde le habían realizado la punción y un poco más pálida de lo normal.

—Ya está —dijo, apoyándose en mí.

Fue el único signo de debilidad que demostró. Se pasó las siguientes dos horas atendiendo llamadas de su familia y de Brian, explicando que el resultado sería remitido al equipo que le realizaría la operación, para la que todavía no tenía fecha. Yo permanecí de acá para allá, con un exceso de energía producto de la tensión soportada que era incapaz de controlar. Necesitaba mantenerme activo. Saqué su maleta vacía y la puse sobre la cama dos veces, abrí y cerré los cajones de su cómoda otras tantas, y casi me abalancé sobre ella cuando al fin soltó el móvil.

—Pareces agotada. Necesitas descansar.

—Estoy agotada, pero no es por la biopsia, sino por las energías sexuales de cierto irlandés que ahora parece más asustado que yo. —Acunó mi mejilla en su mano con una expresión condescendiente que me hizo sentir muy, pero que muy pequeño—. Tyler, no es necesario que actúes conmigo como si estuviera a punto de romperme.

—Necesitas descansar —insistí.

—Necesito vivir —dijo simplemente, y yo temblé por la enormidad de su fortaleza.

De acuerdo. No conseguiría que se acostara, así que empecé a pensar en las alternativas.

—¿Conoces las leyendas que pululan por aquí? —le pregunté. Ella se colgó de mi cuello y negó con la cabeza—. Pues entonces ponte ropa cómoda. Nos vamos de excursión.

Media hora después, bajábamos del DART, el tren de cercanías que nos

llevaba a Howt, un pueblo situado en las inmediaciones de Dublín.

—Los alrededores de este lugar darían para dibujar una exposición completa para Brian, pero nos centraremos solo en dos cosas: el castillo y el dolmen.

—¿Vamos a ver unas piedras? Qué aburrimiento...

—Eh, ¿estás menospreciando mis conocimientos sobre la cultura de esta parte del mundo? Por si no lo sabes, mi madre me contaba estos cuentos tantas veces que todavía los recuerdo. Además, ahora mismo necesito hablar, hablar y hablar para soltar toda mi tensión acumulada. O follar, follar y...

—Vale, ya lo pillo. —Soltó una risilla por lo bajo y se agarró a mi mano—. No quiero que nos arresten por escándalo público, así que la alternativa está clara.

—*Fineáil*, chica lista. —Me aclaré la garganta cuando llegamos al castillo y lo señalé con la mano—. ¿Sabes por qué se puede entrar gratis? Porque un pirata secuestró al hijo del noble al que pertenecía al castillo y se lo devolvió con la condición de que cumpliera la ley de hospitalidad, a saber: toda casa debe estar abierta y con un plato de sopa preparada. Curioso, ¿verdad? Pues lo que se dice del dolmen es mucho mejor. Dicen que...

Me detuve cuando sentí su mano en torno a mi brazo.

—Gracias, Tyler.

—¿Por qué, nena?

—Por intentar distraerme lo suficiente como para no derrumbarme.

Me besó con despreocupación, como si no acabara de llegar directa a mi corazón con aquellas palabras, y se marchó en dirección al dolmen.

Me costó una eternidad recuperarme de lo que acababa de escuchar, y mucho más reaccionar para proseguir con lo que tenía que contarle.

—Er... Esta es la tumba de Aideen, la esposa de Óscarl el más valiente de todos los Fianna, que murió en la batalla de Gabhra —comencé—. Aideen murió de dolor por su pérdida, por lo que fue enterrada en Howth por medio de un túmulo, un entierro generalmente reservado para los grandes guerreros o reyes.

—Qué triste. —Martina se quedó mirando las piedras con el ceño fruncido y el labio apesado entre los dientes, hasta que se decidió a mirarme—. Si yo... no sobreviviera, tú... ¿tú morirías de pena?

¡Joder, no era justo que alguien tan joven hablara en esos términos con tanta naturalidad! ¡Ni para ella, ni para mí!

Un escalofrío me sacudió cuando la apresé entre mis brazos con fuerza y

una silenciosa maldición.

—Eso no va a pasar, ¿de acuerdo? Si algo malo te sucediera, no podría morirte de pena. Estaría demasiado ocupado haciendo pagar a Dios toda mi rabia. —Suspiré, cogí aire, dejé que el oxígeno llegara a mi cerebro y luego señalé el camino que habíamos recorrido—. ¿Volvemos? Si te parece, podemos almorzar en Dublín y después regresamos a Killaloe.

Llegamos a Killaloe a media tarde. Peyton, Moira, Zoe y Brian nos estaban esperando en el subway, junto a un montón de clientes que, al parecer, conocían al dedillo su estado, puesto que no dejaron de darle ánimos para lo que se nos avecinaba, mientras a mí me seguían ignorando.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh, tío? Menos mal que Peyton me ha puesto al corriente de tus relaciones vecinales; si no, hubiera pensado que eras un ermitaño de los raros.

Sonreí al comentario de Brian mientras el resto estrujaba a Martina.

—No es algo que me haga perder el sueño —respondí, encogiéndome de hombros—. Ella es lo único que me importa ahora mismo.

—¡Alégrame el día, Freeman! Dime que esto progresa adecuadamente.

—Estamos juntos. Y volveré a dibujar. Te prometo que, en cuanto tenga algo decente, te lo enseñaré para que decidas si merece la pena o no.

—¡Seguro que la merece! ¡Seguro que la merece! —Nunca había visto a Peyton tan descontrolada como en ese momento. Me abrazó tan fuerte que temí que me partiera por la mitad—. Todo va tomando su sitio poco a poco. Martina y tú, Brian y...

—*¡Peyton se ha enamorado, Peyton se ha enamorado!* —gesticuló Zoe, antes de desaparecer en la cocina.

—¿Tú? —Lo pregunté con tanta incredulidad que el aludido se lo pensó a la hora de asentir—. Vale, colega. Ningún problema... Salvo los que puedan venir de ella y su situación. —No fueron necesarias más palabras. Se miraron y se sonrieron, así que mensaje recibido—. Veo que empezáis bien. Con sinceridad, como debe ser.

—En realidad ha sido un flechazo, de esos de los que nos reíamos en nuestra juventud. ¿Te acuerdas, Freeman? Quién nos lo iba a decir... Lástima que en un par de horas tenga que irme a Dublín —añadió, consultando su reloj antes de besar a Martina en la mejilla—. Tengo que acortar mis vacaciones y, puesto que veo que aquí no es que te haga mucha falta, he reservado un vuelo nocturno a Edimburgo. Es mucho más económico.

Me di cuenta enseguida de la situación. Los chispeantes ojos de Peyton se apagaron un poco, pero él volvió a encenderlos con un simple guiño y una caricia en su mejilla. ¡Jodido Brian! Siempre había tenido buena mano con las mujeres. Esperaba que con esa en particular se asentara, porque la carga que llevaba con ella no era algo fácil de aceptar ni de sobrellevar por otro hombre.

—No te preocupes, Pey —susurró.

—¿«Pey»? —resoplé sacudiendo la cabeza cuando la aludida se aguantó la risa—. ¡Joder, Peyton! Eso es mucho peor que cualquiera de mis insultos en irlandés...

—Pero mucho más meloso. Y ella no solo lo acepta, sino que, cuando me oye, se pone a ronronear y guarda sus uñas, Freeman. —Brian sonrió con orgullo cuando la atrajo hacia él para darle un suave beso en los labios—. Ahora ya tengo un motivo más para venir por aquí. Dos, si este cretino cumple su promesa y se compromete a dibujar de nuevo.

—Sabes que las promesas son sagradas para mí.

Brian me miró con los ojos entrecerrados, hasta que se echó a reír y extendió la mano.

—Pongamos una fecha —me desafió—. Y sellémosla con un apretón de manos. ¿Qué te parece unos veinte dibujos, de aquí a noviembre? No es mucho, ¿verdad?

En realidad era bastante poco... Si no contaba con los caballos, la operación de Martina, y su tratamiento. Pero me hubiera muerto antes que reconocer que me estaba apretando las pelotas con toda la intención de que chillara.

—Hecho —dije, estrechándole la mano.

Después de estar con ellos un poco más, y sabiendo que querrían disfrutar de un poco de intimidad, nos despedimos de Brian y nos fuimos a casa para empezar un nuevo día.

Una nueva perspectiva que nos cambiaría la vida, pero para la que estaríamos preparados.

Pasamos el resto de la semana respetando nuestras respectivas rutinas en el trabajo, e improvisando constantemente fuera de él. Las tardes eran lo mejor, si exceptuábamos el sexo, claro. Martina se desprendió de sus prejuicios con respecto a los caballos y aprendió a montar. A cambio, yo la acompañaba a correr. Y cuando lucía un sol espléndido, como aquella tarde, me la llevaba en la moto hacia cualquier lugar recóndito donde pudiéramos seguir

disfrutando de esos pedacitos que le arrancábamos al destino, antes de que recibiéramos la llamada que más temíamos.

—Un día de estos, cuando me sienta con fuerzas, seré yo quién te lleve en la moto, Freeman. —Pero mientras me decía eso, se agarraba a mi cintura hasta pegarse por completo a mí—. Será mi mejor demostración de confianza absoluta.

—¿Estás segura? Yo diría que puede ser justo al contrario... Montar de paquete contigo puede ser como saltar al vacío.

Martina rio cuando llegamos a casa y se despidió de mí con un beso fugaz en los labios y una mirada juguetona en los ojos.

—¿Qué tal un baño caliente? —propuso. Me encantaba verla así, tan llena de felicidad que nadie se creería que su cuerpo albergaba la mayor de las amenazas.

—Interesante —respondí, llevando la moto hasta el cobertizo—. Voy en un segundo.

Ese segundo no llegó a pasar.

Un grito escalofriante me dejó paralizado, pero reaccioné como si alguien me hubiera pinchado cuando volví a escucharla y salí corriendo.

Era Martina. Estaba inmóvil junto al columpio que tanto le gustaba, con todo su cuerpo encogido, en tensión. Miraba hacia un punto en concreto...

Me quedé sin respiración conforme me acercaba a ella. Lo primero que hice fue envolverla en mis brazos cuando escondió la cabeza en mi pecho. Temblaba con tanta violencia que me costó controlarla.

—Tyler, mira, ¡mira! —chilló, señalando hacia el árbol que sostenía el columpio—. Es... ¡Nerón!

La boca se me secó cuando vi al pobre gato, ahorcado, encima de un pequeño charco de sangre. Lo toqué solo para comprobar que estaba frío, rígido. Probablemente llevaba muerto varias horas.

—*Dia...* Vamos, Martina. Apártate de esto...

Solo pensaba en alejarla. Ni siquiera era capaz de razonar acerca de todo lo que me rodeaba. Solo la veía a ella, su sufrimiento, las sacudidas de su cuerpo contra el mío, su pena.

Era evidente que el psicópata que había hecho aquello, había cumplido con su cometido. Un sudor frío descendió por mi columna vertebral cuando intenté apartarla de allí sin conseguirlo. Sus pies parecían tan anclados a la tierra como los míos cuando levantó la mirada y la clavó en otro punto, cerca de donde se encontraba *Nerón*.

Sentí sobre mi pecho cómo su respiración se detenía de repente, para empezar otra vez, mucho más rápida que antes. Seguí la dirección de sus ojos... Hasta que lo vi.

En la parte posterior del cuerpo del animal, alguien había clavado un sobre.

No quise pensar si lo hicieron antes o después de asesinar al gato. Aparté a Martina a un lado y tiré del clavo ensangrentado con un pañuelo de papel. Sin dejar mis huellas en él, abrí el sobre, sabiendo lo que me encontraría antes de leerlo en voz alta:

—«Voy a ayudar al cáncer a hacer su trabajo. Te lo advertí. Tú serás la siguiente».

El estómago se me comprimió, y la bilis me subió a la garganta hasta llenármela de un sabor amargo que no pude quitarme ni siquiera tragando saliva. La furia se desató dentro de mí, pero la controlé a tiempo. Simulé estar solo un poco preocupado cuando levanté la vista y vi la cara distorsionada y pálida de Martina, pero solté el anónimo para poder sujetarla cuando, después de echar un último vistazo al cuerpo maltratado de *Nerón*, se desmayó.

## TREINTA Y TRES

*Martina*

La única luz que iluminaba la habitación me dio de lleno en los ojos cuando los abrí.

Lo primero que vi fue una silueta que se quitaba la ropa.

—Tyler.

Se dio la vuelta al escuchar mi voz, con una mezcla de alegría y ansiedad cuando se acercó sonriendo.

—Si te hubiera drogado, no habría conseguido que descansaras tanto, nena. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco... desorientada. —Parpadeé y le observé. Estaba sin vaqueros, con el bulto que llenaba su slip apuntando hacia mí. Quise bromear, pero la pena y el miedo me aplastaron en cuanto recordé lo ocurrido.

El cuerpo de *Nerón*, mi *Nerón*, ahorcado junto al columpio, con un clavo en el costado del que pendía un nuevo anónimo que descubrió muchas cosas y me hizo temblar de puro terror.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Todo aquello empezaba a sobrepasarme. Desde el día de la biopsia había sido fuerte por mí, pero también por Tyler. El empeño que me demostraba a la hora de hacerme olvidar mi realidad era encomiable, pero, de repente, todo parecía destruirse.

Alguien había entrado en la casa. Alguien que no solo sabía que no nos encontraría en ella, sino que, además, conocía mi enfermedad.

Alguien que estaba dispuesto a matar.

No le había temblado la mano a la hora de dejarme aquel mensaje por medio de *Nerón*, pero que tampoco le temblaría si lo hacía con una persona. Conmigo... o con cualquiera que me rodeara.

Mi familia no sabía nada acerca de los anónimos ni de lo ocurrido hacía unas horas. Además, era poco probable que el intruso viajara a Escocia. Allí, en Killaloe, tendría las cosas mucho más fáciles. Estaban Moira, Peyton, Zoe...

Tyler.

Un retortijón en la base del estómago me obligó a encogerme solo de pensarlo, y los dientes comenzaron a rechinarme. Me abracé a mí misma y cerré los ojos con fuerza.

—¿Tienes frío? —Tyler se metió en la cama conmigo, sin nada más que su slip y un montón de preocupación contenida. Se tumbó boca arriba y extendió un brazo. Cuando apoyé la cabeza en su pecho, lo cerró en torno a mí y empezó a acariciarme la espalda—. ¿Mejor así? —Yo asentí. Me sentía incapaz de responder con cualquier palabra. Tyler me lanzó una mirada ceñuda y volvió a ofrecerme su perfil al cabo de un rato—. Me has tenido muy preocupado, ¿sabes? Te desmayaste cuando viste a... Y luego, cuando te metí en la cama, dormías como si no quisieras despertar.

Tenía todo el cuerpo dolorido, como si en realidad hubiera pasado días sin descanso, pero los latidos de su corazón golpeándome el oído me relajaron paulatinamente.

—No hace falta que digas nada si no quieres, ¿vale? Conozco un quitapenas infalible para estos casos. —Sonrió con malicia mientras hacía bailar sus cejas, pero no me engañaba. Debajo de aquellas cejas, sus ojos mostraban todo el miedo compartido conmigo, y también algo mucho más oscuro y determinante—: El sexo.

—¿Qué?! ¿Cómo puedes ser tan insensible con los animales, tan...?!

Me desembaracé de sus brazos de un tirón completamente indignada, dispuesta a decirle lo que podía hacer con su polla en momentos como aquel, cuando le escuché reír al volver a pegarme a su cuerpo.

—Me ofendes. Tengo sensibilidad suficiente como para considerar la muerte de un animal y las lágrimas de mi chica. Era una broma, *m'aghaidh ghealach*. Pero por mucho que me esfuerce en actuar como si no hubiera pasado nada, ha ocurrido. —Otra vez aquel destello de amenaza en sus ojos que los oscureció hasta parecer casi negros, cuando alargó una mano hacia la mesilla de noche para coger su móvil—. Jayden se ha encargado de la investigación. Han registrado los alrededores y la casa en busca de más pruebas, pero de momento solo se han llevado el cuerpo de *Nerón*, el anónimo y el clavo. Buscarán huellas, pero imagino que no encontrarán ninguna. Esta vez, ni siquiera estarán las nuestras.

Se quedó callado un rato. Su ceño fruncido apuntaba al techo de la habitación, como si allí estuviera la respuesta a todas nuestras preguntas.

—He estado pensando... —continuó, después de un largo suspiro—. El asesino de *Nerón* es alguien cercano a nosotros, Martina. Y no me refiero a alguien del pueblo. Eso ya lo doy por supuesto desde hace tiempo. Me refiero a que sabe...

—...cuándo no estamos en casa, a qué hora volveremos, e incluso cómo

ganarse a *Thor*, si es que el perro no lo conoce y por eso no le ha atacado — terminé por él. Conforme hablaba, mis temblores se agudizaron hasta terminar siendo verdaderos estremecimientos de terror. Tenía la garganta cerrada cuando levanté mi cara para encontrarme con su mirada sorprendida —. Es lo primero que he pensado en cuanto he despertado, Ty. Tengo miedo. Por los dos.

—No dejaré que te pase nada malo. ¿Me has entendido? Sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué te ronda por la cabeza? Tyler, ¡esa persona es peligrosa!

—Yo también —sentenció con una sonrisa escalofriante—. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que no. Después de lo ocurrido con *Nerón* solo tengo... pena.

Él suspiró y me retuvo contra su pecho. Compartir su calor me reconfortó más que cualquier palabra dicha en aquel momento. Estuvimos un tiempo así, abrazados, enlazados como si formáramos un todo indivisible, hasta que colocó sus dedos debajo de mi barbilla para elevármela.

—Duerme, *m'aghaidh ghealach*. Estaré aquí contigo.

Apagó la luz y me besó en la frente. Cerré los ojos, tranquila, confiada, envuelta en el sopor que me ofrecía su seguridad, y no volví a abrirlos hasta el amanecer... Para encontrarme sola en la cama.

Me puse en pie de un salto. Estaba descansada, apenada por lo ocurrido con *Nerón*. Y sola.

No me dejé vencer por el pequeño ataque de pánico y me metí en la ducha. Procuré desayunar a pesar de que mi estómago seguía negándose a admitir demasiada comida, mientras me hacía una lista mental de explicaciones por las que él no estaba conmigo: quedaban pocos días para el comienzo de las clases. A partir de entonces, los niños dejarían de acudir a Tyler. Su clientela disminuiría. Eso sin contar con que lo ocurrido el día anterior ya habría corrido por el pueblo como la pólvora. Todo el mundo lo sabría, y muchos tacharían la propiedad de Tyler, como mínimo, de poco segura.

Su horizonte aparecía tan negro que no quise seguir con ese cuento de la lechera particular y salí afuera, después de haberme vestido con ropa deportiva.

Una ráfaga de aire cálido movió los mechones que se habían soltado de mi cola de caballo, pero yo me estremecí entera. De pronto, todos mis sentidos se afinaron como si fueran las cuerdas de una guitarra para captar cada

sonido, cada movimiento, cada olor e incluso cada susurro a mi alrededor.

Mis ojos captaron movimiento cerca del establo. Una sombra fugaz que desapareció antes de que tuviera tiempo de preguntarme qué había visto.

—¿*Thor*? —pregunté. El perro acudió trotando y moviendo la cola, desde el otro extremo de la casa. No había sido él. Todas las alarmas me sonaron al unísono cuando lo sujeté por el collar para llevarlo conmigo—. Está bien, bonito, está bien...

Cogí el móvil y llamé tres veces a Tyler mientras entraba en la penumbra del establo. Ninguna de ellas me respondió, ni tampoco escuché su sonido por los alrededores. Lo cual quería decir que, si realmente había alguien merodeando por allí, no era él.

Entrecerré los ojos e hice un rápido recorrido por el lugar. Aparentemente, los caballos estaban tranquilos, igual que *Thor*, que seguía a mi lado como si nada.

Me di la vuelta y envié un mensaje a Tyler:

«Me voy a correr un rato. Por favor, respóndeme en cuanto puedas».

Era lo mejor para espantar mis fantasmas. Estaba demasiado afectada. No me había quedado sola en Killaloe desde hacía semanas, y echaba de menos a Tyler. Junté todas aquellas razones para pensar con un mínimo de lógica cuando agudicé el oído para comprobar que el silencio más cotidiano había regresado, y sacudí la cabeza mientras empezaba mi ejercicio, camino del bosque.

—Gestiona tus emociones —me repetí a cada paso—. Deja que fluyan en orden.

Empecé a contar: uno, dos, tres...

Estaba envuelta en unas circunstancias agobiantes, que cerraban una especie de círculo a mi alrededor cada vez más pequeño. Pero no debía ni podía modificar mi rutina de vida. Bastante tendría que hacerlo ya cuando volviera al quirófano y a aquella espiral que...

Sacudí la cabeza y corrí más deprisa por el sendero que atravesaba. No, tampoco debería permitir que algo que todavía no había ocurrido siguiera condicionándome. *Nerón* ya no estaba, siempre lamentaría su pérdida, pero Tyler no permitiría que nada malo me sucediera. Cuando me lo decía, parecía tan seguro que incluso imaginaba que era capaz de influir en algo tan inevitable como un tumor maligno en el pecho, solo para evitarnos el

sufrimiento que nos esperaba.

«Voy a ayudar al cáncer a hacer su trabajo».

El aire pareció espesarse cuando recordé el anónimo. Intenté seguir el ritmo, pero tropecé y casi caí al suelo. Recuperé el equilibrio y continué como si nada. Solo oía mi propia respiración, los latidos de mi corazón. Las pisadas...

¡Un momento! Aquellas no eran mis pisadas. Yo no había aplastado ninguna rama, y el crujido indicaba que quien estuviera cerca, lo había hecho.

Porque estaba claro que alguien andaba cerca, muy cerca de mí.

Cuatro, cinco, seis...

—Tyler, si eres tú no tiene gracia —exclamé con un resoplido, conteniendo la sonrisa—. No necesito que me animes con bromitas de las tuyas, ¿sabes? Me estás asustando.

Siete, ocho...

Me detuve y di una vuelta alrededor de mí misma, escrutando mi entorno. Los árboles, los matorrales, el resto de vegetación. Nada. Y sin embargo, tenía la piel de gallina y todas mis terminaciones nerviosas alerta.

—Tyler —repetí, con un resoplido—. Si sigues con esto, tus pelotas sufrirán...

Cogí el móvil y volví a llamarlo. Le pondría en evidencia en cuanto oyera la melodía de su teléfono. Pero no la escuché.

Nueve... ¡Y diez!

En ese momento, salí disparada. ¡A la mierda la gestión! ¡A la puta mierda!

Dejé que el pánico tomara el control y me lancé a un sprint desesperado en dirección a la iglesia. No estaría lejos. Allí abandonaría la arboleda y me internaría en el pueblo. Estaría segura.

Un crujido. Una especie de siseo y un resoplido.

Un escalofrío me sacudió entera cuando volví a detenerme. Ya no era simple suposición, sino hechos probados por cada poro de mi piel. Sentía su presencia, podía notarla. Pero no podía verla. Era demasiado rápido para mí; demostraba que conocía el terreno mejor que yo.

Estaba en desventaja, pero pasé por encima de cualquier obstáculo y seguí con mi huida para salir del bosque cuanto antes. Casi podía notar su aliento a mi espalda, acortando distancias a base de golpes fuertes, como provocados por los cascos de algún caballo.

Seguí corriendo, cada vez más rápido. Los músculos empezaron a dolerme

por el esfuerzo repentino y el sudor me cayó por la frente hasta meterse en mis ojos y empañarme la vista. Mis pulmones estaban a punto de estallar; no eran capaces de abarcar más cantidad de aire, y yo necesitaba encontrar un lugar dónde refugiarme. A mi derecha estaba el lago, pero no lograría llegar hasta allí a tiempo de esconderme en algún hueco provocado por las rocas. Tampoco serviría hacer un cambio repentino de dirección y pegarme el grueso tronco de algún árbol. Mi perseguidor estaba lo suficientemente cerca como para alcanzarme, pero, por alguna razón, no lo hacía.

Jugaba, eso era. Le divertía la persecución. Se acercaba y me dejaba ventaja para después acortarla otra vez. Sabía que la ansiedad sería mi peor enemigo, porque me haría cometer errores, salirme del camino en busca de mi propia salvación.

Me interné en la vegetación en cuanto tuve oportunidad. Tenía la necesidad de chillar aterrada, de girarme para ver la cara de quién había matado a *Nerón* y planeaba hacerlo conmigo. Ya no tenía ninguna duda acerca de que yo sería su próxima víctima. La adrenalina llenó mis venas y me infundió más energía. Sorteé una enorme piedra y salté una rama atravesada en el camino, pero desvié mi atención hacia el resollar de un caballo sonando fuerte a mi espalda, y caí de bruces.

Cuando apoyé las manos en el suelo, algo se clavó en mi palma derecha.

Lo cogí, y mi corazón dejó de latir.

Era el anillo con la piedra de luna que le había regalado a Zoe.

Sudaba a mares. El terror había tomado posesión de cada milímetro de mi cuero y de toda mi capacidad de razonar. Ahora solo me guiaba por mis instintos primarios, y estos me advertían de que no me diera la vuelta. Que no mirara aquella fuente de calor que tenía tan cerca, amenazándome. Que no escuchara la respiración del enorme animal que manoteaba el suelo a solo unos pasos de mí.

Me incorporé poco a poco, escupiendo los rastros de tierra que se me habían quedado entre los dientes por la caída, respirando tan deprisa que me extrañaba que el pecho no me estallara cuando encerré el anillo en mi mano.

—Zoe... —murmuré, antes de atreverme a mirar por encima del hombro.

Apenas pude ver la silueta de un cuerpo que, con una rapidez extraordinaria, descendió del caballo y me propinó un golpe junto a la sien con algo muy duro que me desplazó hacia atrás.

Sentí el dolor extendiéndose por mi cabeza. Detecté el olor de la sangre que corría hasta mi cuello. Mi visión comenzó a difuminarse, pero antes de

caer inconsciente, vi un pelo cobrizo salpicado de camas y una cara demasiado conocida, distorsionada por la rabia, mientras sostenía un palo de grandes dimensiones.

## TREINTA Y CUATRO

*Martina*

La cabeza me palpitaba tan fuerte que el estómago se me revolvió cuando al fin logré abrir los ojos.

Olía a tierra mojada, pero no se oía ni el zumbido de una mosca. Quise mover las manos para apoyarme en el suelo y poder incorporarme, porque tenía la garganta seca y un dolor junto a la sien que me recordó lo que acababa de ocurrirme, pero descubrí que las tenía atadas a la espalda.

Parpadeé y moví el cuello todo lo que pude, hasta que la vi.

Allí estaba Moira, observándome con una indiferencia escalofriante.

Sus ojos ya no tenían el afecto con el que siempre me recibían, y su boca no sonreía. Parecía muy cabreada, como si sus planes, fueran los que fuesen, se hubiesen torcido de repente.

Estaba acuclillada junto a la entrada de lo que parecía una pequeña cavidad formada por la colocación de dos piedras que cubrían el terreno. Tras ella, pude distinguir la superficie tranquila del lago, y la hilera de casas de Killaloe a lo lejos, con las pequeñas barcas.

Gemí cuando intenté mover los pies, con el mismo resultado que las manos. También me los había atado. Abrí la boca para hablar, pero descubrí que me había amordazado.

Moira chasqueó la lengua y, sin ninguna delicadeza, se acercó a mí y me incorporó, haciendo que mi espalda se golpeará con una de las paredes de piedra.

—Vaya una puta mierda —siseó, sentándose frente a mí con la cabeza inclinada y los ojos entrecerrados, como si estuviera barajando varias posibilidades—. He tenido que esperar a que te largaras para montar en *Luna* y seguirte. Y ahora, por tu culpa, la he dejado por ahí para poder arrastrarte hasta aquí. Bueno, da igual. Tenías que haberme dicho que habías avanzado con Zoe, ¿sabes? Así hubiera podido hacer algo al respecto antes de encargarme de ti. Pero ahora debo invertir el orden. Primero, me desharé de ti; luego, la buscaré. ¡Se me escapó, después de oír mi conversación con Nathan! Fui detrás de ella, pero no la alcancé antes de que se internara en ese bosque por el que corres todos los días.

Me sonrió con crueldad y se encogió de hombros con indiferencia.

—Veo que estás un poco sorprendida. Es normal. Te has despertado atada, amordazada y con un montón de preguntas en tu cabeza, ¿verdad? Bueno, no me importa responderlas a todas. Dentro de un rato estarás en el fondo del lago. —Empecé a sudar. Miré a la parte del pueblo que podía ver, atrayendo la atención de Moira, que volvió a sonreír de esa manera tan escalofriante que me hizo pegarme a la pared todo lo que pude—. No lo pienses siquiera, Martina. Esta parte del lago siempre está desierta. Todavía es muy temprano. Además, no puedes gritar. Y aunque pudieras, estás demasiado lejos. Nadie te oiría. Solo si el tonto de Tyler se encontrara en estos momentos en el campo de tréboles donde os arrullabais como un par de tortolitos aquel día, mientras dejabais solos a dos niños, podría ayudarte... ¡Qué fácil me lo pusisteis cuando Zoe se cayó del caballo! Conste que no tuve que ver en el tema, fue algo fortuito, pero ese animal monstruoso estuvo a punto de hacerla callar para siempre. De todas formas, sirvió para que siguiera muda, muerta de miedo. En fin... —añadió, con una carcajada despectiva—. Una vez que termine con Tyler me iré de aquí con ella. Seremos ricas, después de vender la propiedad a Nathan.

¿Ricas? ¿De qué hablaba?

—No comprendes nada —soltó con disgusto, analizando la expresión de mi cara—. Empezaré por el principio: Nathan siempre quiso hacerse con los terrenos de Max. Había recibido ofertas muy suculentas para construir sobre ellos. La última, de una empresa dedicada al ocio, para transformarlos en un inmenso complejo hotelero. La empresa en cuestión no repararía en gastos a la hora de llevarse el gato al agua por encima de otras. Sin importar el porcentaje de comisión. Max se negaba a vender, igual que Tyler, pero entonces murió, y apareció esa cláusula donde os exigía un hijo. —Sus ojos destellaron con brillo de locura que me hizo temblar—. ¿No lo entiendes? Oh... El mamón de Tyler se ha guardado su mejor secreto para el final... Lástima que sea yo quién te lo tenga que contar. Él fue lo peor que pudo pasarle a mi Rachel. Era un inestable, iba de acá para allá, no parecía querer echar raíces en ninguna parte, ni siquiera teniendo una hija. —Estaba tan enfrascada en su relato que no se dio cuenta de mi jadeo. ¿Una hija? De repente, la peor de las posibilidades comenzó a tomar forma en mi cerebro. Tyler tenía una hija con Rachel, y solo se me ocurría un nombre—. Rachel decidió irse a Dublín para pensar, después de que ella y Tyler se hubieran dado un tiempo, pero al cabo de unas semanas, me llamó para decirme que estaba embarazada. ¿Puedes creerlo? ¡La muy estúpida! Jayden no dejaba de

rondarla como un moscón. Quería que terminara saliendo con él, solo por esa rivalidad que tenía con Tyler. ¡Solo para quitársela! Siempre le ha envidiado. Y Nathan es un jodido manipulador. Un puñetero cacique acostumbrado a salirse con la suya. En ese momento, era mi hija para su hijo, como si estuviéramos en la edad media. Jodido mamón... Yo no podía hablar, porque había prestado un dinero que aún le estoy devolviendo. Sus condiciones eran más favorables que las de cualquier banco. O eso pensaba yo. Sabía que si se enteraba de que Tyler era el verdadero padre de Zoe, Rachel y yo nos quedaríamos sin casa, sin negocio. Sin nada. ¿Qué hubieras hecho tú, dime? —No pude responderle, pero ante mi propio espanto, podía llegar a entenderla—. Mi hija era lo primero, lo primero... Así que improvisé la mentira sobre la marcha.

Cerré los ojos. Nathan había abusado de su poder durante años. Había empleado el soborno, pero también la extorsión y las amenazas.

—Difundí el rumor de que Rachel se había liado con un ex convicto que había terminado en la cárcel. Cuando les expliqué que podría quedarme en la calle si todo se descubría, Tyler y Max estuvieron de acuerdo, siempre que Tyler pudiera estar con Zoe. Idiota... No le hubiera dejado acercarse a la niña de haber sabido que iba a matar a su madre. —Fijó sus ojos en el suelo. Incluso desde su locura pude percibir la pena, mezclada con la ira, de su última frase. Apretó los puños y golpeó el suelo con ellos—. Apenas dos meses después de haber dado a luz, ocurrió el accidente de coche. Tyler la mató. ¡La mató! ¡Nunca se lo perdonaré! Tú no lo entiendes, pero la muerte de un hijo es lo peor que puede ocurrirle a una madre. La vida deja de tener sentido, por mucho que, como en mi caso, tuviera al culpable entre rejas y a mi nieta conmigo, después de conseguir que su padre me cediera la custodia. Fue tan fácil... Con solo hundir el dedo en su sentimiento de culpa y en la posibilidad de que en un futuro Zoe supiera lo que su padre había hecho, la conseguí. Cómo la quería... Cómo tuve que disimular para ponerme del lado de Tyler cuando volvió, por mucho que en realidad quisiera matarlo con mis propias manos... Pero aprendí a esperar. Necesitaba que pasara tiempo para que nadie me relacionara con su muerte cuando ocurriera. No estaba previsto, pero Zoe me escuchó hablar al retrato de su madre en una ocasión, acusándola de ser una ingenua por permitir que Tyler la dejara embarazada. Y tuve que amenazarla para que callara, claro. No podía consentir que fuera por ahí soltándolo a los cuatro vientos, sobre todo después de saber que Tyler quería recuperarte después de la lectura del testamento. ¡Es tan tonto que no

hizo falta que me lo dijera claramente para que yo lo supiera! ¿Te lo puedes creer? Qué ironía, ¿verdad? Su hija no le servirá para conservar lo que tiene, aunque fuera lo que Max pretendía. Pero es lo justo. ¡Él me quitó lo que más quería! Por lo tanto, yo me quedaré con lo que más quiere, poco a poco. Primero, Zoe. Después, todo por lo que ha trabajado tan duro. Y finalmente, tú. Te perderá.

Sacudí la cabeza, negándome a creer lo que estaba escuchando.

Max conocía la existencia de Zoe, pero calló. Y mientras Moira se posicionaba del lado de Tyler, haciéndole creer que le protegía del resto del pueblo, tejía un intrincado plan para quedarse con todo lo que era importante para él:

Su casa. Zoe. Yo.

La niña había convivido durante meses con un monstruo que la marcaría de por vida, eso si conseguía recuperar el habla. En cuanto a mí...

—Conseguí que Zoe callara amenazándola con pisotearla hasta la muerte si decía algo —continuó Moira. Cerré los ojos. Zoe tendría que aprender a controlar los efectos de sus pesadillas, del hecho de saber que su abuela era la persona que más daño le había ocasionado—. Pero llegaste tú, cuando nadie te esperaba. Y, contra todo pronóstico, ella te convirtió en una de sus personas preferidas. Confieso que al principio no sabía muy bien qué hacer contigo. Rechazar tu oferta de ayuda a mi nieta hubiera levantado sospechas, pero no podía arriesgarme a que consiguieras algo con ella—canturreó, balanceándose adelante y atrás, con la mirada perdida—. Te envié el primer anónimo, suponiendo que te largarías muerta de miedo. Como me equivoqué, decidí ir un poco más allá y dejé en el establo de Tyler todas aquellas pruebas que le incriminaban. Tenía tantas ganas de hundirle de una puta vez que entré en su casa para destrozarla y, de paso, para dejar el segundo anónimo. ¡Si supieras lo que disfruté manchando aquella ropa de rojo para dejarla tirada! Solo de imaginar tu cara cuando vieras tus ojos pegados en el dibujo de mi Rachel, me entraban ganas de ponerme a saltar. Pero tampoco en esa ocasión lo conseguí. Reconozco que me precipité, porque con ese anónimo despejé dudas con respecto a la culpabilidad de Tyler. De todos modos, no esperaba que volvieras, mucho menos después de saber que te habían encontrado ese tumor tan feo en el pecho. —Su risa macabra me dañó los oídos—. Cuando te vi aparecer otra vez, supe que debía recurrir a medidas más duras. La muerte de tu gato fue algo premeditado. Necesitaba algo impactante para asustarte, para hacerte daño. Estaba cansada de esperar a que la casa estuviera desierta

para dejar mi sello particular. De observar cómo te columpiabas mientras Tyler y Peyton cuchicheaban y se abrazaban tan cerca de ti, cuando yo esperaba que ya te hubieras enterado de todo. Pero eres más tonta de lo que pensaba, chica. No tienes ni pizca de orgullo.

No la escuchaba.

*Ella.*

Eso había dicho Zoe aquella mañana en el gabinete, y tanto Tyler como yo supusimos que se refería a *Luna*. Que tenía miedo de que la yegua la pisoteara. Pero se refería a su abuela. Por eso tenía aquel pánico en los ojos cada vez que intentaba penetrar en su mente para averiguar la razón de su mutismo. Por eso se negaba en redondo a darnos más pistas.

Ella, Moira, era quien me espiaba la noche de la cena con Jayden y Nathan, mientras yo me balanceaba en el columpio intentando ordenar mi vida. Quien se introdujo en la casa para dejarme aquellos mensajes macabros en forma de toallas ensangrentadas y dibujos destrozados, aprovechando que *Thor* nunca la atacaría.

Sentí el sabor amargo de la bilis subiéndome por la garganta, mezclado con las náuseas. Intenté tragar saliva para controlar el vómito y cerré los ojos.

—Zoe sabe que Tyler es su padre. Que yo fabriqué los anónimos. Culpa mía, tengo que reconocerlo. Tenía que haber sido más discreta, aunque en cuanto consiga lo que es mío y se lo venda a Nathan, saldaré mis deudas y desapareceré... con ella. Tyler te ha ganado, querida. Es una pena que no vaya a vivir lo suficiente para celebrarlo, como tú. ¿A que he sido más lista que nadie? —remató, poniéndose recta con una expresión de jactancia en la cara que me provocó un escalofrío. Al ver que no me movía, frunció el ceño. Había perdido la razón por completo cuando me abofeteó con fuerza y luego clavó los dedos en mis mejillas para zarandearme—. ¿Martina? ¿No me escuchas? Cuando sepan que Zoe es hija de Tyler, será para que todo lo que le corresponde sea mío. Hablo todas las noches con mi Rachel, ¿sabes? Y aprueba todo lo que he hecho por ella, por su memoria. Su espíritu se merece que Tyler sufra. Y cuando sepa que te has ahogado en el lago, sufrirá, ya lo creo...

Una risilla desquiciada llenó el pequeño cubículo antes de que, con un movimiento tan rápido que apenas pude reaccionar, se abalanzó sobre mí para tirar de mis hombros como si ya estuviera muerta. No sirvió de nada que clavara los talones en la tierra, intentando retrasar lo inevitable. Era una mujer menuda, pero demostró tener una fuerza descomunal cuando consiguió

arrastrarme hasta la entrada, a pesar de mi resistencia. Sin embargo, ahí tuvo que detenerse.

—Te mueves demasiado. No voy a consentir que me des más problemas.

Lo siguiente que sentí fue un fuerte golpe en la nuca que me provocó un dolor sordo y la pérdida de parte de mi consciencia. Noté que maniobraba con la parte inferior de mi cuerpo, pero no pude hacer nada para evitarlo. Me arrastró, sujeta por las axilas, a través de un terreno lleno de hojas y ramas que se me clavaban, hasta que llegamos a una pequeña barca oculta por hojas y ramas que apartó.

—Mierda... Voy a tener que tirar de ti para subirme —dijo con voz áspera.

Llevé mi mirada extraviada hacia los pies, para comprobar aterrorizada que había atado una piedra en ellos. Intenté incorporarme para huir a saltos si era necesario, pero ella me empujó hacia el interior de la barca y subió detrás.

Estaba demasiado aturdida como para intentar cualquier alternativa, si es que la había, y Moira lo sabía. Mientras ella remaba hasta el centro del lago, sin dejar de vigilar los alrededores, yo recé para que aparecieran más barcas. Para que el mismísimo *The Spirit of Killaloe* apareciera de la nada, repleto de pasajeros.

Nada de eso ocurrió. Moira remó un poco más, miró en todas direcciones y se puso de pie, tirando de mí para lograr que, a pesar de mis tobillos unidos, hiciera lo mismo.

—Bueno, aquí se acaba todo, chica. Ahora solo tengo que arrojarte al agua y dejar que te hundas. Te dije que haría el trabajo del cáncer. Deberías estarme agradecida. En realidad, te estoy librando de un sufrimiento mucho más largo. Despídete del mundo.

Me empujó y caí al lago. A pesar de que intenté contener la respiración y luché por alcanzar la superficie, la piedra atada a mis pies cumplió su función. Vi cómo el resplandor del sol se iba alejando conforme yo me iba al fondo. Moví las piernas con furia, mientras sentía el frío del agua abrazándome entera, atrapándome. Inundando mis pulmones.

Poco a poco la oscuridad fue ganando terreno, y mis fuerzas me abandonaron. No podía moverme, no podía emerger.

Iba a morir.

## TREINTA Y CINCO

*Tyler*

«—¿Qué cojones es esto?

—Una prueba de embarazo, Nathan. ¿Qué pensabas que era?

Silencio.

—¿Piensas de verdad que vas a pillar a mi hijo con esto? Pero qué pedazo de zorra...

—Puedes insultar hasta cansarte. Jayden y yo hemos roto hace unos días. Lo cual no quiere decir que incumpla sus deberes como padre.

Más silencio. Un siseo, un taco dicho en irlandés y una carcajada pretenciosa.

—Lo que yo decía. Te has quedado preñada y quieres endosarle el muerto a mi hijo.

—Este muerto *es* de tu hijo.

—¿Lo sabe?

—Lo sabrá en cuanto termine de hablar contigo.

Un jadeo contenido por parte de ella y susurros ininteligibles.

—No lo voy a consentir, ¿me comprendes? ¡No me molesté en sobornar a ese funcionario de mierda hasta que Jayden ocupó su puesto de sargento, para que ahora arruine su carrera por una furcia como tú!

—¿Me estás diciendo que tu hijo es sargento gracias a un soborno?

—¡Da igual lo que te esté diciendo, porque jamás podrás probarlo! Escúchame bien, estúpida... —Sonidos de forcejeo, otro jadeo—. Me he esforzado especialmente en conseguir que el juez dé por válidas las pruebas contra Tyler para quitármelo de en medio. ¡Jayden solo tendrá un hijo con esa española que ha llegado para complicarme la vida! ¡Solo con ella!

—¿Qué? ¿Martina? ¿De qué coño hablas?

—De la cláusula de Max. ¿De qué si no? —Un suspiro profundo, varios resoplidos—. Tyler no tiene hijos, así que si ella es la primera y Jayden es el padre... Habré ganado lo que quiero tan limpiamente que nadie podrá censurarme. Podré marcar la comisión que me dé la gana a la empresa que quiere hacerse con los terrenos para que no tenga ninguna competencia... Y tú cerrarás el pico si quieres tener a tu hijo. Nunca podrás probar que es de Jayden. Si hablas, me encargaré de que no vea la luz del día...

Fin de la conversación».

Apagué el móvil y me quedé mirando la cara pálida y desencajada de Jayden.

—Lo sospechábamos, pero no teníamos pruebas de la corrupción del alcalde, hasta que Peyton tuvo la sangre fría de grabar esta conversación. Cuando me la pasó, estaba muy asustada. Me dijo que sabía que él perdería los papeles con el anuncio del embarazo, hasta el punto de descubrirse mínimamente al menos, pero también que le creía muy capaz de cumplir sus amenazas. Debería estar contento por haber descubierto a tu padre delante de ti —dije, señalando con un gesto de cabeza mi moto y su coche, aparcados junto al camino, a unos metros del campo de tréboles donde ambos habíamos acordado encontrarnos.

—¿Y no lo estás? —me preguntó con extrañeza—. Yo en tu lugar...

—Tú no eres yo. —El móvil vibró dentro del bolsillo de mi pantalón, pero lo ignoré. Por alguna razón, estaba incómodo. Quería regresar junto a Martina cuanto antes—. Me pregunto por qué accediste a verte conmigo. Seguro que imaginabas algo así.

Jayden se frotó la cara y miró hacia el cielo, buscando tal vez la respuesta más adecuada. Había terminado con su soberbia de un plumazo para sustituirla por la decepción, por la derrota. Parecía de verdad que acababa de darle el golpe de gracia.

—Puedes apostar lo que quieras a que nunca me hubiera imaginado algo así —respondió al cabo de un rato. Un ramalazo de furia cruzó por su cara, antes de volver al gesto sombrío que le hizo resoplar y sacudirse el pelo—. ¿Qué quieres, Freeman?

—La verdad. Toda la verdad —puntalicé, dando golpecitos al bolsillo que acogía mi móvil—. Que me sienta inclinado a tener piedad de ti, aun pensando en todo lo que me has hecho...

—Eso te lo hiciste tú solito. Yo fui testigo, ¿recuerdas?

Apreté los dientes ante su sonrisa casi cruel. Era un pringado de mierda que no demostraría condescendencia. Rachel todavía le escocía demasiado.

—No es eso lo que me interesa ahora —insistí, después de respirar hondo para centrarme—. Tu padre estará muy jodido en cuanto esta grabación vea la luz. Porque la verá. Solo he estado esperando el momento propicio.

—¿Y ese momento era hoy? ¿Ahora?

—Hubiera sido mucho antes, pero Peyton me rogó que esperara después

de confesarme que estaba embarazada y que tú rechazabas tu paternidad, como has podido escuchar por boca de tu padre hace unos minutos. —Jayden apretó los labios, pero no dijo una sola palabra. No hizo falta. Su cara me lo decía todo—. Veo que, una vez más, te manipuló a su antojo.

—¡Nadie me manipula, estúpido! ¡No aceptaré al hijo de Peyton porque... porque... tengo miedo! —Su confesión repentina me dejó de piedra. ¿Jayden, miedo?—. ¡No estoy preparado para ser padre, así de sencillo! ¡Y sí, es cierto que quería acercarme a Martina! ¡Pero no por mi padre, joder! ¡No sabía nada de esos planes tan... sórdidos!

Y Evidentes. Y repugnantes. Pero sirvieron para que Jayden empezara a desmoronarse. Respiraba muy rápido. Gesticulaba desesperado.

—Si quieres que me disculpe...

—No me interesa. Demasiado tarde, Quinn. Solo he quedado contigo para informarte de mis planes, arriesgándome a que avises a tu padre y él destruya el resto de las pruebas que pueden destapar sus negocios sucios. Pero también te lo he contado porque soy optimista.

—Explícate.

Me acerqué tanto a él que casi podía tocarle sin necesidad de mover un solo dedo.

—En algún momento tuviste conciencia, Jayden. Quiero creer que realmente no sabías que tu puesto de sargento fue concedido como una especie de favor personal. Quiero creer que realmente te acercaste a Martina porque te gustaba, sin que los intereses de tu padre influyeran. Quiero creer que, después de lo que has oído, actuarás como tu cargo te exige y demostrarás que realmente eres digno de él. —A mi mente acudieron las imágenes de Martina, destrozada por la muerte de *Nerón*. Se me revolvió el estómago—. No sé qué grado de implicación tendrá Nathan en el tema de los anónimos, pero quiero creer que aplicarás la justicia que esté en tu mano aplicar... con objetividad.

—Él puede ser muchas cosas, Tyler, pero no tiene nada que ver con los anónimos.

—¿Puedes demostrármelo?

Di en el blanco. Esperaba otra explosión de defensa insostenible, pero solo obtuve silencio. Me dije que lo soportaba por Martina, pero también lo hacía por mí. Tenía que asegurarme de que el culpable de toda aquella campaña de terror quedaba entre rejas para poder empezar de cero con ella. No lograríamos destinar todas nuestras energías a lo realmente importante a corto

plazo si un psicópata rondaba nuestras vidas como si fuera un puto buitre.

Jayden frunció el ceño y miró hacia el lago. Pensaba, buscaba, se peleaba consigo mismo. Nos separaban años de enemistad y jamás seríamos amigos, pero le conocía hasta ese punto.

Supe que tendría mi respuesta cuando, de repente, giró su cara hacia mí con una determinación que desapareció en cuanto vimos a un jinete que se acercaba a nosotros.

Era Zoe. Montaba en *Luna*, y venía sola. Un inesperado escalofrío me sacudió cuando sujeté las riendas del animal y la ayudé a bajar. La niña temblaba, lloraba y no dejaba de señalar un punto en mitad del lago, ocupado por una pequeña barca que se acercaba a la orilla contraria.

—¡Zoe! ¿Vienes sola? ¡Joder, has podido caerte! —Entonces reparé en algo—. ¿Cómo coño te has subido aquí?

Ella se rodeó la cara con el dedo índice y después deletreó «Luna».

El estómago se me encogió.

—*¡Usé el taburete para subirme!*

Abrió la boca. Vi su esfuerzo por hablar porque se puso roja por la congestión, pero siguió utilizando las manos con tanta rapidez que me costó entenderla.

—*¡La abuela ha tirado a Martina al lago! ¡Mató a Nerón y asustó a Martina con esos papeles, yo los vi! ¡Me dijo que si hablaba, me aplastaría y ningún médico podría ayudarme, después de haber acabado contigo y con vosotros! ¡Hoy estaba enfadada conmigo, y yo me asusté y me marché, y ella me persiguió hasta tu casa, pero yo me escondí para que no me viera! ¡Ella cogió a Luna cuando Martina se marchó a correr, la persiguió y la golpeó para llevársela al lago! ¡Después Luna volvió al establo y yo la monté! ¡Tyler, he perdido el anillo que me regaló Martina, y me van a pasar cosas malas por eso! ¡Igual que a ella! ¡Se va a ahogar!*

Siguió gesticulando, pero yo dejé de prestar atención. El corazón se me paró en el pecho, el aire dejó de fluir libremente por mis pulmones y un sudor frío me cubrió entero.

No podía estar entendiendo bien.

—Espera, cariño... ¿Dices que Moira fue la autora de los anónimos? ¿Y ha golpeado a Martina?

—*¡También dejó todo eso en tu casa para que Jayden pensara que tú eras culpable! ¡Y más cosas!*

—¿Como tirar a Martina al lago?

—*¡Le ató una piedra en los pies para que se hundiera! ¡Yo lo vi! ¡Vamos!*  
Tiró de mi brazo, pero no me moví. Era imposible, tan absurdo que no se tenía por ningún sitio...

Cogí el móvil. Vi las llamadas de Martina. Su mensaje que me decía que salía a correr.

Por el bosque, como siempre. Sola.

Le devolví las llamadas, pero no me respondió a ninguna.

Mi imaginación hizo el resto.

Lo que Zoe decía de Moira no tenía lógica, pero podría tener su parte de razón. ¿Y si era verdad que Martina estaba en peligro?

Miré hacia el lago. La barquita ya no estaba, pero mis instintos se activaron todos a la vez. Por alguna extraña clase de conexión, sabía que Zoe no mentía.

—Ven conmigo. —La cogí y la senté en la parte trasera de la moto—. ¡Agárrate fuerte!

—*¿Y Luna?*

—Lo único que importa ahora es Martina, cariño. ¡Tienes que decirme dónde está!

No podía seguir hablando. Las palabras se me atascaban en la garganta cuando vi a Jayden plantarse delante de mí.

—¿Qué credibilidad puede tener esta niña? —me preguntó.

—Mucha más que yo.

—Entonces he escuchado lo suficiente. —Se apartó para hacer una llamada telefónica antes de volver con nosotros—. Te dije que mi padre no tenía que ver. Acabo de enviar una patrulla a la casa de Moira para arrestarla, pero yo voy con vosotros. Si puedo ayudar en algo...

Sentí los bracitos de Zoe alrededor de mi cintura y conduje como un auténtico kamikaze, sin tener en cuenta que llevaba una de las cargas más preciadas a mi espalda: mi hija. Atravesamos los caminos, el pueblo, y nos internamos en el bosque para terminar saliendo de él, al otro lado del lago. Y ni uno solo de aquellos angustiosos segundos dejé de rezar.

«Dios, si me la quitas de esta manera, prometo declararte la guerra de por vida. ¡Por favor, permítenos seguir juntos!».

En cuanto llegué al lugar indicado por Zoe, dejé la moto junto a la orilla y me lancé al agua. No sentí el frío que me entumecía los brazos conforme me sumergía con desesperación, para volver a emerger, coger aire y repetir el procedimiento, al mismo tiempo que nadaba hacia el centro. Tampoco me

planteé el hecho de que el lago era demasiado grande para centrarme en un solo punto, de que podría no estar allí, de que era probable que hubiera salido del agua por sus propios medios. Ni siquiera quise pensar en que de verdad podría estar en el fondo, muerta.

Solo braceé y bucé hasta que los pulmones me dolieron.

Hasta que la vi.

Allí estaba, sin moverse, atada de pies y manos. Amordazada, con una piedra amarrada a los tobillos que tuve que desatar para poder llevármela a la superficie.

Quise llorar para soltar mi angustia mientras cargaba con ella, pero, si lo hacía, perdería fuerza, y ella la necesitaba toda, así que esperé a tenerla en tierra firme para buscar alguna señal de pulso.

La tenía, muy débil, en el cuello. Para mí, fue un mundo que me preocupé en aprovechar.

—¡Llama a una ambulancia! —chillé a Jayden—. ¡Rápido!

A continuación, procedí a realizarle la respiración boca a boca, gritando un: ¡vamos!, con cada intento. Susurrando un: ¡aguanta un poco más, *m'aghaidh ghealach!*, con cada golpe de pecho. Suplicando un: ¡vive por mí, joder!, con cada gemido surgido de mi garganta. Me agotaba, me llenaba de impotencia. Me negaba a pensar que había llegado demasiado tarde, cuando al fin obtuve una respuesta.

Martina tosió, envuelta en un montón de agua que surgió de su boca. La coloqué de lado para que no se ahogara y sonreí entre jadeos y agua escurriéndome por todo el cuerpo.

Sin ningún cuidado, la aplasté contra mi pecho.

—Estás viva —murmuré, lleno de alegría—. Estás viva...

Y yo, completamente consternado, herido, casi destrozado cuando miré a Zoe.

Porque acababa de darme cuenta de que había dicho la verdad. Toda la verdad.

Llamé a Peyton en cuanto pude para que nos acompañara en el hospital cuando requirieron a Jayden en el arresto de Moira, pero apenas reaccioné cuando me abrazó.

Moira había intentado asesinar a Martina. Moira había coaccionado a Zoe. Moira era la autora de los anónimos, la intrusa que se había colado en mi casa para dejar falsas pruebas en mi contra.

Moira había planeado su venganza por la muerte de Rachel, gracias a la cláusula de Max, a través de mi hija.

No podía sentir, ni pensar. Sabía que estaba en estado de shock. Completamente desorientado, desubicado. Traicionado y vacío en una parte muy importante de mí.

—No puedo creer que durante todo este tiempo haya permanecido a mi lado, como si... como si...

Era incapaz de pronunciar las palabras. Mi cabeza giraba a una velocidad demasiado grande para que pudiera procesar los últimos acontecimientos.

—¿Te quisiera? —Noté la mano de Peyton apretándome el brazo para darme ánimos—. No entiendo por qué lo ha hecho, aunque imagino que no tardaremos en saberlo.

Un hijo. Eso me había exigido Max, sabiendo desde el primer momento que ya tenía uno. Había tardado meses en comprender su intención, pero ahora todo aparecía claro en mi cabeza.

Max quería que Martina y yo tuviéramos nuestra segunda oportunidad a través de Zoe. Que yo terminara por destapar aquel lazo de sangre al que nunca debí renunciar. Que lo proclamara a los cuatro vientos y aceptara todo lo que implicaba.

—Pa-pá...

Levanté la cabeza de golpe y me la quedé mirando. No, eran imaginaciones mías. En realidad, Zoe no había dicho nada... Pero la cara estupefacta de Peyton lo decía todo.

—¿Qué? —pregunté, colocándola entre mis piernas y acariciándole el pelo.

Las manos empezaron a temblarme y el corazón me retumbó en el pecho con un aleteo de esperanza, tan estúpida como mis conclusiones. No hubiera podido explicarlo, pero fue como si toda la sala se quedara en silencio para volver a escuchar aquella palabra...

—Pa-pá —repitió con aquel susurro ronco, producto de una voz que no había sido utilizada en meses—. Tú... eres... mi... papá.

—¿Eres su padre?!

El chillido de Peyton sobresaltó a la mitad de la sala de espera, pero yo ni siquiera me inmuté. Estaba paralizado, emocionado, llorando y riendo. Sintiéndome fuerte y débil. Con el corazón laténdome a mil por hora y un orgullo indescriptible expandiéndose por mi pecho.

—Mi niña... —murmuré sin terminar de creérmelo.

Sentí que los ojos me escocían cuando abracé a Zoe hasta casi dejarla sin respiración.

—Has hablado... —murmuré, llenándola de besos—. ¡Mi chica preferida ha hablado!

Zoe sonrió con naturalidad y se encogió de hombros ante el pasmo de Payton, que se levantó.

—Zoe, cariño, tu... papá y yo tenemos que hablar un momento. ¿Nos esperarás aquí? —dijo con dulzura, mientras me fulminaba con la mirada.

La niña asintió y ella me llevó a un lugar apartado, donde prácticamente me arrinconó.

—Cabrón desconsiderado... ¡Debería dejar de hablarte para siempre! —susurró ofendida—. ¡Esa niña va a cumplir siete años! ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿El día de su boda? ¡Se supone que somos amigos, y los amigos se cuentan todo!

—Perdóname. No debí ocultártelo, pero era necesario para que ella no lo supiera. Moira, Rachel y yo lo acordamos así en un principio. Luego, cuando pasé esos años en la cárcel, pensé que lo mejor para la niña sería que siguiera ignorando que yo era su padre, y le cedí la custodia a Moira.

—Todavía no puedo creerme lo de Moira, pero si ha sido ella, tu hija no ha estado en la mejor compañía —refunfuñó, con los brazos en jarras y el mentón levantado, todavía muy enfadada.

Gruñí y me pasé la mano por el pelo. Necesitaba tranquilizarme para poder analizar todo el cúmulo de situaciones que se me presentaban. Zoe, la reacción de Martina cuando supiera el resto de mi historia, Moira... Incluso Jayden y Nathan.

—Si de verdad crees que la dejaría a sabiendas con alguien que ha provocado su mutismo a base de amenazas que prefiero no imaginar, es que no me conoces en absoluto —contraataqué.

—Es posible que no te conozca en absoluto. De hecho, no dejas de sorprenderme —añadió, señalando a Zoe con un movimiento de cabeza—. ¿Lo sabe Martina?

—Solo lo sabían Rachel, Moira y Max.

—Pues tendrás que decírselo, sobre todo ahora que la tutora legal de la niña ha resultado ser una asesina en potencia.

Hablaba con despreocupación, pero sus ojos me dijeron que estaba tan dolida por Moira como yo.

—No la dejaré sola —murmuré, guiñando un ojo a la niña cuando vi que

nos observaba con preocupación—. No las dejaré a ninguna de las dos, Peyton.

—Eso suponiendo que Martina acepte tus disculpas y tu situación. Cosa nada fácil, por cierto.

—Eso déjame a mí.

Me encaminé hacia donde estaba Zoe en el mismo momento en el que ella se levantaba con la intención de unirse a nosotros. La cogí en brazos y la senté en mi regazo cuando ocupé una de las sillas vacías, con Peyton a mi lado.

—¿Mi princesa está triste? —pregunté, besando su mejilla sonrosada.

—Sí. *Van a encerrar a la abuela, y es por mi culpa...*

—No, cielo, escúchame. Tú no tienes la culpa de nada, ¿entendido? — Sentí su escalofrío en mis manos cuando la sujeté por los hombros para que me mirara.

—*¿Por qué no me quería? ¿Por qué hizo esto a Martina?*

¿Cómo explicarle que solo la propia Moira podría responder a esa especie de locura? ¿Que yo aún estaba intentando asimilarlo?

No pude. Solo la estreché entre mis brazos, transmitiéndole todo el amor, toda la dulzura que me salía por cada poro para lograr que ese pequeño cuerpecito dejara de temblar, para controlar mi propia euforia por volver a escuchar su estupenda voz, antes de besarla en la mejilla.

—Martina se pondrá bien, cariño —aseguré, mirándola a aquellos ojos llenos de temor—. Zoe, te vendrás conmigo.

No pude seguir hablando con ella para explicárselo con más detalle. El doctor apareció para decirnos que Martina estaba consciente, con sus constantes vitales estables, y mi deseo de volver a verla, de abrazarla y besarla hasta la extenuación, ganaron a todas las incertidumbres.

Al menos hasta que franqueé la puerta de su habitación.

Martina miraba hacia la ventana. Tenía las manos entrelazadas sobre el pecho, con unas horribles marcas rojas allí donde la habían rozado las cuerdas. No se volvió cuando me oyó entrar, pero levantó una mano con toda la intención de impedir que me acercara más.

—Quédate ahí, por favor. —Su voz sonaba ronca, pero escalofriantemente serena. Yo me detuve de golpe, hasta que decidí que lo mejor sería rodear la cama y colocarme delante de la ventana que con tanto interés parecía mirar.

Mucho más cauto, mucho más indeciso. Con el corazón golpeándome la garganta.

—¿Estás bien? —murmuré, guardando las distancias. Con las manos en los bolsillos de mis vaqueros para ocultar el nerviosismo que me las empezaba a humedecer.

—Todo lo bien que se puede estar después de descubrir que Moira es en realidad una asesina que planeaba matarme solo para vengarse de ti, después de quitarte a tu hija para utilizarla en su beneficio cuando hubiera acabado contigo.

Solo cuando terminó me atravesó con una mirada dura y glacial, antes de girar la cabeza en dirección a la puerta para darme la espalda otra vez.

Me apoyé en la pared. Lo necesitaba para buscar las palabras adecuadas. Sentía que se iba alejando de mí a pasos agigantados, y no podía permitirlo. No hasta que conociera mis razones.

—Martina... Me gustaría que me dieras la oportunidad de explicarme.

Esperé con el alma en un puño. Acepté el silencio, preparado para cualquier clase de rechazo, pero Martina asintió en un gesto casi imperceptible que me dio luz verde y una pequeña esperanza.

—En su día fui un puto crío —empecé de nuevo—. ¡Pero es que ni siquiera había cumplido los veinte, y ya iba a ser padre! Rachel no lo llevaba mejor que yo, así que cuando, una vez en Dublín, supo que estaba embarazada, los dos aceptamos la opción de Moira. Rachel seguiría en Dublín hasta que diera a luz, y volvería a Killaloe diciendo que Zoe había sido el resultado de una noche loca con un tío problemático que había terminado en la cárcel. Todo para evitar que Nathan tomara represalias contra ellas por un dinero que al parecer le debía. Jayden quería a Rachel para él, y Nathan extorsionaba a Moira para que influyera en su hija, si no quería verse en la calle. Yo la creí. Todavía ahora me cuesta no creerla... —Me encogí al pensar que había confiado en alguien que había desempeñado tan bien su papel que nos había engañado a todos—. Mis viajes al pueblo empezaron a tener otro objetivo: mi niña. Porque la adoré desde el mismo momento en que la tuve en los brazos, Martina. Recuerdo que me preguntaste por el padre de Zoe, y yo te respondí que estaba encerrado. Ahora ya sabes que era así.

—No, no lo ha sido durante los últimos dos años —me interrumpió, implacable.

—Estuve encerrado en mis propios errores sin salida. Lo he estado hasta que tú volviste a aparecer en mi vida, con la llave maestra que me daría la libertad. Pero aún sigo pensando que no solo te abandoné a ti, sino también a ella. Solo tenía unos meses de edad cuando Rachel murió. No quería que

creciera con el estigma de tenerme como padre pero me mantuve cerca siempre que pude, sobre todo después de salir de la cárcel. Cedí su custodia a Moira y acordamos no decirle nunca quién era yo, pero me permitió estar a su lado. Sin que Zoe sospechara nada. Aunque, por lo visto, se ha enterado de alguna manera, porque acaba de llamarme «papá». Ha hablado. Y su primera palabra ha sido para mí.

Disfruté de un fagonazo de alegría en el azul tormentoso de sus ojos, antes de que volviera a parapetarse detrás de todas las razones que seguía teniendo para rechazarme.

—Cuando viajé a Killaloe por última vez, planeaba dejarlo con Rachel y volver contigo para hablarte de Zoe. Pero los acontecimientos, que ya conoces, cambiaron las cosas.

—Me mentiste. Aquel día, en el lago, me dijiste que Rachel se había quedado embarazada en Dublín. ¡Me mentiste! —repitió con un chasquido sordo en su tono de voz que me hizo encogerme.

—Seguí el mismo plan de hacía más de seis años. No tengo excusa, excepto el miedo a perderte cuando empezaba a alcanzarte de nuevo. —Me sentía una miserable cucaracha solo con oírla respirar, pero volvería a mentir si con ello le ahorraba el sufrimiento—. Te oculté mi última verdad, a pesar de que pude utilizarla en mi beneficio desde el primer momento. Ahora me arrepiento. Si lo hubiera hecho, habría desbaratado los planes de Moira. Nada de esto hubiera ocurrido. Pero me callé porque, desde el momento en que volví a verte, decidí que quería recuperarte, aunque entonces no lo sabía. Sé que piensas lo peor de mí, pero quiero convencerte de lo contrario. —Ella me dedicó una fugaz mirada de desconcierto y siguió dándome la espalda—. Cuando estaba en la cárcel, miraba por la ventana todas las noches. Cada vez que había luna llena, le pedía un deseo, o muchos. Daba igual el número. Solo importaba lo que le pedía, lo que yo quería. Pete solía reírse de esa costumbre. Decía que tenía tantos deseos que necesitaría una luna para mí solo. Fue entonces cuando lo comprendí, Martina. —Caminé hacia su espalda, me incliné y posé las manos sobre sus hombros. No me rechazó, pero sentí un ligero temblor bajo las palmas que me hizo contener la respiración—. Todo lo que yo pedía tenía que ver contigo. Había tenido una luna para mí solo, ¿entiendes? Eras tú. *M'aghaidh ghealach*. Mi cara de luna. La única que podía recomponerme entero. El Tyler que tú conocías está aquí, Martina, sin orgullo, sin soberbia, con humildad y preparado para todo lo que decidas. Siempre ha estado aquí, esperando... por ti.

Había hablado con el corazón en la mano. Por eso, sentí que me desgarraba por dentro cuando me golpeó con el frío azul de sus ojos. Estaba pálida, con las mejillas húmedas por las lágrimas y los labios en una fina y temblorosa línea. Todo en ella indicaba sufrimiento, dolor.

—Vete —me dijo, y todo mi mundo se desmoronó a mis pies—. Has tenido tu oportunidad. Te he escuchado, Tyler, pero ahora vete, por favor. Necesito soledad.

La oí suspirar y soltar el aire poco a poco, como si el hecho de echarme de su vida le supusiera una ruptura consigo misma imposible de curar.

Hubiera podido insistir. Luchar por conservarla a mi lado, pero no lo hice. Porque en ese preciso momento, supe que la había perdido.

# TREINTA Y SEIS

## *Martina*

Antes de salir del hospital tuve que dar mi versión de los hechos a Jayden, para que Moira siguiera entre rejas.

Tres semanas después, me operaron para extirparme el tumor.

A pesar de que Brian me dijo que había estado allí mientras me operaban, me negué a tener cualquier contacto directo con Tyler. Para mi madre, Brian y Eirian, era miedo. Para mí, significaba marcar alguna clase de distancia, aunque solo fuera física, para poder asimilar todo lo ocurrido con un mínimo de perspectiva y objetividad.

De que esa distancia no fuera infinita, se encargó Tyler:

Tyler: «Me pediste que me marchara porque necesitabas soledad, pero no hablamos nada acerca de enviar mensajes. Por lo tanto, y salvo que me comuniqués otra cosa, pienso seguir enviándotelos, aunque solo sea para que sepas que sigo aquí. Arrepintiéndome y conteniéndome. Completamente destrozado por lo ocurrido con Moira. Me confié, Martina. Me sentí seguro, cuando debí recordar que en esta vida muy pocas cosas son lo que parecen. Pero tú eres una de las excepciones. Solo lo vivido contigo me parece auténtico, tangible. Te quiero, *m'aghaidh ghealach*. Perdóname».

Tyler: «Hoy me he presentado en el hospital para verte salir del quirófano. Me ha costado media vida marcharme, pero, esta vez, no pienso quedarme al margen. No te lo conté, pero el día de tu cena con Jayden y Nathan, además de confesarme que estaba embarazada, Peyton me pasó una conversación grabada en la que Nathan decía mucho más de la cuenta. Yo se la enseñé a Jayden mientras tú estabas con Moira y... Bueno, no quiero pensar en lo que pudo pasar, porque no pasó, pero Jayden ha dado el paso y ha decidido aportar pruebas adicionales que demuestran que Nathan estaba metido en diversos casos de corrupción.

Sigo aquí, para ti. Te quiero, *m'aghaidh ghealach*. Perdóname».

Tyler: «No te he hablado de Zoe con detalle, y he pensado que te gustaría saber más de ella. El trauma que le supuso ver cómo Moira te arrojaba al lago hizo que pronunciara sus primeras palabras. Ahora va progresando gracias a un logopeda y una fonoiatra. Su voz ya no parece un susurro estrangulado, y

sus frases son cada vez más largas. Pero lo ocurrido con Moira nos ha marcado a los dos. Nos costará tiempo volver a ser los que éramos.

Te echamos de menos. Estoy seguro de que te replantearás las cosas, Martina. Lo vi aquel día en tus ojos, justo antes de que me pidieras que me fuera. Te quiero, *m'aghaidh ghealach*. Perdóname».

Tyler: «Hoy he recibido una llamada de Peter. Me informa de que quieres llegar a un acuerdo conmigo para quedarte con el gabinete. ¡Joder! ¿No podías haberlo hablado directamente conmigo? Si quieres el gabinete, es tuyo. Yo no me opondré. Te quiero, *m'aghaidh ghealach*. Perdóname».

Necesitaba reunir el coraje suficiente para enfrentarme a una nueva batalla por la vida. Tiempo. Para entenderle y entenderme. Para recuperar una confianza que se me escapaba de las manos. Pero cuando lo tuve, lo utilicé solo para pensar que ya no podía evitar lo inevitable. Que no había más dilación, ni más margen.

Tyler había ocultado la verdad, por su hija. Había accedido a permanecer en la sombra cuando Zoe nació, por Moira, por Rachel. Y cuando al fin había conseguido perdonarse por su muerte, la traición de Moira le había destrozado; aun así, me había hablado con el corazón en la mano.

Incluso a través de mi rabia me había dado cuenta de que en aquella habitación de hospital había dejado su alma al completo, por mí.

Se merecía una nueva oportunidad, eso me gritaban mis instintos. Me aconsejaban que fuera tras él. Sin importar que lo que encontrara me obligara a despedirme de él para siempre.

Por eso estaba allí de nuevo, a punto de coger el ferry de Cairnyan, dos meses después de haber visto a Tyler por última vez y una semana antes de que expusiera sus dibujos en la galería de arte de Brian.

Pero en aquella ocasión, algo había cambiado. Y ese algo era yo.

Mi pecho estaba reconstruido después de esa segunda operación, pero yo seguía incompleta. Podrían rellenarme cada órgano con trozos de silicona fríos e impersonales, que nunca me sentiría repleta.

Tyler. Él me ofreció la posibilidad de sentirme entera. Y le amaba, con Zoe, con sus medias verdades, con su montón de rincones oscuros y sus enormes errores que propiciaron los míos.

A mi pesar, le quería.

—Déjale entrar, pequeñaja.

Me volví hacia Brian al mismo tiempo que me ajustaba el cuello del

abrigo.

—No hace mucho querías mutilarle —advertí con una media sonrisa llena de amargura.

—Hasta alguien como yo ve sus buenas intenciones en cada uno de sus errores. Se ha pasado los últimos años cometiéndolos por pensar en los demás. Eso debería contar, ¿no? Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad. Incluso él. Es el mejor ejemplo de imperfección absoluta, de metepatas reincidente, pero, en esta ocasión, me parece que el error ha sido tuyo. —Me cogió por los hombros y se acercó a mí, con el ceño fruncido por la preocupación—. No permitas que la historia se repita. Deja que participe contigo de cada tropiezo y de cada recuperación. Que sufra, que maldiga y que se alegre. Deja que sea él quien te regale el último de tus anillos.

Me miré los dedos, echando en falta la piedra de luna que le había regalado a Zoe.

—¿Tú te estás oyendo? —murmuré.

—La pregunta es: ¿me estás oyendo tú? El amor es lo único que puede cambiarnos. Es lo que te obliga a saltar al vacío, sabiendo que la otra persona estará abajo para recogerte. Es confianza ciega, Martina. Es la seguridad de que no te dejarán caer.

—¿Cómo puedes decirme eso precisamente ahora?

—Porque antes estabas demasiado débil para reparar en los detalles, pequeña. —Hizo bailotear sus cejas con despreocupación—. Tyler no te dejará. Esta vez no.

—Tyler retiró su mano, Brian. Me mintió.

Quería convencerle, pero no lo logré ni siquiera conmigo misma. Él me miró de reojo y chascó la lengua antes de acariciarme la mejilla con condescendencia.

—No. Él ocultó una parte muy importante de sí mismo y después se desnudó delante de ti. Te ha contado todo. Saltó primero, solo para evitarte el dolor.

—Estás de nuevo de su lado. Y no...

—Siempre estuve del tuyo. Ni él es feliz, ni lo eres tú. Pero solo tú tienes la llave para que las cosas cambien. Utilízala —añadió, mirando el ferry que se acercaba—. Por favor, no permitas que la realidad te mate en vida. Eres mi amiga, pero me apartaré si permites que Tyler tenga su oportunidad. ¿Me lo prometes? ¿Me lo prometes? —insistió, cuando hice amago de subir al ferry sin responderle.

No me dejaría marchar hasta no oírme claudicar. Giré la cabeza para evitar ver la honestidad más absoluta en esa cara que siempre me había acompañado. Sabía lo que dejaba atrás, a quién abandonaba. Sentía su dolor, su decepción, y su respeto.

Tenía razón. A pesar de todo, amaba a Tyler. Siempre lo había amado. Por eso nos había concedido una segunda oportunidad que se había truncado con las revelaciones acerca de Zoe.

Pero había tenido tiempo. Y ese tiempo me había proporcionado una cicatriz demasiado tierna para considerar la herida curada.

Solo viéndolo delante de mí, descubriría realmente lo que estaba dispuesta a dar y a recibir.

—Te quiero mucho —dije, lanzándome a su cuello para besarle la mejilla—. Lo intentaré, ¿vale?

Tuvo que conformarse con eso mientras me despedía con la mano.

Llamaría a Tyler en cuanto llegara. Era sábado por la noche y llovía a cántaros, así que no podría presentarse hasta el día siguiente, lo cual me daría un pequeño margen de maniobra para prepararme.

Aparqué el coche y corrí hacia la entrada del edificio, cargada con una única maleta, antes de terminar completamente empapada.

—¿Te ayudo con eso?

Me quedé paralizada. Dejé de sentir el agua calándome hasta los huesos y me volví muy lentamente.

Tyler estaba allí.

Tan guapo como lo recordaba, incluso más, con aquella cazadora de cuero negra, la barba y esa planta extraordinaria que aumentaba su atractivo con una pequeña sonrisa ladeada, mientras permanecía con el trasero apoyado en el lateral del Chevrolet y las manos en los bolsillos de los pantalones, tan inmune a la lluvia como yo.

Controlé las ganas de abalanzarme sobre él, de besarlo, de pedirle perdón hasta obtenerlo, porque los dos engarzamos nuestras miradas hasta que el mundo se detuvo a nuestro alrededor.

—Hola, Martina. Te veo muy bien.

—Hola, Tyler —respondí, después de una eternidad buscando mi propia voz—. No esperaba encontrarte aquí.

—Brian me dio todos los detalles. Espero que no te moleste. —Acortó la distancia que nos separaba muy despacio, hasta detenerse a un par de pasos

de mí—. ¿No me preguntas qué hago empapándome entero, mientras espero?

—Imagino que estarás aquí por el tema del gabinete.

—Ah, mi Martina. Siempre tan práctica cuando debes serlo. Algún día me enseñarás cómo lo haces. —Torció la boca y chascó la lengua con una actitud condescendiente—. Cuando aprendas a dejar de esconderte cada vez que algo te supera.

Abrí la boca dispuesta a contradecirle, pero logré cerrarla a tiempo. Tenía razón, mierda. Siempre la había tenido. Esa había sido mi última reacción a su último error. Aunque considerar a Zoe un error era algo repulsivo que ni siquiera me planteé, porque la quería y la había echado de menos a partes iguales, yo me había comportado como una cobarde inmadura, incapaz de manejar algo tan importante e imprevisto como su paternidad.

—Es la última vez —afirmé, cuadrando los hombros y dejando que la lluvia terminara de calarme entera cuando afronté su mirada con la mía—. Estás aquí, Ty.

—Con mi pasado, Martina. No hay nada más que deba desvelar, ni nada menos. Deberías pensarlo si decides darme el último voto de confianza, porque no tendrás que darme más.

Lo había pensado, digerido, asumido y asimilado como parte de mí.

—He tenido dos meses por delante —dije, esperando que él infiriera el resto.

—Me suplicaste que no te dejara sola, por mucho que fueras tú quién me lo pidiera, y eso he hecho todo este tiempo. Y si en todo este tiempo no he permitido que la distancia entre nosotros me afectara, mucho menos lo voy a permitir ahora que te tengo delante. Con esa mirada que pretende ser huraña e indiferente, pero que brilla con todas las cosas que yo mismo siento. Porque las sientes, ¿verdad? —Le respondí con un movimiento de cabeza. Tyler relajó cada músculo de su cara y sonrió con alivio—. *Fineáil, m'aghaidh ghealach*. A partir de este momento ya podemos establecer las bases de nuestra conversación.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Aquí y ahora. No has contestado a ninguno de mis mensajes.

—Nunca dije que fuera a hacerlo.

—Tampoco dijiste lo contrario. —El gris de su mirada se volvió frío, distante. Y a pesar de todo, no paraba de moverse, como si no supiera cómo afrontar nuestro encuentro—. Por eso estoy aquí. Quiero... Me gustaría... que volviéramos a estar juntos. Con tus condiciones, con las mías. Da igual.

Me encantaría poder acompañarte a tus sesiones de quimio y que tú vinieras conmigo en mi primera exposición de dibujo, por ejemplo. ¿No crees que sería un buen comienzo?

—No, Tyler, espera...

—Necesito que seas lo primero que yo veo por la mañana, y que yo sea lo último que tú veas por las noches —continuó, ignorando mi interrupción—. Que aceptes mis meteduras de pata continuas, igual que yo aceptaré tus reacciones ante cualquier cosa que altere tu orden.

—No —repetí, con mucho más aplomo. Verlo allí era lo último que esperaba, con aquel aroma, incrementado por la lluvia, envolviéndome para que terminara de tomar mi decisión. Con aquel gesto intenso, como si me estuviera absorbiendo al mismo tiempo que me hablaba. Con la desesperación contenida en su mirada gris—. ¡Joder, esto no funciona así!

—¿Ah, no? ¿Y cómo funciona?

¿Cómo decirle que mis antiguos miedos habían vuelto con el tratamiento? ¿Que deseaba estar con él tanto como apartarle de mi vida? ¿Que, ahora que lo tenía delante, hubiera matado antes de consentir su sufrimiento? ¿Qué hacía tiempo que había asimilado sus errores como parte de él, de mí?

—He pasado dos jodidos meses sin escuchar tu voz, sin olerte, sin tocarte y sin verte. No voy a permitir que vuelvas a esconderte detrás de tu enfermedad para intentar echarme de tu lado. ¡Estoy aquí, ahora! —exclamó con el ceño fruncido, demostrando que había leído cada uno de mis pensamientos—. Admito mis errores, pero también las razones por las que los cometí. No soy perfecto, Martina, pero te quiero. Y sé que tú también me quieres. Solo necesito una señal por tu parte, por pequeña que sea. Solo necesito...

A mí. Dejó que el resto del aire se le escapara sin pronunciar una palabra más. Me miró como si esperara que realmente me dejara llevar por lo que me moría por hacer, pero torció la boca con decepción cuando comprobó que no me movía del sitio.

—De acuerdo. Sabía que existía la posibilidad de que fracasara. Si esta es tu última palabra... Adiós, Martina. No volveré a molestarte.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia el coche. Y con cada paso que daba, mi corazón se desintegraba, emitiendo un alarido cada vez más fuerte.

¿Ya estaba? ¿Iba a permitir que se fuera así? ¿Qué coño me pasaba? ¡Había regresado por él! Si no hacía algo al respecto, le perdería. Para siempre.

—¡Tyler!

Él giró la cabeza con una mirada esperanzada que brilló cuando se aventuró a volver sobre sus pasos, hasta tenerme enfrente. Abrió y cerró los puños un par de veces, pero se mantuvo firme.

—Dime —pidió con una voz glacial que no me hizo darme por vencida.

Se mantenía seguro tras una fina barrera que había construido sobre la marcha, pero yo me encargaría de derribarla.

—Seis años —dije—. Llevo seis años planificando mi vida al milímetro, solo para superar tu recuerdo sin que el pecho se me abriera. Ahora, después de haberte dejado entrar en él por segunda vez, acabo de darme cuenta de que llevo todo ese tiempo esperando para volver a perderme... por ti. —Sus cejas se arquearon, pero no se movió. Esperaba—. Me encanta la gente que, con todo el miedo del mundo, se la juega por alguien hasta el final. Tú lo hiciste. Te la jugaste al contarme todo. Perteneces a esa clase de personas. Tu fuerza es mi seguridad, porque nace del amor.

—¿Pretendes decirme que me quieres porque te doy seguridad?

—No —repetí. Y en aquella ocasión, no me importó acercarme hasta enlazar mis manos en su nuca solo para convencerme de que iba a hacerlo. Con todas las consecuencias y sin importar nada más—. Te digo que lo siento. Por mis huidas y mis miedos. Por mi actitud infantil ante todo lo que hemos vivido ambos en estos seis años de separación, y por todo lo que nos ha unido en los últimos meses. Por no agradecerte que me hubieras salvado la vida. Por haberme cerrado a todo lo que no fuera sentirme ofendida por la gestión de tu pasado. —Puse un dedo sobre sus labios para evitar que me interrumpiera y sonreí—. Te digo que te quiero por todo lo que me has dado, y por todo lo que me has quitado. Te digo que te quiero porque necesito verte a la hora del desayuno, o de la cena. Cuando te beso, cuando me besas. Cuando nos enzarzamos en peleas con una reconciliación. Te digo que te quiero, sin más adornos. *Is breá liom tú, Tyler...*<sup>[18]</sup>

Abrió los ojos sorprendido al escucharme, pero se repuso con la suficiente rapidez como para enlazarme por la cintura y apropiarse de mi boca como si siempre hubiera sido suya.

En realidad, siempre había sido suya, como el resto de mí. Se lo demostré acoplándome a cada una de sus curvas, de sus luces y sus sombras, de sus perfectas imperfecciones. Me lancé a saborearlo, a volver dentro de su boca, a pelearme con su lengua, en un beso furioso, hambriento, voraz, hasta que él me apartó lo justo para poder mirarnos, hablar, respirar.

—Entiendo que con esto vuelves a aceptarme, *m'aghaidh ghealach* — murmuró, manteniendo mi cara entre sus manos para abarcar cada rincón con ellas.

—No. —Me arrodillé frente a él, le cogí de las manos y enlacé mi mirada con la suya—. Eres tú quien debe hacerlo. Solo un hombre tan excepcional es capaz de ocultar su paternidad para no dañar a terceras personas. ¿Me aceptas, a pesar de mis defectos? ¿Me aceptas, a pesar de mi enfermedad y las secuelas que puedan venir con ella? ¿Me aceptas, a pesar de mí misma? —terminé, repitiendo sus mismas palabras.

—No. —Me quedé helada, mucho más consciente del agua que me calaba cuando le vi sacudir la cabeza—. A no ser que tú tengas en cuenta que lo de Moira me ha afectado hasta el punto de alterar mi vida e incluso mis prioridades y las de Zoe. A no ser que asimiles que, si yo te acepto, tendrás que vivir en Killaloe, con el resto del pueblo como mi pareja...

—Lo tengo en cuenta y lo acepto.

—Gracias... —murmuró, elevando los ojos al cielo—. Ese fue el deseo que le pedí a la luna aquella tarde, cuando hicimos el amor por primera vez: le rogué que me perdonaras, y al final lo has hecho. ¡Joder! No vuelvas a arrodillarte delante de mí, salvo que sea porque quieras hacerme una mamada digna de...

Solté una carcajada, me incorporé y le tapé la boca a tiempo.

—¡Ni se te ocurra seguir! ¡Estamos en plena calle!

—Eso tiene arreglo.

La sonrisa que me regaló tenía tanta fuerza que iluminó mi propio cielo. Volví a besarlo. Dejé que mi cuerpo hablara por mí. Gruñó cuando volvió a apretarme contra él, y reí al notar su erección frotándose sin disimulo cuando me empujó contra la puerta del edificio. El calor hizo que mi sangre combustionara. Jadeé cuando enredó mi pelo en su puño y tiró de él para mordisquearme la porción de cuello que quedó al descubierto.

—Dios. Con solo mirarme me pones tan duro que sería capaz de follarte aquí mismo. Si supieras la cantidad de sueños húmedos que he tenido en los que tú eras la protagonista...

Volvió a asaltar mi boca sin permitirme una duda, un solo pensamiento en contra. Una de sus manos se coló por debajo de mi abrigo hasta clavarse en mi cadera. Emití un lamento, mitad dolor mitad placer, y levanté la pierna para rodearlo con ella, sin tener en cuenta que, con el movimiento, la falda de mi vestido subió hasta los muslos.

Sonreí cuando me quité los zapatos y dejé resbalar las medias y las bragas con ellos, hasta sostener ambas prendas delante de la mirada salvaje de Tyler.

—Acabo de empaparlas todavía más con lo que me acabas de decir. Ya sabes mi opinión.

Se abalanzó sobre mí con un gruñido casi animal, buscando mi sexo con los dedos. Lo encontró con facilidad bajo el abrigo y el vestido. Hundió sus dedos en él y gimió al mismo tiempo que yo me arqueaba a su encuentro.

—Abre la puerta, por favor —susurró sin aliento, mientras abandonaba mi interior—. Mis sueños húmedos no llegan al punto del exhibicionismo.

Manoteé en mi bolso para encontrar las llaves, y dejé que él me aupara hasta terminar con mis piernas alrededor de su cintura y sus manos abarcando mi culo. Solo soltó una de ellas para abrir la puerta de mi apartamento y cerrarla de un puntapié.

No llegamos más allá. En penumbras, me presionó contra la puerta y me arrancó el abrigo.

Me dejé llevar. Dios, era tan bueno, lo había echado tanto de menos... Aquellos dedos recuperaron su magia y continuaron moviéndose, ocupando el lugar que siempre había sido suyo, mientras su boca no dejaba la mía más que para marcar mi cuello y acceder a la parte de mis pechos que no cubría el sujetador cuando nos deshicimos de los botones. Tyler mordía, empujaba con sus caderas, gemía con cada beso. Yo sentía cómo el calor prendía en mí mientras le arrancaba la cazadora y maniobraba con el cinturón y la bragueta de sus pantalones.

Conseguí bajárselos junto con los calzoncillos, y liberé su polla para abarcarla con mi mano y apretarla sin piedad. Él se clavó entre mis piernas sin penetrarme. El golpe de calor que sentí me obligó a abrir la boca para respirar. Percibí el roce de su glande contra mi clítoris sin rodeos. Sudaba, me frotaba, me estimulaba hasta casi la locura. No pude pensar. Con la espalda apoyada contra la puerta, solo fui capaz de adelantar las caderas con un jadeo que terminó en un grito.

Se hundió hasta el fondo en mí. Tenía una expresión de salvaje contención cuando empezó a bombear con movimientos fuertes, profundos, rítmicos y cada vez más rápidos. Su ímpetu era tal que tuve que sujetarme a sus caderas con las piernas y a su cuello con los brazos para evitar desconectar de él, de su cuerpo y de su mente. Necesitaba esa clase de compenetración puramente física, los dos la necesitábamos. Era mi mejor complemento, mi enfermedad y mi única cura. Me pegué a él y retuve su cara junto a mi cuello,

alimentándome de sus jadeos profundos, del calor que me abrasaba y de las convulsiones que empezaron a generarse en mi interior para terminar explotando en un orgasmo memorable. Me retorcí contra él. Grité su nombre cuando me corrí y dejé que él me sostuviera cuando sentí su propio orgasmo llenándome por completo, haciendo que me sintiera repleta, feliz de haber tomado la decisión correcta, por una vez.

Me dejé caer sobre él y no abrí los ojos hasta que él no encontró el interruptor de la luz para accionarlo. Nos miramos unos instantes, como si acabáramos de vernos, todavía tan unidos que ninguno de los dos se movió. Tyler tenía su frente apoyada en la mía, jadeando. Parpadeó varias veces, como si estuviera muy lejos de allí, y me abrazó contra su pecho.

—Joder, esto no tenía que haber ocurrido así, ¿sabes? —me susurró al oído, agotado—. Yo tenía que convencerte para que compartiéramos todo lo que Max nos dejó y no solo el gabinete...

—Me has convencido.

—Después debía preguntarte si podía pasar para tratar el resto de asuntos...

—Reconozco que no has sido muy ortodoxo, pero estás dentro.

—¡Y tenía que darte mi regalo! ¡Me he saltado un paso! —Me reí y dejé que se vistiera atropelladamente—. No te muevas de aquí, por favor. Ahora mismo vuelvo.

Se fue y entró casi a continuación, con una caja en las manos que me ofreció.

—Este es mi regalo —dijo, con expresión solemne—. Me gustaría que lo aceptaras.

La apoyé en la mesa de centro y la abrí, para notar cómo mi corazón se detenía.

Primero asomó un pequeño hocico, al que siguieron unos bigotes, una cabecita con dos preciosos ojos azules y un pelaje suave y blanco en un cuerpo diminuto, que se volvía gris claro en sus patas.

—Intenté encontrarlo del mismo color que *Nerón*, pero no lo logré. Lleva en casa conmigo desde que te operaron. Te lo habría llevado a Edimburgo si me hubieras aceptado, pero confiaba en volver a verte por lo menos para dártelo. No pretendo que lo sustituya, pero sí hacerte entender que quiero participar en toda tu vida. En todos los detalles, buenos o malos.

—Es... Es... —La mejor manera de posicionarse en mi vida, con la intención de no marcharse. El gatito empezó a ronronear entre mis manos. Y

mi mundo, que hasta el momento se había ido haciendo cada vez más pequeño, empezó a agrandarse y a llenarse de matices—. *Calcetines*.

—¿Cómo?

—Su nombre. Lo llamaré *Calcetines*. Parece que tiene cuatro, ¿ves? —Lloraba cuando lo dejé sobre mi regazo. Tyler me miraba sin saber si sonreír o consolarme—. Quieres participar en mi vida... ¿Es tu deseo a la luna?

—A la del cielo, no —dijo, con una sonrisa enigmática—. A la que tengo adelante, sí. El siguiente es convencerte de que hay una manera infalible de que conserves el gabinete y yo los caballos. Max nos exigía un hijo, y lo tenemos.

—No, tú lo tienes —afirmé, sin poder evitar un ramalazo de amargura mientras lo decía.

Tyler tomó mi barbilla con los dedos y me elevó la cara hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Zoe necesita una madre. Eres la candidata perfecta, porque te amo hasta el punto de convertir mi último error en nuestra mejor oportunidad.

Dejó el resto de la frase en suspenso, esperando mi reacción con esa eterna cautela que siempre aparecía como una sombra en el brillo de sus ojos. La sombra de la duda, del miedo al futuro, de la impotencia por no poder influir en él. La sombra de la incertidumbre ante la enfermedad, de la imposibilidad de plantearnos un futuro con un mínimo de continuidad.

—Sé lo que estás pensando, Martina —me dijo, acariciando mi pelo hasta que yo volví a tenerlo sobre su pecho, abrazándolo con ansia—. No puedes supeditar tu vida a un «a lo mejor». Ni la tuya, ni la nuestra. Zoe te quiere, y tú a ella. Nos necesitamos los tres. ¿No te das cuenta?

Suspiré, repentinamente cansada. Miré a *Calcetines*, que a su vez me devolvió la mirada. Una familia. Con Tyler. Era lo que siempre había deseado, pero la vida se había encargado de hacérmelo sudar. La historia volvía a repetirse.

—Acabo de empezar mi tratamiento...

Quise apartarme, pero él me aprisionó entre sus brazos para impedirlo.

—Lo seguirás conmigo a tu lado —concluyó con firmeza—. Yo te sostendré cuando te caigas. Las veces que sean necesarias. Estarás para Zoe cuando puedas, os apoyaréis mutuamente, como hacen las familias. Como hacen las personas que se quieren. —Y yo les quería. ¡Dios, cómo le amé en ese momento!—. Si no me crees, te lo seguiré demostrando. Ahí va mi tercer deseo hecho realidad.

Se quitó el jersey amarillo que llevaba, para dejarme una vez más sin aliento.

—Es una orquídea rosa... —murmuré ensimismada, tocando el nuevo tatuaje, colocado junto a la boca del dragón, sobre su corazón, completamente bloqueada por la emoción.

—Tu flor preferida, con el color que simboliza la lucha que estamos a punto de emprender. No se me ocurrió nada más adecuado para sentirme cerca de ti.

—Ty... —No podía decir nada más. Abarqué su mejilla con la mano y él la sujetó para besarme la parte interna de la muñeca. Cuando pude tragar saliva, tenía la boca tan estirada a pesar de mis lágrimas, que me dolía—. Sienta tan bien tener una razón para sonreír de nuevo...

Me besó con intensidad, como cada vez que nuestras bocas se encontraban. Se reclinó sobre mí y apoyó las manos en el reposabrazos, con una mirada chispeante en los ojos.

—Yo te daré todas las que necesites —murmuró, secándome las mejillas con los labios—. No puedo asegurarte un futuro ideal, pero sí todo lo que seas capaz de aceptar de mí, *m'aghaidh ghealah*. Ese es mi último deseo a la luna, Martina: quiero que me permitas dártelo todo. ¿Confías en mí?

—Sí. Siempre que me sostengas.

—¿Y tú? ¿Me sostendrás a mí?

Sonrió como solo él sabía hacerlo, hasta que comprendí lo que pretendía con aquella pregunta.

Éramos un todo. Un nudo indivisible que pasaría por encima de miedos e incertidumbres. Porque solo dependía de nosotros el permanecer juntos.

Esa parte de la cuerda del destino estaba en nuestras manos.

# EPÍLOGO

*Dos años después*

***Diario de Martina***

«30 de noviembre:

Querido diario:

Ser la protagonista de la primera exposición de Tyler en la galería de arte de Brian fue extraño, impactante, pero ver aquel dibujo que me hizo la noche antes de la biopsia, en el apartamento de Dublín, como la pieza principal, fue más que impresionante. Me resultó casi increíble comprobar cómo, a pesar de aquellos dos meses que permanecimos separados, él había logrado captar un montón de matices sutiles que plasmar en cada uno de sus dibujos, para hacer de ellos una Martina diferente. Cómo le brillaban los ojos con el entusiasmo de alguien que, al fin, dedica su tiempo a aquello para lo que ha nacido. Ahora que Brian ha terminado trasladando su galería a Dublín para estar más cerca de Peyton y de su pequeño Liam, lo tiene mucho más fácil.

Después de que Nathan fuera acusado de soborno, extorsión y malversación, y de que Jayden abandonara la Garda y se fuera del pueblo, Peyton se ha hecho cargo del subway. Moira no negó ni una sola de las acusaciones contra ella. Es más, aseguró que todo lo había hecho por su hija, por su Rachel.

Tengo que reconocer que, a pesar de todo lo pasado por su culpa, sentí pena por ella, aunque la justicia siguió su curso y fue declarada culpable de homicidio en grado de tentativa y amenazas continuadas con el agravante de parentesco en lo concerniente a Zoe.

La relación entre Peyton y Brian progresa adecuadamente, como diría él, pero eso es otra historia.

La nuestra... Sigue adelante, siempre adelante. Tyler ha recuperado la custodia legal de Zoe y yo me he convertido en su madre adoptiva. Disfrutamos de la herencia de Max tal como él quería. El gabinete sigue funcionando a las mil maravillas, y Tyler, después de liberar la propiedad de todas sus deudas, utiliza los caballos para practicar la equinoterapia con los niños durante las tardes, mientras estudia por las mañanas para sacar su licenciatura. Ha logrado compaginar sus dos pasiones, y yo me siento

orgullosa de él.

Puede decirse que soy feliz. Atrás ha quedado la incertidumbre por mi tratamiento. Las noches en las que vomitaba sin control, las horas en las que volvía a estar demacrada, viendo siempre la perseverancia de Tyler, su apoyo, su amor. Juntos. No ha vuelto a separarse de mí. Ni de Zoe.

Es un padre increíble. La convivencia con Moira bajo coacciones tan fuertes siempre pasará factura a Zoe y, posiblemente, marcará su vida en algunos aspectos, pero gracias a la terapia que no ha abandonado, no me canso de escuchar su preciosa voz. Cuando nos dice lo que nos quiere, cuando susurra a los caballos como hace su padre, o simplemente cuando malcría a *Calcetines*.

Es una luchadora, igual que yo. Igual que Tyler. Todavía me estremezco al ver el amor en sus ojos cuando me mira. Su intensidad cuando, sin previo aviso, se empeña en dibujarme en cualquier situación.

Su entrega, su fuerza. Su amor incondicional, ese que no exige nada a cambio».

«1 de enero:

Querido diario:

¡Lo hemos conseguido! Pero no he querido soltarlo delante de Zoe, así que he tenido que esperar a que la niña estuviera en su cama, y Tyler y yo abrazados en el sofá, disfrutando del fuego de la chimenea del salón, para darle la sorpresa.

Me he levantado y le he cogido de las manos mientras le miraba a los ojos.  
—¡Estoy embarazada! ¡Por fin!

Se quedó tan pálido que consiguió ponerme nerviosa, pero, de repente, se arrodilló delante de mí, con una mirada brillante, emocionada, mientras me abrazaba, justo antes de apoyar su mejilla en mi vientre con tanto cuidado que me eché a reír.

—No te preocupes, no vas a hacerle daño si me aprietas un poco más.

Ni siquiera me escuchó. Me besó la tripa, luego se puso de pie y me cogió en volandas para empezar a dar vueltas, chillando como un loco, hasta que Zoe entró asustada.

—¿Qué pasa?

—Vas a tener un hermanito, Zoe. ¿Te gusta la idea? —le preguntó en medio de una carcajada—. Más vale que sí, porque no existe posibilidad de devolución. Y menos con lo que voy a hacer ahora.

Luego volvió a arrodillarse y rebuscó en el bolsillo de su pantalón viejo, hasta encontrar un anillo compuesto por seis filas de aros, agrupados de dos en dos, de oro, plata y bronce, y unidos con un trébol dorado de cuatro hojas que pendía en su centro.

Ya no reía. Tenía una expresión solemne cuando cogió mi mano y me lo colocó en el único dedo que todavía, después de regalarle a Zoe mi piedra de luna, permanecía vacío.

—Sé que no puede competir con el resto de tus anillos, pero pretendo que tenga un significado completamente diferente: el de un nuevo comienzo, el de una superación continua. El de nuestra vida en común, Martina. No es un anillo de compromiso al uso, pero simboliza los miembros de nuestra familia con cada material —añadió, señalando a Zoe—. Nosotros, perfectamente unidos con un trébol de cuatro hojas. ¿Quieres casarte conmigo, *m'aghaidh ghelach*? ¿A pesar de nosotros mismos?

Lloré cuando, en vez de soltar un «sí» rotundo, me tapé la cara con las manos, provocando que Tyler se pusiera de pie y me mirara pálido por la preocupación.

—Si esto es un no... —empezó.

—¡Joder, es un sí con todas las letras! —Miré mi anillo embelesada, pensando que, de una manera un tanto peculiar, tenía en mis dedos su impagable aportación. Cuando levanté los ojos, me encontré con Zoe dando palmas de alegría y Tyler con una media sonrisa, entre insegura y esperanzada, a la que respondí colgándome de su cuello para besarle hasta hartarme—. Tienes razón. Este anillo no está a la altura del resto; la supera con creces. Porque, óyeme bien, siempre me faltó el tuyo. Tu apoyo, tu compañía. Tus gritos, tus ánimos. Tus besos, tus caricias. Simplemente, tu presencia. Así que no pienses ni por un segundo que voy a renunciar a todo eso ahora que lo tengo, irlandés.

Me abracé a él como se abraza a la persona que lo es todo para ti, con ansia, con todas las palabras que se quedan cortas para expresar sentimientos de ese calibre. Cuando Zoe se unió al abrazo, los tres nos convertimos en uno solo.

Aquel es mi mejor nudo. Indivisible, invencible. Compuesto por todas las formas de amar para disfrutar de ellas.

Por ellos. Porque siempre, siempre, merece la pena vivir».

«2 de enero.

Querido diario:

Hoy hemos visitado la tumba de Max los tres juntos, como la familia que él mismo propició.

—Papá, aquí estamos, como tú querías —dijo Tyler con voz solemne, pero serena. Al fin le había perdonado. Quise creer que, allá donde estuviera Max, él también lo había hecho—. Tardamos lo nuestro en darnos cuenta, y tuvimos otras dificultades añadidas, pero al fin somos una familia. Te pido perdón por mi ceguera mental, por mi intransigencia. Por mi egoísmo, que me llevó a retirarte la palabra, a luchar contra ti, a no comprender que realmente debería haber estado a tu lado. Ahora ya es tarde, pero quería que supieras que siempre permanecerás en mi recuerdo y en mi corazón.

Una vez más, asumió sus errores y sus consecuencias, pero sus ojos no estaban empañados por la tristeza cuando me miró, sino que tenían una expresión de auténtica serenidad.

De paz consigo mismo. Al fin».

«17 de marzo.

Querido diario:

Decidimos casarnos el día de San Patricio, un miércoles, aunque lo hicimos en Edimburgo. Delante de la pequeña iglesia ubicada en los Jardines Secretos donde un día, hacía ya demasiado tiempo, unimos nuestras manos con una cinta roja como símbolo de la unión de nuestros corazones. En esta ocasión, un enorme círculo hecho con ramas entrelazadas nos rodeaba, simbolizando la eternidad. Tyler apareció con un aspecto imponente, vestido con una falda irlandesa semejante a un kilt, que llevaba los colores azafrán, blanco y verde esmeralda. Llevaba un chaleco y una corbata que añadía solemnidad al acto, y una mirada profunda cargada de amor que no disminuyó ni siquiera cuando, al llegar a su altura, estrechó la mano de Eirian con respeto cuando él me dejó a su lado, como si en realidad fuera mi padre.

—Te la entrego para que la hagas feliz, Freeman —le susurró con disimulo y una seria mirada de advertencia que fue respondida con una sonrisa socarrona por parte de Tyler.

—De lo contrario, siempre podemos volver a los viejos tiempos, ¿no crees, Sinclair?

Le golpeó el hombro con el puño para corroborarlo, pero al final, los dos se fundieron en un breve abrazo lleno de respeto y mutua admiración, que acalló rencillas y me llenó de un orgullo que no me dejó por el resto del día.

Rodeada de los dos hombres más importantes de mi vida, con el tercero, Brian, a escasos palmos por detrás, empezó la ceremonia.

En su momento, Tyler colocó un trozo de cinta azul sobre nuestras manos.

—La has conservado todo este tiempo... —murmuré, completamente anonadada.

—Esperaba esta ocasión para enseñártela, *m'aghaidh ghealach*. Aunque pienso acompañarla por las palabras que un día tú y yo pronunciamos aquí. ¿Recuerdas?

—Cómo olvidarlo. —Y ante su total pasmo, saqué mi parte de la cinta—. La dejé en casa de mi madre cuando viajé a Killaloe, pero pensé lo mismo que tú.

Sus ojos refulgían de amor cuando unimos ambos pedazos con un nudo y la colocamos sobre nuestras manos, mientras el oficiante daba las gracias a los cuatro elementos de la naturaleza, agua, aire, tierra y fuego, y comenzaba la ceremonia:

—Eres sangre de mi sangre y hueso de mi hueso. Te doy mi cuerpo para que los dos seamos uno solo —repetimos los dos al unísono—. Te doy mi espíritu para que nuestra vida esté completa. No puedes poseerme, pues me pertenezco a mí mismo. Pero mientras los dos queramos, te daré lo que es mío para darte. No puedes mandarme, pues soy una persona libre. Pero te serviré en lo que necesites y la miel será más dulce de mi mano...

Me puso el *Claddagh*, un anillo que exhibía un corazón sujeto por dos manos, con el vértice apuntando hacia mí. Yo hice lo mismo con él, envuelta en una especie de embelesamiento que terminó cuando Tyler me besó y, a continuación, soltó un alarido de pura alegría.

La fiesta había empezado y se alargaría tres días, en los que Zoe se quedaría con mi madre, Eirian y Luna, mientras nosotros permanecíamos en una habitación de hotel.

La música de gaitas empezó a sonar para todo aquel que supiera bailarla, y también para el que lo intentara. Comimos, bailamos, bebimos, cantamos y brindamos por la vida».

«20 de marzo.

Querido diario:

Ha ocurrido cuando hemos ido en busca de Zoe para despedirnos de mi familia y regresar a Killaloe.

Eirian estaba en la puerta, tan furioso mientras miraba a la pareja que tenía

delante, que ni siquiera se ha dado cuenta de nuestra presencia, mientras mi madre le sujetaba del brazo como si se fuera a abalanzar sobre ellos. Un hombre, de complexión parecida a la suya, acompañado por una mujer pelirroja que sostenía en brazos a un niño de poco más de un año, nos daba la espalda.

—¡Tú! —le escupió Eirian, señalándole con el dedo—. ¡Con ella! *Dia!* ¡Eres un jodido impresentable! ¿Qué cojones hacéis aquí?

—Nos invitaste a la boda de la hija de tu esposa, ¿te acuerdas?

—¡La boda terminó ayer, Cameron! Y en todo caso, ¡te invité a ti! Esta... Ella —rectificó con todo el desprecio del mundo—, no es bienvenida en esta casa.

—Megan es mi mujer, y él es mi hijo. Te presento a Evan Cameron Sinclair, hermano. Tu sobrino.

Me quedé de piedra. ¡Aquel era el hermano de Eirian! Y Megan... ¡Joder! ¡Su ex se había convertido en su cuñada!

Observé su actitud. Eirian se contenía para no atacar, mientras Cameron afrontaba los deseos de su hermano con algo parecido a la resignación.

Miré a Tyler, recordando lo que un día me dijo acerca de las cicatrices.

Las nuestras habían sanado, pero las de aquellos dos hombres acababan de empezar a sangrar...».

## ***AGRADECIMIENTOS***

Esta ha sido una historia especial para mí desde el principio. Por las implicaciones personales, por el miedo ante la sensibilidad que, en mi opinión, se necesitaría para tratar el tema, tanto de cara a los lectores como a mí misma, por todo lo que tiene de entrañable el personaje de Martina... Pero, también, porque la escritura de un libro es un proceso largo, dentro del cual ocurren cosas que te afectan, tanto para bien como para mal. En mi caso, fue un poco de cada, porque me sirvió para tener un contacto más estrecho con personas que conozco de hace tiempo, y sobre todo, para ver que no estoy sola, que hay muy buena gente que te apoya a pesar de tus fallos, de tus errores. Que siempre hay quien te acepta, a pesar de ti misma.

Gracias, gracias, gracias... Y así hasta el infinito y más allá, a Eli, mi Eli, por todas esas horas de conversación y confidencias, por entender lo que he querido expresar en esta novela, por analizarla con lupa para comprobar si esos sentimientos que tú y yo sabemos que existen, pero que en mi caso solo he experimentado desde uno de los lados, los he plasmado de manera correcta. Eres una rara especie, de esas que se dejan guiar por el corazón y la honestidad, de las que valoran la palabra «amistad» y todo lo que encierra. Yo, de mayor, quiero ser como tú.

Gracias, una y mil veces, a Lorena, que junto con Eli, habéis sabido plasmar el espíritu que encierra la historia de Martina y Tyler en una portada inigualable. Cada vez que la miro, el corazón se me pone en la garganta de la emoción, y eso no es fácil.

A Carmen, mi AMIGA, por su pequeña aportación al elegirme un montón de nombres para los caballos de Tyler. Querida mía, contigo hay malos tragos que son mucho más fáciles de digerir. A Maitane, Silvia, Kris, Lis, Laura, Analí, Nieves, Sara, autoras, compañeras y amigas. Estuvisteis ahí cuando pensaba que, por un error tonto y una defensa de mis razones, había terminado sola, solo para recordarme lo equivocada que estaba. Tenéis un corazón de oro y yo soy muy afortunada al haberlo descubierto.

A Noe, por su apoyo sin condiciones, personalmente o a través de su grupo de Facebook. Espero que Tyler y Martina no te hayan decepcionado.

Gracias, también, a Paz, Olga, Susana, Chari, por toda vuestra comprensión cuando más la necesité, por darme un voto de confianza aunque fuera on line, por saber leer la verdad y la falta de malicia en mis palabras y

mis actos. En definitiva, por estar ahí.

Gracias infinitas a mi familia, mi marido, mis hijos, por apoyarme con sus silencios y con sus verdades, por su paciencia, por su fe ciega en mí a pesar de los pesares.

Y por último, gracias a vosotr@s l@s lector@s, porque sin vuestro interés, sin vuestros comentarios, sean favorables o no, sin vuestro apoyo, nada de esto merecería la pena.

Se os quiere, a todos.

# ***REDES SOCIALES:***

## ***FACEBOOK:***

<https://www.facebook.com/elena.garciaquintanilla.5>

## ***PÁGINA DE AUTORA:***

<https://www.facebook.com/elenagarquin/>

## ***TWITTER:***

<https://twitter.com/elenagarquin>

## ***BLOG:***

<http://elenagarquin.blogspot.com.es/>

## ***INSTAGRAM:***

<https://www.instagram.com/garquinelena/>





---

[1] «Martina, tienes mi corazón al completo», en irlandés original.

[2] «Bien...», en irlandés original.

[3] «Mi cara de luna», en gaélico escocés.

[4] «Qué puta mierda...», en irlandés original.

[5] «Maldito fuera...». Irlandés original.

[6] «Jodida bruja...» En irlandés original.

[7] «Bien», en irlandés original.

[8] «Sigo siendo el mismo...», en irlandés original.

[9] «Será posible...», en irlandés original.

[10] «Vaya que sí...», en irlandés original.

[11] «Cielo», en irlandés original.

[12] «mi vida», en irlandés original.

[13] «¡Dios! Será posible...», en irlandés original.

[14] «Pero qué coño...», en irlandés original.

[15] «Por encima de mi cadáver...», en gaélico.

[16] «Es una puta pesadilla...», en irlandés original.

[17] «Dios... ¡Martina! Contigo no me cansaré de esto...», en irlandés original.

[18] «Te amo, Tyler...», en irlandés original.